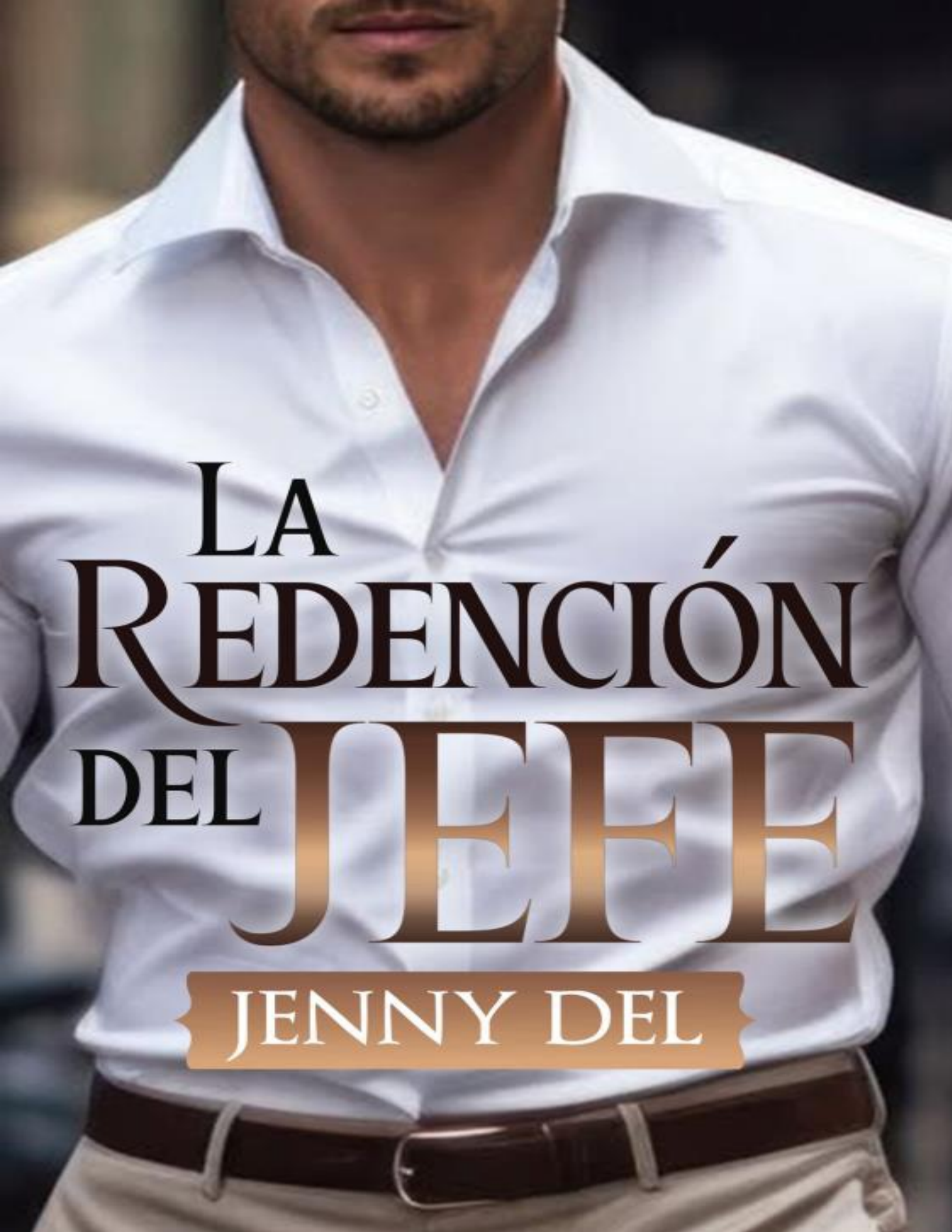
LA
REDENCIÓN
DEL
JEFE
JENNY DEL

La Redención del Jefe

JENNY DEL

Primera edición.
La redención del jefe
©Jenny Del.
©enero, 2025
©imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Epílogo

Capítulo 1



Camila

Bajé del avión con la sensación de que había culminado la etapa más divertida de mi vida, que coroné con ese máster MBA junto con mi mejor amiga Lucía.

Era hora de regresar definitivamente a nuestro hogar tras años en el extranjero, puesto que tanto el MBA como nuestros estudios de Dirección y Administración de Empresas los cursamos en Estados Unidos.

Lucía apretaba mi mano mientras íbamos buscando a nuestros familiares. Ella estaba muy emocionada y yo no tanto, en honor a la verdad, puesto que me lo había pasado tan bien que dudaba que ninguna otra aventura que emprendiésemos fuera tan gratificante como aquella.

Nadie nos había regalado nada, que conste. Cierto que nuestros padres nos pagaron los estudios en una prestigiosa universidad en cuya residencia vivimos a cuerpo de reinas, lo cual no quiere decir que el título entrase en el desorbitado precio que les exigieron; ese debías ganártelo.

Los estudios nunca fueron un problema para mí. Me refiero a sacarles el máximo rendimiento porque no quiero presumir de nada, pero se me daban genial. Tuvimos que hincar los codos, sí, pero tampoco lo recuerdo como ninguna tortura, pues con dedicarles unas horitas al día nos graduamos con las mejores calificaciones, puesto que Lucía también tenía mucha facilidad para quedarse con los temas con tan solo echarles un vistazo.

El resto del tiempo lo dividimos entre salidas, compras y fiesta… ¡¡Mucha fiesta!! Tanta que a veces encadenamos una con otra en esas residencias universitarias en las que estábamos hermanados a la hora de liarla.

En realidad, lo que me pasaba fue que allí, en Estados Unidos, experimenté una transformación de adolescente a mujer que marcó mi vida por completo.

Cuando inicié mi andadura universitaria, siendo muy joven, venía de una época un tanto complicada. De una en la que se me podía considerar un patito feo… Un problema hormonal hizo que la cara se me llenase de granitos, mi pelo no luciera como debía y, para colmo, una fuerte miopía me obligó a llevar unas antiestéticas gafas durante esa etapa en la que aún no me

aconsejaban una operación por mi temprana edad.

Por si todo esto fuera poco para una chica tan jovencita, el mismo problema impedía mi normal desarrollo y, mientras el resto de mis amigas ya lucían escote, yo seguía más lisa que una tabla de planchar. Y, por supuesto, tampoco me libré de los *brackets*… Un cromo, vaya.

Si a todo ello le unimos que Lucía, que era mi amiga desde que nacimos porque nuestros padres siempre fueron íntimos, era una niña preciosa… Pues apaga y vámonos. Y lo mismo le ocurría a mi hermana Cloe, cinco años menor que yo, que era muy bonita, una monería de cría.

En fin, que no fue hasta que pisé Estados Unidos que me libré de esa imagen de la que llevaba toda la vida huyendo. Y no porque allí me estuviesen esperando para hacerme un conjuro y cambiar mi apariencia por completo. No, me explico… Simplemente, el último tratamiento que me prescribieron antes de marcharme comenzó a hacer efecto. Y mis revolucionadas hormonas se calmaron.

De pronto, un día vi cómo mi cuerpo comenzaba a coger forma… Mi pecho florecía, mis caderas ensanchaban y hasta di un último e inesperado estirón de última hora.

Mi piel dejó atrás esa textura granulada para dar paso a otra aterciopelada y sin marca alguna que me favorecía muchísimo. En cuanto a mi pelo, que hasta entonces lo sentí como estropajoso, de pronto se volvió más abundante, suave y totalmente liso, sin ese encrespamiento que siempre me acompañó y que hacía pensar que metía cada mañana los dedos en un enchufe.

A esas alegrías, sumé que el tratamiento dental por fin concluyó y mis dientes, que por suerte sí que eran muy blancos, dejaron de estar apiñados y se mostraban perfectamente alineados, configurando una sonrisa que Lucía afirmaba que era, cuando menos, de *influencer.*

Al comprobar que todo me acompañaba, no dudé en buscar una clínica en la que operarme la vista en España, en el verano del primer curso del grado, gracias a lo cual pude decir *bye* a aquellas gafas a las que tantísimo asco les tenía.

Todo ello me convirtió en una nueva y segura de sí misma Camila que me hizo ganar una enorme popularidad ya desde mi segundo curso en el campus.

No os digo más: me hicieron jefa del equipo de animadoras. Lucía alucinaba conmigo. Mi amiga se sentía súper feliz por mi transformación, que marcó el comienzo de una etapa en la que la popularidad que adquirí le salpicó igualmente.

No había fiesta de hermandad a la que no nos invitaran y en la que el resto de las chicas no quisiera charlar, hacerse una foto o poder participar en juegos con nosotras.

En cuanto a los chicos, esos guardaban fila para pedirnos una cita y nos lo pasamos mejor que genial con cantidad de ellos.

A mis pocos años, no aspiraba a un amor romántico, y aunque llegué a salir con alguno, nunca se trató de nada serio y al poco me hartaba, dando el salto a otro.

Lucía tampoco era amiga del compromiso en esos momentos, por lo que actuaba igual. Además, que nosotras no queríamos atarnos a ningún amor porque nos planteábamos volver a casa, a España, una vez que terminásemos definitivamente nuestros estudios.

Y ese momento había llegado. Ahora entenderéis mejor el porqué de que sintiera cierta pena por tener que pasar página a esa etapa, si bien sabía que el regreso estaría marcado por el comienzo de una excitante vida laboral en la que esperaba poner en práctica todo lo que había aprendido durante mis muchos años de formación.

Entre el grado, el MBA y otros másteres que ambos cursamos también, fueron en total nueve años, así que volvíamos con 27 y una maleta cargada con muchos, muchos sueños.

Nuestros padres y hermanos estaban allí, esperándonos, con unas caras tan sonrientes como las nuestras. Lo dicho: que mi amiga y yo contábamos con mucha suerte y que eso era muy de valorar.

Capítulo 2



Alexander

Mi padre dejaba por fin el mando de la consultoría en mis manos. Habían sido muchos años aprendiendo del mejor, adquiriendo experiencia a su lado. A mis 37, me consideraba más que preparado para ocupar su puesto al frente de un negocio que estaba considerado como el más importante de nuestra gran ciudad en su género.

Él, Carlos Osorio, lo había llevado a lo más alto gracias a su increíble visión empresarial. Sus aciertos fueron totales y, en pocos años tras acabar sus estudios, ya manejaba un negocio que despuntaba.

Para cuando cumplió los 50, nadie le hacía sombra. Y a los 65 se retiraba con la admiración y el reconocimiento de sus trabajadores, la mayoría de los cuales le respetaba porque nunca se le subió el éxito a la cabeza y trató a su gente como era debido.

Mi padre supo hacerse un hombre de negocios de esos que no ponen todos los huevos en la misma cesta. Conforme fue ganando dinero, invirtió en ladrillo gracias a su buen ojo. Y, de esa forma, no solo era el dueño de la mayor consultoría de la ciudad, sino que se hizo con una increíble cantidad de propiedades repartidas por todo el territorio nacional, a las que había que sumar otras en el extranjero.

Estudié Administración y Dirección de Empresas para sucederle. Lo hice bien desde el primer día. Logré que se sintiera orgulloso de mí. Aprendí de todo lo que tuvo a bien enseñarme y eso siempre lo valoré.

Había llegado mi momento, para el que tanto me preparé. Mi hermano menor, Lucas, nunca tuvo demasiada ambición. Se conformó con integrarse en el departamento de Recursos Humanos, del que ya había llegado a ser jefe, eso sí, y dejar el resto de responsabilidades en mi mano.

A sus 32 era un viva la virgen de mucho cuidado. No es que yo sea un corta rollos total. También había vivido lo mío, pero era *vox populi* que a Lucas le gustaba demasiado una juerga y una mujer.

Igualmente, reitero, también yo tenía ojos en la cara y las chicas siempre fueron mi debilidad. Pero di un paso al lado, apartándome del mercado, cuando Elena Espinosa entró en mi vida.

No puedo precisar qué clase de conjuro fue el que me practicó aquella castaña de pelo y ojos color miel, pero hizo de mí un hombre nuevo. Era muy avispada, parecía sabérsela todas. La conocí como mi secretaria y tan solo unas semanas después ya nos liábamos cuando nos venía en gana.

Hasta entonces, no había conocido a una mujer con su magnetismo. Tenía algo que me obligaba a desearla. Quizás fuese que estaba acostumbrado a que todas me siguieran el rollo por ser quien era. Y hasta soñaban con convertirse en la pareja de quien estaba destinado a convertirse en el CEO de la consultoría, en el jefe y en el que partiese el bacalao, en definitiva.

Sin embargo, Elena no era así. Ella un día echaba un polvo conmigo y luego pasaba de mí olímpicamente. No me había relacionado con ese tipo de mujeres y me enganché. Me enganché tanto que nos habíamos convertidos en inseparables.

De ser mi secretaria, pasó a ser mi asesora. Y pronto sería la subdirectora de la empresa. Tan pronto como en aquella fiesta que se celebraba unos días después, el gran Carlos Osorio, mi padre, anunciara que se jubilaba, dejándome como director.

Sería entonces cuando Elena escalara también los peldaños que juntos nos llevaran a situarnos en la cima de la empresa. Estaba deseando hacerlo público. Su nombramiento sería mi primera decisión como director. Ya lo podía ver. Y ella también.

—Cariño, te vas a ver tan sexy como subdirectora —le decía en mi despacho mientras tiraba de su elegante falda de tubo hacia arriba. Siempre iba impecable.

—Alto ahí, tendrás que esperar a esta noche, ¿o no recuerdas que ahora tenemos la reunión con los chinos?

—Joder, es cierto. Se me había olvidado por completo.

—Vaya cabeza la tuya. No sé qué harías sin mí —me separó de ella poniendo su mano en mi frente.

—Tampoco yo tengo ni la menor idea.

—Pues estarías jodido, ya te lo digo yo. En fin, que tendrás que esperarte a que nos veamos esta noche en casa.

—¿Me lo compensarás?

—Dependiendo del resultado de esa reunión. A ver qué logras. Te lo he puesto en bandeja, tengo a los chinos en el bote.

—Eres tan ambiciosa, Elena…

—Eso ya lo sabes y es lo que te vuelve loco de mí. Entre otras cosas —me respondió libidinosa.

Hubiera saltado sobre ella y la habría devorado allí mismo, en el sofá de mi despacho, como tantas y tantas veces. Ello de no ser porque tenía toda la razón en que esa que nos esperaba era una reunión muy importante de la que podría salir un acuerdo que nos reportase enormes beneficios.

Mis ojos no podían sino seguir el impresionante vaivén de sus caderas. Elena me había conquistado de una manera sobrenatural, difícil de explicar desde la razón. Suponía que hay cosas que no tienen explicación racional, sin más.

Cerró la puerta y al rato me anunció que los chinos ya habían llegado.

Mei, nuestra traductora, ya estaba allí. Aunque teníamos la posibilidad de celebrar la reunión en inglés, algunos de ellos no lo manejaban del todo y se sentían más cómodos si contábamos con alguien que pudiera traducirles a su idioma. Y mi novia ya lo tenía todo previsto.

La reunión, con la presencia de Elena que era mi puntal imprescindible, fue un éxito rotundo y de ahí salió un acuerdo que nos beneficiaría muchísimo.

—Enhorabuena, no se te va una —me comentó Lucas al cruzarse conmigo por el pasillo.

—A ti tampoco, campeón —le abracé. Era cinco años mejor que yo y siempre le quise mucho. Lucas me quería igualmente y también admiraba mi espíritu de sacrificio por la empresa, ya que a él las responsabilidades le daban alergia.

—Ya te he entendido.

—Dicen que en la fiesta del otro día, te largaste con dos.

—Dicen muchas cosas, no hagas caso.

—Ya, ya… Oye, vamos a tener que contar con Mei a partir de ahora en plantilla. El trato está cerrado y precisaré de sus servicios ya de una manera fija.

—Está bien, le haré una oferta que no podrá rechazar.

—Vamos, que te la quieres tirar también.

—No seas animal, que tiene unos añitos.

—Creí que igualmente te iban las maduras. Es lo que se dice, que te van todas.

—Se dicen tantas cosas sobre mí… Te repito que no hagas caso.

—Pobre víctima. Y tú sufriendo.

—La vida, que es muy dura —me sonrió cómplice.

Capítulo 3

Camila

Mis padres y mi hermana me esperaban de lo más alegres.

—Por fin está aquí mi niñita, por fin —me decía mi madre, de quien heredé sus grandes ojos azules. Esos que por fin podía lucir sin tener que resguárdalos tras unos gruesos cristales. También mi color de pelo rubio era de ella, igual que el de Cloe, solo que mi hermana tenía los ojos oscuros de mi padre.

—Mamá, me alegro mucho de verte —la abracé fuerte.

—¿Y a mí no?

—Papá… A ti estaba deseando achucharte. Ya está aquí una de las niñas de tus ojos.

—Sí, la otra soy yo, ¿qué me has traído? Espero que me caiga un regalito.

—Cloe, que ya no eres una niña…

—Y qué… Un regalo siempre es bienvenido. Nunca se es mayor para eso.

Mientras, mi amiga Lucía también se abrazaba a su familia. Su padre, Enrique, era íntimo del mío, llamado Mario. Ambos cursaron juntos la carrera de Derecho y montaron un bufete que terminó por no tener parangón en la ciudad. Era multidisciplinar, aunque ellos dos se encargaban del Derecho Mercantil, es decir, de todo lo relacionado con las empresas.

Su madre, Wen, era china. Una mujer exótica, cuyos rasgos había heredado mi amiga, que contaba con una belleza de esas que doblega voluntades. No en vano, Lucía era alta, espigada, con un físico potente y unos rasgos de lo más atractivos en los que destacaban sus gruesos labios y unos ojos rasgados que invitaban a enamorarse de ellos.

Junto a ellos tres, estaba su hermano Kike, de 20 años, que siempre fue el benjamín y el consentido de las dos familias y que en ese momento ya cursaba tercero de Derecho para seguir la estela de nuestros padres.

Lucía, mi hermana Cloe y yo preferimos tomar otras sendas profesionales que a nosotras nos llevaron al mundo de los negocios y a Cloe al del Marketing y la Comunicación, cuyo grado ya había terminado y del que estaba cursando un máster también. En su caso, sin trasladarse de ciudad, que era muy comodona.

La nuestra era la familia Galván y la de ellos la Sotomayor, unidas por el éxito empresarial de nuestros padres y por la amistad.

Nuestras madres, Sofía y Wen, se habían dedicado al cuidado de sus familias durante años porque así lo decidieron. Y cuando crecimos, ¡¡se nos hicieron *influencers*!!

Ambas derrochaban estilo y personalidad. Y hasta bromeamos en muchas ocasiones las chicas y yo apuntando esa posibilidad que, sin embargo, nunca creímos real. Hasta que lo fue.

Ellas nos habían enseñado que solo hay que soñarlo para lograrlo. Al poco de comenzar con su andadura en un mundo que puede considerarse una jungla, ya contaban con miles y miles de *followers.* Y la cosa no quedaba ahí.

Era tal el éxito que estaban cosechando, siempre relacionado con el mundo de la moda y cómo lucir divina en todo tipo de situaciones, que ya se planteaban crear su propia marca de ropa y complementos; una idea que nos entusiasmaba mucho a las chicas de ambas familias.

Tras esos abrazos iniciales, me acerqué a los suyos y Lucía a los míos. En realidad, estábamos tan vinculados que hasta éramos vecinos, pues nuestros padres optaron por comprar dos grandes casas juntas unos años atrás, en una urbanización que entonces se estaba construyendo y que terminó por ser la más exclusiva de la ciudad.

Vivir como vecinos nos permitió a los Galván y a los Sotomayor compartir el día a día en una mayor cercanía.

Ese mediodía de nuestro aterrizaje almorzaríamos todos juntos en nuestro restaurante predilecto; uno de sushi que a Lucía y a mí nos encantaba.

—Por fin estamos todos juntos, Enrique —le decía mi padre.

—Y por fin nuestras hijas se incorporarán al mercado laboral. Podemos estar orgullosos.

—Bueno, eso será después del verano, ¿no? —les pregunté.

—Sí, es que Camila y yo habíamos pensado en tomarnos un verano sabático, hacer algunos viajes —apuntó Lucía.

—Pero en familia, ¿no? —nos preguntó mi madre —. Es que os echamos mucho de menos, hijas —miró a Wen —. Lleváis una eternidad fuera y…

—Quizás todo eso haya que aparcarlo para más adelante, Enrique y yo tenemos planes para ellas, Sofía.

—Papá, lo de trabajar en vuestro bufete no cuela. No, gracias. De verdad que no nos vemos en un sitio así, no nos gustan los abogados.

—Pues han sido dos los que os han pagado vuestras brillantes carreras, hijas.

—Ya, mamá. Y los adoramos porque son los mejores y nuestros papis, pero no vamos a trabajar en ese mundo porque no entra en nuestros planes.

—Es verdad. Gracias, pero no —añadió Lucía.

—Está bien, está bien. Ahora no es momento de hablar de nada de esto. De todos modos, no van por ahí los tiros.

—Lo de abrir nuestro propio negocio tampoco es una opción. Ya lo hemos hablado, papá. No queremos convertirnos en empresarias, no al menos por el momento.

—Tomo nota, hija.

—Pues a nosotras nos va de fábula.

—Ya lo sé, mamá. ¿Cuántos *followers* ganáis por día?

—Ya hemos perdido la cuenta. Estamos súper contentas.

—En nada nos superan, Enrique —le decía mi padre con todo el orgullo porque nada les gustaba más que eso.

—¡¡Brindemos por ello!!

—Sí, ¡¡por nuestras mujeres y por nuestras hijas, recién llegadas de Estados Unidos con sus flamantes títulos!!

—Eso es, amigo, ¡¡y por dejarnos de gastar la fortuna que su estancia allí nos cuesta!!

—Pero que hemos aprovechado —les indicamos al unísono.

—¿Y por Kike y por mí no hay ningún brindis? —se quejó Cloe.

—Claro, ¡y por los pequeños de la familia!

—¿Eso es todo? Kike y yo también tenemos identidad propia.

—Sobre todo, tú —le comentó él.

A ninguno se nos pasó por alto que Kike, con el paso de los años, se estaba quedando colgado de Cloe, quien a sus 22 se fijaba en chicos mayores y no que apenas rozaran los 20 como él.

Ella le sonrió y le acarició la cabecita como quien lo hace con un cachorrillo y a él le salió una sonrisilla tierna que nos conquistó a todos.

Capítulo 4



Alexander

Había sido un duro y estresante día de trabajo. Durante la mañana, Elena estuvo conmigo en el tema de los chinos.

La tarde, se la tomó libre para salir con sus amigas a celebrarlo. Se lo merecía.

En cuanto a mí, me reuní con mi padre para contarle los pormenores del acuerdo. Por pocos días, pero seguía siendo el director de todo aquello, así que se lo debía.

—Has hecho un gran trabajo, hijo. Ven aquí —me dio un abrazo.

—Gracias, papá. Este va a ser un gran año, ¿sabes? Se deja sentir en el ambiente.

—Cualquiera diría que tienes mucha prisa en perderme de vista.

—Claro que no, sabes que te admiro.

—Pero también ansías el poder… No te lo estoy echando en cara, que conste.

—Sé que nunca has perdido la perspectiva, que no te has dejado emborrachar por el poder.

—Es que recuerda que se piensa mejor estando sobrio, Alexander. Ningún tipo de estimulante o droga es bueno.

—Papá, noto cierto retintín en tu tono. Y espero que no se trate de una indirecta sobre Elena. Ella es mi novia y, es más, quería hablarte de eso.

—Lo estaba esperando, cuéntame.

—He pensado que cuando ocupe el puesto de director, quiero que ella asuma la subdirección. Elena se lo merece, lleva años trabajando codo con codo conmigo. Nadie como mi chica para ayudarme a asumir el control de la empresa. Además, hay más…

—¿Todavía hay más? Pues mira que has picado alto.

—Si se tratase de mamá, ¿la dejarías fuera?

—Tu madre siempre ha sido enfermera. Cuando me convertí en un hombre poderoso, siguió siéndolo. Nunca tuvo delirios de grandeza.

—¿Y es malo tenerlos? Porque sí, Elena es ambiciosa. Yo también lo soy. ¿Eso la convierte en mala persona?

—No lo eras tanto antes de conocerla.

—Pero tú has sido el primero en consagrar tu vida a este negocio, ¿qué hay de malo en ello?

—En eso nada, pero la ambición desmedida no te llevará a nada bueno.

—No la tengo.

—Quizás no ahora, pero en compañía de Elena, la tendrás.

—Papá, le voy a pedir que se case conmigo —afirmé tajante.

—¿No lleváis poco tiempo para eso?

—¿Y me lo dices tú que te comprometiste con mamá en seis meses?

—Porque supe que Isabella era la mujer de mi vida el mismo día que la conocí.

—O sea, que el mismo buen olfato que tienes para los negocios, lo tienes también para las mujeres.

—Podría decirse que sí.

—Pues igual yo he heredado ese buen olfato tuyo.

—Déjame que lo dude.

—Papá, me pienso casar con ella contra viento y marea. Está decidido. Buscaré un anillo a la altura de lo que Elena se merece y prepararé una pedida para después de que se produzca el relevo en la empresa. O, es más, lo haré a la par.

—¿A qué te refieres, hijo?

—A que podría aprovechar la misma fiesta para pedirle matrimonio, aparte de para anunciar que ella será la subdirectora.

—No me parece la mejor de las ideas.

—Porque se trata de Elena. Si fuera la hija de alguno de tus amigos y me la quisieras meter por los ojos, te mostrarías encantado.

—¿Me estás atacando, Alexander?

—¿Y tú? ¿Atacas o no atacas a Elena? Reconócelo, papá. Siempre te he tenido por un hombre muy sincero, no te lo guardes para ti.

—¿Quieres que te reconozca que no me gusta esa chica? ¿Y todavía te hace falta? No, no me gusta.

—Pues lo siento por ti, porque Elena se convertirá en tu nuera y en la madre de tus futuros nietos.

—En ese caso, soy yo quien lo siente por ti.

Giré sobre mis talones y salí ofuscado. Nunca hubiera querido mantener esa conversación con mi padre en la que me confirmarse lo que ya sabía: que detestaba a mi novia.

No hubo *feeling* entre ellos en ningún momento. El día que se la presenté, noté que le cayó como un jarro de agua fría. A ella la entendía, ya que no podía derrochar amabilidad con un hombre que, a todas luces, como que desconfiaba de sus intenciones.

Elena se quejaba al respecto, argumentando que no parecía ser suficiente para mi padre y coincidía conmigo en que otras chicas más allegadas a la familia serían mucho más de su gusto.

En fin, que tenía razón. Y eso que no lo entendía muy bien, porque él no era nada clasista, pero sin embargo, era innegable que mi novia no le gustaba para mí. Y ella erre que erre en que obedecía a que no venía de una gran familia como esa en la que nos habíamos convertido nosotros.

Mi madre se mantenía en una postura mucho más neutral. Nadaba y guardaba la ropa, como suele decirse. No es que le diese toda la confianza del mundo a Elena, pero tampoco la despreciaba.

En realidad, Elena tampoco es que apareciese demasiado por casa de mis padres, a la que incluso yo mismo comencé a ir menos. Ella decía que así no tenía que ver la cara de perro con la que mi padre la miraba y no podía más que darle la razón.

En el fondo, me apenaba porque ella era huérfana y había llegado un tiempo atrás a la ciudad con una mano delante y otra detrás. También se había hecho a sí misma, igual que mi padre, ¿por qué él no lo valoraba?

Pues no, no lo hacía. Pero bueno, que a mi chica no le hacía falta más apoyo que el mío, el cual le prestaba incondicionalmente.

Aquella tarde consulté el reloj y comprobé que aún me daba tiempo a pasar por la joyería de

Andrés, el joyero de confianza de la familia.

Al verme entrar, pareció leerme el pensamiento. A Andrés le encargué siempre todos mis relojes, Contaba con una colección carísima, pues me hacía con unos modelos de precios desorbitados. Era muy caprichoso a esos efectos.

—Hoy no vienes a por un reloj, algo me dice que no.

—Buen profesional y vidente. Si un día te falla la joyería, montas un chiringuito de esos y te forras, Andrés. Hay mucho incauto suelto.

—¿A qué vienes, Alexander? —me trató con mucho cariño, ya que me conocía de toda la vida.

—Vengo a hacerte un encargo especial.

—Cuando un hombre afirma eso con tal rotundidad, busca un anillo de compromiso.

—Has dado en el blanco de la diana.

—Ven conmigo, por favor.

—Me da igual el precio, Andrés, quiero el mejor…

Capítulo 5



Camila

Llevaba toda la tarde en casa descansando. El verano había llamado a la puerta de nuestra ciudad y nada me gustaba más que holgazanear sobre una hamaca en el enorme jardín de casa, al borde la piscina.

Mi hermana Cloe tenía organizada la más grande en ella, con un montón de amigos a los que había invitado. Al escuchar el barullo, Kike picó nuestra puerta para unirse también.

Mi madre estaba tumbada en la hamaca de al lado y me dio la mano. Se mostraba encantadísima de tener a su hija mayor de vuelta en casa.

—Qué contenta estoy, Camila. Por fin todos reunidos otra vez.

—Sí, mamá. Pero algo me tiene mosqueada, ¿sabes lo que trama, papá?

—Tu padre solo quiere ayudarte en lo que pueda, no creo que haya nada más. Por cierto, que tenemos que ir de compras mañana.

—¿Mañana mismo? —la miré por el rabillo del ojo porque eso sonaba a plan.

—Sí, tenemos que asistir todos a la fiesta de jubilación de Carlos Osorio, el padre de Alexander y Lucas, ¿los recuerdas?

—Mamá, ¿estás de broma? ¿Crees que hay alguna posibilidad en el mundo de que me olvide de Alexander Osorio? Es que no quiero oír ni hablar de él.

—Hija, por favor, que aquello ocurrió hace muchos años y nadie se acuerda ya.

—¿¿Nadie se acuerda?? Pues yo sí, a mí no se me va a olvidar en la vida.

—Igual fue porque estabas un poco obsesionada con él y te veía como lo eras; como a una cría de 16 años.

—Pues él ya tenía 26 y bien que se rio de mí.

—Él no dio ningún paso, cariño. Siento tener que recordártelo, pero fuiste tú quien se le declaró.

—Mamá, que pasó de mí por completo y vale, que no le gustaba. De acuerdo, pero que luego le pillé hablando con sus amigos y diciendo que no solo era una cría, sino que no me haría un favor ni borracho, que no era fea, sino incómoda de ver y que…

—Era muy joven y la cagó. No creo que el Alexander maduro de ahora actuara así. Se ha convertido en un gran hombre de negocios.

—Me da igual en lo que se haya convertido, mamá. A ese jodido insensible juré que no le volvería a mirar a la cara en su vida.

—Pues no lo mires. Pero a tu padre no podemos fallarle. Carlos Osorio es uno de sus mejores amigos. Después de Enrique, te diría que el mejor. Esa amistad viene de generaciones en su familia.

—Pues en mi generación está muerta y enterrada. No quiero ver a Alexander ni de lejos.

—Hija, a la fiesta tienes que asistir.

—Jo, mamá. Si lo sé, tardo más en volver de Estados Unidos. Así que he llegado a lo justito.

—Y no es casualidad. Carlos Osorio ha estado esperando para que pudiéramos asistir todos, ¿no es un gesto ideal por su parte?

—Mucho. Ojalá su hijo tuviera algo que ver con él.

—Olvídate ya de eso, Camila. Alexander se alegrará mucho de tu asistencia. Además, ¿quieres que sea mala?

—Por favor…

—Se va a quedar alucinado cuando te vea aparecer. No es porque seas mi hija, pero estás preciosa, cariño. Si creamos nuestra marca de ropa al final, prométeme que me harás de modelo.

—Te haré de lo que quieras, y gratis, si me libras del marrón de tener que asistir a esa fiesta.

—Eso no puedo hacerlo. A tu padre le dolería mucho, Camila.

—¿Qué le dolería a papá? —le preguntó Cloe, quien salió de la piscina chorreando y se vino hacia mí, sacudiéndose igual que si fuera un perro. No hace falta decir que me cabreó.

—Cloe, ¡¡por favor!! Que estoy encabritada y encima tú vienes para…

—*Stop!!* ¿Qué le pasa a mi hermana preferida?
—Que tenemos que asistir a la fiesta de jubilación de Carlos Osorio.

—¿Y dónde está el problema? Me crucé hace poco con sus hijos y están que crujen. Por cierto, que el pequeño me dio un repaso con la mirada que no veas.

—De ese dicen que está hecho una buena pieza. Y del otro… Del mayor mejor no hablar.

—Ah, ya, que ese fue al que te declaraste y que te salió como el culo. Es que ya te vale, qué pava eras, ¿no?

Se echó a reír y mi madre, que en principio trató de no dejarse contagiar por ella, terminó a mandíbula batiente también.

Menuda gracia que les hacía a ambas el temita. Y maldita la que me hacía a mí.

Eso sí, como Camila Galván que me llamaba que aparecería por esa fiesta totalmente despampanante. Alexander Osorio iba a lamentar haber despotricado sobre mí como lo hizo.

Me había pasado el comienzo de mi adolescencia colada por él. Cada vez que mis padres iban a visitar a los suyos, me unía para poder verle de cerca en su casa.

El día de su 26 cumpleaños, nos invitaron. Y yo malinterpreté un gesto suyo de amabilidad. Mis pocos años y mi nula experiencia me llevaron a creer que igual tenía una oportunidad con él. Y no sé de dónde saqué el valor para declararle mi amor, pero lo hice.

Yo le había regalado un disco de "Orión", su grupo de rock favorito. Su madre fue quien me confirmó que lo era, aparte de que siempre los escuchaba en su dormitorio, por el cual pasaba fisgoneando cada vez que tenía ocasión durante aquellas visitas.

Pues bien, me pasé horas y horas en la cola hasta lograr que el líder de la banda me firmara un ejemplar del CD que incluía sus últimos éxitos.

Cuando Alexander lo vio, se le iluminó la mirada y me dio un fortísimo abrazo. Siempre me creí transparente para él y jamás pasó de un par de besos de compromiso, así que me sentí flotar en esos fuertes brazos suyos mientras que disfrutaba de la cercanía de ese perfume tan varonil que llevaba cada vez que le veía, y que se había convertido en mi fragancia favorita.

Ni corta ni perezosa, reaccioné viniéndome súper arriba.

—¡¡Eres la mejor!! ¡¡La mejor!! ¿Cómo se te ha ocurrido? —me chilló y ya estaba en las nubes. Y eso que ni siquiera sospechaba que, a continuación, me cogería en brazos y daría un par de vueltas conmigo antes de que las gafas se me cayeran al suelo y terminara a gatas recogiéndolas mientras tentaba el suelo del jardín, porque sin ellas veía menos que un gato de escayola.

—Pues verás, es que igual no te has dado cuenta, Alexander, pero me gustas mucho y a mí…

A mí me encantaría ser tu novia —le confesé con toda la inocencia y con ese pavo que llevaba encima.

El bochorno fue a más porque, para cuando quise ponerme las gafas y levantarme, ya estaban todos sus amigos a su lado. Lo había escuchado hasta el jardinero que, cotilla, también se acercó para comprobar de primera mano la reacción de aquel imbécil.

—Qué simpática. Detallista y con sentido del humor. Oye, que gracias, ¿eh? —esas fueron las palabras de quien, con ellas, me rompió el corazón.

Al menos, Alexander contuvo la risa, pero más de una de sus amigas, que parecían unas lagartas de mucho cuidado, estallaron en carcajadas. Y para colmo, después le escuché mofarse de mí en compañía de todos sus colegas, cuando me dio por oírles desde detrás de un seto.

Desde aquel momento, tiré de la flecha que Cupido me había lanzado al corazón y no os voy a decir por dónde se la hubiera metido a ese estúpido engreído antes de lanzarla lejos.

Nunca volví a verle. Diez años habían pasado y se suponía que todos se habían olvidado. Ni mi madre ni mi hermana le daban importancia. Y menos mi padre, quien mantenía una formidable relación con su amigo Carlos Osorio, el flamante papá de la criatura que más detestaba en el mundo.

Pues anda que comenzaba bien el verano. Hubiera preferido cualquier otro plan, hasta pillarme repetidamente los dedos con un cajón de los muchos que había en mi lindo vestidor.

Capítulo 6



Alexander

Después del complicado día que detallé antes, llegué a casa.

Camila ya me esperaba encima de la cama. Me fui quitando la chaqueta en la cual guardaba con sigilo ese anillo en el que me había gastado una fortuna. En absoluto me importaba, siempre que fuese para sacarle una sonrisa.

Me esperaba de esa manera tan insinuante que sabía que me volvía loco.

Bocabajo, con las piernas semiflexionadas y cruzadas en alto, acodada en la cama.

—Hola —murmuré erecto ya, pues solo con verla así se me desataba la pasión que contenía en el interior de mi bóxer.

—Has tardado. No sabes la de cosas que se me pasan por la cabeza cuando eso ocurre —me comentó con voz sugerente mientras ladeaba el rostro para mirarme.

—Sabes que ni de coña estaría con otra, no tendría ningún sentido pudiendo tener esto —eché mano a sus nalgas.

Creo que no he mencionado el detalle de que Elena tan solo cubría una parte de su cuerpo cuando me esperaba así: sus pies, y con unos refinados y negros zapatos de tacón de aguja, de charol.

En ese momento, se volvió y trató de impedir que me acercase a ella con un movimiento por parte de ese alto tacón que casi clavó en mi pecho.

—También podría ser yo quien se deslizara entre otras sábanas —me sugirió, volviéndome loco de celos.

—Eso no lo harías.

—¿Y por qué no?

—Porque eres mía —le aseguré mientras mis labios comenzaban a devorar los suyos.

Elena tenía tantas ganas de sexo como yo. Su mano se dirigió a mi bragueta, la cual abrió sin pensarlo un solo segundo.

Mi erección era evidente y sobresalía de ella mientras apenabas atinaba yo a quitarme los botones de mi camisa, de la cual terminé tirando y haciendo volar más de uno por los aires.

Estaba muy musculado y fibroso. Me encantaba machacarme en el gym y luego contemplarnos en esos murales de espejo que dispuse en nuestro dormitorio para ambos, pues Elena vivía conmigo casi desde el principio de nuestra relación.

Nada me excitaba más que poseerla. Ella, en ocasiones como esas, aceleraba un proceso que de otro modo hubiera sido más pausado, dado que me fascinan los preliminares y jugar con todo tipo de artefactos eróticos que suban el sexo de revoluciones.

No sería así aquel día en el que, tan pronto liberó mi erección, y desnuda como ella estaba, me introduje directamente en esa cueva que rezumaba humedad y en la que sus gestos me pedían a gritos que me internase.

Sus senos, tersos y desafiando la ley de la gravedad, se me antojaban como dos frutos del deseo de los que comenzar a probar para no parar hasta que mi lengua echase fuego.

En realidad, ese fuego emanaba de todo mi cuerpo, igual que del suyo. Penetrándola, la levanté mientras que sus piernas me rodeaban por completo y fundíamos nuestras bocas hasta que parecieran ser una sola.

La fogosidad crecía con cada de mis embestidas y logré que se corriera a gritos en esa postura. A pesar de que teníamos seleccionados muy pocos grados en el sistema de climatización, nuestras pieles se confundían perladas de sudor.

Opté entonces por salir hasta mi enorme terraza, en la cual contaba con piscina privada, a pesar de que se trataba de un ático. Eso sí, diría que de uno de los mejores de la ciudad, si no el mejor. Y cuya altura rebasaba la del resto de los edificios colindantes, por lo que la privacidad era total.

Sin salir de ella, caminé con Elena ensartada hasta llegar a las hamacas, en las cuales me tumbé sobre su cuerpo, casi aplastándola por ese frenesí que me envolvía. Ella colocó sus zapatos de tacón sobre mis hombros y, mientras la embestía con fiereza, comenzó a tocarse al mismo tiempo que la lujuria se avivaba en sus ojos.

—Fóllame, cabrón. Fóllame hasta quedarte seco —me pedía y entonces me encendía de un modo que rozaba la locura.

No era la primera hamaca que rompía con ella debajo de mí. Y no sería la última. Cuando esta cedió, le dio la risa floja y a mí también.

—Menos mal que eres rico, que si no…

—Y más que lo voy a ser gracias a ti.

—Formamos el mejor de los equipos, aunque tu padre me odie.

—No te odia y créeme: no es de mi padre de quien me quiero acordar en este momento.

La recogí del suelo, pues salí de ella abruptamente por la caída, y la cogí al vuelo. Sin pensarlo, me zambullí en la piscina mientras comenzaba a besarla ya debajo del agua.

Cuando ascendí y ambos sacamos la cabeza para respirar, me aporreó el cuerpo.

—Serás mamón, ¡¡que he tragado agua!!

—Ven, que te hago el boca a boca…

Le sobraba genio pera negarse, pero también le sobraban ganas, así que terminó sucumbiendo. Yo ya la acariciaba por debajo del agua, llegando a lo más íntimo de ella, a esa joya que guardaba entre sus labios vaginales y que encontré de un tamaño considerable debido a que se corrió minutos antes.

Se abrió bien de piernas para mí. Lo más curioso del asunto fue que, dentro de la piscina, seguía en zapatos de tacón, los cuales eran su signo de identidad. Hubiera seguido el sonido de su taconeo hasta el lugar del mundo al que hubiese querido llevarme.

El magnetismo de Elena era evidente y el sexo con ella, espectacular. Esa fue una sesión de muchas, una que terminó con ambos exhaustos un rato después, sobre la cama.

—¿Qué le ha parecido a tu padre el cierre del negocio con los chinos?

—Sensacional.

—¿Le comentaste que aporté varias ideas al respecto?

—Sí, sí —carraspeé.

—Y como quien oye llover, ¿no? Tu padre no me traga, pero ¿sabes qué? Que me importa un bledo porque no es él quien me interesa —me insinuó mientras se ponía a horcajadas sobre mí y me mostraba que se había quedado con ganas de más.

—Claro que no, cariño. Además, que ya se lo he soltado.

—¿Qué le has soltado? Dímelo —se volvió hacia mí con la máxima expectación.

—¿Es que no te lo imaginas? Pues el bombazo, ¡¡que te pienso nombrar subdirectora!!

—¡¡Lo sabía!!

—Y entonces, ¿por qué has querido que te lo dijese?

—Porque me pone cachonda, cachondísima…

—Pues eso lo tendremos que aprovechar.

Era la primera mujer que sacaba de mí una faceta que no conocía hasta entonces. No creía haber jugado con todas las que pasaron por mi vida, que fueron muchas, pero tampoco me interesaron salvo para echar un polvo. O una serie de ellos.

En algunas temporadas tuve algunas novias. Ninguna de ella me dejó demasiada huella. Por ese motivo no me planteé ir más allá con ellas. Establecía relaciones que me divertían y en las que el sexo jugaba un papel primordial y punto. Cuando dejaban de tener encanto para mí, no había más.

Hasta que llegó Elena. Con ella era distinto y lo quería todo. Y todo lo iba a tener.

Capítulo 7



Camila

Al día siguiente, salí con mi madre de *shopping*. Cloe no se vino porque ya tenía el vestido para la jodida fiesta a la que yo no quería asistir ni amarrada.

Quienes sí se nos unieron cuando ya íbamos saliendo de casa fueron Wen y Lucía.

—Es que también estamos invitados nosotros, toda mi familia —me comentó mi amiga.

Carlos Osorio era mucho más amigo de mi padre que de Enrique, el de Lucía, pero también se conocían bastante y nada tenía de particular.

Mi madre y Wen conducían. Nosotras no teníamos coche porque, con tanta ida y venida a Estados Unidos en aquellos años, como que no habría tenido demasiado sentido que nos lo regalasen.

Mi madre estaba estrenando un Lexus LBX que era una preciosidad, en color rojo manzana de caramelo.

—Mamá, es divino —le decía pese a que no estaba de humor.

—Es el coche que está revolucionando a todas las *influencers*, así que Wen y yo nos merecemos uno.

Wen, la madre de Lucía, llevaba muchísimos años en España, a pesar de que nació y se crio en China. Su padre era español. Conoció a su madre en Pekín y la embarazó. Ni siquiera le dio tiempo a saberlo porque, a la vuelta, el abuelo de mi amiga falleció en un accidente.

Su madre le contó desde el primer momento quién fue su padre y Wen se interesó desde niña por conocer España. De jovencita, comenzó a dar clases de español en Pekín y cuando cumplió los 20 voló a nuestro país en viaje de estudios. En nuestra ciudad conoció a Enrique y se enamoraron.

En principio, ella quería establecerse aquí, pero le daba pena de su madre, quien quedó en

Pekín. Enrique no veía fácil trasladarse allí porque él comenzaba a despuntar como abogado junto a mi padre, ¿qué podría hacer en China?

A ambos se les rompió el corazón al separarse, pero cuando Wen volvió a su hogar, su madre le contó que estaba muy enferma. A los pocos meses, se fue de este mundo, y entonces ella regresó a España. Desde ese momento, nunca se había separado de Enrique.

Mi amiga Lucía, gracias a ella, aprendió chino desde niña. En alguna ocasión quiso enseñarme y la verdad, me negué en rotundo. Yo con dominar el inglés me daba por satisfecha y lo de aprender el idioma de su madre, dicho sea con todo el sentido del humor, me parecía una verdadera tortura china.

En el centro, nos dirigimos a nuestra boutique de referencia, cuya dueña nos recibió con los brazos abiertos.

Daniela era una mujer glamurosa donde las hubiera, muy amiga de mi madre y de Wen, que nos conocía a Lucía y a mí desde niñas, igual que a mi hermana Cloe. Y que nos vestía desde adolescentes para los grandes acontecimientos de la familia.

Después de saludarnos con gran cariño, pues era un encanto, nos preguntó qué teníamos pensado para lucir en la fiesta.

—A mí, como si me das un saco de patatas que ponerme por encima, Daniela. Con eso me doy por contenta.

—¿Alguien está de morros? ¿Qué te pasa a ti, preciosa? ¿Cómo es que no te entusiasma ninguno de estos vestidos? Mira, este con el cuello *halter* te quedaría ideal para lucir el tuyo, que es de cisne. Igual que tú enterita, que eres tan elegante como uno de esos fastuosos animales.

—Y eso que se ha llevado toda la vida diciendo que era el patito feo, pues ahora, mira.

—No me vas a subir la moral por decirme nada de eso, Lucía. No tengo ganas de asistir a esa fiesta, punto redondo.

—Hija, qué va a pensar Daniela de ti —intervino mi madre.

—Pues que habrá algún chico allí al que no le apetece demasiado ver, ¿me equivoco mucho?

—No te equivocas nada.

—Ven sola conmigo, que te voy a enseñar algunos modelos más y me lo cuentas, ¿quieres?

Daniela no regentaba aquella boutique, que era una mina de oro, por casualidad. Aquella mujer no solo tenía conocimientos de moda, sino que había servido de paño de lágrimas, de celestina y no sé de cuántas cosas más para sus clientas a lo largo de los años.

Por esa razón, contaba con más conocimientos de psicología femenina que muchos que

colgaban un título en la puerta de su gabinete.

—¿Qué te hizo ese chico?

—Me ridiculizó, Daniela. Habló mal de mí a mis espaldas con sus amigos. Y solo era una niña.

—Una niña y acomplejada, ¿verdad?

—No me apetece hablar de eso.

—Pero influye. Dime una cosa, si no hubiera sido por tus complejos, ¿te habría afectado igual lo que él dijese?

—Supongo que no. Es que dio a entender que no me hubiera tocado ni con un palo, Daniela.

—Muy bien, pues ahora el palo se lo vas asestar tú a él.

—¿Cómo?

—Con total indiferencia, que es como le vas a tratar, ¿me oyes? Y luciendo bellísima con ese vestido que te he indicado antes y que parece haber sido diseñado pensando en ti. Ahora vamos a volver con las demás, querida, te lo vas a probar y sonreirás. Porque nada le jode más a un capullo que una mujer segura de sí misma que le sonría a la vida. ¿Lo captas?

—Lo capto.

Capítulo 8



Alexander

Había llegado el gran día. Ese sábado celebraríamos la gran fiesta de la jubilación de mi padre en su casa, que era una verdadera joya de la arquitectura, una especie de palacete reformado y preparado para recibir al menos a un centenar de invitados sin ningún problema.

Elena estaba radiante. Mi madre le había indicado que había una boutique en la ciudad, cuya dueña se llamaba Daniela, que la vestiría como nadie para la ocasión.

No se había equivocado, pues cuando apareció ante mí con aquel vestido en color berenjena, drapeado y con una pierna entera al aire, pese a ser largo, la vi como a una diosa. El escote, realmente le llegaba hasta el ombligo, insinuante al máximo sin llegar a enseñar nada, claro.

—Estás despampanante, amor —le comenté mientras la besaba.

—Y eso que no es este el vestido que deseaba para esta noche, pero no estoy nada mal, ¿verdad?

—Tú lo que quieres es que te regale el oído. Estás divina, impresionante…

—Guay. Es que había en la tienda uno rojo realmente espectacular. El rojo es un color con fuerza, que transmite muchas cosas.

—Como el poder, ese que tanto te fascina.

—Exacto. Pero no quise quedarme aquel día a probármelo porque llevaba prisa y, cuando volví al siguiente, había volado. No me pudo joder más.

—¿Lo habían vendido?

—Pues sí. Y se me está bien empleado. Debí probármelo en ese momento. No soy de las que suele esperar para hacerse con lo que desea.

Tiró de mi corbata en ese momento. La llevaba en el mismo color de su vestido porque me la

regaló para que fuésemos coordinados.

—No sé si estás calibrando que es la hora de marcharnos y que si, nos metemos ahora en la cama, quizás necesitas varios retoques cuando acabemos…

—Pues entonces, no nos metamos en ella —me sugirió.

Con lentitud, fue levantando su vestido hasta llevarlo a la altura de sus caderas, donde lo dejó mientras sacaba su trasero hacia afuera, haciéndolo aún más respingón. Las manos las apoyó en la pared de la cristalera que separaba nuestro dormitorio de la terraza.

Así, con la mejor de las vistas tanto de su cuerpo como de la ciudad, la penetré con todas mis fuerzas y sin pensarlo. Mis fuertes embestidas y el hecho de que no contásemos con apenas tiempo, me llevaron al alivió en cuanto tuve la certeza de que también le pasó, momento en el que se volvió, tomó mi miembro y lo succionó hasta dejarlo totalmente seco.

Unos minutos más tarde, ya íbamos camino de la fiesta. Elena me miraba poderosa y yo a ella emocionado. Poco sospechaba que esa noche, no solo anunciaría su ascenso en la empresa, sino que le pediría matrimonio.

Llegamos a casa de mis padres y ya comenzaba a darse cita allí lo más selecto de la ciudad. Entre otros muchos, divisé a Mario Galván, un prestigioso abogado, íntimo amigo de mi padre, y a su esposa.

Me acerqué a ellos para saludarlos. Elena también comenzaba a alternar con los invitados.

—Buenas noches, Sofía —le di un par de besos a su esposa —. Mario, me tienes que contar el secreto para que tu mujer luzca así de feliz.

—¿Es que piensas casarte? —me respondió con un abrazo.

—Igual sí, pero no se lo digas a nadie. Oye, ¿no es esa la pequeña Cloe? —le pregunté por su hija menor, a la que vi avanzar hacia nosotros —. Hace unos días la vi con Lucas por la calle y aluciné, ¿tanto tiempo ha pasado?

—Me temo que sí. Mira, y detrás de Cloe viene Camila.

—¿Camila? Cielos, ¿dónde? Si no la veo, hace mil años que no coincidimos.

—Chico, ¿estás ciego? Es la que viene detrás de Cloe, la de rojo.

—¿La de rojo? No, no puede ser —negué con la cabeza porque tenía que ser una broma.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que no es hija mía o que es una usurpadora y no se trata de Camila?

—Es que… No, claro, Mario, perdona.

—Si es broma, hombre. Sabré yo que es mi hija… Anda que no me ha costado caro mantenerla en Estados Unidos. Pero encantado de la vida, ¿me oyes? Menudo currículum que trae, va a ser la mejor en lo suyo. Mi hija llegará alto.

—Ya ha llegado, ¿no ha crecido incluso?

—Sí, es que tuvo un problema de jovencita que, como ves, está totalmente superado —me contestó su madre con orgullo.

—Lo veo, lo veo.

Me acababa de quedar loco. Apenas recordaba a la hija mayor de Mario y Sofía, una chica que no era nada agraciada físicamente y que se encaprichó de mí de niña. Si hasta llegó a declarárseme en uno de mis cumpleaños. Encima, se le cayeron las gafas y, sin ver apenas, me lo soltó todo delante de mis amigos, que acababan de llegar.

Supongo que sería por eso, por el apuro que sintió, que no volví a verla más. Y eso que solía merodear mucho por la casa de mis padres. La chica era un cielo, eso sí, si hasta me regaló un CD firmado por el líder de mi grupo musical favorito.

Y de pronto la tenía delante y era otra persona. Parecía un ángel, pero un ángel sexy cuya melena rubia se movía al viento, espesa y llamativa, enmarcando unos grandes ojos azules en los que nunca reparé tras sus gafas. Y su sonrisa, ¿qué le había pasado a su sonrisa? La nueva era de spot de dentífrico. Y los labios, que esos sí que los tuvo siempre gruesos, lucían jugosos y carnosos, brillantes y tentadores.

Para colmo, aquel cuerpo suyo, lánguido y soso, se había llenado de curvas como si lo hubiese cogido un ingeniero de Fórmula 1 y lo hubiera plagado de ellas. Y encima es que sabía moverlo… Lo hacía de un modo tan sublime y elegante que me pilló desprevenido que ya hubiese llegado hasta mi lado.

—Hola, Camila, cuánto tiempo —carraspeé.

—Hola, Alexander. Pues no sé, la verdad, no lo recuerdo. Oye, papá, ¿has visto a Enrique y a su familia?

No me prestó ni la más mínima atención. Apenas un segundo para contestarme y voltear el rostro, ese rostro impresionantemente bello cuya piel se había despojado de ese problema que tuvo con el acné hacía años, dando lugar a una tez perfectamente lisa y, a todas luces, sedosa y que daban ganas de acariciar.

Pensaba en ello cuando Elena llegó hasta nosotros.

—¿Qué te pasa? ¿Me presentas o qué?

—Claro, claro. Mira, ellos son Mario Galván, su esposa Sofía y sus hijas: Camila y Cloe. Y ella es Elena, mi novia.

Noté que, al mirar a Camila, hubo un gesto total de contrariedad en el rostro de Elena, quien tiró de mi mano enseguida.

La seguí, al notarla molesta.

—Apenas los has saludado, ¿pasa algo?

—Pasa que esa, la tal Camila, es la que me ha robado mi vestido, ¿te parece poco?

—¿Cómo que te lo ha robado? No veo a Camila con un puñal apuntándote para hacerse con un vestido.

—Claro que no. Ni a ella ni a nadie, menuda soy yo. Pero ese era el que quería y el que se habían llevado de la tienda al día siguiente. Mierda, es divino y luce mucho más que el mío.

—No digas eso, si estás deslumbrante, de verdad —traté de calmarla porque tenía un gran cabreo—. Además, que ella no será la protagonista de esta noche, sino tú.

—Bueno, que me nombren subdirectora me pone mucho, la verdad.

—E igual te cae alguna que otra sorpresita más.

—¿No me digas? Me ponen mucho las sorpresas —me comentó tirando de mi corbata y besándome en un rincón.

—Pues prepárate, porque esta noche no te faltarán.

En ese instante, se fue hacia mi madre, a quien quería darle las gracias por haberle recomendado la boutique de Daniela. Aparte, mi chica era muy larga y sabía que mi padre no comulgaba con ella y que mi madre era más neutra, de manera que trataba de ganársela.

Me di la vuelta de manera instintiva y vi cómo Camila Galván se acercaba a la familia de Enrique Sotomayor, el socio de su padre. E incluso recordé que Camila y Lucía eran muy amigas desde niñas. Lucía estaba preciosa también, con un vestido en color rosa muy llamativo, pero la verdadera impresión de la noche me la causó Camila por esa transformación que había sufrido. Y para bien, para muy bien.

En ese momento, mi padre se subió al escenario que habíamos preparado y en el cual, tras lo que tuviésemos que contarles a todos nuestros invitados, subirían también músicos para deleitarnos con sus letras. Eran diversas las propuestas y hasta cantarían los chicos de “Orión” ese grupo que me seguía poniendo los vellos de punta; el grupo del que Camila me regaló aquel CD antes de confesarme su amor juvenil.

Capítulo 9



Camila

Si Alexander supiera cómo se me habían removido las tripas al tenerle en mi presencia… Al menos, creía haber actuado tal como me aconsejó Daniela, que esa mujer tenía mucha vida recorrida.

En realidad, me llevaban los demonios y hasta me había puesto reloj, que era un complemento que no solía utilizar, para poder saber cuánto tiempo me restaba hasta poder marcharme.

Lo de que no me entusiasmasen los relojes tenía que ver con Alexander, que era muy aficionado a ellos. Y tras aquel fatídico día en el que todo mi mundo de adolescente saltó por los aires por su culpa, aparté de mi lado todo lo relacionado con él.

Pacté con mi padre que no permanecería en la fiesta más de un par de horas. Y muchas me parecían. En cuanto transcurrieran, me largaría de allí con Lucía, pasaríamos por casa a cambiarnos y nos iríamos de marcha con nuestros amigos.

Le había encontrado guapo, guapísimo… De joven ya lo era, pero esos diez años que pasaron le sentaron escandalosamente bien, pues su belleza morena y de profundos ojos verdes se había serenado en su armonioso rostro.

En cuanto a su cuerpo, ese había "esponjado", por decirlo de algún modo. Le encontré mucho más ancho y musculado. Si no hubiera sido porque le detestaba con toda mi alma, habría corrido el riesgo de salivar delante de él como un perrito ante su golosina preferida.

Por el contrario, apenas hice ademán alguno al mirarle a los ojos fijamente para darle a entender que ni me acordaba de cuánto tiempo hacía que no nos veíamos, como si se me hubiera olvidado el bochorno absoluto que sentí en una noche en la que me desenamoré de él de golpe. Por eso, pasé totalmente de que tuviera novia. Y eso que ella me miró como si estuviese jugando a los dardos con su cara, ¿qué mosca le había picado?

Y allí estaba, a punto de relevar a su padre, satisfecho y orgulloso. Y yo tenía que verlo, maldita suerte la mía.

Carlos Osorio, que tenía mucho don de gentes y estaba acostumbrado a hablar en público, tomó el micrófono.

Se le veía muy emocionado y comenzó por dar las gracias a su esposa, a sus hijos y a sus muchos empleados. A continuación, mencionó a sus amigos, comenzando por mi padre, a quien definió como "un hombre leal y honesto de los que merece la pena tener cerca" y siguió con otros nombres que tampoco quiso dejarse en el tintero.

Finalmente, y tras ser varias veces interrumpido por los muchos aplausos de los asistentes, anunció que era el momento de su despedida y que dejaba la consultoría en las mejores manos; en las de sus hijos.

Mencionó el hecho de que a Lucas no le gustaba figurar, y que aun así cumplía muy bien su labor, y que Alexander sí que tenía dotes de mando, por lo que le nombró el nuevo director y, en definitiva, el mandamás.

Nunca me imaginé que el día que me lo volviese a topar coincidiera con el de su triunfo en la vida. Alexander era la viva imagen de la felicidad y entonces, hizo por tomar la palabra, tratando de que su padre le diese el micrófono.

—No, hijo, un momento, por favor. Todavía no he terminado lo que tengo que decir…

—Papá, creo honestamente que ya has permanecido muchos años al frente —le soltó como en broma y todos se rieron —. Así que, si me cedes la palabra, me gustaría mencionar a una persona que se convertirá en mi aliada en la gestión de la consultoría y que, por tanto, quiero nombrar subdirectora —le comentó mientras miraba a esa novia suya que no cabía en sí de gozo.

—Hijo, eres impaciente y no te culpo por ello. Hay muchas cosas que heredaste de mí y la impaciencia es una de ellas. No quieras darme la patada tan pronto —le sonrió y desató las risas de todos—. Permíteme el honor de que sea yo quien nombre a esa persona, de la que has desvelado que es mujer, y cuyo nombre no es otro que Camila Galván.

Sentí que el cuerpo no me sujetaba en esos momentos, que me desvanecía y que la vida se me iba en unos segundos interminables en los que la gente aplaudía y yo creía que se trataba de una mala pasada de mi cabeza, trastornada por el indeseado encuentro con Alexander.

Claro, debía ser eso, ¿qué pesadilla peor que la de trabajar a su lado? Era eso, fijo.

No obstante, cuando le pedí a Lucía que me pellizcase y me dolió, me mosqueé. Y también, cuando mi padre me ofreció su brazo para ayudarme a caminar y luego a subir al escenario, comprendí que aquello era muy real.

Los pies me pesaban, todos aplaudían y yo hundía la mirada en la de mi padre en busca de una explicación.

—Todo esto tiene un porqué, Camila. Disfruta de tu momento. A partir de ahora, eres la subdirectora de la consultoría más importante de la ciudad.

—¿A santo de qué, papá?

—Ya hablaremos, ¿vale? Te prometo que lo entenderás todo.

—¿Tanta responsabilidad y a las órdenes de Alexander? Prefiero que derribes a martillazos mi vestidor, fíjate lo que te digo. Y eso que siempre he pensado que sería mi peor pesadilla.

—Nada de pesadillas, esto es un sueño.

—Un sueño que da mucho miedo, ¿cómo se llama a eso?

—Emoción, es la emoción la que te hace hablar así.

—Pues más bien siento que estoy muerta de miedo y de rabia, no veo mucha emoción en ello.

También fue rabia la que vi, y mucha, en la novia de Alexander. Me pareció escuchar que se llamaba Elena y me miró como si le hubiera robado. Y entonces farfulló algo que entendí a duras penas.

—Primero me robas el vestido y luego el puesto, ¿qué será lo próximo? Te juro que esto no se queda así.

—¿Qué dice esa, papá?

—Nada, es su envidia la que habla. Esperaba ser nombrada subdirectora.

—Ahora lo entiendo todo, menos lo del vestido.

—Hija, sube. Te están esperando.

Carlos Osorio me dio la mano mientras su hijo Alexander me miraba indignado. Le devolví la mirada doblemente indignada, pues tampoco me apetecía trabajar con él y encima era yo quien tenía motivos para odiarle. Y pensaba hacerlos valer, ¡¡eso no se quedaba así!!

Capítulo 10

Alexander

Si no fuera porque apreté tanto las manos que hasta daño me hice, hubiera pensado que aquello se trataba de una pesadilla.

¿En qué momento todo se fue al garete? ¿Cómo era posible que mi padre, ese hombre al que admiraba y quería, me hubiese traicionado de un modo tan vil?

Él sabía de mi intención de pedirle matrimonio a Elena esa misma noche…. La noche en la que antes, me disponía a servirle en bandeja de plata la subdirección de la consultoría.

Me sentía ninguneado y vilipendiado. Lo había jodido todo, ¿y por qué? ¿Quién era Camila Galván para ocupar el puesto que le correspondía a Elena? Esa cría acababa de terminar sus estudios, según me contó su propio padre, y carecía de la experiencia necesaria para asumir un puesto de suma responsabilidad que, además, ni le iba ni le venía.

Miraba a mi padre y también a ella, quien no parecía nada contenta. Encima, era lo que me faltaba. La niña consentida, esa enchufada, me miraba como ofendida, ¿de veras quería hacerme creer que no sabía aquello de antemano y que no lo estaba disfrutando? ¿Tanto me odiaba por no haber correspondido a su amor juvenil?

Por el amor del cielo. Si entonces era una cría… Y, además, una cría que no me atraía en absoluto. Nada hubiera cambiado si me hubiese atraído, también lo digo, porque no me considero ningún asalta cunas, pero encima es que no me gustaba en lo más mínimo. Y, de pronto, aparecía en mi vida como para vengarse y sacándome los dientes, ¿qué sentido tenía eso? Y mi padre, ¿cómo se había prestado a ese juego?

Lo peor era tener que mirarle a la cara a Elena quien, en el colmo del cabreo, no pudo soportar verla subir a mi lado en el escenario y, tras dedicarme la más reprobatoria de las miradas, giró sobre sus talones y se perdió entre la gente.

Mi único deseo era salir corriendo detrás de ella. Y estaba dispuesto a hacerlo cuando mi padre se interpuso en mi camino.

—Por favor, Alexander, di algo, que se note que eres el nuevo director de la consultoría.

—Pues nada, ¿qué decir? Que siempre has sido muy de tomar decisiones tú, papá —solté junto con una sonrisa, conteniendo mi rabia porque no era plan de airear los trapos sucios de la familia en público.

—Sé que me entiendes, pues también eres un hombre muy visceral. Y ahora, os quiero presentar a todos a Camila Galván, una joven sobradamente preparada para…

Cada una de las palabras que le dedicaba a aquella chica, que vino a ocupar el puesto que Elena se había ganado a pulso, se me clavaba en el corazón como un dardo envenado.

En cuanto terminó de hablar, bajé del escenario y me fui a buscar a quien estaba fumando un cigarrillo lejos del público, visiblemente alterada.

—Cariño, por favor, tienes que escucharme.

—¿A ti? Salvo que vengas a contarme que vas a echarla a patadas de inmediato, no me dirijas la palabra.

—Te prometo que hablaré con mi padre. No entiendo lo que ha pasado. Le conté que pensaba nombrarte subdirectora.

—¿Y no lo entiendes? A ver si vas a ser idiota al final. En cuanto se enteró, lo ha boicoteado y seguro que está por blindar el contrato de esa niñata. Te dije que siempre ha preferido para ti a una de las hijas de sus amigos, a una pija de esas, pero se ha pasado…

—Lo sé y te prometo que le pediré explicaciones de inmediato. El primero que está jodido soy yo.

—No, la primera jodida soy yo, que no se te olvide. Tu padre ha pasado de mí como de la mierda y no veo que le hayas contradicho en público.

—Hubiera sido un escándalo, entiéndelo.

—No entiendo nada, ¿y sabes por qué? Porque me ha pasado por alto, porque se ha reído de mí y porque ha conseguido echarme de tu lado, que es lo que pretende desde el primer día.

—Eso no es así…

—¿No lo es? Pues has dejado que se salga con la suya. Si estuviera en tu lugar, cogería a ese viejo hipócrita y le pondría en su sitio.

—Elena, yo te amo. Te amo con todas mis fuerzas. De hecho, quiero que veas algo —le dije echándome mano a la chaqueta.

—Y exactamente, ¿qué es lo que quieres que vea? Porque creo haber visto bastante ya.

—Esto, míralo, por favor —le dije sacando el anillo de su caja.

—¿Ibas a pedirme matrimonio? ¿Esta noche?

—Sí, justo después de nombrarte subdirectora. Las cosas no han salido como pensaba, pero al menos esto quiero hacerlo bien —le comenté.

—¿Hacerlo bien? Si esa va a ocupar el puesto que habías reservado para mí, mejor no quieras saber por dónde puedes meterte ese puto anillo.

—Elena, por favor, entiendo tu cabreo. Pero tú también tienes que ponerte en mi lugar. Quiero que seas mi esposa, de lo otro ya iremos hablando.

—Serás cabrón, ¡¡vete a la mierda, Alexander!! ¡¡Hemos terminado!!

—No puedes estar hablando en serio —le dije mientras veía cómo se contoneaba delante de mí y se marchaba de mi lado, dándome la espalda y sacando su dedo corazón a pasear, en un gesto de lo más grosero.

—Sí puede, hijo —le escuché decir en ese instante a mi padre.

Ella también se volvió entonces con la clara intención de encararse con él.

—¿Serás indeseable? ¿Nos estabas espiando?

—No, solo he llegado a tiempo de escuchar tus últimas y obscenas palabras. Si estoy aquí es para explicarle a Alexander mis razones para actuar como lo he hecho.

—Pues explícate, papá.

—Eso, explícate, ¡¡maldito cabrón!!

—Elena, no te consiento que le hables así a mi padre, ¡¡ya está bien!! Que no esté de acuerdo con su decisión no lo justifica todo.

—¿Y crees que me importa lo que me consientas o me dejes de consentir? Te he dicho que hemos terminado y a este —se dirigió a mi padre —, a este le pienso cantar las cuarenta.

No la conocía en ese momento. Siempre tuvo una lengua afilada, pero se estaba pasando. De acuerdo con que mi padre no actuó como esperábamos, pero eso no justificaba que lo insultase ni que se enfrentase a él con la violencia que lo estaba haciendo.

—No, no lo harás. Ya está bien.

—Deja que se desahogue, hijo, no hay problema. Elena tiene mucho que purgar y a partir de ahora las cosas se le complicarán.

—¿Qué dices tú? —le preguntó de lo más airada.

—Papá, no entiendo de lo que hablas.

—Del negocio con los chinos, hijo, de eso te hablo.

—¿Qué pasa con eso, papá?

—Que Elena nos la ha jugado. Siempre he sospechado que no era trigo limpio, así que desde hace un tiempo hago que se revise con lupa todo aquello en lo que interviene.

—¿Cómo? ¿Que me estás espiando? Yo a ti te cruzo la cara.

Tuve que sujetarle las manos. Ella estaba histérica y a punto de hacer realidad sus amenazas.

—Sí. Y suerte que lo hice. Esa chica china, Mei, trabaja para ti. Le diste precisas instrucciones de lo que debía traducirles, Elena. Sacabas una sustanciosa tajada para ti. Y no ha sido la única. Nos llevas robando desde que entraste en la empresa. Se te da genial sisar. Primero fueron pequeñas cantidades y, poco a poco, has ido a más. Si estás con mi hijo es porque te conviene, no porque le quieras. Tú solo te acercaste a Alexander para poder robarnos impunemente. Que sepas que he hablado con la Policía y me han dado referencias. No es la primera vez que un jefe tuyo termina escaldado. No es cierto nada de lo que nos contaste al entrar a trabajar. Ni siquiera eres huérfana. Tus padres viven en un pueblo, nunca los consideraste dignos de tu ambición porque son gente humilde. Los trataste a puntapiés hasta que rompiste relaciones con ellos.

—¿Todo eso es verdad, Elena?

—¿Y a ti qué mierda te importa? Y lo de los robos, no lo podéis demostrar. Y el contrato está firmado, me llevaré mi tajada queráis o no —nos amenazó de lo más digna.

—Siento decirte que el contrato será rescindido. Hace ya un tiempo que puse el caso en conocimiento de mi amigo Mario Galván, a quien se lo hice llegar el mismo día que se firmó, y ha encontrado un defecto de forma que lo llevará directamente a la papelera.

—¿Mario Galván? ¿El padre de esa niñata?

—Así es. Mario es mi amigo de siempre. De no ser por él, hubiéramos salido muy mal parados en este asunto. Se trata de un negocio millonario y hubiéramos perdido muchísimo dinero.

—Y a cambio le has prometido el puesto de subdirectora para su hija —murmuré.

—Sí, ya hablaremos de eso.

—Os voy a buscar la ruina, os lo juro, ¡¡que todavía sigo aquí!!

—Por unos segundos solo. Daré orden de que te saquen ahora mismo de esta casa. Elena. Y si

tratas de volver a ponerte en contacto con alguno de nosotros, te juro que te denunciaré yo mismo a la Policía —le aseguré con toda la contundencia.

Me había quedado totalmente abatido. Ella salió corriendo, mientras maldecía, y con el anillo en la mano, porque finalmente se quedó con él.

Ya me daba lo mismo. Era lo último que esa ladrona nos robaba. Lo peor del asunto no era lo que nos hubiese quitado a nivel material, sino que con ella se llevaba infinidad de mis sueños.

—Lo siento, hijo.

—Papá, ¿tú ya sabías esto cuando te dije que le pediría matrimonio esta noche?

—No, ya estaba con la mosca detrás de la oreja y con Mario Galván haciendo todas las pesquisas al respecto. Pero hasta esta mañana no he tenido la confirmación.

—De todos modos, no creo que contratar a esa chica como subdirectora sea la mejor de las ideas.

—Créeme que su currículum es más que brillante. Le debo a Mario una muy gorda y que sepas que él no me lo pidió. Hace unos días que barajaba esa idea, aunque se la he propuesto hace unas horas también. Igualmente, su hermana Cloe entrará a trabajar para nosotros en el departamento de marketing.

—¿También su hermana menor? ¿Alguien más lo hará?

—Pues mira, sí. También Lucía Sotomayor, la hija de Enrique. Ella nos será muy útil porque, además de sus conocimientos en Finanzas, que la llevarán a ser una estupenda asesora, domina el chino y sustituirá a Mei, que también se larga, como comprenderás.

—Yo soy el primer sorprendido por lo de Elena y lo siento cantidad, pero todo esto es un despropósito.

—Entiendo que te cueste encajarlo porque acaba de suceder. A mí también me costaría. En cualquier caso, es mi última decisión al frente de la consultoría y no es discutible. No te queda otra que acatarla, Alexander.

—Esto pinta mal, pero que muy mal, ¿has visto cómo me ha mirado Camila al subir al escenario? Si parecía que la llevaban al matadero en vez de estar ofreciéndole un puesto top en la mejor consultoría de la ciudad.

—Si hay diferencias entre vosotros, por tonterías del pasado, te sobran años y experiencia para arreglarlas, hijo. Esa es mi última palabra.

Capítulo 11



Camila

Me había quedado totalmente loca, no existe ninguna otra palabra que pueda definir mejor lo que me estaba sucediendo.

Miré a mi padre, quien no pareció darle ninguna importancia al cabreo monumental que se dejaba ver en mi asombradísimo rostro.

—Bueno, Camila, si ya quieres irte de marcha con Lucía, no hay problema. Ahora que lo sabes, tienes mucho que celebrar.

—Papá, ¿te estás escuchando? ¿No tienes nada que decirme?

—Claro que sí hija. Perdona, tengo que darte la enhorabuena.

—No, no, no me salgas por la vía de Tarifa, ¿esto a qué ha venido?

—Pues a que se me ha presentado una maravillosa oportunidad y la he aceptado.

—¡¡Pero que eso es cosa mía!!

—Y mía, porque no te olvides de que he hecho una gran inversión en tus estudios durante estos años. Y digo yo que algo podré decir al respecto. De todos modos, si no quieres aprovecharla, renuncia al puesto. No puedo obligarte a que trabajes en la consultoría de Carlos. Lo único que te pido es que lo valores, porque oportunidades así no se presentan todos los días. Ha confiado mucho en tus posibilidades para ofrecerte un cargo tan alto de buenas a primeras.

—Y eso, ¿por qué ha sido?

—Digamos que me está agradecido, pero si no hubieras tenido un currículum que te avalase para el puesto, el agradecimiento no habría servido para nada. Eso también te lo digo. Igualmente existe un puesto para Lucía y para Cloe, no del mismo nivel, pero estarán muy bien. Pensadlo todas, por favor.

—Y esto tú, ¿desde cuándo lo sabes? ¿Es lo que estabas tramando?

—Se me había pasado por la cabeza la posibilidad de pedirle a Carlos que te metiera en su empresa, sí, igual que a las demás. Pero hasta esta mañana no ha llegado la propuesta por su parte, ya que finalmente ha sido él quien ha tomado la iniciativa.

—Ya, porque te debe una, ¿y puedo saber de qué estilo?

—Es confidencial, hija.

—No voy a coger una bocina y soltarlo aquí en medio, a bombo y platillo.

—Elena Espinosa, la novia de Alexander, les estaba robando.

—¿La que casi me coge por los pelos antes?

—Esa misma. Alexander planeaba pedirle matrimonio esta misma noche, pero creo que después de esto, va a tener que tragarse el anillo de compromiso, junto con su orgullo.

—¿No es esa que va por ahí corriendo?

—Ah, mira, pues es cierto. La misma. Parece el Correcaminos. Definitivamente, no hay anuncio de boda.

Se acercó a mi madre y me fui hacia Lucía y Cloe.

—Pero si es la nueva subdirectora de la consultoría de Carlos Osorio, ¿tenemos que hacerte una reverencio?

—Menos cachondeo, Lucía. Y que sepas que también estás contratada.

—¿Eso lo has decidido tú? Pero si todavía no has ocupado el puesto.

—No, eso forma parte del chanchullo entre nuestros padres y Carlos Osorio.

—Yo me parto, es que me parto —rio Cloe.

—Pues no te partas tanto y ve comprándote ropa de trabajo, que para ti también hay.

—Para mí, ¿ahora en verano? Si, además, me queda un curso de máster aún —se le cortó la risa de golpe.

—Pues tendrás que simultanearlo, ¿no es semipresencial? Pues eso…

—No entiendo nada de lo que está pasando.

—Tampoco yo lo entendía, Lucía. Chicas, esto no puede salir de aquí, ¿vale?

—¿Y cuándo ha salido algo de lo que hablemos entre nosotras?

—Es que resulta que Elena, la novia de Alexander, iba a ser la subdirectora. Y han descubierto que les está robando.

—¡¡Qué fuerte!! —exclamaron al unísono.

—Y Alexander, encima, planeaba pedirle matrimonio esta noche. Su padre no le ha dicho nada hasta darme a mí el cargo y…

—¿Y en qué queda todo esto?

—En que ella va para fuera a la velocidad de la luz, corriendo.

—Lo han dejado, claro.

—Eso parece. Y no os voy a decir que lo sienta, porque ese capullo se lo merece todo.

—Ya, ha sido el karma, ¿no? Él te jodió a ti y ahora…

—Ahora está jodido.

—O sea, que aceptas el puesto.

—No me queda otra. Si no lo hago, lo lamentaré de por vida. Si en algo tiene razón nuestro padre —miré a Cloe—, es en que se trata de una oportunidad única.

—Eso es verdad. Pues no te preocupes, que no te dejaremos sola. Es más, ¿por qué no hacemos algo?

—¿En qué estás pensando, Cloe?

—En que unamos fuerzas para joder a ese capullo. Le haremos la vida imposible entre las tres. Y como parece haber un pacto de antemano, no podrá echarnos.

—Mal no suena —sonrió maliciosa Lucía.

—No, la verdad es que no. Parece que, al final, hasta puede ser divertido.

—Mirad, por ahí viene Alexander. Y trae la cara de un muerto.

—Pues nada, ya sabéis… A la de tres, nos echamos a reír a carcajadas, para demostrarle toda la felicidad del mundo. Una, dos y…

Reímos de una manera explosiva a su paso por nuestro lado. Él nos miró incómodo. Iba a paso rápido, parecía desfilar. Y salió de la fiesta cagando leches. No se produjo ningún intercambio de palabras entre ambos. Tan solo uno de miradas en el que le reté.

Capítulo 12



Alexander

Iba a paso ligero hacia fuera. Tenía mucho que asimilar en mi cabeza.

En una sola noche, mi vida dio un giro bestial de 180 grados. La mujer con la que vivía y con la que compartía sueños, se había esfumado. De hecho, nunca había existido.

Bastó con que mi padre le pusiera las cartas encima de la mesa. Entonces saltó como un resorte y dio su verdadera cara. Siempre mantuve que Elena tenía algo distinto a las demás, algo que me había enganchado.

Me sentía muy estúpido. Pese a mi dilatada experiencia con las mujeres, me había dejado engatusar por una delincuente profesional que jugó conmigo desde el primer día. Por eso me había enganchado, porque nada en su comportamiento fue fortuito desde el principio, porque todo respondía a un plan perfectamente organizado por su parte.

La ira y la rabia que sentía se mezclaron con la decepción total. Tenía que seguir adelante sin ella. Le haría llegar sus cosas al día siguiente y cerraría para los restos una etapa de mi vida de la que debía olvidarme cuanto antes.

El golpe me ayudaría a hacerlo. A ninguno nos gusta que se rían de nosotros y Elena lo había hecho. Ni siquiera me contó la verdad sobre su familia, lo cual indicaba a las claras que jamás tuvo ninguna intención de quedarse a mi lado, que solo fui para ella un ave de paso a la que desplumar.

Me dolía, me dolía una barbaridad cuanto estaba sucediendo. Lucas se me cruzó cuando iba a entrar en mi coche.

—¿Qué ha pasado, Alexander? ¿De qué va esto? Pensé que Elena…

—Elena nos ha engañado a todos. Salvo a papá —carraspeé.

—¿De qué me hablas?

—De que es una ladrona profesional y de que me ha jodido la vida.

—Lo siento, qué puta locura, ¿no?

—Pues imagínate.

—La buena noticia es que vuelves a estar soltero, ¿nos vamos de marcha tú y yo?

—Qué peligro tienes, hermano.

—¿Me vas a decir que no es lo que te pide el cuerpo?

—¿Emborracharme hasta perder el conocimiento? Pues mira, sí, es lo que me pide.

—Deja el coche, pidamos un taxi entonces.

—Tienes toda la razón.

Me marché con él. Hacía mucho que no salía con Lucas. Si lo pensaba bien, mi relación con Elena había sido muy tóxica en el sentido de que desde el minuto cero trató de acapararme y de que hiciéramos planes solos.

Cuando estás tan enamorado de alguien como yo lo estaba de ella, no es demasiado complicado entrar en ese juego perverso, pues siempre me hizo ver que era en mi compañía y solo en la mía en la que le gustaba estar. Salvo en contadas ocasiones, como en esa tarde en la que habíamos cerrado el negocio con los chinos y supuestamente salió a celebrarlo con sus amigas.

Mentira podrida porque apenas si conocía a ninguna de ellas. Esa ladrona no tenía amigas, su única amiga era la ambición. De pronto me casaban muchas cosas, como esas pocas ganas de presentármelas. De vez en cuando, mencionaba a alguna… Viles excusas.

Seguro que se reunió con Mei, que era su cómplice, y ultimaron los detalles de cómo hacerse con la comisión. En resumidas cuentas, que ya era agua pasada.

Le debía mucho a Mario Galván. De no ser por él, mi gestión hubiera sido nefasta. Y eso me dolía muchísimo también, pues llevaba a gala ser un buen empresario y Elena supo engatusarme para firmar un acuerdo que nos hubiera perjudicado mucho, muchísimo.

Además, que mi padre me había confirmado que su hija Camila tampoco estaba al tanto de nada y que su sorpresa por el nombramiento era tan mayúscula como la mía. Entonces, ¿a qué venía lo mal que me miró en el escenario? ¿Seguía emperrada en hacerme pagar por cuando no le hice caso de adolescente? Era lo que me faltaba, una especie de *vendetta* juvenil de mi nueva subdirectora en el crucial momento en el que me tocaba asumir el mando de la consultoría.

Lucas y yo nos hartamos de copas porque yo ganas de bailar no tenía, pero de beber las tenía todas.

—¿Y dices que Cloe también trabajará con nosotros? Me mola mucho esa chica.

—Aguanta el genio y no empecemos a liar las cosas. A ti todas te molan para lo que te molan: cama y punto. Y bastante liadas están ya como para que las compliquemos más. Camila me odia.

—Ya se le pasará. Tampoco le hiciste nada malo, ¿no? Fue la vergüenza que sintió, ya está.

—Que no fue poca. Y no, no recuerdo haberle hecho nada más.

—Pues menos mal, ya que si por eso te quiere matar… Menudo plan que tenemos. Papá, con lo listo que es, ¿no ha calibrado todo esto?

—Le está muy agradecido a Mario, quien va a lograr que se rescinda el contrato con los chinos. Lo demás quiere que lo solucionemos nosotros.

—Pues nada. Tú contrata un mediador, como los de las pelis de polis, y a ver si tienes suerte.

—Espero que esa chica, Camila, comprenda que ya tengo bastantes problemas.

—Alexander, al final no te has quedado ni a escuchar tu grupo favorito. Y eso que su actuación ha costado una pasta.

—Esta noche no estoy para nada que no sea beber. Tengo que volver a mi casa y darme de bruces con la realidad: todo lo que ha rodeado a Elena es una farsa.

—Pasa de ella y concéntrate en poner paz en la consultoría porque, si no, me veo llamando a los cascos azules.

—No será para tanto. A esa chica se le pasará o eso espero.

—Eso espero yo también porque son tres y, si no, mejor será que vayamos revisando el seguro antiincendios.

—¿Las ves capaces de prenderle fuego a la consultoría?

—Yo no lo sé, pero a mí Cloe me pone a arder con solo verla, qué quieres que te diga.

Hicimos bien en ir y volver en taxi, porque no tengo ni un solo recuerdo del momento en el que regresé a casa y me metí en la cama. Solo sé que me desperté en la soledad de un ático que no era el mismo sin la alegría que sentí en los últimos tiempos.

Capítulo 13



Camila

Lunes y se nos acabó a todas el chollo de pensar que ese iba a ser un verano sabático. Nos tocaba dar el callo como a las que más.

—Flipo contigo, ¿dónde están tus *jeans wide leg* y tus Converse? —me preguntó cuando me vio pasar a recogerla en taxi mi amiga. Cloe iba a mi lado.

—Sus tiempos de universidad pasaron. Ahora es toda una subdirectora, no olvides acuclillarte delante de ella —se mofó mi hermana.

—Es que así no puedo ir a trabajar, idiotas.

—Pues con esa falda de tubo y esos tacones, por mi madre que te pareces a esa fiscal mulata que salía en la serie "El abogado del Lincoln", ¿la recuerdas?

—Ay, sí, la que veíamos en Netflix. Menudo estilo. Andrea Freeman, ¿no? Era una fiscal despiadada.

—Pues como tú, que no le vas a dar tregua a Alexander.

—Exacto. Y a Andrea no la ganaba nadie.

—Lo mismo te digo. Ese se da por vencido cuando menos te lo esperes, porque le vas a golpear hasta en el cielo de la boca.

—En realidad, ¿vamos a trabajar o a boxear, chicas? —nos preguntó Cloe.

—Un poco a todo, cariño. Y tú igual a ligar también. No te basta con tener a mi hermano Kike babeando por ti sino que tienes a Lucas Osorio loquito.

—¿A ese? Está bueno, ¿eh? Pero solo por ser el hermano de Alexander, lo pienso meter en el mismo saco.

—Di que sí, y luego le hacemos un nudo y los tiramos a los dos a un río —les dije emocionada—. Vale, vale, que me he pasado un poco. Ya lo capto, no hace falta que me miréis así, niñas.

Llegamos y nos encontramos con Amanda, una recepcionista de lo más simpática, aunque un tanto despistada.

—Hola, chicas, ¿habéis pedido hora? —nos preguntó.

—No, es que resulta que venimos a ver a Alexander Osorio.

—¿Al jefe? Pues vais listas… Ahora es el CEO y tiene lista de espera para verle hasta el 2030 más o menos, ¿os puedo ayudar en algo?

—Mira, bonita, ¿tú cómo te llamas?

—Amanda, y gracias por lo de bonita. Es que vengo ideal hoy, ¿verdad? Me he cambiado las mechas, ahora me he puesto unas *babylights,* que son las que lleva la Princesa Leonor, porque yo también lo valgo aunque no sea *royal*, ¿no tenemos nosotras que empoderarnos solitas?

—Claro que sí, mona. Mira yo soy Lucía, esta es Cloe y aquí mi amiga es Camila Galván, la nueva subdirectora, así que ella ya viene lo suficientemente empoderada.

—¿Camila Galván? Ay, si aquí no se habla de otra cosa… Yo es que no pude asistir a la fiesta porque me surgió un tema importante de última hora. Vaya, un vecino que vino a pedirme sal y en realidad resultó ser de lo más saleroso y terminamos echando un polvo… Total, que me quedé despatarrada y… Perdonad, me dicen que hablo por los codos. Ahora mismo llamo a Alexander.

Salió corriendo y eso que llevaba unos buenos zapatos de tacón también, igual que yo, que me había calzado los más altos que tenía junto con mi falda de tubo y esa camisa que era elegancia pura, sin mangas y en radiante blanco, contrastando con el beige de la falda.

El *outfit* me lo recomendó mi madre, quien estaba encantada con mi nombramiento y se había ofrecido a ser mi estilista.

Cierto que no estaba acostumbrada a lucir un modelo así, pero tenía que reconocer que lucía como un pincel y que le iba genial al cargo.

Alexander venía por el pasillo junto con Lucas. Ambos con la intención de darnos la bienvenida. Le vi avanzar en son de paz. No traía demasiada buena cara.

—Este lleva dos noches sin dormir, te lo digo yo —murmuró mi amiga.

—Buenos días, me alegra que ya estéis aquí —nos saludó.

—Y a mí también me alegra. Y mucho —le sonrió Lucas a mi hermana.

—Al grano, por favor. ¿Cuáles son nuestros despachos?

—Pues bien, si os parece, podemos dividirnos. Lucas, ¿te llevas tú a Cloe y a Lucía?

—A mí no me hace falta que me lleven a ninguna parte, que tengo dos piernas y bien bonitas —le contestó mi amiga.

—No he pretendido decir eso, disculpa. Camila, ¿te vienes conmigo?

—No, tú te vienes conmigo, mejor dicho. Eso sí, indícame el camino.

—Como quieras —resopló entendiendo que muy fácil no se lo pensaba poner.

Me condujo hacia la última planta del edificio, donde estaban situados los mejores despachos. Él ya ocupaba el de su padre, que sin duda era el más amplio y que estaba separado del mío por una impresionante sala de reuniones con una mesa gigante.

—Y ahora, veamos el tuyo —carraspeó, abriendo la puerta—. Por cierto, que está reformado de hace poco.

Entré y, ciertamente, era una virguería. No tan amplio como el suyo, pero lo suficiente para jugar una partida de tenis dentro, con una decoración minimalista y depurada en tonos blancos y neutros, así como con una pincelada de color proveniente de unas cuidadas plantas naturales.

—No está mal, me vale —le contesté, pensando para mí que era la leche.

—¿No está mal y ya?

—No está mal. Y ya, no. a partir de ahora, mi despacho es mi refugio. En él quiero sentirme a salvo de alimañas como tú, de manera que te prohíbo el paso.

—Pero eso es absurdo, no puedes hacerlo.

—¿De verdad no puedo? Pues, si lo prefieres, pido una orden de alejamiento. Tú verás…

—Por favor, Camila, vamos a ser compañeros de trabajo. Solo te pido un poco de sensatez.

—Y lo sensato es eso: que tú por tu lado y yo por el mío. Si no quieres que te arañe como un gato, claro.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Te lo iba a preguntar yo a ti, ¿con quién me pongo de acuerdo para que me dé las instrucciones de trabajo?

—Conmigo, tenemos que ir de la mano.

—¿De la mano? Qué más quisieras…

—Me has entendido. Por favor, no me lo pongas más difícil.

—Y tú no te hagas la víctima que no me da ninguna pena.

—No es lo que pretendía, ¿cómo se supone que nos pondremos de acuerdo si no puedo dirigirme a ti?

—No sé, a través de una intérprete quizás. Tengo entendido que Lucía nos servirá, entre otras cosas, como intérprete de chino. Prueba si te entiende lo que sea que hablas, porque está claro que tú y yo no debemos hablar el mismo idioma.

—Vuelvo a lo mismo, necesito preguntarte algo, ¿de verdad te dolió tanto que no te tomara en serio hace diez años?

—¿No tomarme en serio? ¿Eso fue lo que hiciste?

—¿Y qué más pude hacer? Que yo sepa, traté de ser cariñoso. Eras una cría, Camila.

—Ya, y tú un santo, no hiciste nada más.

—Que yo recuerde, no.

—Qué oportuna es la amnesia esa que nos entra cuando no queremos acordarnos de algo.

—¿Y por qué no me refrescas tú la memoria?

—Espera un momento, que voy a hacerlo.

Sin más, me fui hacia un pequeño minibar que había en el despacho, pues ya digo que era una cucada total, y cogí un botellín de agua.

Él debió pensar que iba a dar un trago, pero en cuanto le quité el tapón, me empiné, pues incluso con tacones me sacaba un buen trozo, y se le eché por encima de la cabeza.

Se quedó frío y nunca mejor dicho, porque el botellín estaba helado.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—No seas incoherente. Me has dicho que te refrescara la memoria. Pues ya estás fresquito.

Capítulo 14



Alexander

Salí echando humo de su despacho y eso que la cabeza la llevaba bien fresquita, ¿es que le faltaba un tornillo?

Me propuse empezar con ella con el mejor pie. A fin de cuentas, tampoco Camila tenía la culpa de que mi padre la hubiese colocado en un puesto del que dudaba que estuviese a la altura.

Sin embargo, cualquier intento por mi parte era vetado por ella, dándome un zasca de categoría. Y hasta había tenido la insolencia de ponerme chorreando.

Me metí en mi despacho y me sequé. No me lo iba a poner fácil y no estaba para esas tonterías. Lo que me hizo Elena me había dejado muy jodido. Me sentía engañado en todos los sentidos y eso escuece.

Comencé a tratar unos asuntos y al poco llegó Lucas, encantado de la vida.

—¿Se puede?

—Mira si puedes, sí. Siéntate.
—¿Qué te ha pasado en el pelo? ¿Ahora llevas gomina?

—No. Digamos que a Camila se le ha caído una botella de agua justo encima de mi cabeza.

—Una chica con carácter, cómo me mola. Cloe es igual, se le nota.

—Te he advertido que no te líes con esa chica. Hazme caso.

—¿Qué hay de malo en combinar trabajo con un poco de diversión?

—Pues que no es una buena combinación, aunque suelas recurrir mucho a ella.

—Tú lo hiciste con Elena.

—No compares. Yo me enamoré de ella y hasta quise casarme, ¿eso entra en tus planes?

—Joder, ya me has revuelto el estómago.

—Pues eso.

—Las chicas están encantadas con sus despachos. ¿Camila también?

—Creo que Camila solo estaría encantada si me arrollase un tren.

—No exageres. Se ve que te tiene cierta inquina, ya se le pasará.

—De momento, me ha amenazado con ponerme una orden de alejamiento.

—¡¡No me jodas!! Estas chicas son totales, me encantan.

—Sí que eres optimista, sí.

—Oye, les he comentado que hablen con el departamento de nóminas por lo del tema de sus sueldos y demás.

—Bien.

—Y queda lo del coche.

—¿Qué es lo del coche?

—Para Camila, ¿lo recuerdas? Hay un coche asignado a la subdirección. En este caso, está sin estrenar.

—Es cierto, sí. Habrá que comentárselo, ¿algo más?

—Que te tomes conmigo un café.

—No tengo tiempo, Lucas, en serio.

—Te vendrá bien, hazme caso.

—Mira que eres insistente.

—¿Y por qué crees que ligo si no muchas veces?

—No te hace falta eso. Con tu planta y tu labia te las llevas a todas de calle.

—Mira quién fue a hablar. Tienes que ponerte de nuevo en el mercado.

—Ni de coña, paso.

Nos sentamos en la cafetería y allí estaba Claudia, mi secretaria. Por mucho que no quisiera, me recordaba que Elena comenzó en ese puesto conmigo.

Lucas me lo debió leer en la cara.

—¿Tuviste que verla ayer para llevarse sus cosas?

—No, mandó a alguien de una empresa para que se encargase de todo. No quiso dar la cara.

—Pues mejor así, que hubiera sido muy violento.

—Desde luego, porque capaz era de querer arañarme y todo, aunque con eso también me acaba de amenazar Camila.

—Menudo éxito que tienes, ¿eh? Todas quieren meterte mano.

—Ya. No trates de animarme porque no hay posibilidad humana de que eso ocurra. Estoy jodido porque tampoco pensé nunca que asumiría la dirección con tantos cambios.

—Renovarse o morir, aunque tú ya tienes cara de muerto. ¿Organizo esta noche una fiesta en tu ático?

—Lo que me faltaba…

Una cosa de las que me había rayado mucho fue la coincidencia entre el look que solía utilizar Elena y ese con el que apareció Camila: falda de tubo estrecha, zapato de tacón alto…

Cuando estás susceptible, todo te afecta más. Creí que Elena era la elegancia personificada y de pronto me encontraba con una Camila que se adaptaba como un guante a la imagen que debía dar en el puesto. Otra cosa sería que supiera hacerse con él.

Eso sí, la realidad me enseñó que en el caso de Elena tal elegancia era fingida, porque esa chica me demostró ser una bajuna de mucho cuidado cuando se vio desenmascarada. Y todo eso me hacía sentir mal.

A ninguno nos gusta que nos engañen, pero si ocurre cuando creemos que ya nos las sabemos todas, todavía nos sentimos más imbéciles.

Capítulo 15



Camila

Me jodía una barbaridad que ni siquiera se acordase de lo que hizo, ¿no podía sospechar que le escuché mofándose de mi declaración con sus amigos?

No, no podía… Para él fue un comentario absurdo, uno que a mí me rompió el corazón. Qué distintas son las percepciones desde un punto y desde otro.

Desde entonces no había dejado de odiarle y trabajar con él no cambiaría las cosas. Se trataba de la guerra, pensaba plantarle cara. Y a las chicas las tenía de mi lado.

De pronto llamaron a la puerta y pensé que era él.

—Mañana pongo el cartel de prohibido el paso, te lo prometo —le dije mientras seguía inspeccionando el primer trabajo que debía acometer. Antes de salir de mi despacho, me dio unas explicaciones rápidas porque no le permití explayarse.

—Perdona, ¿cómo dice? Soy Brenda, su secretaria.

Me quedé cortada y le dije que pasara. Aquella pelirroja con cara de simpática debía tener más o menos mi edad y lo hizo.

—Hola, mi nombres es Camila Galván —me levanté a darle dos besos.

—Claro, la conozco de la fiesta. Qué momentazo, causó furor… Todos pensamos que la elegida sería Elena.

—Lo sé, lo sé. Oye, tutéame, que tengo tus años y que bastante descolocada estoy ya con todo esto, ¿Tú me puedes ayudar?

—Para eso estoy, ¿me puedo sentar?

—Estás en tu casa.

—Eso quisiera, mi apartamento cabe entero en este despacho, ¿sabes? En esta ciudad los precios se han disparado.

—Eso me han dicho. Es que todavía vivo con mis padres.

—Pues ahorra mientras puedas, que como pretendas comprar no veas. Yo estoy de alquiler y me sacan los ojos.

—¿Llevas mucho tiempo aquí, Brenda?

—No, solo dos meses, pero ya me conozco todos los entresijos de la consultoría. No me tomes por una chismosa, que tampoco es eso, solo que una tiene oídos.

—¿Y qué se escucha por ahí?

—Pues que la gente está abriendo botellas de champán en sus despachos, brindando por la marcha de Elena. Nadie la podía ver, ¿tú sabes lo que ha pasado con ella?

—Digamos que es *top secret*, pero que no la volveréis a ver por aquí.

—¿Y también ha roto con el jefe? Eso no es de mi incumbencia, pero vamos.

—Ni de la mía, paso de hablar de nada que concierna a ese.

—¿Alexander no te cae bien? Si es buen tipo, nunca nos trató mal. Elena sí, ella iba de subidita total y nos hablaba como si fuese la reina y nosotros sus vasallos. Le faltaba solo clavarnos el tacón, vaya.

—Bueno, digamos que a mí él tampoco me cae demasiado bien. Vamos a dejarlo ahí.

—Ya, es que vuestras familias se conocen de siempre, ¿no es así?

—Justo así.

—Es que también se rumorea por ahí. Que yo no quiero llevar y traer, ¿eh? Es solo que resulta que la gente está un poco asombrada con tu nombramiento. No a malas, simplemente que no lo esperaban.

—Ya, porque nadie me conoce. Espero no caerles mal.

—Claro que no, si eres guay. Oye, ¿por dónde comenzamos?

—Quiero que me lleves a los archivos, me gustaría saber cómo está organizado todo el trabajo desde abajo.

—Claro. De todas maneras, cada expediente está en papel y también digitalizado. Mira, tienes que abrir esta carpeta de aquí y…

Me estuvo poniendo al día de muchas cuestiones. Un rato después, cuando me volví a quedar a solas, llegaron las chicas.

—Guauuu, qué pasada de despacho. Y decimos que los nuestros están bien, Cloe.

—A mí me cae uno así y me muero. Me pongo a grabar historias y me paso el día subiéndolas a las redes.

—Para historias las vuestras. O más bien para cuentos, ¿qué hacéis aquí?

—Hemos venido a verte.

—Pues ya me habéis visto. Y ahora, ¡¡a trabajar!!

—Lucía, que se le ha subido el cargo a la cabeza, ¿tú la oyes?

—Sí, sí, Cloe… No veas.

—Que no es eso. Es que quiero hacerme con este jodido sistema cuanto antes, que de sencillo no tiene nada. Menos mal que cuento con Brenda, que si no…

—¿Y quién es Brenda?

—Ah, pues es mi secretaria.

—Qué nivel…

—Menos coñas que yo no la he pedido. Está adscrita al puesto y ya.

—Muy bien, entonces como el coche.

—¿Qué coche?

—El que te van a ofrecer. Es un Mercedes GLA, ahí es nada. Se lo he escuchado decir a Lucas.

—¿Para mí?

—No, no, ¡¡ese es compartido!! Nos lo tienes que dejar, que aquí coche no tenemos ninguna —me recordó Lucía.

—Cloe sí tuvo. Mis padres se lo regalaron porque ella se quedó en Madrid.

—Y lo puse patas arriba, siniestro total en tres meses. Si es que soy una loca al volante, ¿qué le hago?

—Pues no tocar mi coche.

—Todavía no lo has visto y ya estás con las prohibiciones.

—Calla, calla, que eso me está dando una idea.

—¿Qué idea?

—La primera para joder a Alexander.

—Somos todas oídos, ¿nos ponemos un cafecito?

—No, que os acopláis.

—Anda, que hasta cafetera de cápsulas tienes. Qué suerte, ¿no te damos pena las demás?

—Venga, pero uno rapidito.

—Joder, ni que te hubiéramos pedido un casquete.

Se sentaron ambas y nos echamos a reír con ese plan que se me había ocurrido. Un rato después, vino Lucas, muy contento, a hacerme el ofrecimiento.

—¿Se puede, Camila?

—Entra, por favor.

—Mira, es que creo que a mi hermano se le pasó comentarte que la empresa pone a tu disposición un coche, un Mercedes GLA. Es para tu uso privativo y 24/7.

—O sea, que me lo puedo llevar donde me dé la gana.

—Eso es, que básicamente es tuyo.

—Pues nada, que muchas gracias.

—¿Puedo ayudarte en algo más?

—Sí, sí. Mira, te voy a encargar una placa para que me la pongan en la puerta en cuanto llegue.

—Venga, diré que te la preparen, pero si es una con tu nombre y cargo, ya está en marcha.

—No, no es eso. Es otra cosa.

—Pues dime, que tomo nota.

Capítulo 16



Alexander

Aquel mediodía, salía de la consultoría cuando me encontré a Camila en el interior de su coche, ese que estaba asignado a su puesto.

No sabía cómo acertar. Si le decía algo, seguro que me lo tomaba a mal, así que decidí apretar el paso e ir a por el mío.

—Muy bonito, me ves sola y en apuros, y pasas —le escuché decir.

—¿Sola? Pero si veo que van sentadas Cloe y Lucía detrás —le comenté mientras que me acercaba a la ventanilla.

—A Cloe ni la menciones, que es especialista en volcar coches. Y a Lucía es que se le dan fatal. La única que conduce en condiciones soy yo, pero no sé cómo va esto.

—Es que se trata de un coche automático, ¿has conducido alguna vez uno?

—Joder, chicas, ya os dije que había algo distinto, que no lo veía claro —bufó.

Me llamó la atención porque lo normal era que en Estados Unidos hubiera conducido alguno así, aunque fuese de alquiler, pero si ella lo decía…

—Bueno, mira. Si quieres, lo conduzco yo un rato y te quedas con el cante —me ofrecí.

—Ya salió el machito de turno… No, lo que quiero es llevarlo yo. Como mucho, monta y supervisas —me ofreció.

Me escamó bastante porque si no me permitía el acceso a su despacho, no entendía por qué me quería de copiloto, pero preferí no enfrentarme a ella.

No voy a negar que, tan pronto me puse el cinturón, me dieron unas ganas tremendas de bajarme. Su angelical rostro se le transformó y parecía la mismísima Satanasa en persona.

Menos mal que el cinturón lo llevaba puesto porque, de otro modo, hubiera salido despedido por la luna delantera.

—¡¡No aceleres tanto, por favor!! —le chillé.

—¿Y eso por qué? Si mola tela…

—Porque no estás hecha al coche y porque te van a detener a este paso —trataba de convencerla mientras me agarraba como podía a mi asiento de copiloto.

—Si yo controlo…

—¿No decías que no sabías cómo se arrancaba? ¡¡Estabas fingiendo!!

—¿Y qué pasa? ¿Te crees que sigo siendo la misma imbécil de cuando tenía 16 años? En Estados Unidos he conducido coches de estos a montones.

—Doy fe —añadió Lucía.

—Ya me extrañaba a mí.

—Hasta en carreras ilegales he participado.

—Pero, ¿eso no es de malotes?

—¿Y crees que sigo siendo la niña idiota que corría detrás de ti dejando un reguero? Chaval, qué equivocado estás.

—Te lo confirmo yo, que mi amiga ha sido la chica más popular de todo el campus.

—¿Y todo eso cuándo pasó?

—Cuando la vida me cambió por completo, ¿qué te creías? ¿Que no te iba a superar?

Las dos, con muchas ganas de juerga, se pusieron a cantar en el asiento trasero la famosa canción de Manuel Turizo, la de “El merengue”.

—Yo no creía nada. Ni siquiera me figuré que hubieras seguido pensando en mí. Joder, para, ¡¡que nos van a detener!! Te van a quitar todos los puntos del carné, si es que te queda alguno con esta forma tan temeraria de conducir.

—No tendrás valor… Si vienen a por nosotros, paro y digo que conduces tú.

—Camila, ¿de dónde te viene esa inquina? De verdad, ¡¡el poste!! —le señalé a uno que estuvimos a punto de comernos.

—¿Qué hablas de inquina? ¿No estás disfrutando? Solo he querido añadir un poco de emoción

a tu vida, como me da la impresión de que debes haberte quedado muy aburrido.

—Sí, mazo, pero no tengo impulsos suicidas, ¡¡cuidado!!

—Joder, es verdad, la señora, que no la había visto.

—Pues ella a ti sí, qué loca… La has dejado hiperventilando, ¡¡la perra!!

—Oye, a mí no me llames perra, ¿eh? Que hubo un tiempo en el que te lo hubiera consentido todo, pero ahora hago que te tengan que poner dientes nuevos.

—Que no, ¡¡que a la señora se le ha escapado la perra!!

—¿Y dónde está?

—¡¡Para mí que la has atropellado!!

—De eso nada, ese marrón no me lo como, que si ha sido así es por tu culpa y eso es lo que vas a testificar.

—Que no, que no, que es un chihuahua toi y ha salido por detrás… Ya corre otra vez en dirección de su dueña.

—Y ella corre a ponerse a resguardo, por lo que veo.

—Camila, ¿no me engañas? ¿Tienes carné?

—Muy chistoso. Claro que sí, agárrate.

A partir de ese momento recé todo el repertorio que sabía porque me llevó a un descampado en el que se puso a derrapar y a hacer trompos como si fuera Carlos Sainz, padre o hijo, que da igual. Yo a quien invoqué fue al Espíritu Santo.

Maldito el momento en el que le propuse subir con ella. No había temido más por mi vida nunca. Se trataba de una verdadera loca al volante, de una suicidad en potencia.

Como fuera para todo igual, habíamos dejado la subdirección en manos de una trastornada. Cuando por fin bajó el coche, tuve que esperar hasta poder conducir el mío.

Todo me daba vueltas y lo poco que había desayunado retornó a la boca de mi garganta.

—¿Coges tu coche o qué? Oye, que si no tienes ganas de conducir, te acerco a tu casa. ¿Dónde era que vivías?

—Mejor que no lo sepas, de verdad.

Brenda salía en ese momento y alucinó al verla. Era la secretaria que le habíamos asignado.

Llevaba poco tiempo con nosotros y apenas la conocía. Igual nunca llegaba a hacerlo porque también la invitó a ocupar el asiento del copiloto.

—Oye, pero ten presente que yo me mareo en los coches, ¿tú eres de las que conduce con mucha brusquedad?

—¿Yo? Claro que no. Tú tranquila.

—No me dio tiempo a prevenirla y hasta me imaginé que echaría el hígado por la boca si tenía tendencia a marearse.

No obstante, me sorprendí al ver que Camila arrancaba con toda la suavidad y que me dedicaba una sonrisilla socarrona que me daba a entender que lo de la conducción temeraria había sido una dedicatoria dirigida a mí, para recordarme que no quería verme ni en fotografía.

Capítulo 17



Camila

A la mañana siguiente, ya me estaban poniendo la chapa de “Prohibido el paso” que encargué expresamente para él.

Pasó por la puerta y su gesto fue de incredulidad.

—¿En serio? ¿En serio lo estás haciendo?

—¿Tú me ves ganas de gastarte bromas?

—No, más bien de putearme, ¿a qué vino lo del numerito del coche de ayer? Pude comprobar después que conduces perfectamente.

—Por supuesto. Todo lo hago bien y te lo voy a demostrar.

—Ya, y así de paso me castigas por haberme dejado escapar a una joyita.

—Nada de castigos por mi parte, ese te ha llegado vía karma.

—Esto no es sano, de verdad.

—Ya, que lo dices por tu corazón. Entiendo que un poco más y ayer tienen que ponerte un muelle, pero no te preocupes que no te dejaré que vuelvas a subir conmigo. Sabes que no te quiero cerca. Como mínimo, tiene que haber cien metros entre tú y yo.

—Pues en la sala de reuniones no hay tantos. Y dentro de un rato llegan los chinos, ¿lo tienes previsto?

—Por supuesto que sí. Y también Lucía, que nos va a traducir.

—Oye, tu amiga es de fiar, ¿verdad? Es que después de lo de Mei…

—¿Vas a desconfiar de mi amiga? ¿Tú?

—Pero vamos a ver, ¿tú por quién me tomas? ¿Acaso te crees que fui yo quien atenté contra Trump?

—Ya podías haberme dado ese gusto y que te detuvieran. Allí sí que saben hacer justicia: cadena perpetua te cae, mínimo.

—Y ahora también me ha caído. Nunca había trabajado con tanta presión.

—¿Y a mí qué me cuentas? Trabajar contigo tampoco entraba en mis planes. Esto ha sido cosas de nuestros padres.

—Ya, como una especie de matrimonio de conveniencia.

—Ya quisieras tú. No, yo estoy a otro nivel. Y ahora, sieso, haz el favor de cerrar la puerta.

—Será si eso, ¿no?

—No, no, que la cierres, sieso.

Y le sonreí tan tranquila, ya no era aquella niña acomplejada e introvertida de diez años atrás. La mujer que la suplantó, esa nueva Camila Galván, era un torbellino que arrasaba a su paso.

Alexander

Un rato después, ya estábamos todos en la sala de reuniones. Aquel vestido ceñido que llevaba, en color verde botella, era una verdadera preciosidad y hacía juego con sus ojos.

Ni uno solo de nuestros clientes chinos me apartó la vista ni un segundo durante toda su intervención.

Cierto que a mí el tema de la rescisión del contrato se me hacía muy cuesta arriba, porque si ellos se olían que había gato encerrado en la intervención de Elena y Mei, lo mismo no querían volver a negociar con nosotros.

Y encima, como era algo que me tocaba tan de cerca, me costaba enmendarlo. Por eso me llamó la atención la forma tan astuta en la que lo hizo Camila. Ere algo impropio de su edad, puesto que actuó con mucha picardía.

Por otra parte, estaba lo de sus armas de mujer, ¿dónde había aprendido a usarlas así? Le salía de lo más natural y se los metió a todos en el bolsillo… Tan solo faltaba ponerle un babero a cada uno.

Realmente, estaba impresionado. Y ellos también. Al final de su intervención, no solo logró que rescindieran el contrato y aceptaran sin problema firmar uno que favorecía a ambas partes, sino que me felicitaron uno a uno por el fichaje.

Ella, que los escuchó mientras avanzaba por el pasillo, se volvió de repente y me guiñó un

ojo, de lo más seductora.

Nunca, nunca, hubiera imaginado que alguien pudiera darle a Elena un relevo tan pronto y tan certero. Y encima que estaba de nuestra parte, no como mi ex. De parte de la consultoría, matizo, porque a mí seguía sin poderme ver.

Me acerqué por su despacho un rato después.

—Ehh, de la puerta hacia fuera, ya ves lo que pone en la placa.

—Pero si acabo ver cómo Brenda salía de aquí.

—Es que la placa es solo para ti, ¿qué es lo que quieres?

—Felicitarte. Y hacerlo de todo corazón. Si todo lo haces igual de bien a partir de ahora, me habrás demostrado que eres una crack.

—Ni te imaginas lo bien que hago ciertas cosas —me soltó sin pelos en la lengua—. En cuanto al trabajo, cierra la puerta y cuenta con ello: todo saldrá de diez.

—Gracias, Camila, de verdad.

—No lo he hecho por ti, que te quede claro. Ha sido por mí y por labrarme una reputación. De todos modos, no me ha costado ningún trabajo porque me sale natural.

Camila

Cerró la puerta y respiré hondo. Cuando llegué al despacho, unos minutos antes, hasta Brenda se percató de que iba blanca como la pared, de los muchos nervios que pasé durante la reunión.

Sabía que se trataba de mi prueba de fuego y que él me estaría observando con lupa en todo momento. No quería quedar como una cría incapaz de manejar la situación a sus ojos, por lo que puse toda la carne en el asador.

Me había salido bien y no tuvo más remedio que venir a felicitarme. Le había salvado el culo, pues la cagada monumental con los chinos venía de su ex y Alexander no se lo hubiera perdonado de no haberse arreglado.

Si hubiera sido mala de verdad, tipo Cruela de Vil, habría dejado que el pacto se fuese a pique y que él se hundiese en la miseria. Pero no lo era y, además, actuando como actué ganaba muchos puntos ante Alexander y ante su padre, pues Carlos Osorio apostó por mí y no se merecía que le fallase solo por joder a su hijo.

Ocasiones tendría de regodearme de otros modos que no incumbieran a la empresa, porque él estaba muy modosito, pretendiendo que se me borrase de la mente lo que no se me iba a borrar jamás, porque su afrenta me jodió en el momento más delicado de mi vida, cuanto mi personalidad no estaba definida aún y me dejó tarumba perdida.

Capítulo 18



Alexander

Estaba llegando a casa de mis padres. En los últimos tiempos no la había visitado mucho debido a la antipatía que mi padre siempre demostró por Elena.

Era hora de que me disculpase con él, pues no habíamos vuelto a hablar desde la noche del sábado.

—Hijo, ante todo, estoy muy contento por eso de que el contrato ya está rescindido y firmado el nuevo.

—Gracias, papá —le abracé—. Aunque no me las tienes que dar a mí, ha sido Camila quien ha logrado que volvieran a confiar en nosotros.

—¿Camila? Cuánto me alegra escucharlo. Sé que tiene conocimientos, pero ignoraba si tendría las tablas suficientes.

—Pues las tiene y a tutiplén. Tendrías que haberla visto moverse por la sala de reuniones. A los chinos los ha hipnotizado.

—Qué alegría saberlo. El antiguo contrato se iba a rescindir sí o sí, gracias al defecto de forma que encontró su padre, pero la firma del nuevo estaba en el aire.

—Lo sé, hemos estado en la cuerda floja, papá. Y lo siento mucho porque la culpa de todo la tuvo Elena.

—Tú lo has dicho, Elena, no tú.

—Me engañó por completo, aunque veo que a ti no.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo, ¿un vino, hijo?

—Sí, por favor. Me hace falta.

—Y también un buen plato de arroz a la marinera, que ya le están dando el punto. Te has quedado más delgado estos días, hijo —apareció mi madre por el salón.

—No sé qué clase de radar tienes para el peso porque es cierto que he perdido algunos kilos, ¿es porque eres enfermera?

—Es porque soy madre. Y a las madres no se nos va ni una. ¿Qué tal todo, vida mía? —me dio un beso.

—Cualquiera viene a engañaros a ninguno de los dos…

—Tú nunca has sido así. Si fuera tu hermano Lucas… Ese siempre nos ha dado tela de coba.

—¿Qué escuchan mis oídos? —le preguntó él, apareciendo igualmente por el salón.

—¿Tú también venías? Si estuve contigo antes y no me dijiste nada.

—Porque tenía un plan, pero mamá me llamó y me dijo que comeríamos arroz a la marinera y no he podido evitar cambiarlos. Total, también lleva almejas —nos sonrió pícaro.

—Qué poca vergüenza has tenido siempre, hijo.

—Ninguna, mamá, ¿qué es eso?

—Lo que no conoces, obviamente.

—Ni intención.

—Tu hermano siempre fue mucho más formalito.

—Sí, que se lo digan a Camila Galván, que la tiene contenta.

—¿Todavía se muestra reticente a relacionarse contigo, hijo? —me preguntó.

—Una placa de "Prohibido el paso" le ha colocado en la puerta de su despacho. Valora tú, papá.

—Pues eso no es plan, Alexander. Te dije que…

—Que resolviera mis diferencias con ella, pero cada vez que me acerco o me amenaza de muerte o, directamente, pone en peligro mi vida.

—Estarás exagerando.

—Eso lo dices porque no te ha subido a ti de copiloto con ella. Todavía tengo los huevos de corbata.

—Pues vas a tener que seguir limando asperezas con ella.

—Lo intentaré, aunque no puedo prometerte nada. Está demasiado dolida conmigo, no lo entiendo.

—Es que pronto tendréis que viajar juntos, Alexander.

—¿Viajar a dónde? Porque tendremos que hacerlo en coches separados, ya te digo que se ha aficionado a poner mi integridad física en el filo de la navaja. Eso sí no me saca una directamente.

—¿En coches separados? No va a poder ser. En todo caso, en aviones separados porque el destino de vuestro viaje será Pekín.

—Un momento, te digo que no quiere quedarse a solas conmigo ni un minuto y me pides que me la lleve a la Gran China. Papá, que no va a poder ser.

—Es que, tras este acuerdo, pueden venir muchos más. Pero los chinos son muy suyos y verán como una descortesía que no nos desplacemos en ningún momento. Recuerda que ellos no están residiendo en España, que van y vienen.

—¿A Pekín? Me apunto…

—Lucas, a ti no te necesitamos allí, es cosa de Alexander.
—¿No lo estás escuchando? Si va a necesitar un guardaespaldas.

—Qué exagerados sois, hijos.

—Quizás eso no, pero sí un mediador. Y yo soy genial en la solución de conflictos.

—Pero si no hay una chica con la que quedes bien, Lucas. Todas terminan echando pestes de ti.

—Porque les va mucho una boda, papá. Y a mí muy poco, pero esto es distinto.

—No lo veo mala idea —resoplé porque ese viaje no sería plato de gusto.

—En realidad, pensándolo bien, tendrá que ir Lucía también con vosotros como traductora.

—Ah, pues si se viene Lucía, no vamos a dejar aquí a Cloe, pobre, que sería un agravio comparativo.

—Claro, Lucas y ya, de paso, te llevas a la consultoría entera, que no.

—Papá, solo seríamos cinco, sin rima. De verdad…

—Hombre, es que no creo que vayas a hacer la rima delante de tu madre.

—Si a mí Lucas ya me tiene curada de espanto Carlos.

—Que no, papá, que digo que de verdad no meto a nadie más.

—Mirad, haced lo que queráis mientras que consigáis más contratos.

—Papá, ¿tú no estabas jubilado? —le recordé.

—Sí, pero estos son los últimos coletazos de los contactos que me curré, así que no se os ocurra volver sin ellos.

—Y eso cuándo será…

—Pronto, hijos.

Lo que me faltaba era tener que proponerle a Camila un viaje hasta la China. Ya podía coger un látigo para apartarla porque trataría de arañarme como si fuese una fiera.

En fin, que mi trabajo se había convertido con ella en uno más peligroso que el de domador de leones y que solo me quedaba rezar porque esa inquina que me demostraba fuese cediendo poco a poco.

A mí, de hecho, me estaba cayendo mejor por momentos, porque su valía era innegable. Haría todo lo que estuviera en mi mano por ganármela, por difícil que pareciera a primera vista. Y bastante.

Capítulo 19



Camila

Habían pasado ya un par de semanas desde que comenzamos a trabajar juntos. Un par durante el que no ideamos nada bueno las chicas y yo.

Vaya por delante que mi trabajo lo cumplía a rajatabla, eso desde luego. Hasta el mismo Carlos Osorio, pese a que ya estaba jubilado, se había acercado más de una vez por la consultoría para darme la enhorabuena por alguna que otra gestión, comenzando por la de los chinos.

Era cierto que yo tenía buenas ideas y que la iniciativa la tomaba en muchos momentos con la ayuda de Brenda, mi pizpireta secretaria, esa tan alegre y charlatana que, además, me ponía al día sobre todos los chascarrillos de la consultoría.

Gracias a ella, aunque no me importase demasiado, sabía quién estaba liado con quién, quién tenía expectativas con algún compañer@ o quién andaba de morros con otr@.

La consultoría estaba situada en un modernísimo edificio, una verdadera maravilla, en el centro de la ciudad. Tenía cantidad de plantas y en cada una de ellas trabajaba mucha gente, por lo que la plantilla era muy extensa.

Brenda, a pesar del poco tiempo que llevaba allí, se las sabía todas. Aquel día, tanto Lucía como Cloe estaban liadísimas a la hora del almuerzo y le propuse comer juntas.

—Ay, qué alegría. Y así tú y yo podemos charlar un poquito y conocernos más. Vale, que me estás mirando un poquito alucinada. Ya lo sé, que charlo por los codos, ¿no? Es que no lo puedo evitar.

—No, si me encanta. Así estoy al día de cada cosa.

El almuerzo, en un italiano cercano a la consultoría, nos dio bastante de sí porque contábamos con un par de horas durante las que ella parloteó sin parar.

Así, pude saber que Lucas se tiraba a todo lo que se meneaba, como ya sospechábamos, incluidas muchas chicas del trabajo. Y que en algunas fiestas, tipo Nochevieja y demás, la llegó a

liar parda porque se lio con más de una en la misma noche o se montó un trío y se enteró todo el mundo.

—¿Qué? ¿Cómo se te queda el cuerpo?

—Pues igual, porque ya me lo imaginaba. Por eso, aunque Lucas me cae bien, no lo quiero cerca de mi hermana.

—He visto cómo mira a Cloe. Y más gente lo ha visto también. La tiene en el punto de mira. Y dicen las malas lenguas que cuando a Lucas Osorio se le pone alguien ahí cae o cae, no hay más.

—Ya, pura diversión y luego a por otra.

—En realidad sí, porque ese no quiere compromiso con nadie. Es de dominio público su alergia a toda relación formal.

—En realidad, mejor, porque solo me faltaba emparentar con ellos, con los Osorio.

—¿Les tienes tirria a todos?

—No, no me malinterpretes. Solo a Alexander, el resto no me ha hecho nada. Es más, a Carlos Osorio le debo muchísimo, a la vista está. Dicho esto, no quiero emparentar con ellos porque a Alexander le quiero lejos de mi vida y de la de mi familia.

—¿Qué te pasó con Alexander? ¿Tan grave fue?

—Mira, te lo voy a contar porque nos hemos hecho amigas, pero no puede salir de aquí.

—Pues claro que no. Soy la primera que te cuenta todos los días un montón de chismes de la gente. Si te diera por decirlo, me despellejarían.

—Me declaré a él cuando era una niña y no solo pasó de mí, que eso es normal si lo pienso ahora, sino que le pillé burlándose más tarde con sus amigos, a los que les dijo que no solo era una cría, sino que no me haría un favor ni borracho, que no era fea, sino incómoda de ver y que…

—Espera, espera, ¿tú fea? Pues perdona que te diga, pero debe tener un problema en la vista el jefe bien gordo, igual que su cartera.

—Gracias, pero no. Fui una adolescente más bien feúcha. No, feúcha no, fea con ganas.

—Chica, pues quién lo hubiera dicho. Me cuesta creerlo.

—Pues créelo porque es verdad.

—Oye, ¿y no se le cae la cara de vergüenza de haber comentado eso? Porque yo no podría

mirarte a la jeta en su lugar.

—Ni siquiera lo recuerda. Yo lo escuché detrás de un seto, pero le he metido los dedos más de una vez y dice que no recuerda haberme ofendido de ningún modo. Y no me extraña, porque si algo me quedó bien claro ese día fue que solo tuvo ojos para las lagartas de sus amigas, que andaban con un postureo total por allí.

—Pues qué quieres que te diga, no sé cómo serían ellas, pero seguro que tú hoy les das mil vueltas a todos. Chica, si es que causas furor en la consultoría, y no solo por tu competencia.

—Que no, mujer.

—Que sí. Que Amanda también me lo ha comentado. Dice que unos y otros entran hablando de ti, diciendo que vaya pedazo de tía buena que han puesto de subdirectora. Y las chicas no veas… Si estás marcando tendencia. Ya te digo yo que hay más de una que se va a partir una pierna tratando de imitar tus taconazos.

—Pues mira qué bien… Los estilismos me los escoge mi madre, que se ha convertido en toda una profesional.

—¿Y eso?

—Se ha hecho *influencer*. Mira, vamos a buscar su Insta. Trabaja con Wen, la madre de Lucía.

—Qué poderío. Te estoy comenzando a tener mucha envidia de la mala. ¿Tú no tendrás un hermano para que me cuele en tu familia?

—No, de eso no tengo.

—Pues será lo único que no tengas. Dime también que tienes un vestidor XXL y me convierto en tu fan número uno.

—Desde hace años. Se lo pedí a mi padre al cumplir los 18 y me hizo construir uno a mi gusto. Mira, tengo fotos también.

—Si te salto a la yugular es porque no lo he podido superar.

Y con las risas, otra que se puso a cantar lo de “El merengue”. Allí nadie parecía haber superado nada. Excepto yo.

Capítulo 20



Alexander

Me estaba vistiendo de manera casual aquel sábado por la tarde en el que debía asistir a una reunión un tanto controvertida. Más que nada, por cómo se lo tomaría ella.

En aquellos días, digamos que Camila me había puteado de todas las maneras que se le ocurrieron. Y no se me pasó por alto que tenía a Lucía y a Cloe de su parte.

Después de lo de la temeraria vuelta en coche, había logrado dejarme atrapado en el ascensor a última hora de una tarde, había sazonado hasta hacerme escupir el almuerzo un día que lo pedí para tomarlo en mi despacho, había puesto a tope la calefacción de este antes de que entrara, haciendo que se me bajase la tensión, puesto que estábamos en verano…

No pasaban de ser chiquilladas, pero muy molestas y a todas las horas. En el fondo, no le veía una extrema maldad, solo unas ganas de jorobarme a tiempo completo.

Debía ser rencorosilla, qué se le iba a hacer. Mientras no me volviera a subir con ella en el coche, todo iría bien. Ah, por cierto, y hablando del mío, también me había rajado las cuatro ruedas varias veces ya, dos por semana.

No hace falta decir que no admitía su intervención en ninguno de estos hechos. Tampoco la de las otras dos. Apreciarme, no me apreciaba en absoluto, así que me figuraba que no le haría ninguna gracia que sus padres me hubiesen invitado a la barbacoa que celebraban esa noche en su casa.

Se trataba de una celebración íntima y familiar por la incorporación de sus hijas, y por la puerta grande, al mercado laboral. También mis padres estaban invitados, pero les coincidió con otro evento fuera de la ciudad y no pudieron asistir. Lucas sí, él me acompañaría.

Me había pasado la tarde imaginado el cabreo de Camila cuando me viese aparecer, si bien su gesto de sorpresa total me indicó que sus padres habían sido más listos y ni siquiera la habían informado al respecto.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —me tomó por el hombro y me llevó hacia un

rincón del jardín cuando me vio.

—No me colado, lo juro, me han invitado tus padres.

—Baja esos brazos, que tú de inocente no tienes nada.

En realidad sí que los bajé y me los coloqué delante de ciertas partes nobles por si le daba por arrearme una buena patada, porque su cabreo era evidente.

Estaba tan enfadada como bella, muchísimo, con un vestido ibicenco muy corto y sexy que lucía con unas cuñas altísimas y también en blanco. Una imagen que nada tenía que ver con esa tan sofisticada que llevaba en la oficina. Pero igualmente maravillosa.

Su maquillaje era tan sutil como juvenil y si algo llamaba la atención en él era el brillo de su *gloss* labial, que le daba un aspecto aún más jugoso a su carnosa boca.

La observaba mientras se marchaba e, indignada, parecía pedirle explicaciones a su padre y luego a su madre.

Me fijé en que ambos le contestaron con mucho cariño y paciencia. No los escuchaba, pero analizaba sus gestos, algo que me salía por pura deformación profesional.

Mario se me acercó y me dio un abrazo.

—Me alegra mucho que hayas venido, Alexander.

—Y a mí verte, Mario. Aunque creo que no todos se alegran igual.

—Si lo dices por mi hija, ni caso. Ya se le pasará. ¿Una copa?

Tanto él como su esposa eran buena gente y los invitados se mostraban encantados. También Lucas, quien llegó en ese momento y buscaba con la mirada a Cloe.

—Ha entrado un momento, no seas tan descarado, ahora saldrá.

—¿Descarado? De qué me hablas.

—De que te pones al rojo vivo con esa chica.

—Ya, y tú lo sabes porque te está comenzando a pasar lo mismo con Camila. Oye, nunca nos hemos liado con dos hermanas, ¿no?

—Pues claro que no. Y ahora menos.

—Pero te gusta, no disimules.

—Es bellísima, se ha convertido en una mujer impresionante, pero no. Entre ella y yo nunca

podrá haber nada. Bastante liadas están las cosas.

—¿Y si no lo estuvieran?

—¿Qué eres ahora? ¿Mi psicoanalista?

—Es que te he visto mirarla más de una vez y te vas a pillar de ella.

—La admiro, no hay más. Me ha sorprendido mucho, Lucas. Es joven, inteligente, ingeniosa y muy guapa, por supuesto.

—Y te da caña…. Y, de paso, a mí también, porque nos tienen la guerra declarada y, aun así, te digo que Cloe está loca por echar un polvo conmigo.

—Es lo que más me gusta de ti, la humildad.

—Que no… Si yo también lo estoy por echarlo con ella, lo que sucede es que no soy como tú y reconozco las cosas.

—Lucas, no líes. Lo único que quiero de Camila es que logremos una buena onda.

—Uff, eso es muy aburrido. Quédate con este momento en el que te putea y nunca sabes por dónde te va a salir. Es más excitante.

—A ti te va demasiado la marcha, creo yo.

—Mira, por ahí sale. Voy a saludarla.

Tenía mucha gracia mi hermano. Y sí, era evidente que a Cloe también le atraía, aunque el hecho de que se apellidara Osorio pudiera representar para ella un obstáculo.

Mejor, porque adoraba a Lucas, pero no se lo recomendaría a ninguna chica que conociera y apreciara. Mi hermano estaba en plena efervescencia y no deseaba más líos entre todos nosotros.

Tenía que hablar con Mario sobre el tema del viaje a China. Me abro en canal cuando digo que no me había atrevido a planteárselo a Camila. Se subiría por las paredes, porque seguía sin querer compartir espacio físico conmigo y más de una vez me había dado con la puerta de su despacho en las narices, del cual seguía vetado.

En fin, que me acerqué de nuevo a él para hablarle.

—Oye, Mario, ahora que te pillo un poco más tranquilo, quería hablarte de un tema.

—Toma un trago —me sirvió uno.

—Pues mira, me viene sensacional. Verás, es que resulta que vamos a tener que…

—Tranquilo, mi hija irá a ese viaje a China. Es consciente de sus responsabilidades.

—¿Ya lo sabías?

—Sí, aparte de que tu padre me ha comentado que no hay problema en que la acompañen Lucía y Cloe.

—Es así. De hecho, Lucía nos hará mucha falta.

—Pues creo que te corresponde a ti contárselo, campeón.

Capítulo 21



Camila

Estaba indignada de nuevo porque mis padres parecían tratarme como a una cría, ¿cómo no me habían dicho nada de la invitación de Alexander a la que se suponía que era la fiesta de sus hijas?

A él ya le había dejado claro que no me gustaba nada que estuviera allí, pero parecía estar sordo porque volvía a buscarme.

—Aquí no hay placas, pero te advierto lo mismo: no quiero que te acerques a mí, ¿vale? Ya hemos hablado esta noche todo lo que teníamos que hablar.

—Creo que no, hay algo más —carraspeé.

—¿Algo más? No me toques la moral, que hace mucho que tus bromitas dejaron de hacerme gracia.

—No son bromas. Hay algo que debes saber.

—Vale, que ya caes en por qué no puedo ni verte. Venga, confiésalo, si ya sospechaba que lo mismo era una jugarreta tuya y en realidad te acuerdas de todo. Sé valiente…

—Sigo sin saber de qué me hablas, pero la valentía la tengo que reunir para contarte que en breve nos iremos de viaje.

—¿Nos iremos? ¿De quién me hablas?

—De ti y de mí.

—¿¿¿Perdona??? ¿Tú te crees que me vas a desagraviar invitándome a pasar una mierda de fin de semana? Aparte, que yo contigo no quiero compartir ni el aire que respiramos. Mira, ya lo estás viciando.

—No, no se me ocurriría. Se trata de un viaje de trabajo que mi padre dejó proyectado y que

he estado analizando. Tiene todo el sentido y podemos salir muy beneficiados de él.

—¿Iremos y vendremos en el día?

—Va a ser que no.

—¿Y eso por qué?

—Porque no es a Cuenca precisamente. Es a Pekín.

—¿Qué Pekín?

—Ese Pekín en el que estás pensando, el de China.

—¿Ir a China tú y yo? ¿Y por qué?

—Por nuestros clientes. Les debemos una y lo considerarán como un acto de cortesía por nuestra parte, Camila. Y de ahí pueden salirnos más negocios con ellos y con sus socios, así como con otros inversores.

—Tú me quieres dar la noche, ¿cuándo lo habéis hablado?

—Hace ya un par de semanas, no te lo voy a negar. No quiero mentirte.

—Ya, porque tú eres muy íntegro.

—Diría que sí.

—Pues yo diría que una mierda, pero que vale, que si no hay más remedio… Ahora bien, te prohíbo que me dirijas la palabra en todo el viaje.

—Camila, esto no funciona así. Si vamos a trabajar juntos, necesitamos relacionarnos.

—Y lo hacemos. Nos hablamos a través de los demás.

—Pero eso es ridículo, así no fluye nada.

—¿Y qué quieres que fluya? Mucho cuidado con lo que insinúas.

—¿Lo ves? Es que no sé ni cómo dirigirme a ti.

—Pues de usted estaría bien. Lo de Alteza Real no me corresponde. Y no te rías, idiota.

—Si es que en el fondo me haces reír, niña.

—Cuidado con llamarme niña que salto sobre ti y te hago una cara nueva.

—Vale, vale, lo tendré presente.

—Oye, ¿viajaremos solos?

—No, tranquila por eso. Seremos unos cuantos…

—Mucho mejor, porque a Lucía nos la tenemos que llevar.

—Y Cloe se viene también.

—¿Cloe? Pero si su departamento….

—Se viene también, lo mismo que Lucas. No le des más vueltas.

—Oye, ¿tú no estarás tratando de liar a tu hermano con mi hermana?

—No, ni mucho menos.

—Pues más te vale porque Lucas tiene una fama atroz, aunque tú no debes tenerla mejor.

—Hace mucho tiempo que senté la cabeza.

—Sí, sí, véndete bien. Pero a otra que no te conozca, yo te tengo bien calado.

Me fui para las chicas y les conté. Las dos se alborotaron por completo, dando saltos de alegría.

—¿Y dices que Lucas se viene también?

—Sí, Cloe, pero recuerda que no te conviene.

—Ya, ya y que es hermano del otro. Y a esos ni agua.

—Pero te lo quieres tirar igual —añadió Lucía.

—Bueno, quizás un revolcón… Pero nada más.

—No, no, chicas… A Pekín nos vamos a trabajar, no a follar.

—Ya, pero es que a mí me lleváis de relleno, Camila.

—Cloe, no quiero más líos con los Osorio.

—¿Y un polvo es un lío? Pues entonces, menuda liada que sería mi vida.

—Ya, que no estoy dispuesta a escucharte más.

—Pues ponte tapones en los oídos… ¡¡Nos vamos a Pekín!!

A ella sí que le había hecho ilusión. También a Lucía, porque yo la conocía bien y supe verlo. Distinto fue que no lo manifestara para no hacerme sentir mal. A mí gracia no me hacía ninguna, pero si asumí el puesto, lo hice con todas las responsabilidades. Y si me tocaba ir a Pekín, como si me tocaba visitar Marte.

En fin, que seguí codeándome con la gente, que me felicitaba por mi nuevo cargo y demás. Y me disponía a disfrutar de la barbacoa tratando de olvidarme de la presencia de Alexander en ella. Y también de ese viaje que me obligaría a pasar un puñado de días cerca de él.

Antes de comenzar con la cena en sí, mi padre quiso brindar por nosotras, por sus hijas, sin dejar de mencionar a Lucía, que era como una más. Se mostraba muy orgulloso y entendí que no podía fallarle, que era una privilegiada por ocupar el sitio que ocupaba y que quizás, si me estaban tratando como a una cría, pudiera tener fundamento, ya que igual me comportaba como tal.

Capítulo 22



Alexander

El resto de la noche, Camila no se había mostrado tan combativa conmigo. Es más, incluso accedió a que charlásemos en algunos momentos.

Tenía la sensación como de que había recapacitado y ojalá fuese así, porque de otra manera el viaje a Pekín se convertiría en una guerra viva.

A cierta hora, comprendí que era el momento de marcharme y a mi hermano le sucedió lo mismo.

—Sí, vale, nos vamos ya, Alexander.

—Sí, pero antes recoge la caña.

—¿Qué caña?

—La que llevas toda la noche tirándole a Cloe.

—Vete a la mierda. Por cierto, que el hermano de Lucía, Kike, come en la palma de su mano. Qué pringado.

—Pues ten cuidado, no sea que termines comiendo tú también.

—No me jodas, ese no es mi estilo.

—Yo ya no apuesto por nada.

—A ti lo de Elena te ha dejado muy tocado. Oye, no es hora de irse a casa, que la noche no ha hecho más que empezar.

—Para ti seguro que no. Tú eres capaz de empalmar con la de mañana.

—Y de empalmar a secas también.

—¿Piensas en algo aparte de en mujeres, Lucas?

—Sí, en féminas, porque también se las llama así.

Tenía razón en que tampoco yo estaba por la labor de irme a mi ático. El techo se me caía encima y con Lucas la diversión sería un hecho.

Nos fuimos a la discoteca de moda de la ciudad, a una con cantidad de plantas y distintas pistas donde sonaba música de todos los estilos.

—Lucas, esto está petadísimo, quizás demasiado.

—Vámonos a una de las terrazas y nos oxigenamos.

Lo hicimos con un par de copas en la mano. El ambiente era total y las chicas guapas salían de todos los rincones.

Enseguida se encontró con un grupo de amigas suyas. Lucas era de los que tenía miles de amigos en las redes y también en la vida real. Todos le reclamaban en las fiestas porque era un show en sí mismo.

Comenzó a presentarme a varias de ellas cuando el corazón me dio un vuelco. Entre la multitud, reconocí la silueta de Elena, junto con su melena castaña. Sin duda que era ella.

—¿Qué te pasa? ¿Es que has visto un fantasma, Alexander?

—Casi… Mira allí.

—Joder con Elena, mira con quién está.

—Con Axel Montaner, ya lo veo. Hemos coincidido en algunas entregas de premios y demás.

Axel, que tenía como quince años más que yo, era un reputado empresario que contaba con un imperio automovilístico que le reportó una de las mayores fortunas de la ciudad.

Tenía fama de mujeriego y estaba claro que Elena lo había elegido como la siguiente víctima a la que desplumar, algo a lo que no estaba dispuesto.

—Espera, que ahora vengo.

—¿Qué vas a hacer, Alexander?

—Déjame, por favor. No te metas.

En contra de lo que se pudiera pensar, ya no sentía nada por Elena, pero no podía soportar que se riera de otros como había tratado de hacerlo de mí.

Axel podía hacer lo que quisiera en su vida privada, pero era otro tipo que había levantado un gran negocio a pulso y que no se merecía que le robasen impunemente.

Me acerqué a ellos y Elena se quedó blanca nuclear, pues no me esperaba.

—¿Qué mierda haces tú aquí, Alexander? ¿Qué estás buscando? ¿Que tenga que llamar a la Policía por acoso?

—Si llamamos a la Policía, igual les podemos contar ciertas cosas sobre ti que igual también le interesan a Axel.

—Alexander, creo que no son formas —se metió él por medio porque nos conocíamos de vista—. Sé que Elena ha sido tu novia hasta hace muy poco, pero ahora está conmigo y no te voy a consentir que un ataque de celos te lleve a increparla.

—¿De celos? No sabes lo que dices. Elena no me quiso, igual que no te quiere a ti. Es una ladrona profesional. La Policía te lo puede corroborar. Ándate con siete ojos, Axel, o cuando te quieras dar cuenta te habrá birlado hasta el reloj.

—¡¡Eres un hijo de puta!! —me golpeó ella el pecho.

—Elena, ¿de qué está hablando?

—De nada, Axel, tú tienes razón. Son sus celos los que hablan y no él.

—No, corroboro lo que ha dicho mi hermano. Axel, ten mucho cuidado con ella, que es peligrosa —le advirtió Lucas.

—¿Tú también? ¿Quién cojones te ha dado vela en este entierro? —le miró furiosa.

—Elena, que nos está mirando todo el mundo, por favor —le pidió Axel que guardase las formas, pues era muy conocido.

—¿Y qué? ¿Y qué? ¡Que se jodan todos!

—Me sorprende tu actitud. No quiero continuar la noche contigo.

—Pues entonces, ¡¡mañana no me busques!!

—No te preocupes, porque ya no tengo ningún pensamiento de hacerlo.

—Te lo juro, Alexander, ¡¡te busco la ruina!! ¡¡Es que te la busco!! —me chilló antes de salir corriendo de la discoteca mientras se convertía en el centro de todas las miradas.

—Alexander, creo que me acabas de salvar de una buena. Otro se hubiera callado solo por despecho. Y yo me hubiera comido un buen marrón.

—No tengo nada en tu contra, Axel, ¿una copa?

—Sí, va a ser lo mejor. ¿Ese fue el motivo de vuestra ruptura? ¿Os robó?

—A manos llenas. Con decirte que le he visto en la mano el objeto de su último robo. Ese anillo que luce se lo llevó corriendo tras rechazar mi propuesta de matrimonio.

—Menuda joyita… Y no me refiero al anillo.

—Ya, ya. Pues sí. Lo es.

—Oye, Alexander, ¿aquellas nos son las chicas? —me preguntó mi hermano.

—Sí, míralas, ¿qué hacen aquí?

—Pues pasárselo bien, como todo el mundo.

Allí estaban Camila, Lucía y Cloe. Después que nosotros, se ve que también salieron. Y como aquella discoteca estaba en boca de todos, allí que terminaron también. ¿Cuánto tiempo llevarían? ¿El suficiente como para haber presenciado el rifirrafe?

Capítulo 23



Camila

Tan solo llevábamos allí unos minutos, pero nos valieron para contemplar una escena de la que saqué mis propias conclusiones: Alexander seguía loco por Elena y, por esa razón, no pudo superar los celos que sintió al verla con otro, al que por cierto debía conocer.

Vaya un idiota. Incluso después de haberle robado, seguía pensando en ella. Al menos yo tuve más dignidad en su día, y eso que solo era una adolescente. Me refiero a que, en cuanto me la jugó, comencé a odiarle y con tanta fuerza que jamás volví a mirarle con los mismos ojos. Y no pensaba hacerlo por muy guapo que estuviese y por mucho que todas parecieran suspirar a su paso.

Ya había tenido bastante con él en el pasado. Por cierto, que me estaba mirando y comentando algo con Lucas, quien no tardó en acercarse también a nosotras.

—Cuánto tiempo. No creí que salierais esta noche….

—Es que nos hemos escapado de la fiesta. Ya solo quedaba gente aburrida.

—Y habéis venido a buscar a los mejores.

—Lucas, si hubiera sabido que estabais aquí, no habría pisado este lugar.

—A la orden, mi subdirectora.

—Menos coñas, nos vamos a ir ya mismo.

—No, que está muy ambientada la disco —me suplicó Cloe.

Aún no lo había terminado de decir y ya Lucas se la había llevado a bailar. Para mí que mi hermana sería la primera en salirse de esa alianza que habíamos hecho contra ellos.

Viéndolo bien, y mientras no se pillase de ese sinvergüenza, se les veía ideales juntos, pues bailaban con muchísima gracia y todos comenzaban a mirarles.

Poco a poco, Alexander comenzó a acercarse a nosotras. Justo llegaba a nuestra altura cuando le tocaron en el hombre.

—¿Tú no serás el CEO con más gancho de toda la ciudad? —le preguntó Brenda, que apareció como de la nada y lo flipamos.

—¿Tú aquí? ¿Hay alguien de la consultoría que no haya venido?

—Mucha gente. Por lo que veo, ¡¡solo estamos los mejores!! —exclamó viniéndose hacia mí y dándome un beso.

Le había cogido un tremendo cariño en esas dos semanas en las que nos hicimos amigas. Y me alegró que estuviese allí. Con él, como el jefe que era, guardaba las formas… Pero en privado despotricaba conmigo sobre su persona, una vez que le había contado todos mis secretos.

Alexander le sonrió y fue a por copas para todos.

—Chicas, qué sorpresa, ¿no estabais con vuestros padres de barbacoa?

—Sí, pero ya nos han torturado bastante, necesitábamos ¡¡fiesta!! —le comentó Lucía.

—Ay, qué mona vienes tú, ¿no?

Lucía y yo nos miramos porque Brenda lo había dicho de un modo que cabía la posibilidad de que quisiera darle un repaso. De su vida privada no sabía más que nunca tuvo suerte con nadie y que andaba sin pareja. Pero no me había precisado nada más. Y me dio por pensar que igual estaba entre las dos aceras o al saber, que a mí esas cosas no me importaban.

El asunto es que ella llevaba unas copas y Lucía otras cuantas, pues en la barbacoa nos despachamos a gusto. Así que las dos se pusieron a bailar como si no hubiera un mañana, riendo a carcajadas, con otras dos copas en las manos.

Alexander depositó también una en la mía y me sonrió.

—Te preguntaría si quieres bailar, pero sé que me mandarás a la mierda, así que me ahorro la pregunta.

—Chico listo, siempre lo fuiste.

—No creas, no.

—He visto lo que ha pasado. Se te ve jodido, no te ha gustado ver a Elena con otro.

—No es eso lo que ha sucedido, pero sé que da igual lo que diga.

—¿Y eso por qué?

—Porque haga lo que haga, tengo la impresión de estar sentenciado de antemano a tus ojos. Para ti soy culpable hasta que no se demuestre mi inocencia.

—Pues es verdad. Y encima eso no va a pasar —le sonreí.

—Al menos te he sacado una sonrisa. Al principio solo te sacaba tacos.

—Y alguna que otra maldición, que menos mal que no te cayó, porque si te llega a caer…

—Ya te digo… Me has hecho unas cuantas jugarretas. No gano para ruedas nuevas, por ejemplo.

—Ni idea de lo que me hablas.

—Ya, ya lo veo. ¿Una tregua?

Me estaba ofreciendo que estrechase su mano y lo dudé durante unos segundos… Unos segundos en los que miré a mi alrededor y deduje que igual debía aprender de todos los demás, pues se lo estaban pasando de lujo.

—Una tregua —la estreché finalmente y, sin esperarlo, me llevó hacia él y me dio un abrazo.

—No sé qué te hice, Camila, lo prometo. Pero solo sé que te pido perdón, nunca debí dañarte.

—Déjalo, ¿vale?

—Vale, pero sigues sin querer bailar conmigo, ¿cierto?

—Igual un poquito sí que bailo, pero solo porque hay mucho baboso suelto y paso de pedírselo a ninguno de ellos. Tú sé que no tendrás valor de acercarte demasiado.

Le permití que me llevase hasta la pista de baile. Cuando los demás nos vieron bailando juntos, se troncharon de la risa.

Tocaba cambio de tercio y, del pop, pasamos a la música latina. Sonaba Chayanne con su famoso “Bailando bachata”.

Somos la copa y el vino
Tú y yo vamos juntos desde que nos vimos…

Se me acercó y no sé si me reí porque le solté un ¡que corra el aire! Aunque también pudo ser porque le dije que casi igual que nosotros, que tomamos caminos tan separados.

—Nunca volví a verte, es cierto. Y cuando lo he hecho, eres otra.
—Y tanto que soy otra.

Nos reímos mucho durante el baile. También estaba un poco achispada y eso me ayudó. Me

alegró acercar posturas con él porque de golpe me había dado cuenta de que ese camino por el que transitaba no me llevaría a ninguna parte.

Capítulo 24



Alexander

Estaba siendo una noche fascinante.

Por supuesto que ella no me creyó cuando le dije que pasaba ya de Elena, siempre en sus trece con todo. Pero al menos me dio la oportunidad de divertirnos juntos.

Entonces tuve que darle la razón a Lucas en que me estaba sintiendo atraído por Camila. Sabía que no era recíproco, que ella llevaba años detestándome, pero me alegraba de que hubiésemos firmado aquella tregua.

Me gustó hacerla reír. Los demás también reían, bailaban y bebían. A Cloe y a Lucas se les veía muy cómplices y tenían todas las papeletas para acabar compartiendo cama esa noche. Pero lo más inesperado fue que también Lucía y Brenda derrochaban complicidad.

—Venga, vamos a jugar a algo —propuso Lucía al sentarnos en aquel rincón *chill out* tan chulo y que invitaba al relax. ¿Alguien tiene un cubo?

—¿Es que vas a potar? Pues dímelo que me aparto —rio Brenda.

—No, un cubo con dados. Es que tenemos que ver quién saca el número más alto.

—Eso se hace con el móvil, espera —le sugirió Lucas.

—Ok, pues quien saque el número más alto, elige a otro para darle un pico. Y luego el segundo más alto elige a otro y así… Y no se puede repetir persona besada.

—Pero entonces el tercero besará a quien quede, ¿no?

—O tendrá siete años de mala suerte, sí, Camila.

A todos les pareció buena idea y nos dejamos llevar.

El número más alto lo sacó Cloe y se fue sin dudarlo para Lucas.

—Vale, vale, vale, que dijimos un pico —trató de separarlos Camila.

—¿Y a ti qué más te da? Déjalos, que se lo están pasando teta.

—Eso es justo lo que le va a coger Lucas. Cuidado, que salpicáis.

—Guapita, que en muchas más locas nos hemos visto en el campus y eras la primera que te apuntabas a todo, no vayas ahora de santa.

—¿Eso es verdad? —le pregunté.

—A ti te lo voy a contestar, sigue soñando.

—Tenía que intentarlo, ¿puedes comprenderme?

—No me torturasen más que teniendo que comprender a un tío y menos a ti.

—Ok, tenía que intentarlo también.

A continuación, el número más alto lo sacó Brenda y se levantó del sofá para ir directa a Lucía, subiéndose a horcajadas en sus piernas.

—A mi amiga le han dado burundanga —decía ella mientras las miraba.

—¿Nunca se besó con una chica?

—Pues lo mismo que yo, que nos hemos podido dar un pico de broma, pero nada más. Oye, ¿y yo qué hago contándote mis intimidades?

—No sé, tú sabrás.

—Eres tú quien sabe mucho, me parece a mí.

Ya solo quedábamos nosotros sin beso. Y no era necesario sacar número.

—¡¡Que se besen!! ¡¡Que se besen!! —empezaron a corear los demás.

—No lo digo yo, lo dicen ellos, ¿los escuchas?

—Sí, sí. Y tú escucha esto: si me metes la lengua, te la arranco de un bocado.

Por si las moscas, no me atreví a hacerlo. Además, que no quería molestarla en un momento en el que parecíamos comenzar a estar en sintonía. Tan solo dejé que mis labios rozaran los suyos, los cuales, sentí deliciosos.

—Vaya mierda de beso, ¡¡otro más!! —pidió Cloe.

—No, no… Ya va de sobra. Y se acabaron los juegos, que estáis todos muy salidos esta noche. Parece que han esparcido feromonas en el ambiente —se quejó.

—Pues yo siento que estos están siendo "Los juegos del hambre" porque siento un vacío en el estómago.

—Lucas, lo tuyo es un no parar.

—Tío, calla, que me dejarás fatal con Cloe —se quejó.

—Me refería a lo tuyo con la comida, canalla.

—Ah, vale. Cloe, ¿me acompañas a por algo que comer? Sirven algunos sándwiches y similares a modo de recena.

—Vale.

—Pues yo voy al baño —se levantó Lucía.

—Te acompaño. Por si te pierdes, bombón —le dio una nalgada Brenda.

A Camila los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Estás viendo eso? Para mí que estas dos se lían.

—Pues déjalas que disfruten.

—Es que Lucía va muy pedo. Igual cuando mañana se dé cuenta…

—Pues dice que le ha encantado y punto, ¿tú qué sabes?

—Es que mi amiga es hetero.

—Igual cambia de opinión, eso pasa.

—Una cosa es cambiar de opinión y otra de acera, lo estoy flipando.

—Mientras estén a gusto... Oye, había pensado en una posibilidad.

—Dime.

—Igual no nos venía mal un refuerzo en Pekín.

—No entiendo, ¿vamos a negociar o a declararles la guerra?

—Lo digo porque Brenda parece muy integrada en el grupo y es una chica espabilada. Seguro que aporta ideas.

—Espabilada, fijo. Se ha camelado a Lucía en un momento. Es lo que menos imaginé de mi amiga.

—Es que a veces la vida da giros.

—Y los coches, y los coches…

—No me hables, que todavía estoy acojonado, ¿te divertiste?

—Como una cría en un parque de bolas… Mucho.

—Pues me alegro.

Las chicas tardaron en volver y poca duda me cupo del motivo.

—Nos hemos dado el lote en el baño —le susurró en la oreja Lucía.

—¿Tú estás segura de esto?

—Sí, sí, si vengo chorreando. Mira, méteme la mano debajo de la falda.

—Niña, que me queda claro lo del lote. Pero que si estás segura de quererte liar con una chica —le preguntó.

—Déjate de prejuicios, que no te van nada.

—Por cierto Brenda, que quiero preguntarte si has estado alguna vez en China —intervine.

—Lo más cerca que he estado, Alexander, es en el chino de mi barrio, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque tenemos un viaje de negocios pendiente, por eso. Y por si te quieres apuntar.

—¿Tengo que pagarlo?

—Irías a gastos pagados.

—Y entonces, ¿te hace falta preguntar?

Las dos se pusieron a celebrar con besos que Brenda se apuntaba. Cloe y Lucas los imitaron y yo solo miraba a Camila. Y ella a mí.

—Están más calientes que el cenicero de un bingo todos. Me voy a casa.

—¡¡De eso nada!! Tiraron las chicas de ella.

—Lo cierto es que todavía queda mucha noche por delante, no te vayas —la agarré por el

brazo.

Sentí algo en ese instante; una atracción que no me dejó indiferente.

Hizo que la soltara y se sentó.

—Me voy a quedar un poco más. Pero como alguien me salpique, muere —nos anunció.

Capítulo 25



Camila

Habían pasado dos semanas desde esa noche, las cuales transcurrieron volando.

Cuando dejas de estar en guerra con alguien, la paz hace que todo sea más sencillo y llevadero. Y eso se dejó sentir en la consultoría.

El día que le permití que él mismo descolgara mi placa de “Prohibido el paso” marcó una nueva era.

No le había perdonado, porque Alexander me hizo más daño del que pudiera sospechar, pero decidí que no me rentaba pasarme el día a malas con él.

Me había demostrado nobleza porque en los primeros días le hice todo tipo de putadas y no me las devolvió. Diría más bien que las llevó con mucha deportividad y eso era de agradecer.

Por lo demás, se había ocupado personalmente de muchos de los detalles de la que sería una estancia de ocho días en China.

Dado que el vuelo era tan largo, qué menos que aprovechar también algún día para hacer turismo antes de nuestra vuelta.

Las chicas estaban totalmente revolucionadas con un viaje que también comenzó a hacerme ilusión.

Desde aquella noche en la discoteca, mi hermana se había acostado un par de veces con Lucas, así de modo esporádico… Pero era Lucía quien me tenía asombrada, ¡¡pues se veía a diario con Brenda!!

A Lucía le había cambiado el chip y afirmaba que se había dado cuenta de que no te enamoras de un hombre o de una mujer, sino de una persona. Eso que tanto se escucha y que nada tendría de particular si no fuera porque siempre le gustó mucho un rabo, como le decía en plan borde Cloe, con todo el cachondeo del mundo.

Brenda llamó a mi puerta aquella mañana. Volaríamos al día siguiente a China y estábamos ultimando todos los preparativos.

—Hay una que está que trina —me comentó, cayendo a plomo en el asiento.

—¿Quién?

—Claudia, la secretaria de Alexander.

—¿Y eso por qué?

—Porque no me ha tragado nunca, le caigo como el culo. Y encima soy yo quien se ha ganado un viaje a China como si hubiera participado en un concurso. Y ella se queda aquí, jodida.

—Vaya, no sabía que te tuviese tanto coraje, no lo entiendo. Si les caes bien a todos.

—¿A que sí? Porque soy una monada de niña —me sonrió.

—Sí, y te has convertido en una más de nosotras, ya lo sabes.

—Pues eso, que ella lleva mucho más tiempo aquí y no es muy querida. Y está celosa. Así que lo del viaje es que la tiene trastornada perdida. Para mí que me hará vudú.

—Bueno, tú no te preocupes por nada. Y si te da problemas, me lo dices. No quiero malos rollos. Y Alexander menos.

—¿Desde cuándo estáis de acuerdo él y tú?

—Mujer, pues desde que manejamos temas comunes que no queremos que se nos vayan de madre.

—Es que desde hace un par de semanas, pasa mucho por tu despacho, ¿no?

—No líes.

—Y a ti no parece molestarte.

—Porque siempre lo hace con un motivo. No viene a traerme flores, Brenda.

—¿Y si lo hiciera?

—Se las comería.

—Creo que no le gustan. Nunca las incluye cuando pide un menú. Por cierto, que agradece que no tenga que llevárselo a su despacho directamente el de seguridad, que antes debía temer que lo envenenases.

—Tampoco llegó nunca la sangre al río.

—No es mal tío, tenlo en cuenta.

—No digo que lo sea, pero lo fue… No me voy a olvidar de lo que dijo de mí. Eso nunca.

—Chica, pues si te valió para espabilar… Vale, que entiendo que te jodiera, pero que hay bofetadas que nos ponen los pies en el suelo de golpe.

Vimos pasar a Claudia por la puerta de mi despacho y me di cuenta de que tenía razón. Le echó una miradita a Brenda que la hubiera fulminado de poder hacerlo.

—Pues sí que se ha caldeado esa chica, menuda cara de perro con la que te ha mirado.

—De perro rabioso. Suerte que me resbala todo porque estoy muy ilusionada estos días. Es por lo del viaje, pero también por Lucía.

—Y yo estoy alucinada todavía.

—Ya, porque la conoces desde chiquitita y no te lo imaginabas. No para de contarme cosas de vosotras. Te quiere mogollón.

—Ella para mí es como otra hermana.

—Pues puedes estar bien tranquila, porque te la pienso cuidar muchísimo.

—No espero menos de ti. En fin, ¿todo listo para nuestro gran viaje?

—Listo y más que listo. Ando súper emocionada. Vosotras estáis muy acostumbradas a viajar, pero yo, aparte de que iba a Murcia, a la Manga del Mar Menor con mis padres en verano, como que apenas me he movido.

—Algo más habrás viajado.

—Sí, en vuelos así súper baratos. Estuve una vez en Londres y otra en Praga. Y para de contar, ese es todo mi currículum viajero.

—Pues este viaje lo vamos a disfrutar. Que sí, que debemos currar, pero que hay tiempo para todo.

—Eso es lo que le digo a Lucía.

—Para ella, además, se trata de un viaje muy especial.

—Sí, porque es la tierra de su madre, ya lo sé.

—Por eso, sí.

—Qué suerte tenemos de llevar traductora por delante. Y una como ella, que vale su peso en oro.

—Te estás enamorando de mi amiga, no es cosa mía, ¿a que no?

—Me estoy enamorando mucho. Y eso que no entraba en mis planes para este verano.

—Es que este verano está resultando muy distinto a lo que todos imaginamos… Pero mucho.

Capítulo 26



Alexander

—Que sí, papá, que tengo toda mi documentación a mano —me decía al día siguiente Camila cuando estábamos embarcando.

—No te burles. Yo soy así, muy protector.

—Tú quieres parecer ahora un santo ante mis ojos. La llevas clara, te lo digo muy en serio.

Me sonreía mientras embarcaba junto a las chicas. Todas iban muy monas, pero ella especialmente ideal con un sombrerito que se había colocado, con un lazo azul rodeándolo.

Llevaba un par de semanas fijándome mucho en cada uno de sus movimientos. No solo era una belleza, sino que su carácter hacía que se ganara a todos y demostraba mucha madurez como profesional. Aparte de que se formaba mucho para cualquier cuestión y me estaba sorprendiendo cómo se manejaba con nuestra selecta cartera de clientes.

No os digo más que ya alguno de los más importantes, cuando nos llamaba, pedía hablar directamente con ella. Y a mí, lejos de molestarme, me llenaba de orgullo.

Éramos seis y nuestros asientos estaban situados de tres en tres en filas paralelas. A Cloe y a Lucas les tocó juntos, porque éramos muy de juegos y, a la hora de elegirlos, nuevamente lo echamos a suertes. A su lado, Brenda. Detrás íbamos Lucía, Camila y yo.

Me sentí a gusto de tenerla a mi lado. Me estaba aficionando a su compañía y me gustaba pensar que a ratos iríamos charlando, pues el vuelo era largo y habría momentos de charla, de descanso, de ocio…

No os voy a engañar, me estaba empezando a sentir muy atraído por ella y, desde la noche que tuve la oportunidad de darle aquel beso fugaz, como que me acordaba mucho de ese momento.

Iba preciosa, con un vestido en blanco y negro, tableado por el bajo y camisero por arriba, con un cinturón ciñendo su cintura. Una monería de niña a la que se notaba también muy contenta.

Lucía y ella hablaban sobre lo que para la primera representaba ese viaje.

—Es que mi madre siempre me ha hablado tanto de China, tanto…

—¿Y nunca habéis viajado en familia para que tú la conocieras? —me interesé.

—No. lo teníamos en mente. Pero como llevamos años Camila y yo en Estados Unidos y tal… Al final se ha quedado la cosa ahí. Un día igual me dan la sorpresa.

—Para sorpresa, la que les has dado tú a ellos.

—Que os estoy escuchando —se volvió divertida Brenda.

—Sí que les ha sorprendido, pero ya conoces a nuestros padres, que no son cerrados de mollera. Y como ven que estoy tan contenta, ellos más. Kike también lo ha asimilado genial. Es que en su generación es de lo más normal.

—Y que Kike no se mete en nada, es un amor de niño —añadió Cloe.

—¿Y desde cuándo está enamorado de ti? —le preguntó Lucas.

—¿Tú también te has dado cuenta?

—Ya te digo que sí. Si se queda paralizado en tu presencia, qué simpático.

—De mi hermano no os vayáis a reír, ¿eh? Que soy muy visceral y por él mato, como la Esteban.

—Qué va, si me cae súper bien. No soy celoso.

—Y que tú y yo tampoco es que tengamos nada, Lucas, no te flipes.

—Claro que no, si yo paso de ataduras, Cloe.

—Pues eso.

Cada loco con su tema, como se suele decir.

Una vez que llegamos al aeropuerto y nos recogieron, disfruté mucho con las caras de todos ellos, pero sobre todo con la de Camila, quien mostraba su entusiasmo por cada detalle. Ella era así, le ponía mucha alma e ilusión a las cosas. Y eso me gustaba.

El coche que nos recogió nos llevó directamente a esa mansión que había alquilado, Todos pensaban que íbamos a un hotel, incluida Brenda, quien me ayudó a preparar otros aspectos del viaje, si bien le comenté que ese corría de mi cuenta.

Llegamos por la noche y he de afirmar que, aunque la había visto en fotos, la mansión me

sobrecogió por su belleza tanto como al resto.

—¿Es aquí donde nos vamos a alojar? —me preguntó Camila con los ojos muy abiertos.

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? Es de ensueño.

—Es una pasada. Te has lucido, hermano —me dio una palmada en la espalda Lucas.

—Ya que viajamos y que es verano, que se note.

—Eso, que se note el poderío de la consultoría. Madre mía, no he estado en un sitio como este en la vida. Y lo mismo no vuelvo a estar —murmuraba Brenda.

—Pero, ¿qué es lo que más te gusta de este lugar? —le preguntó Lucía.

—Tú, por supuesto —se la comió a besos.

Aquellas dos estaban de lo más acarameladas. Lucas también cogió a Cloe en brazos y salió corriendo con ella en busca de uno de los dormitorios.

—Ah, pues nosotras no vamos a ser menos —cogió Brenda a Lucía de la mano, tirando de ella.

—Parece que nos han dejado solos, ¿hacemos un tour por la casa? —le pregunté a Camila.

—Sí, por favor, a excepción de los dormitorios que ocupen estos, que ya me imagino la que van a liar en ellos.

—Ven, por favor.

Mis andares eran pausados. No tenía ninguna prisa por enseñarle esa enorme casa rodeada por unos jardines que incitaban a perderse en ellos.

Las cristaleras que los dejaban ver no eran rectas, sino que formaban un hexágono desde el salón. Eso sí, dispuestas de suelo a techo y creando un marco incomparable.

El interior no estaba recargado en absoluto. Opté por una vivienda en la que se presentaban espacios despejados que nos permitieran sentirnos cómodos durante las horas que pasáramos allí.

Los techos eran altísimos y las lámparas de diseño, con luces graduadas, permitían seleccionar la ideal para crear el mejor de los ambientes.

Por lo demás, es que todo era de un lujo inmenso, con una enorme cocina abierta y separada del salón por solo una península, cantidad de dormitorios amplísimos, todos con su cuarto de baño y vestidor… Y qué decir de esos exteriores ajardinados que eran una maravilla, con enorme

piscina, zona de barbacoa y hasta pistas para practicar deportes. Por si faltase algo, sauna y jacuzzi también a nuestra disposición.

Era de noche y le pregunté si estaba cansada, por supuesto.

—Pues la verdad es que apenas, porque he dormido largos ratos en el avión.

—No me digas, si no me había dado cuenta…

—Menos bromitas. ¿Y qué pasa? Que yo no ronco, lo mismo tú sí.

—Tampoco.

—Eso habría que verlo.

—¿Me estás queriendo pedir algo?

—Que dejes de conjeturar o me cabrearás.

—¿Has elegido ya dormitorio?

—Sí, me encanta el que da a la piscina, con su balcón propio.

—Pues adjudicado…

Capítulo 27



Camila

Me di una ducha después de instalarme en el dormitorio. Tenía algo de hambre, así que a continuación bajé a la cocina.

Me encontré a Lucas y Cloe, que la estaban desvalijando, aunque había cena de sobra para todos.

Alexander se había encargado de ello igual que del resto de detalles que tuvieran que ver con la estancia en esa casa que me había maravillado.

Esperaba que nos alojaríamos en un hotel y se trató de una grata sorpresa.

—¿Y las chicas? —le pregunté.

—Ese par también se ha llevado cena para su dormitorio. No parecían tener ganas de compartir este rato con los demás.

—Y mi hermana y el tuyo ya van camino del suyo, así que nos han dejado solos.

—¿Te molesta?

—No especialmente, porque esto es un lujo —le comenté mientras admiraba aquellas bandejas de sushi, tan diversas y con un aspecto impresionante.

—Pues vamos a servirlo en el jardín, ¿te parece?

—Me parece.

—Pues siéntate allí, que me encargo de todo.

Lo hizo. Dispuso la mesa perfectamente y sacó varias bandejas de las que estaban en la cocina, de las cuales comenzó a servirme.

—Me encanta el sushi, conmigo has dado en el clavo. Y con Lucía también.

—Lo sé.

—¿Y eso? ¿Te lo comentó ella?

—No, te lo escuché decir en tu despacho, lo hablabais hace unos días cuando entré.

—Así que eres un cotilla.

—No, no puse la oreja, tan solo escuché. Suelo hacerlo cuando hablas.

—Y ahora me querrás convencer de que hasta eres sensible, va a ser que no.

—Claro que lo soy.

—Que te compre quien no te conozca, Alexander Osorio. A mí no me la das.

—Pero tú, ¿cuál es la imagen que tienes de mí?

—Pues la de que eres un vividor y un insensible, eso está claro.

—No es cierto, para nada. No sé qué te lleva a pensar eso.

—El hecho de que te conozco mejor de lo que crees.

—Te equivocas, no me conoces apenas. Nos tratamos hace años, pero no tanto. Nuestras edades eran muy distintas. Sé que te gusté, pasa mucho cuando eres adolescente y te fijas en gente mayor. Después dejaría de hacerlo, también es normal. Pero por medio no llegaste a saber quién era nunca.

—Te equivocas, cuento con más información de ti de la que crees.

—Pues no sé cuáles serán tus fuentes, pero me gustaría que supieras que no soy mala persona.

—Te sorprenderían esas fuentes….

Lo dejé en el aire. No le iba a revelar que yo misma le escuché. Prefería no pensarlo porque volvía a ponerme mal. Y encima todo me resultaba muy contradictorio porque igual él no tenía ni idea pero, desde la noche en la que me besó entre juegos, pensaba en muchos momentos en ese beso.

Cambiamos de tema y nos centramos en otros más divertidos. Me pidió que le hablase de mi estancia en Estados Unidos y alucinó mucho con lo que viví allí.

—Y eso que cuando te marchaste eras una niña tímida. Menos mal.

—Todo cambió, por suerte para mí. De aquella niña, ya no queda nada.

—Lo imagino.

—Borré de mi mente toda mi adolescencia, ¿sabes?

—Ya, ya…

Se notaba nostalgia en su voz, como si le pesase que esos reseteo de memoria que hice se hubiese llevado por delante lo que un día sentí por él. ¿Y qué esperaba? Naturalmente que fue así.

—Y tú, ¿qué hiciste en estos años?

—Trabajar y aprender de mi padre. Me prometió cederme la dirección de la consultoría y eso me suponía una gran responsabilidad.

—Ya, pero no me vayas a decir que te dedicaste en cuerpo y alma a los negocios. Menudas juergas te correrías.

—No lo niego, no.

—Haces bien, porque no te creería para nada.

—Disfruté mucho de esos años…

—En los que te tirarías a todo lo que se menease.

—Oye, que yo a ti no te he preguntado por la gente con la que te acostaste.

—Ni se te ocurra. Aparte, que amanecería y no habría terminado —le informé con chulería.

—Tomo nota, vale. Pues yo me retiré de esa vida cuando conocí a Elena.

—De la que sigues totalmente enamorado.

—Estás muy equivocada.

—Porque tú lo digas.

—Oye, ¿y ese empeño por saberlo? ¿Te importa?

—Un comino, eso viene a ser lo que me importa. Por supuestísimo que no.

—Vale, soy quería saberlo.

—Pues ya lo sabes.

—No la echo de menos, si es eso lo que piensas. Porque nada de lo que me aportó Elena era real. Y, por tanto, no hay pérdida que lamentar. Lo que sí me gustó, y eso querría volver a tenerlo, es un plan en común.

—¿Qué tipo de plan?

—Uno de futuro con alguien.

—Te refieres a matrimonio, hijos…

—Exacto.

—¿Y estás hecho para eso?

—Por supuesto que sí. Tienes una imagen de mí muy equivocada.

—Es que para eso hay que mostrar mucha sensibilidad.

—Y crees que no la tengo.

—Así es.

—He lamentado mucho perder ese proyecto de futuro, lo creas o no.

—Y a alguien como tú, ¿no le resultaría aburrido?

—Para nada, ¿te lo resultaría a ti?

—Con el hombre adecuado, no. Pero no me compares. Tú eres un juerguista y un mujeriego.

—¿Y a ti no te ha gustado la fiesta y estar con gente distinta?

—Sí, pero…

—Pero solo es cuestionable si lo hago yo. Ya entiendo.

—Bueno, más o menos. Que aquí a quien estamos juzgando es a ti y no a mí.

—Me estás dando que pensar que tienes mucho morro.

—Y menudo éxito que han tenido mis morritos todos estos años —se los puse.

—Eso sí que no lo pongo en duda. ¿Hace calor o me lo parece a mí?

Capítulo 28



Alexander

Sí que debía hacer calor porque un rato más tarde estábamos metidos todos en la piscina.

Los otros cuatro habían bajado y se nos unieron. Por mi gusto, me hubiera quedado a solas con ella, puesto que comenzaba a sentirme muy bien con Camila. Y eso que conmigo le salía vena de jueza, siempre dispuesta a darme un mazazo.

Entre chapuzones, habíamos comenzado con las copas. El siguiente día era domingo y hasta el lunes no celebraríamos la primera reunión, de manera que esa noche no había prisa por irnos a la cama.

Mi hermano comenzó a hacernos de DJ, las luces del jardín y de la piscina creaban un ambiente tan íntimo como acogedor y todos jugábamos en el interior del agua.

—Y ahora, por parejas… Las chicas encima de los chicos, ¡¡a ver cuál de las tres la cruza antes!! —propuso Lucas, que era el rey de la juerga.

—¿Y cuál de nosotras dos es un chico? —le preguntó Lucía alucinada.
—Anda, pues es verdad. Organizaos como os venga en gana, ¡¡y a jugar!!

—Te ha tocado, yo no lo he propuesto —la invité a que se subiera en mi espalda.

—Pues, al menos, procura que ganemos —me pidió Camila.

—Lo haré.

Me sentía más contento con ella así de cerca, con su diminuto bikini empapado sobre mi cuerpo. No hace falta decir que me dejó sin habla cuando la vi aparecer con él un rato antes, pues aquel cuerpo insulso y desgarbado de su juventud dio paso a otro de diosa que me hacía hervir por dentro.

Comencé a nadar y ella que no paraba de chillarme que me emplease más a fondo, algo que hice sin pensar, hasta alzarme con la victoria.

—¡¡Bien!! —chillé sacando medio cuerpo del agua y sosteniéndola en brazos.

Al bajarla, nuestros cuerpos se pegaron tanto que su boca y la mía se volvieron a rozar.

Me dejó el mejor de los sabores. No fue ese el único juego que practicamos en la piscina, puesto que Lucas estaba de lo más inspirado. Y luego salimos de ella, bailando y cantando en el jardín.

Hicimos concurso de karaoke pues en la casa había uno que sacamos también. Para vernos cantando a viva voz a las afueras de Pekín en español. Hasta una copla muy sentida se marcó Lucía, aunque también cantamos por Shakira, por Karol G, por Miley Cyrus o por Beyoncé.

En cuanto a nosotros dos, las chicas se partieron con el dúo que hicimos imitando a Luis Miguel y a su mítico "Tengo todo excepto a ti" que teatralizamos mucho, dedicándoselo.

Cuando ya nos estábamos quedando afónicos de tanto cantar, nos tumbamos a continuar la fiesta sobre la gran cama que había allí en el jardín, pensada para ser disfrutada por cantidad de personas a la vez.

Todos estábamos cómodos, tumbados, y las dos "parejitas" que se habían formado se veían de lo más acarameladas.

—Nosotros dos sobramos aquí —me comentó ella.

—No, yo estoy a gusto, ¿o es que quieres que nos vayamos?

—Yo ya me voy a ir yendo, sí, pero a mi camita.

—¡¡Aguafiestas!! —le soltaron a coro.

—Por unanimidad, te quedas.

—Solo si dejáis de besuquearos todos.

—Si te subieras al carro, no sentirías envidia —le soltó Lucía, refiriéndose a mí.

—¿Subirme al carro? ¿Es que queréis que seamos tres? A mí no me van los tríos y menos con dos chicas —le contestó interpretándolo de otra manera.

—¿Y con dos chicos? —le preguntó Lucas.

—Para responderte a eso me hacen falta más copas.

—Pero ¿lo has hecho alguna vez?

—¿Esto es un interrogatorio? Si te parece, me haces también la prueba del polígrafo.

—Pues sería divertido. Hay una App que es un detector de mentiras, ¿jugamos con ella?

—Qué te gusta a ti un juego, Lucas —le comentó Cloe antes de darle un besazo de rosca.

—Más me gustas tú, rubia.

—Eso tendrá que pasar por el detector de mentiras.

—Venga, ahora mismo. Lo voy a instalar.

Lo hizo y comenzamos a jugar con él. Uno se iba sometiendo a la prueba y cualquiera le podía hacer una pregunta.

Lo echamos a suertes y me tocó preguntar a mí ser interrogada.

—¡¡Que empiece el jefe!! —corearon.

—Un momentito, no me sometáis a mucha presión.

—No, que mi hermano está acostumbrado a la buena vida.

—Y lo dice el benjamín de la casa, el pequeño consentido.

—Un poco sí, la verdad. Venga, dispara.

—Pues mi pregunta es para Camila y no voy a ser demasiado original.

—Vaya, que le ha dado morbo saber lo del trío...

—Que no, Lucía, ¿tú qué sabes? —le preguntó Camila.

—Tú espera.

—¿Es eso? —me miró.

—Es una pregunta como cualquier otra.

—Pues sí lo he hecho, ¿contento?

—No, no… Simplemente satisfecha mi curiosidad.

—Pues ahora le toca a la App sentenciar si Camila nos ha dicho la verdad y ha gozado entre los brazos de dos tíos o si ha mentido y se ha quedado con las ganas —comentó mi hermano, muy metido en su papel.

—¿Y por qué se tendría que haber quedado con las ganas? —le preguntó Brenda.

—Porque esa fantasía la tenéis todas las chicas.

—Ah, no, porque a mí igual me da más morbo probar con un chico y una chica a la vez —le respondió Cloe.

—Pues si quieres, nos unimos los cuatro —le propuso Brenda.

—Bien la estáis liando con el jueguecito —se quejó Camila, quien se vio envuelta en él.

La App arrojó el resultado y Lucas nos lo hizo saber.

—Respetado público, préstenme atención porque ha llegado la hora de…

—No tienes cuentos ni nada, ¡¡que es verdad!! A ver qué va a decir la App —le interrumpió Camila.

—Pues resulta que sí…. ¡¡cinco puntos para Camila!! Con rima o sin ella, como lo prefiera.

—Si ya os digo que esta no se ha perdido nada en Estados Unidos, quién mejor lo va a saber.

—Habló la que hizo allí voto de castidad. Anda que tampoco has experimentado nada.

—¿Eso es verdad? Me tienes que contar, qué morbo —le preguntaba Brenda.

—Pues ahora me toca a mí y mi pregunta también es para Alexander —comentó Camila.

—Hermano, es para ti. ¿Juras decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Juro —carraspeé.

—Ok, pues ahí va —habló ella—. ¿Alguna vez te has burlado de una chica a sus espaldas?

—No —respondió con rotundidad.

—Amigos, esperemos que la App sentencie y que nos diga si mi hermano merece un hurra por sincero o un abucheo por Pinocho. Vamos a ver…

Capítulo 29



Camila

La App esa era una mierda, porque conmigo había acertado, pero con Alexander no. ¿Pues no había sentenciado que él decía la verdad? Por supuesto que se burló de una chica a sus espaldas ¡¡de mí!!

¿Era cierto que ni siquiera lo recordaba? ¿Tan poco me había tenido en cuenta? Y eso que su acto me partió el corazón en mil pedazos, dejándome por los suelos. Qué mal lo pasé hasta que pude resurgir de mis cenizas y qué suerte que mi transformación física me hubiese ayudado a hacerlo, porque de otro modo no sé qué hubiera sido de mí.

Cuando nos fuimos a la cama unas horas después, no me podía dormir. Me removía en ella y comencé a dar vueltas y vueltas. Cuando eso me sucedía, me sentía rematadamente mal y era mejor que me levantase, porque me agobiaba más.

¿Qué había cambiado esa noche para impedirme conciliar el sueño? Con sinceridad pienso que fue el miedo que sentí al notar que de nuevo me atraía Alexander.

Su innegable sexapil me estaba atrapando y tampoco me ayudaba el hecho de que los otros cuatro anduvieran todo el día de dos en dos, en plan parejitas, y eso me obligase a quedarme más tiempo a solas con él.

Salí al jardín y allí, con los pies metidos en la piscina y disfrutando de la buena temperatura nocturna, entrecerraba los ojos y recordaba sus gestos durante la cena. Era tan jodidamente atractivo que bien podría convertirse en la adicción de cualquier mujer. Pero yo no podía olvidar el pasado.

Demasiado que hice de tripas corazón y firmé una tregua con él. De ahí a dejarme llevar por esa atracción iba un trecho, ¿cómo hacerlo cuando en su día mató todas las ilusiones de mi corazón? ¿Cómo olvidar que su crueldad me tiró por tierra de una manera que me marcó para siempre?

Pensaba en todo ello cuando noté pasos tras de mí. Recé para que fuese alguna de las chicas, pero sin suerte al respecto.

—¿Qué haces aquí, Camila? —me preguntó.

—Nada, que no podía dormir. ¿Y tú, Alexander?

—Es que me pareció escuchar que abrías antes las puertas del jardín y, al ver que no regresabas a la cama, he decidido bajar.

—¿Y por qué sabías que era yo quien bajó? Pudo ser cualquier otro.

—Esos cuatro están demasiado entretenidos, ¿no te parece?

Se sentó a mi lado y metió también los pies en el agua. Diría que me miró con mucho cariño, como se mira a alguien por quien estás sintiendo algo. Aparté la vista porque esa mirada me dolía.

—Sí, supongo.

—Camila, mírame.

—¿Para qué quieres que te mire?

—Para tratar de encontrar en tus ojos la razón por la que no puedes hacerlo.

—¿Y qué más da?

—Para mí es importante. Por mucho que la esquives, sabes que tú y yo tenemos pendiente una conversación.

—No trates de remover la mierda, Alexander. Solo vas a lograr que huela más.

—Quizás eso no me importe en absoluto. Lo que me importa es que lo sueltes de una vez. ¿Qué fue, Camila? ¿Fue mi rechazo? He tratado de explicártelo más veces… Eras una niña.

—Sí y un patito feo también.

—Cierto que no eras la más agraciada, lo cual no fue determinante. Tu edad… Eran 16 frente a 26.

—¿Y si hubiera sido preciosa? ¿Habrías esperado entonces un par de años y nos hubiésemos hecho novios?

—Camila, no lo sé. Nunca me lo planteé.

—No lo hiciste porque no te importé ni un tanto así —le señalé una medida pequeñita con los dedos.

—Ay, preciosa… —murmuró tratando de abrazarme, algo que no le consentí, echándome

hacia detrás.

—No me llames preciosa, no tengas morro.

—Perdona, se me ha escapado. Es como te veo.

—Ya, porque ahora no te resulto incómoda de ver, ¿no es así?

Se quedó parado, con una ceja arqueada y pensativo. Diría que era cierto que no sabía por dónde venía el tiro. Me miró con preocupación y me preguntó.

—¿Por qué empleas esa expresión?

—No es mía, es tuya… Tú la empleaste con tus amigos aquella tarde de tu cumpleaños, cuando también te reíste diciendo que no me harías un favor ni borracho.

Soltó con lentitud el aire de sus pulmones y se fue echando hacia atrás poco a poco, con las manos apoyadas en el borde de la piscina.

—¿Dije eso? ¿Lo dije?

—Lo dijiste, Alexander. Y yo, que era una cría y que me moría por ti, lo escuché detrás de un seto. Y no he llorado más en mi vida, ¿sabes? Hasta que comprendí que no merecías ni una sola de mis lágrimas porque chico, tú podrías estar muy bueno, sí, pero serlo, no lo eras.

—Ahora lo entiendo todo. Era un patán en aquellos años, tienes toda la razón. Además, supongo que llevaría unas copas encima. Con algunos de mis amigos me reuní desde por la mañana para celebrar, eso sí que lo recuerdo. Pero lo otro… me has dejado helado.

—Pues imagínate cómo me quedé yo. Era una niña, ¿eres consciente del año que me hiciste?

—Por eso no volví a verte nunca.

—Te odié, te odié con toda mi alma. Cada vez que jugaba a los dardos con mis amigos, me imaginaba que era a ti a quien disparaba en lugar de a la diana.

—Y supongo que se te daba genial.

—Campeona me hice en el campus —asentí.

—Lo siento, lo siento con todo mi corazón. Era un cabezahueca por aquel entonces. Es evidente que no merecía que sintieras algo así de bonito por mí.

—Pues sí, eso me lo enseñaste tú. En realidad, fue una suerte escucharte, porque me pusiste las pilas para olvidarme de ti.

—Con el tiempo cambié, lo prometo. Comencé a darle importancia a lo que realmente la

tenía. Y cuando conocí a Elena, decidí darle un nuevo rumbo a mi vida.

—Lo sé, lo sé…

—La vida no es la misma sin amor, Camila. No dejes que eso que te hice te haga perder el norte. El amor es lo que le da sentido a todo.

Me hablaba y me miraba a los labios. Detectaba sinceridad en sus palabras y esos labios suyos me llamaban.

—¿Me prometes que no te acordabas de nada? ¿No te has estado riendo de mí también durante estas semanas cuando trataba de sonsacarte?

—No sé si el hecho de confesarte que ni siquiera lo recordaba jugará más todavía en mi contra. Pero la realidad es que es así. No lo recordaba, Camila. Es más, si te soy totalmente honesto, ni siquiera lo recuerdo ahora. Pero no lo dudo en absoluto porque me lo dices tú y porque sé que era así de imbécil en aquel entonces.

—Sí que lo eras, sí.

—¿Y crees que podrás perdonar a este imbécil? —me preguntó mientras su cara se acercaba a la mía.

Cuando tu corazón se pone a dar saltos dentro de tu pecho, es difícil no sucumbir a eso que te está pidiendo. Y el mío me pedía a gritos dejarme llevar por esas ganas de besarme que Alexander me mostraba y que eran similares a las mías.

Capítulo 30



Alexander

Sentía un terrible malestar tras su confesión, pero también un gran alivio. De momento, ya sabía cómo la dañé, algo que hasta ese instante era todo un misterio para mí porque intuía que había algo más que mi simple negativa a hacerme su novio.

Destrocé el corazón de esa pobre niña. No me extrañaba porque me reconocía en un comentario de ese estilo, sobre todo si había bebido y mis amigos de la época me tiraron de la lengua.

Sé que eso no justifica nada y que soy el responsable de mis actos, que el resto solo era una panda de idiotas a la que pertenecía. Mis amigos de entonces, tanto ellos como ellas, tenían serrín en la cabeza, igual que yo.

Ignoro lo que Camila vio en mí más allá de un cuerpo cuidado o de un rostro agraciado. Supongo que en el fondo eso fue suficiente para convertirme en el primer amor de una chica que mostró toda la sensibilidad del mundo al hacerme aquella tarde un regalo al que correspondí de la peor manera. Ni con una paliza encima, pagaba el mal que le hice.

Y de pronto la tenía delante de mí, no oponiendo resistencia a que la besase. Y yo, pese a no ser merecedor de algo tan valioso, me moría por hacerlo y envolví mis labios con los suyos.

Al hacerlo, fui consciente de que me iba a enamorar con locura de Camila, si es que en parte no lo estaba ya.

Ella tembló y no imagino una mayor delicia. Por lo que me había confesado, el sexo no tenía secretos para esa chica. Y, sin embargo, le hice sentir de un modo que tembló. En realidad, supe identificarlas: fueron sus ganas las que la hicieron estremecerse así.

La tomé entre mis brazos, alzándola. Cada uno de los centímetros de su piel que iba recorriendo me resultaba sedoso y apetecible, pero en realidad lo que más me apetecía del todo era beberme esa sonrisa que me estaba dedicando y que me indicaba que, pese a todo, podía albergar la esperanza de que me perdonase.

Entramos en el dormitorio que me reservé para mí y la tumbé en la cama. Ella había bajado con un conjunto de short y camiseta de tirantes, sexy como era.

Sin dejar de mirar fijamente sus ojos, en cuyo azul encontraba la inmensidad del océano, la fui desvistiendo poco a poco porque teníamos toda la noche por delante y porque comenzaba a sentir que la amaba.

Si no se lo confesé en ese momento fue por no liar más las cosas, por no asustarla. Conforme retiré ese conjunto, me topé con otro interior compuesto por sujetador y tanga. El sujetador lo desabroché de inmediato. El tanga se lo dejé puesto porque primero jugaría con la parte superior de su cuerpo, dejando el plato fuerte para después.

Su busto era realmente perfecto. Sus senos turgentes me revolucionaron por completo. Su tamaño era ideal, mediano y bien colocado. Mis manos los cubrían mientras comenzaba a acariciarlos.

Camila dejó de temblar y pareció regresar de ese trance al que la condujeron los primeros minutos. También ella se deshizo de mi camiseta para ir familiarizándose con mi torso, al que acariciaba con ansia.

Se podría decir que deseábamos descubrir juntos cada palmo de nuestros cuerpos. Mi virilidad se puso en pie de guerra, eso sí, en cuanto comenzó a acariciarme de ese modo tan intenso, al tiempo que era intensidad también la que yo le regalaba.

Su cuerpo comenzaba a resbalar entre mis manos por efecto de esa fina y sutil capa de sudor que comenzaba a envolverla, perlándola por completo. Yo también me sentía febril, igual que ella. Llevaba días deseándola mucho, observando cada uno de sus sugerentes movimientos.

En la cama, también mostraba esa serie de movimientos que me revolucionaban desde lo más profundo de mi ser. Era tan jodidamente sexy que me resultaba imposible apartar mis ojos de su impresionante anatomía.

La yema de mis dedos comenzaba a avanzar hacia su vulva, hacia esa cueva húmeda en la que ya me imaginaba internándome, mientras mi miembro viril era recubierto por la humedad que rezumaba.

Con la rigidez propia de mi espléndida erección, y mientras mi otra mano continuaba masajeando sus pechos, despegué sus labios vaginales para descubrir ese botón placentero que sería su clítoris.

Lo encontré húmedo, como el resto de su sexo. Y dispuesto para mí. La miré con intensidad antes de bajar mi rostro hasta allí y hundirlo con la intención de sentir de golpe toda esa humedad que me sofocó mucho más aún.

Camila gimoteaba y esos gemidos se convirtieron en mi melodía preferida, mientras sus pies se arqueaban y se disponía a gozar del juego de mi experimentada lengua, la cual pondría a funcionar a tope.

Cuando lo hizo, sus gemidos se convirtieron en gritos. No había problema porque nos encontrábamos en estancias distantes los unos de los otros, algo que le aclaré en ese momento en el que tomó la precaución de tratar de bajar el tono.

—Descuida, que no te oyen.

Una sonrisa pícara se formó entonces en su rostro y, mientras se mordisqueaba el labio inferior, comenzó de nuevo a lanzar una serie de gemidos que convirtieron mi evidente erección en otra que palpitaba.

No por ello estaba dispuesto a penetrarla pronto. Más bien puse mis cinco sentidos en eso que estaba haciendo; lamer su sexo hasta que estallase.

Lo hizo unos minutos después, despidiendo un calor que bien podría habernos hecho entrar en combustión espontánea a ambos. Camila era sugerencia en el más puro de los estados y mi deseo por ella fue creciendo mientras que introducía mis dedos en su ser buscando su esencia.

Su vagina, a través de ese estrecho canal que me llevaba a sus confines, atrapaba esos dedos míos que fui colando en ella.

Creo haber comentado en alguna ocasión que me encanta el sexo y también todo ese tipo de artilugios que llevan a hacerlo aún más excitante, si bien no era el caso en esa primera toma de contacto con ella en la que no los tenía a mano ni los necesitaba, porque ambos estábamos por la labor de hacernos vibrar por nosotros mismos.

Verdaderos espasmos fueron los suyos mientras mi lengua seguía cumpliendo su cometido y mis dedos comenzaban a moverse en su interior. Camila echó mano también a mi miembro, liberándolo y masajeándolo de un modo que me llevaría más aún a volcarme en ella, preso de esa indescriptible sensación que me estaba produciendo con el movimiento de sus dedos.

La hice llegar al clímax de nuevo mientras corría el riesgo de que también me pasara, pues su empeño en proporcionarme placer era igualmente mayúsculo.

Antes de que eso ocurriese, decidí penetrarla, si bien su boca envolvió entonces mi miembro viril con un ímpetu inusitado que me puso a mil, instante en el que salí de ella, me coloque en la abertura que daba paso a su vagina y la embestí.

Llegué de una sola embestida al final y su gemido, que casi sentí como el aullido de una sexy loba, me indicó que deseaba que siguiera en esa línea. No sería rudo, pero sí firme en mis embestidas, las cuales comenzaron a subir de nivel al mismo tiempo que lo hacían sus gemidos y sus jadeos.

Camila me rodeó con sus piernas, llevándome más hacia ella, en una especie de forcejeo que me incitaba a adentrarme en su ser de un modo tan impetuoso como feroz que saciaba ese deseo que ambos compartíamos.

Su cuerpo, el mío y ese deseo nos llevaron a practicar una gran variedad de posturas, las

cuales terminaron con ella subida en mí antes de que me desparramase entre rugidos.

Me quedé abrazado a ella, mientras notaba el incesante palpitar de su corazón que parecía estar sincronizado con el mío.

No salí de ella de inmediato, sino que me permitió seguir contemplando el espectáculo de su cuerpo sobre mí mientras me hacía estremecer por completo al sentir que las contracciones producidas por su último orgasmo, casi simultáneo al mío, aún no habían cesado.

Cuando eso ocurrió, se tumbó sobre mi torso, dejándose caer en él con el mayor relax. Inmóvil, no hice ningún movimiento, sino que me quedé allí, notando su calor y disfrutando de la sonrisa que me contagió.

Un poco después, fui saliendo de ella y, a la hora de asearnos, no dudamos en hacerlo juntos en la ducha. La mimé en el agua, limpiando cada pliegue, cada recoveco de su delicada piel mientras le iba sacando la sonrisa.

—Pues ya lo has conseguido —me decía risueña.

—¿Es que tú no querías?

—No me lo había planteado —me respondía vacilona.

—Ahora sí que estoy preparado para quererte y cuidarte, si tú me dejas —le solté a modo de declaración sin rumiarlo demasiado, dejándome llevar por lo que mi corazón quería confesarle.

—¿Y puedo creerte?

—Debes… Debes porque no te he mentido hasta ahora y porque no voy a hacerlo. Siento que comienzo a quererte, Camila.

—¿Y si lo que necesitas es una relación puente? No serías el primero que lo hace… Coges a alguien para olvidar a tu ex y, una vez olvidada…

—Es que yo a Elena la tengo olvidada, te lo prometo. Esto no tiene nada que ver. No soy ese patán que conociste y te hablé de que no quiero ser un descerebrado que se pase dando tumbos toda su vida. Lo que deseo es tener algo serio con alguien.

—Serio suena a aburrido.

—No te burles ahora tú de mí. Me has entendido. Serio suena a comprometido, aunque lo hagamos inmensamente divertido.

—¿Me estás pidiendo entonces una oportunidad?

—Te la estoy suplicando.

—Y yo me estoy acojonando porque esto va muy rápido.

—Es que hay sentimientos que se intensifican muy pronto y que son incompatibles con la lentitud. Hay amores que se cuecen a fuego lento y otros…

—Que se meten en el microondas y ya, ¿no?

—No sé si es la mejor comparación, solo sé que empiezo a quererte.

—*"Empiezo a quererte, empiezo a notar que no hay un día que no quiera verte…"*—me cantó burlona por Lori Meyers.

—Esa canción mola.

—Sí, y hay una parte que dice *"y con las ganas que ahora tengo de follarte..."*

—¿Esa es una insinuación?

—Más bien es una petición —me contestó besándome y llamando de nuevo a esas ganas mías que, con ella, no se irían nunca.

Capítulo 31



Camila

Apenas habíamos dormido unas horas, puesto que nos pasamos toda la noche enredados el uno en los brazos del otro.

Caímos casi por la mañana y él seguía planchando la oreja. Lo miraba y pensaba en cuántas veces soñé en tenerle así, tendido junto a mí en una cama tras una noche de pasión… Fue hace muchos años, en mi adolescencia. Y tardó en cumplirse, pero había llegado.

No tendría sentido alguno que me mintiese. No cuando yo misma comprobé que era real que le gustase el compromiso y que no titubease a la hora de tratar de lograr alcanzar una relación estable con Elena.

Evidentemente, yo no era menos que esa chica y conmigo también podría ilusionarse como comenzaba a ilusionarme yo con él.

Pensaba en todo ello y se me dibujaba la curva de la sonrisa en el rostro. Abrió un ojo y me pilló así, con la sonrisa recién estrenada de buena mañana.

—¿Se puede saber en qué piensa la chica más bonita del mundo? —me preguntó en ese instante.

—En que te ganarás una oportunidad pero, si me fallas, date por muerto.

—No siento ningún miedo. No voy a fallarte.

—Pues es una lástima, porque ganas sí que tengo —le vacilé con el juego de palabras.

Ya escuchábamos a los chicos en el jardín. Tendrían que esperar para vernos bajar porque ya era media mañana, pero encontramos un entretenimiento entre las sábanas al que no estábamos dispuestos a renunciar.

Cuando por fin lo hicimos, cuando bajamos un rato después, el nivel de cachondeo fue máximo.

Era Lucas quien tarareaba la marcha nupcial y las otras tres quienes reían, haciendo como de damas de honor que desfilaban en el cortejo nupcial.

—¡¡Que vivan los novios!! —chillaron finalmente.

—Menos cachondeo, ¿eh? —les pidió él.

—Es que no todos los días se ve a una pareja tan bonita formarse. No sabía yo que Pekín fuese tan romántico —habló Lucía.

—Mira, si vas a hablar de sorpresas, recuerda que tú has sido la primera que nos has dado una buena —apostillé.

—Y bien contenta que estoy con mi chica.

—Normal que lo estés, si me paso las noches pico pala.

—No hace falta que nos des detalles, Brenda.

—Pues a mí no me importaría escucharlos —les comentó Lucas.

—Va, va, ¿no se desayuna en esta casa?

—A nosotros nos sale ya el desayuno hasta por los ojos. Nos vamos duchando, que habrá que salir —comentó Cloe.

—Sí, claro. Hoy es domingo y Pekín nos espera, pequeña.

—Qué dulce es mi hermana.

—Ay, que me derrito con la chiquitina.

Nos dimos unos cuantos abrazos y ella salió corriendo en dirección al baño.

—No hace falta que le añadas azúcar al café, Camila, que ya eres bien empalagosa.

—Pues habrá que verte a ti con Brenda, Lucía. Al menos yo lo soy con mi hermana.

—No, conmigo es más bien como una leona, ¿quieres que te hagamos una demostración?

—No es necesario en absoluto, Brenda. Qué loquitas estáis las dos…

Se fueron todos y nos dejaron allí.

—Se ve que les ha hecho ilusión —me comentó.

—Pues sí. Es que mi hermana y Lucas también están más implicados de lo que parece, ¿puede

ser? Y mientras nosotros estuviéramos tirantes, como que les daría más palo.

—Con mi hermano no sabría decirte, aunque sí es verdad que comienzo a notarle muy cómodo con Cloe.

—Pienso igual, solo que son dos chulitos y que ninguno de los dos quiere dar su brazo a torcer y contarlo.

—Al contrario que nosotros, ¿verdad? Porque espero que esto no lo quieras callar ante la gente.

—¿Es que tú quieres hacerlo?

—¿Presumir de tener a mi lado a la mejor chica del mundo? Por supuesto. Estoy deseando hacerlo, ¿qué te parece si grabamos un vídeo y lo subimos a las redes?

—Me parece que estás loco.

—Loco de alegría, vamos a hacerlo —me animó.

—Mira que yo me meto en el papel y grabo ahí a tope… Igual hasta me sale trabajo como actriz y todo.

—Pues dale, venga, si ese es tu sueño.

—No, no tengo interés en eso, la verdad.

—Ven aquí, conmigo.

Puso a grabar su cámara, cogiéndome con el brazo por encima del hombro. No me había arreglado. Falsa modestia aparte, tampoco me hizo falta porque mi imagen era muy natural y la felicidad me desbordaba, por lo que me vi muy guapa.

—Hola a todos —comenzó a grabar—. Quiero daros los buenos días desde Pekín, aunque ni he calculado la diferencia horaria e igual os estáis partiendo la caja. Los que me conocéis, sabéis que soy así, visceral y que no las pienso mucho. Por eso no he dudado en ponerme a grabar esto. Es que me he levantado contento y no es para menos, al lado de esta preciosidad. Muchos ya la conocéis porque ocupa el puesto de subdirectora en la consultoría. Para quienes la veáis por primera vez, ella es Camila Galván, la chica que ocupa mi corazón desde hoy, pues estamos *in love*, como se dice ahora. Al menos, así es como yo me siento, pero me gustaría que hablase ella.

—Hola a todos. A mis amigos, porque este vídeo lo voy a compartir, ya os digo que esto no entraba en mis planes, porque a más de uno le va a sorprender que esté en una relación con Alexander Osorio. Para los que no sabéis de qué va el tema, os diré que él y yo hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana, rollo “Star Wars”, no comenzamos con el mejor pie, pero como la vida da muchas vueltas, al final nos ha situado cara a cara. ¿Y qué os cuento? ¡¡Que nos han entrado ganas de besarnos!!

Lucía y Brenda salieron en ese momento y comenzaron a aplaudir. Se formó el taco y terminamos con las grabaciones, las cuales subimos a las redes.

—Pero bueno, ¿has visto? Si van en serio.

—Pues igual que yo contigo, *amore* —le decía Brenda mientras se besaban, lo mismo que hicimos nosotros.

Capítulo 32



Alexander

Había confeccionado la ruta y ellos me preguntaban. Teníamos un coche a nuestra disposición que estaba en la mansión. Por cierto, que su dueño era español, un inversor que tenía propiedades por todo el mundo y que era un enamorado de China, entre otros lugares.

—La ruta de hoy nos va a llevar diez kilómetros —les comenté.

—Genial, eso en coche se hace en nada —me contestó Brenda.

—Nena, creo que no es en coche.

—¿Qué dices? Si voy en unos tacones más altos que los de la Barbie. También me estoy acostumbrando a ir como una modelo, imitando a Camila.

—Eso lo hago en la oficina. Hoy llevo mis Vans —las alzó para enseñárselas.

—Tranquila, cariño, que lo he previsto todo y llevo unas zapatillas para ti —le comentó Lucía, quien era muy previsora.

—¿Es para comérsela o no es para comérsela? Si es que la tengo que querer…

—Pues mucho mejor porque nos vamos a hartar de visitas… Comenzaremos por los Jardines de Longtan —les anuncié.

—Oye, ¿habrá bancos en los jardines? Porque no sé tú, pero yo estoy baldado de anoche.

—Lucas, que eres un Osorio.

—Y como tal dejé el pabellón bien alto, ¿es o no es, Cloe?

—Alto y duro, sí.

—Cloe, podría pasar sin saber eso —le comentó Camila.

—Pues entonces, dile a tu novio que no le meta los dedos a Lucas, que a este le encanta largar.

—Y alargar, me gusta más alargar la mano y…

—Joder, ¡¡que nos caéis encima!! —se quejó Lucía, pues todos ellos iban detrás y Camila de copiloto conmigo.

—Oye, ¿lo has escuchado? —le pregunté mientras los demás se decían disparates y se daban manotazos.

—¿Lo de novio? Sí.

—¿Y qué?

—Que no ha sonado mal. Y deja que en España comiencen a levantarse y a reaccionar a nuestros vídeos.

—Pues sí, porque la gente se va a alegrar.

—Sí, porque no he contado lo que me hiciste en su día, que si no…

—¿Qué le hiciste? —se interesó Lucas.

—No la provoques, por favor —le rogué.

—Yo lo sé, pero mis labios están sellados —le provocó Cloe.

—¿Cómo dices que están tus labios? Ven que los pruebo…

Todos estábamos más que contentos. La idea era dejar el coche en las inmediaciones de los jardines y pasear por ellos.

Brenda ya tenía la cámara en la mano en cuanto nos bajamos. A Camila le encantaban ese tipo de espacios y la vi feliz. La tomé de la mano, era la primera vez que lo hacía y me encantó presumir de ella por allí.

—Estos son cipreses de dragón —iba consultando Cloe en una guía— y esto otro son flores de boca de dragón.

—El asunto es echar fuego —bromeaba Lucía.

—Yo sí que echo fuego por ti…

Las chicas iban a *full* en su relación.

Me gustaba ver cómo Camila las miraba, cómo disfrutaba de que estuviesen así de

enamoradas. Eso me hacía albergar esperanzas de que también luchase por esa relación que comenzaba a nacer entre nosotros y que no dudamos en hacer pública porque nos ilusionaba. Que diera ese paso sin titubeos me pareció también la mejor de las señales.

Caminando por sus senderos, se abrió ante nosotros la posibilidad de dar un paseo en bote, ya que el parque cuenta con un largo serpenteante de grandes dimensiones llamado Lago del Dragón.

Nos lo pasamos bomba y ya os podéis imaginar la que liamos los seis encima de los botes; la de San Quintín, y eso que estábamos en China.

Cuando bajamos de ellos, Cloe decía estar mareada.

—Oye, ¿no la habrás dejado embarazada? —le preguntó Lucía a Lucas.

—Ni lo menciones, que uso protección.

—Pues a ver si me protege también de estas náuseas, es que se me mueve todo —pedía ella con muy mala cara.

—Niña, que parece que te ha dado una subida de bilirrubina, a lo Juan Luis Guerra. Qué amarilla estás —le decía Brenda, que era muy ocurrente.

—Es que me he puesto malísima en el bote. Me mareo si no me tomo una pastilla y no lo tenía previsto.

—Ni que hubieras montado en el Titanic, cariño —murmuraba Camila mientras le atusaba el pelo y le daba la mano.

—Allí hay una casa de té, podríamos tomar uno y descansar hasta que se te pase.

—Si es que no puedo ni dar un paso, Lucas. Capaz soy de partirme los dientes, con lo caros que les han costado a mis padres.

—No, de eso me encargo yo.

Mi hermano la tomó en brazos. A Camila le gustó el gesto y a mí también, porque comenzaba a verlo bastante entregado con Cloe, por mucho que ellos se jactasen de que lo suyo era un simple rollo.

—Me parece muy romántico —me susurró ella mientras nos dejaban atrás.

—¿Y tú eres romántica?

—Claro, aunque lo disimulo muy bien.

—Pues habrá que hacer algo al respecto.

La cogí también en brazos y se reía. Las chicas nos miraban.

—Y de nosotras, ¿quién coge a quién? —le preguntó Brenda a Lucía.

—Por turnos, ¿te parece?

—Va.

Capítulo 33



Camila

Estaba disfrutando mucho de aquella mañana en la que estrenaba relación con Alexander.

La sensación de ir cogida de su mano, de sentirle tan protector, me hacía sentir bien. Aparte de que la ilusión me estaba desbordando.

Había decidido hacerlo público junto a él porque no me van las medias tintas. Si iba a confiar, debía hacerlo por completo y no con reservas, puesto que esas cosas no llevan a nada bueno.

Tras tomar un té en aquella preciosa y pintoresca casa, seguimos avanzando hacia el conocido como Templo del Cielo.

Había leído de camino allí que era el lugar en el que los emperadores llevaban a cabo todas las celebraciones rituales con las que pedir bendiciones y buenas cosechas.

A todos nos embargó una gran paz al entrar. Era algo que solía sucederle a cada visitante, por lo que pude saber también.

Me venía bien, pues llevaba semanas de mucho sobresalto y por fin todo parecía ir a su sitio. Los acontecimientos se sucedían con mucha rapidez, pero confiaba en que fuese para bien.

—Nos ha salido la mejor de las guías —decía orgulloso Alexander mientras yo les indicaba dónde estaban las principales estancias, como el Salón de la oración por la cosecha, el Museo de Historia Natural de Pekín y, sobre todo, ese que tanta gracia les hizo: el Palacio de Ayuno.

—Este del ayuno no está hecho para nosotros. Si vuelvo a estar muerto de hambre.

—Tú siempre tienes apetito, Lucas.

—De ti, niña, de ti…

Lucas se mostraba muy cariñoso con Cloe y eso me entusiasmaba. Mi hermana era muy joven y, en principio, no buscaba emparejarse con nadie, pero nunca se sabe porque ese chico le

gustaba de veras, solo había que conocerla un poco para saberlo.

Lucía, quien también la conocía a la perfección, me daba la razón en eso. Ella también estaba genial con Brenda, algo que no hubiese sospechado jamás.

El acercamiento a los Osorio, qué duda cabía, puso patas arriba nuestras vidas. Pero en los tres casos para bien. Y eso lo íbamos celebrando minuto a minuto por aquellos lugares en los que el misticismo se mezclaba con la historia.

Quien tomaba buena nota de todo era Lucía, que para eso por sus venas corría sangre china. Daba la impresión como si quisiera robar con la vista. Y lo mejor de todo era lo fácil que nos resultaba comunicarnos llevándola a ella para que nos tradujese y hablase por nosotros.

Aquel templo nos dio para mucho porque era una maravilla. Por algo está considerado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

De allí nos dirigimos a la conocida como Plaza de Tiananmén, que pasó tristemente a la historia por la masacre sucedida allí y que se consideró el último gran grito de libertad del pueblo chino.

Habíamos almorzado por el camino y, cuando entramos, igual que al resto de los turistas, nos impuso el gran retrato que pende sobre su entrada de Mao Zedong.

Brenda no soltaba la cámara, ya que aquello estaba lleno de monumentos junto a los que nos grabamos y sacamos fotos. Había ganas de hacer turismo, porque Pekín no es un destino que uno visite todos los días y, aunque los que nos llevaron hasta allí fueron asuntos profesionales, hacer turismo era una oportunidad única que estábamos disfrutando mucho todos los que componíamos ese grupo tan divertido.

La tarde la terminamos en la Ciudad Prohibida, otro de esos lugares que sobrecogen por su carga histórica y que alberga un icono más de la cultura oriental cual es el Palacio Imperial Chino, en el que 24 emperadores ejercieron su mando político durante más de 600 años.

Allí entre muros de madera, patios, puentes y antiquísimas pinturas nos perdimos a la par que nos veíamos envueltos por la emblemática Colina del Carbón.

Una vez que salimos, nos decidimos a cenar. En torno a la Ciudad Perdida se concentran numerosos restaurantes en los que degustamos platos típicos como el *Hot pot* o el *Huo Guo*, degustando con gran apetito esa fondue a base de distintas verduras, setas, carne y mariscos.

Íbamos a gastos pagados y eso hacía que nos despreocupásemos de todo. Allí donde parábamos, Alexander sacaba la tarjeta de empresa y las chicas no paraban de bromear, sugiriéndole que se la dejase llevar para ir de compras.

—Si te va a compensar, tonto. Nos llevamos a Camila y que se harte de comprarse modelitos interiores para hacerte un pase —le decían.

—¿Me lleváis? ¿Es que acaso soy yo un perro?

—Algunas veces has mordido como uno, no digas que no.

—Ya, Lucía, y tú eres una santa.

—No, yo prefiero ser una diablesa.

—Una que me pone al rojo vivo —le aclaró Brenda.

—Chicas, ¿os podéis cortar un poco?

—¿Y para qué? El amor es lo que le da sentido a la vida. Sería un despropósito tratar de esconderlo.

—Sí, cariño. El amor sí, pero sus manifestaciones os las podéis guardar para vosotras solitas, no vaya a ser que nos detengan.

—Si nos detienen, con la labia que tiene mi niña, seguro que los convence para que nos suelten. Que para eso es la única que habla chino. Ay, qué orgullosa estoy de ella.

—Sois pura azúcar, quién lo hubiera dicho —comenté.

—Es que han surgido muchas relaciones que nadie las hubiera imaginado.

—Pues es verdad, Cloe. Y estoy muy contenta.

—Lo habéis escuchado todos, ¿no? Está muy contenta, mi chica está muy contenta —les decía de lo más feliz Alexander.

Y tanto que lo estaba. Al perdonarle, me había quitado una mochila de encima tremenda. Y entonces surgieron de nuevo esas sensaciones que experimenté muchos años atrás y que me llevaron a verle como el único hombre del que podía enamorarme poniendo todo el corazón en ello.

Al fin y al cabo, nunca tuve nada serio con ningún chico en aquellos años en los que a Cupido no le dio por perseguirme precisamente con sus flechas.

Y en ese momento, no es que le hubiese llamado, pero sí que le encontré y volvió a apuntar hacia el mismo sitio: hacia Alexander, con quien ya tenía ganas de volver a esa mansión donde sucumbir a las tentaciones era casi una obligación.

Le tenía a mi lado y me estremecía. Sí que había cambiado. Se mostraba tan entregado, tan detallista pero, sobre todo tan enamorado, que me emocionaba pensar en un futuro con él.

¿Y qué más nos daba si alguien pensaba que corríamos demasiado? Eso solo era cosa nuestra y la relación la llevaríamos al ritmo que nos diese la gana. En particular, a ese ritmo que nos

permitiese acoplar nuestras caderas y bailar el más insinuante de los bailes juntos.

Capítulo 34

Alexander

Nos habíamos pasado el día dando tumbos por todo Pekín. Acabábamos de llegar, ya cenados, y preparé el jacuzzi para ambos.

Aunque llevó calzado deportivo, Camila se quejaba de que los pies le ardían y yo, no os voy a engañar, aspiraba a que también le ardiesen otras partes de su cuerpo.

Se estaba desvistiendo para ir hacia el baño. Me la encontré de espaldas y no pude resistir la tentación de terminar de desvestirla yo. Sin pensarlo, me acerqué y la abracé. Dio un salto porque no me esperaba.

—¡¡Qué susto!! —me sonrió.

—Me iba a poner un cascabel, pero entonces igual me tomas por un gato y se jode la magia.

—¿De qué magia me hablas exactamente?

—De la que está surgiendo entre nosotras.

—Uff, ¿y tú eres más de magia o más de trucos?

Le puse los dedos encima de los labios para que guardase silencio. Prefería demostrárselo, así que terminé de desvestirla mientras la besaba, la tomé entre mis brazos y la fui depositando con cuidado en el interior del jacuzzi.

A continuación, me quité la ropa delante de ella. Iba notando cómo se excitaba y eso me ponía muchísimo. Me tomé mi tiempo y más tranquilo lo hice cuando observé que llevaba su dedo corazón hasta su sexo y, explorándose, comenzaba a tocarse.

Era magia, lo era porque así, como mágicos, me sonaron aquellos jadeos que ella solita provocó que salieran de su sofocada garganta, que lo estaba como el resto de su exuberante cuerpo.

Se había colocado recta, con la cabeza hacia atrás, su melena cayendo y dando primacía a unos labios, los suyos, que ya moría por volver a besar.

Lo hice cuando me introduje en el jacuzzi con la clara intención de penetrarla. La alarmante erección que mostraba, pues mis revoluciones subieron muchísimo de nivel al contemplar tal espectáculo, se hizo más patente todavía.

Nada más entrar en el agua, busqué su sexo y ella echó mano al mío. Tampoco renunciaba a la experiencia de comprobar la dureza que estaba a punto de introducir en su interior. Como quien quiere limpiarlo, se lo introdujo en la boca, succionando a placer. Me estaba poniendo al límite, por lo que no tardé demasiado en salir de ella para colarme en esa vulva suya que me esperaba ardiente.

En el instante justo en el que me disponía a hacerla mía, se dio la vuelta y colocó las manos en el borde de ese jacuzzi cuyas burbujas nos rodeaban. Entré con fuerza en ella cogiéndola por la cintura.

Me quedé inmóvil durante unos segundos tras darle esa fuerte y certera estocada que me llevó hasta lo más hondo de su ser. Pareció excitarla muchísimo, ladeó el rostro y me besó.

No digamos ya cómo me excitó a mí, dada la visión de ese trasero suyo, duro y respingón que constituía la máxima de las tentaciones.

Imposible no sucumbir a darle una nalgada a la que respondió con un gimoteo y pidiendo más. La complací de inmediato y fue mucho el placer que me produjo hacerlo. Camila no parecía saciarse, pedía que le diese más y más fuerte, hasta que comprobé que esas nalgas suyas adquirían un tono rosado y que ardían.

En ese momento, salí de ella, encarándola hacia mí, y le sumergí esa caldeada parte de su anatomía en el agua.

—Quiero más —me pidió.

Me pedía que jugase con ella y nada podía ponerme más, así que comencé a acariciar sus pezones antes de tirar de ellos mientras volvía a penetrarla.

Sus gestos y sus gemidos me rogaban que el ritmo no decayese y entonces di paso también a mi boca, la cual jugó con sus pezones mientras ella se excitaba más y más. Su piel erizada así me lo decía, así como esos interminables jadeos que se convirtieron para mí en la más lujuriosa de las melodías.

Nunca hubiera podido imaginar que Camila se transformase en esa sugerente mujer que tenía delante de mí y que se prestaba a cualquier juego mientras su cuerpo serpenteaba en el interior del jacuzzi, y yo tenía la impresión de que acabaría hipnotizado por ella.

Era escandalosamente sexy, tanto que mi tremenda erección no podía sino ir a más dentro de ella al tiempo que debía hacer un esfuerzo para no desparramarme demasiado pronto.

Camila se movía con la insinuación de una diosa y yo bombeaba en su interior con inusitada potencia. Se corrió varias veces con mi miembro dentro, empapándome desde lo más profundo, haciendo que me acoplase a ella y que no quisiera, jamás, vivir lejos de esos gritos.

Luego se aseguró de que también llegase al clímax, para ello no tuvo más que susurrarme en el oído unas palabras tan ardientes que me hicieron estallar de inmediato.

Relajados, salimos unos minutos después de ese jacuzzi y la sequé con mimo. Tenía ganas de más, porque siempre me quedarían, pero la mañana siguiente sería importante para ambos y deseaba que descansara.

Lo hizo nuevamente sobre mi torso, ese lugar que le resultaba ideal cuando se trataba de buscar el descanso. Sus ojos se fueron cerrando poco a poco mientras me miraba en silencio.

Había algo en esa relación recién estrenada con ella que me daba paz. Y eso me gustaba porque durante la que viví con Elena apenas fui consciente de que esa mujer era como una montaña rusa, caprichosa y contradictoria.

No había nada en Camila que apuntase a rasgos así. Y ello aunque esa vez decidí tener los ojos bien abiertos porque ya venía de una experiencia complicada, muy complicada.

No, con Camila no sería igual. A ella fui yo quien le fallé y, a pesar de que era un tema que no me apasionaba recordar, lo haría cada día para darle más valor al hecho de que me hubiese perdonado y accediese a compartir su vida conmigo.

Capítulo 35



Camila

Sonó el despertador y lo único que hice fue ponerme la almohada encima de la cara.

—Dime que no es verdad y que sigue siendo domingo.

—Podría hacerlo, preciosa, pero entonces te estaría mintiendo y eso no entra en mis planes.

—Solo por hoy —reí.

—¿Quieres que te lleve hasta la ducha en brazos?

—Ya y si lo haces, ¿crees que hay alguna posibilidad de que lleguemos a tiempo a esa reunión? Debemos ser puntuales.

—Muy cierto. Pues entonces va a ser que no, mejor te duchas tú mientras me encargo del desayuno.

Salió del dormitorio y al poco noté que la puerta se abría.

—No sé qué desayuno habrás preparado tú con tanta rapidez…

—¿Yo? Ninguno. Si es Alexander quien está en ello. Por cierto, que nunca me imaginé encontrarme al jefe con el mandil puesto.

—Eres tú… Pues ya ves, Lucía. Oye, que ya sabes que te necesitamos hoy. Tú pon bien el oído, que no se te vaya nada.

—Ni que fuera sorda yo ahora.

—Sorda no, pero cotilla sí que eres, ¿a qué has venido?

—A que me cuentes todos los detalles de tu incipiente romance con Alexander.

—Pareces una reportera de la tele, de algún programa de esos de cotilleos. En realidad, Brenda es así, un poco chismosa, así que tal para cual. La pareja ideal sois.

—Pues sí, lo que sucede es que ella está dormida ahora.

—Así querría estar yo. Me ha costado tela levantarme. ¿Me ayudas a desenredarme la melena? —le ofrecí un cepillo.

—Claro. Y mientras me cuentas como si estuvieras en el salón de una peluquería, en uno de esos donde la gente se abre en canal.

—¿Y qué quieres saber?

—Pues cómo te empotra, el número de orgasmos que te provoca en cada uno de los empotramientos… Chica, lo normal en estos casos, ¿qué voy a querer saber?

—¿Te he preguntado yo a ti cómo lo haces con Brenda? Y mira que eso sí que me choca…

—Pues pregunta, pregunta. Mi chica es muy suelta. Hasta una demostración práctica te hacemos si hace falta.

—Majara del todo estás. Pues con Alexander es sensacional.

—O sea, orgasmo va y orgasmo viene. Ya me pareció que gritabas y eso que estás en a tomar por saco de donde nosotras.

—¿En serio?

—Que sí, que sí, pero que no te cortes por eso. Yo estoy flipando de que estés tan contenta y con él.

—Con el último que hubiera puesto en la lista de los posibles.

—Pues bien que se ha colocado el primero, ¿has mirado las reacciones en tus redes?

—¿A los vídeos de ayer? No, no he vuelto a entrar.

—Pues ve haciéndolo porque tienes que haberlas echado a arder.

Tenía razón. Todos mis amigos habían reaccionado y la mayoría lo hizo con “fueguitos”. También mis padres lo habían hecho, ellos sí que debían estar viviéndolo.

Alexander se asomó por la puerta.

—El desayuno está listo, señoritas.

—Oye, Alexander, tanta casa ¿y no se te ocurrió contratar alguien de servicio? Porque estás

mono, no te digo que no, pero para mí que ganas tú más haciendo negocios que cocinando, mucha más pasta. Sobre todo porque mi amiga y yo no te vamos a pagar nada.

—Tu amiga ya me paga con su amor, Lucía.

—Ay, qué bonito. Repítelo y lo subimos también a las redes.

—No, eso no, que va a sonar a coña. Y, además, sube tus cosas con Brenda, que sois como un dúo cómico las dos. Os podéis abrir un canal.

—Pues mira, no es mala idea. Lo podríamos sopesar. Y eso que no lo gano mal, pero igual, si el jefe se entera de que puedo explorar otras posibilidades, me sube el sueldo.

—No cuela, Lucía. Vamos a desayunar.

—Tenía que intentarlo, Alexander.

Nos marchamos a la reunión los tres. Yo iba como un flan, pero tampoco en esa ocasión se lo di a entender.

Dicen los psicólogos especializados en parejas que el truco está en saber ir revelando la información sobre uno mismo poco a poco. Que no es plan de vomitárselo todo al otro y quedarte sin nada novedoso de ti que contarle, que así se pierde mucha chispa.

A mí no me apetecía en absoluto perderla con él, de modo que no le dije nada al respecto. Ya me iría conociendo con el tiempo. Prefería seguir dándole esa apariencia de seguridad que había creado en aquellas semanas para ir lidiando con las responsabilidades del puesto de subdirectora. Además, que las tablas las iría cogiendo, ya que estaba más que decidida a hacerlo.

Nos dirigimos a la reunión, que terminó siendo todo un éxito. De ella salieron nuevos negocios, ya que nuestros clientes chinos quedaron muy gratamente sorprendidos por una visita, la nuestra, que nos agradecieron mostrando mucho interés por nuestros servicios. Y hasta nos presentaron a quienes se convirtieron en nuevos clientes para nosotros.

La presencia de Lucía también me gustó, porque con mi amiga del alma había compartido mil cosas en la vida, pero no trabajo. Y en esa nueva etapa que nos había tocado vivir, íbamos mano a mano también en lo laboral.

Nada más poner un pie en la calle, comprobé que Alexander estaba contentísimo. A mí me cogió en volandas y me besó en los labios intensamente. A ella la abrazó y le dio las gracias.

—¿Has visto, Lucía? Y eso que ya te digo que no daba un euro por nosotras —reí mientras se lo decía.

—Pues no. Craso error. Sois las mejores, chicas, ¡¡las mejores!!

—A mí no me mires que no he hecho más que traducir, las ideas son vuestras, Alexander;

tuyas y de mi amiga, que ella sí que te confirmo que es la mejor.

—No, no, aquí cada cual ha puesto su granito de arena. Alexander, ¿cuánto nos reuniremos de nuevo con ellos?

—Hay que dejar que reposen las ideas. El viernes estará bien.

—Y hasta entonces, ¿qué haremos?

—Turismo, ¿te parece poco?

—Más bien me parece genial. Oye, si vamos a trabajar un día y a librar tres, ¡¡este trabajo es un chollo!!

Capítulo 36

Alexander

Estaba más que satisfecho con nuestro trabajo. Ya era viernes y nos volvíamos a reunir con los chinos.

Las chicas se mostraban muy contentas porque en aquellos tres días habíamos visto cantidad de atracciones de Pekín que a todos nos entusiasmaron, como el Palacio Imperial, el Mercado de las Perlas, el Teatro Rojo, el Parque Olímpico, el Templo de Confucio o el Antiguo Palacio de Verano.

Cierto que se estaba tratando de un regalo de viaje, dado que además esperábamos obtener los mejores resultados. Pero sin duda que, de todo ello, lo más gratificante para mí era la compañía de Camila.

De nuevo nos dirigíamos a aquella reunión que ella se preparó concienzudamente. Cada día, dedicó un par de horas a una preparación que yo no veía necesaria, pero ella sí. Y hasta me sorprendía ensayando cómo plantear las distintas posibilidades de negocio que les ofreceríamos.

Me equivoqué, y mucho, cuando pensé que no estaría a la altura de lo que se requería de una subdirectora. No solo le sobraba preparación, sino que suplía su falta de experiencia con una actitud que me impresionaba.

Si un día pensé que con Elena llegaría a lo más alto en el negocio, y también me equivoqué por completo, con Camila sí que lo haría.

Entré con esa idea clara, pero salí con ella todavía mucho más clara después de ver cómo manejó la situación con la ayuda inestimable de Lucía, quien se sentía con nuestros clientes como pez en el agua, al ser medio china, como ella decía.

En fin, que fuimos a buscar a los demás con la satisfacción del trabajo bien hecho. Hasta el domingo no volaríamos de vuelta a casa, así que nos quedaban aún el resto del viernes y el sábado por disfrutar.

Ese día, dado que nos habíamos recorrido ya Pekín, casi de cabo a rabo, como se suele decir,

lo dedicaríamos a disfrutar de la mansión y de todas las comodidades que nos ofrecía, dado que no habíamos tenido demasiada ocasión de hacerlo.

Para el siguiente y último, el sábado, habíamos reservado ese plato fuerte del turismo en Pekín que es la visita a la archifamosa Muralla China, una cita imperdible a la que ninguno de nosotros estaba dispuesto a renunciar.

Ya en la mansión, nos relajamos en la piscina. Habíamos pedido almuerzo en uno de los restaurantes más conocidos de la ciudad, el cual nos llegaría justo a tiempo para degustarlo, y nos montaríamos nuestra particular fiesta en la que no faltarían los chapuzones en la piscina.

Camila estaba animadísima. Ella sabía calibrar muy bien la situación y no se le pasó por alto que su trabajo fue de diez. Se sentía orgullosa y no era para menos. Hasta hicimos una videollamada con mi padre, pues cuando supo el éxito que había supuesto la reunión no quiso dejar pasar la ocasión de felicitarla el primero.

—Estuve muy acertado al darte una oportunidad, Camila. Me siento muy emocionado y sorprendido por cómo estás manejando los hilos de la situación, al completo —matizó poniendo una coletilla que yo sabía muy bien por dónde iba.

Mi padre, como el resto de los nuestros, ya estaba al tanto de la relación que ambos manteníamos y eso le llenaba de felicidad. Mario Galván representaba para él la figura de un entrañable amigo y que nuestras familias se emparentaran lo veía como algo más que positivo. Y eso que podía ser por partida doble, aunque a su hijo Lucas no lo imaginara en serio con nadie. Y eso que yo lo estaba viendo increíblemente cerca de Cloe, más de lo que había estado de ninguna otra chica.

En cuanto la videollamada finalizó, quise hacer un brindis.

—Por Camila, la mujer que no solo me ha dado una lección en la vida, enseñándome que he cometido grandes errores en el pasado y que todavía tengo mucho camino por recorrer en lo personal, sino que además se ha convertido en mi mejor aliada en la consultoría, el negocio al que he dedicado tantos años y que me muestro encantado de poder compartir con ella.

—Vale, vale, que al final me sacarás la lagrimilla. Aquí donde me ves, soy muy sensible.

—Lo corroboro, mi amiga tiene un corazón que no le cabe en ese pecho tan bien puesto que tiene, ¿estás de acuerdo, Alexander?

—Completamente. Sobre todo, en lo bien puesto que tiene el pecho y también en el resto.

—Sí, sí, eso es cierto. Estoy buena, no se puede evitar. Igual que el resto, que somos cuatro bellezas impresionantes.

Le dimos la razón Lucas y yo. Ambos estábamos locos por las hermanas Galván y en cuanto a Lucía y a Brenda, ellas se lo guisaban y ellas igualmente se lo comían.

Tras el almuerzo, los demás se fueron a sus dormitorios y me quedé con Camila en las hamacas, tomando el sol.

—Casi te muerdo cuando me hablaste de este viaje y ahora me da pena pensar en que se acaba.

—Pero al verano aún le queda. Antes de que termine podríamos hacer otro tú y yo —le ofrecí.

—Si acabo de entrar a trabajar, ¿qué me estás contando? Hay quien me ve como una enchufada. Imagínate si ahora hago otro parón para irme de viaje contigo.

—¡¡Alto ahí!! Te voy a contar algo que debes aprender, y en lo que creo que estás un poco verde.

—Como una pera, ¿no?

—Exacto, pues es el hecho de que debe resbalarte lo que piense la gente. Nunca lloverá a gusto de todos, aparte de que son muchos los que matarían por ocupar tu puesto, Camila. Siendo así, te considerarán una enchufada los que sean unos necios. El resto comprenderá que, aunque se te abrieron las puertas de la consultoría, estás sabiendo aprovechar esa oportunidad como nadie.

—O sea, que pase tres pueblos de lo que piensen. Eso es lo que estás sugiriendo, ¿no?

—Exactamente eso. Y que vayas planeando dónde te gustaría que nos escapáramos unos días a solas.

—¿Y el resto de los chicos?

—Que se busquen la vida, que no nos necesitan.

—Pues también es cierto.

Capítulo 37



Camila

Llevábamos toda la tarde bebiendo y me sentía especialmente mimosa. Las copas seguían cayendo después de la cena y el efecto del alcohol se notaba en el ambiente.

—¿Y si jugamos al "Yo nunca"? —nos propuso Lucas.

Todos estuvimos de acuerdo con ese juego que consiste en que uno dice "Yo nunca he hecho tal cosa". Y si los demás la han hecho, se toman un chupito de la ronda que hay servida en todo momento.

—¡¡Yo empiezo!! —se ofreció Brenda—. A ver, yo nunca lo he hecho en la consultoría.

Todos nos quedamos mirando y fueron honestos, cosa que me alegró, porque no valía mentir y porque ya sospechábamos que los hermanos Osorio la habían liado en sus despachos.

—Así que bueno es saberlo —murmuré en el oído de Alexander cuando vi que cogía su chupito, igual que su hermano.

—Ya casi ni me acuerdo. Será mejor que me refresques la memoria *in situ*, a partir de la semana que viene.

—Ahora yo —propuso Lucas—. Yo nunca he llegado de empalme al trabajo, con una borrachera curiosa.

—Lo siento, ya no lo haría, pero he de reconocer que… Brenda cogió su chupito y hasta el fondo que se lo pimpló.

—Tranquila, yo también. Y lo volveré a hacer —Lucas se bebió también el suyo.

—Pero tú lo tienes fácil, eres un Osorio. Yo, sin embargo, solo soy la pareja de la mejor amiga de la subdirectora. Bueno, eso ya es algo, ¿no?

—Que sí, que sí —le decía Lucía.

—Pues llega mi turno —intervino Cloe—. Yo nunca he estado esposada por un poli. ¿En serio, Brenda? ¿Tú también?

—Es que yo me he metido en muchos líos, qué le hago. Y lo más divertido es que me esposó una mujer y ella debió pensar que por eso no me estaba poniendo, pero me puso tela.

—¿Más que yo? —le preguntó una celosilla Lucía.

—Más que tú es imposible, cariño. Eso ya lo sabes.

—No, no lo sé, igual luego me podrías hacer una demostración práctica.

—Pues vale.

—Bueno, nosotras no hemos estado esposadas, pero sí nos vimos envueltas en una persecución policial después de una carrera ilegal, ¿te acuerdas Lucía? —le recordé.

—Joder, no sabía si me daba más cague que nos detuvieran o que se enterasen nuestros padres. Si nos llegan a fichar, se nos acaba el chollo de estudiar en Estados Unidos.

—Estoy empezando a pensar que no ha sido buena idea esto de estudiar el grado en casa de papá y mamá.

—Cloe, es que siempre has sido muy comodona. El mundo hay que salir a explorarlo —le aconsejé.

—Ya lo veo. Y tú lo has hecho más que George de la Jungla, qué tía.

—Venga, ahora me toca… Yo nunca he dejado que una amiga cargara con una culpa mía —dijo Brenda, quien se coló, porque a ella no le tocaba ni mucho menos, pero es que se la veía con tantas ganas de jugar que nadie objetó nada.

—Lo siento, *amore* —Lucía se tomó un trago mirándome.

—No me lo puedo creer, ¿de qué me has echado la culpa?

—¿Te acuerdas en segundo de Bachillerato cuando te castigaron por haberle pinchado una rueda al profe de inglés? Esperabas un sobresaliente y te puso un notable. De esa nota dependía tu media y todos te echaron la culpa.

—Claro que me acuerdo. Y yo no fui. Lo juro.

—Pues yo sí…

—No me lo puedo creer, ¿dejaste que me castigaran?

—Es que me entró el pánico escénico. Verás, que se la rajé por ti. Me dio miedo que peligrara nuestra marcha a Estados Unidos por culpa de ese imbécil. Pero cuando todos pensaron que lo

lógico es que hubieras sido tú, en plan venganza… Chica, que no fui capaz de confesar.

—De lo que se entera una…

—Ya, pero que lo hice en un arrebato, obcecada y porque te quiero, porque te quiero mucho.

—Como la trucha al trucho, serás capulla…

—Vale, vale, pero que ahora he confesado.

—A buena hora, como canta Sergio Dalma —silbó Cloe, a quien siempre le gustó ese madurito tan atractivo y, a pesar de que ella era de música más moderna, se sabía todas las canciones del catalán.

—Bueno, pues ahora me toca a mí. Yo nunca le he rajado las cuatro ruedas del coche a un jefe —me miró expectante Alexander.

—Vale, vale. No me mires así. Puede que yo sí, ya voy bebiendo, una vez…. Ok, quizás dos, pero ¿no querrás que me emborrache a cuenta de eso? ¿Ya estás contento? —le pregunté.

—Digamos que te he ayudado a limpiar tu conciencia.

—Si mi conciencia se quedó tan pancha. Hice lo que creí que era justo, no hay más —reí—. Bien te has valido del jueguecito para sonsacarme, qué cuco tú.

—Pues ahora me toca a mí… Yo nunca le he prometido a alguien del otro sexo algo que no sea verdad para ganarme unos cuantos revolcones—miré a Alexander, deseosa de escudriñar en su mirada que era verdad todo lo que me estaba proponiendo. Cierto que quería confiar, pero también examinar su mirada.

—Lo siento, Cloe. No ha sido a ti, ¿eh? Pero yo sí —le dio el trago a su chupito Lucas.

—Serás…. —le dio ella unos cuantos golpes.

—Seré sincero, querrás decir.

—¿Sincero? Si acabas de confesar que eres un mentiroso.

—Venga, venga, vamos a por otra…

Me pareció encontrar sinceridad en el rostro de Alexander, ¿y por qué no? Él no se inmutó con mi pregunta. Habíamos aclarado todo, puestas las cartas encima de la mesa, y confesó ser un patán en el pasado. En ningún momento trató de ocultarlo.

A lo tonto, se fue haciendo la hora de irnos a la cama. La Gran Muralla China nos esperaba al día siguiente.

El juego dio para mucho. Por ejemplo, Brenda decía que se compraría un disfraz de poli para satisfacer las fantasías sexuales de Lucia, Alexander que me haría ver las estrellas en su despacho, yo que no me volvería a fiar de Lucía, que me había dejado de piedra…

Entre el alcohol y que se suponía que todos habíamos sido muy sinceros, las risas que nos echamos fueron increíbles.

Capítulo 38



Alexander

Nos despertamos con la ilusión de visitar todos juntos la Gran Muralla China. Eso sí, partiendo dela base de que también nos habíamos pillado la gran cogorza china la noche anterior, por lo que íbamos con resaca y con gafas de sol para evitar que los rayos nos afectasen más.

—Yo igual me quedo en el coche, que no tengo tanto interés en verla. Total ya está terminada, ¿no? No me necesitan para nada —decía Brenda que, junto con Lucía, era una de las más afectadas.

—No, no, cariño, que no puedo permitir que te la pierdas, luego lo lamentarías mucho.

—¿Lamentar? Luego ni me voy a acordar, que estoy como si me hubiesen dado garrafón.

—Pues eso sí que no era, ya te digo que todo corrió por cuenta de Alexander y mi hermano es de pico fino —le comentó Lucas.

—Habló el pequeño consentido. Si tú lo del garrafón solo debes haberlo escuchado en las redes, ¿no, hermanito?

—Probarlo no lo he probado, eso ya te lo confirmo, sí. Razón en eso no te falta.

—Bueno, pero que tienes que bajar —le insistía Lucía a Brenda.

—Oye, ¿y tú por qué estás tan fresca?

—Porque es verano, bonita.

—No, digo como una lechuga. Y yo estoy fatal…

—No, no, que también llevo mi buena resaca, pero tú apenas cenaste y luego seguiste bebiendo en el dormitorio, ¿qué quieres?

—Pues que alguien pare el mundo, que me bajo.

Fue todo un show escucharla. Brenda no solo se había convertido en una más de nosotros, en una de las imprescindibles del grupo, sino que con ella nos hartábamos de reír porque era de lo más cómica.

—No te puedes bajar ni del mundo ni del coche, tienes que ver ese monumento.

—Si ya estoy viendo uno que eres tú, Lucía.

—Pero tonta, que este está considerado como una de las 7 Maravillas del Mundo.

—Y a ti también te considerarán cuando te vean.

—Ay, qué enamoradas que están ellas.

—Sí, Cloe, pero que no te rías tanto, que tú también estás cayendo —le advirtió Lucía.

—¿Yo? No, no, para nada.

Pues eso, que lo siguiera negando, pero Lucía tenía razón en decirlo. Sí que estaba cayendo mi hermanita menor. Era cuestión de tiempo que ella y Lucas lo reconocieran.

Nada más bajar y observar la imponente construcción, Lucía silbó.

—Pero vamos a ver, ¿esto cuánto mide? —preguntó Brenda, que estaba para echarla en el cubo de la basura ese día.

—Exactamente, espera que lo miro… 8.851,8 kilómetros —le contestó Lucas—. Pero tranquila, que gran parte de ella, está en ruinas.

—Por desgracia —carraspeó Alexander.

—¿Por desgracia? Es que, si no llega a ser así, la derrumbo yo a patadas. Que vale que hoy vengo en deportivas, pero no puedo andar tanto.

—Perdonadla, que sigue muy borrachita mi niña —Lucía la abrazaba y la consolaba.

Estaría bueno que fuésemos a caminar eso… Meses íbamos a necesitar, pero Brenda no asuntaba en un día en el que el alcohol de la noche anterior seguía haciendo estragos en ella.

A Camila la tomé de la mano de inmediato. Me encantaba la sensación de caminar así con ella. Me estaba aficionando y me sentía genial.

Todos íbamos con calzado y con ropa muy cómoda, como nos habían aconsejado. Llevábamos un guía que era también de lo más dicharachero. Se llamaba Jian.

Lucía nos comentó que su nombre se traducía como “sano” e hizo honor a él, pues aunque ya tenía unos añitos se recorría partes de la Gran Muralla a toda velocidad, yendo de un lado para

otro. Y eso que hay que partir de la base de que, incluso en tramos aptos para ser transitados, pasa no solo por montañas, sino por otros accidentes geográficos y, por tanto, hay que ir con cuidado. Y más por las empinadas escaleras, que no son cualquier cosa.

Digamos que fue para escucharle la boquita a Brenda en todo momento, pues no paraba de despotricar.

—Pero vamos a ver, ¿es que estas escaleras llevan al cielo? ¿Qué estamos planeando? ¿Una visita a San Pedro? Yo no puedo ni con mi alma.

Frases como esas las fue repitiendo todo el tiempo, sacando nuestras carcajadas, y eso que a más de uno nos seguía doliendo también la cabeza.

Suerte que yo llevaba mi antídoto cogido de la mano. Me encantaba pasear así con ella. Me estaba acostumbrando muy rápido a Camila y a compartir con ella.

Al día siguiente volvíamos a España y no podía imaginarse lo mucho que iba a echar de menos tenerla a mi lado 24/7. No quería asustarla con mis prisas, pero igual poco sospechaba mi chica que me moría por plantearle que viviera conmigo.

En un escenario así de idílico y que transmitía tanta fuerza, como que esa idea iba cobrando forma en mi cabeza.

No podía ir a toda velocidad, pero tampoco la dejaría madurar demasiado. Antes de que el verano terminase, haríamos un nuevo viaje ella y yo, solos. Y quizás a la vuelta fuese ben momento para proponérselo.

Mientras, caminaba por la Gran Muralla China con ella de la mano, que no era cualquier cosa. Y no solo disfrutaba del impresionante monumento y del sobrecogedor paisaje, sino que volvía a experimentar eso en lo que te conviertes cuando estás enamorado. Y esa vez, con la sensación de haber hecho lo correcto.

Al final de la jornada, nos encontrábamos tan cansados como contentos por haber realizado esa inolvidable visita. Hasta Brenda, quien pedía socorro, se alegró finalmente de hacerla.

Volvimos a la casa. El domingo nos lo pasaríamos en el avión y el lunes nos lo tomaríamos libre, así que no volvería a verla hasta el martes.

Capítulo 39



Camila

Ya llevábamos dos semanas en España. Dos semanas en las que el verano seguía transcurriendo entre trabajo de lunes a viernes y unos findes espectaculares que pasábamos en el ático de Alexander, ese lugar que consideraba nuestro refugio y al que tanto me gustaba escaparme con él.

Cuando mis padres me veían salir el viernes por la mañana con la maleta, camino de la consultoría, ya sabían muy bien lo que significaba; el pelo no me lo volvían a ver hasta el lunes.

No tenía ningún sentido que pasáramos los findes separados. Es más, igual él no lo sospechaba, o sí, pero estaba loca por irme a vivir a ese ático. Lógico que aún era muy pronto pero, en lo tocante a mí, le rogaba al universo que no tardase demasiado en pedírmelo. Ojalá que le apeteciera igual.

Esa mañana, nada más llegar, Amanda me comentó que Alexander quería verme, algo que me excitó.

Los jueguecitos de la mansión de Pekín me sirvieron para enterarme de ciertas cosas y, por tanto, para hacer valer que también quería vivirlas. Y lo estaba haciendo.

Desde nuestra vuelta, raro era el día que no teníamos un encuentro sexual de alto voltaje en su despacho. Piqué la puerta y me respondió con su voz grave y varonil, esa que hacía que me humedeciera con solo escucharla.

—Pasa, por favor.

Lo hice con andares felinos. Sabía muy bien cómo excitarlo. También sabía que a él no le hacía falta mucho para que su mecha prendiese.

Con mis altos zapatos de tacón, y con aquel veraniego y elegante vestido en camel, cuya parte superior llevaba una cremallera que lo cruzaba en dirección vertical, me acerqué a él, quien me esperó sentado, retirando su gran silla de su lujosa mesa.

Me acoplé en el hueco que quedó delante y me eché el vestido hacia arriba.

—No las llevas —murmuró con la voz entrecortada por la excitación, dado que me había acostumbrado a ir sin bragas para él, en cuanto supe que era algo que le ponía mucho.

—Y no volveré a traerlas aquí…

Noté cómo tragaba saliva y cómo comenzaba a recorrerme con sus dedos….

Desde la vuelta de Pekín, habíamos pasado muchas horas a solas en las que el sexo entre nosotros fue subiendo de nivel. Descubrí en mis propias carnes que era un gran amante de todo tipo de juegos y artilugios eróticos, de esos pensados para que la rutina no se acomode en las relaciones. Y también solía tener alguno allí, en su despacho.

Nuestras obligaciones las cumplíamos como campeones en la consultoría, pero ese rato que nos reservábamos para nosotros era exclusivo. El placer se instalaba en su despacho y se disfrazaba de las más diversas formas.

Abrió la cremallera de mi vestido, la de la parte superior, y comprobó que tampoco llevaba sujetador. Su erección, esa que era patente desde mi entrada, se descontroló por completo y sus dimensiones crecieron de forma desproporcionada.

Finalmente, tiró de mi vestido al completo, el cual cayó sobre la alfombra que teníamos a nuestros pies. Esa alfombra era enorme y también sobre ella habíamos terminado haciéndolo algún día, igual que sobre el sofá que allí tenía, sobre la mesa, contra las cristaleras…

Su rostro lo hundió en mi sexo causándome un placer indescriptible que comenzó a acelerar los latidos de mi corazón de una forma bestial. Hurgaba con mis dedos entre su frondoso pelo y solo podía ahogar esos gemidos a los que allí no podía dar rienda suelta como lo hacía en otros lugares.

Fue entonces cuando me dio la vuelta y sacó ese *plug* anal, uno de los muchos con los que solíamos jugar, en ese caso de tamaño medio.

En el poco tiempo que llevábamos, ninguna de las variedades sexuales tenía secretos para nosotros, ya que nos gustaba ir disfrutando de todas ellas. Y sentirme penetrada vaginal y analmente a la vez era una de mis preferidas.

Tirando de su pelo, noté que me corría y el delirio se apoderó de mí sobre aquella mesa, de cuyo borde sobresalía ese trasero mío que ya había sido penetrado por el juguete.

Aprovechando esas contracciones que el orgasmo me estaba produciendo, Alexander no dudó en sacar a relucir su virilidad para entrar en mí.

Encontré su miembro viril esplendoroso, con la piel tirante por la rigidez que le caracterizaba. La humedad se hizo más patente en mis partes íntimas y resbaló hasta los confines de estas, hasta lo más interno de mí.

Ya le tenía un día más allí; donde más me gustaba tenerle.

Al terminar, siempre se tomaba unos minutos para abrazarme y recordarme que me quería. Y también para otra cosa, en la que aquel día insistió.

—¿Has pensado ya dónde quieres que nos vayamos? Porque el viernes nos tomamos una semana de vacaciones.

—¡¡Jura!!

—Pero si te lo he dicho muchas veces.

—¿Una semana entera? Es que yo este año, al haber entrado hace tan poco, no tengo derecho a ellas.

—Pues nada, ahora mismo le doy las quejas al director y que te despida. Camila, por favor, ¿qué te dije en Pekín?

—Que podemos hacer lo que nos dé la gana.

—Pues eso…

—A las islas griegas, quiero ir a las islas griegas.

—Eso está hecho, preciosa. Tú ocúpate de hacer las maletas, que yo me encargo del resto.

Salí flotando nuevamente y pasé a ver a las chicas por sus respectivos despachos. Se pusieron muy contentas, igual que Brenda, quien al poco apareció por el mío.

Todo seguía como cuando estábamos en Pekín: ella y Lucía con planes de futuro mientras que Cloe y Lucas, quienes nunca hablaban de él, también se habían convertido en inseparables. Eso sí: si alguien les preguntaba, oficialmente no eran nada el uno del otro.

Capítulo 40



Alexander

Nada me alegró más que poder preparar ese viaje con ella en el que visitaríamos varias islas griegas, con especial énfasis en Mykonos Y Santorini. En esta última nos alojaríamos.

No reparé en gastos para la que iba a ser nuestra primera escapada en solitario. Camila estaba expectante y feliz, y yo… No hay palabras para expresar cómo estaba.

En un mismo verano, había pasado de lo más alto a lo más bajo. Y luego vuelta a comenzar un ascenso, el que estaba viviendo con Camila, que se me antojaba como absolutamente imparable.

Brenda me ayudó con ciertos detalles de un viaje que duraría una semana y que deseaba que se le grabase a fuego lento en ese lugar que reservamos para los mejores de nuestra vida.

Los días en las islas fueron pasando rápido, muy rápido. Cuando me quise dar cuenta, ya habían pasado seis y apenas me dio tiempo a asimilarlo. Que sí, que no me perdí ni uno solo de los momentos que saboreamos juntos y que le saqué el máximo de los partidos, pero que hubiera deseado perpetuar las sensaciones de un viaje que me llevó nuevamente a disfrutar de su compañía durante cada hora de día.

Camila era un chorro de alegría y de diversión. Con ella me echaba las mayores de las risas y, a la par, vivía los más lujuriosos de los momentos.

No nos privamos de nada. En Santorini, nos alojamos en una villa de lujo con unas increíbles vistas al mar desde la que vivimos los más tórridos de los momentos, tanto en su interior, como en los jardines y en su piscina infinita.

Para no olvidar fueron los atardeceres desde aquellas impresionantes islas, que vimos cada uno de los días desde excepcionales miradores que te ofrecían uno de los más hermosos ocasos del mundo. Y encima en su compañía, pues la de mi chica era única. Ella hacía que todo adquiriese un especial sentido y, hablando de sentidos, también contaba con la habilidad de potenciar cada uno de los míos.

No nos habíamos perdido nada, por eso no podría quedarme pena. Desde navegar en barco

varios de los días, hasta recorrer los molinos de viento, esos tan emblemáticos en los cuales nos tomamos cantidad de fotos, igual que en el resto de rincones icónicos de esas islas.

No os puedo describir la belleza de Camila cuando la fotografiaba en cualquiera de esos rincones, donde la cal de las famosas fachadas las hace infinitamente blancas en contraste con sus puertas de colores. Y en medio, ella, con su sonrisa resplandeciente y con uno de esos minivestidos que partían cuellos a su paso y que la convertían en una diosa griega de la belleza, haciendo honor a aquellas islas en las que tanto disfrutamos.

Y qué decir de esas otras donde la inmortalicé con las típicas cúpulas azules de fondo de Oía, haciendo juego con la inmensidad de un mar que, a su vez, lo hacía con los impresionantes ojos de Camila, que en esa alegre estación del año y en un sitio tan paradisíacos como aquel, brillaron más que nunca.

Como ya he dicho, aquella era nuestra última noche y la estábamos disfrutando con una cena romántica en la playa que encargué para nosotros.

Me ocupé personalmente de que cada día allí estuviese plagado de un montón de sorpresas y detalles que recordase con el paso del tiempo. Aunque estaba tremendamente relajado, y eso era formidable para mí, no dejé nada al azar en unas islas en las que me enamoré aún más de ella, puesto que el tiempo me enseñaría que ese era un proceso paulatino y que Camila valía para que me enamorase hasta las trancas, como suele decirse vulgarmente.

En aquella cena la miraba sin poder parar. Estaba igualmente relajada y contenta. Incluso podría decirse que muy agradecida, a juzgar por las palabras que vertió a continuación.

—Gracias, de verdad —pronunció acariciando mi mano por encima del mantel.

—¿Por qué me las das? Soy yo quien debería estarte agradecido. Me has hecho increíblemente feliz en estos días.

—Y tú a mí, ¿no te ríes si te confieso algo? No se te ocurra, ¿eh?

—Que no, que no.

—Pues que para mí han sido los más felices de mi vida, fíjate si me llevo buen sabor de boca de este viaje.

—¿Y todavía me das las gracias? ¿Sabes lo que significa para mí que me confieses eso? Te juro que no puedo imaginar nada que me alegre más. Ojalá te pudiera decir que nos quedamos unos días más, pero nos esperan asuntos importantes que…

—Que por nada del mundo vamos a posponer. No te estoy pidiendo nada y, es más, no podría aceptarlo, solo te estoy agradeciendo.

Se abría en canal conmigo y eso era muy importante. Pensé que me costaría más llegar a contar con su perdón total, pero no fue así. Camila me estaba demostrando una nobleza tal que

no podía más que quererla con toda mi alma.

Esa noche nos acostamos tarde, muy tarde, ya que tras la cena nos quedamos allí, a solas sobre la arena.

Las anteriores habíamos salido de fiesta… Era incontable lo que bailamos, reímos y bebimos. Pero esa última nos la tomamos de un modo mucho más sosegado, disfrutando de las sensaciones que el cuerpo del otro nos regalaba sobre esa arena que nos sirvió de improvisado lecho.

Hasta se me llegó a quedar dormida entre los brazos, mientras nos relajábamos haciéndonos confesiones en voz bajita. Nuestra villa no estaba lejos y la llevé en brazos hasta allí, donde velé su sueño hasta que el cansancio me venció.

Ni siquiera recordaba Camila cómo había llegado hasta nuestra cama cuando abrió los ojos por la mañana. A mí, sin embargo, no se me podía olvidar porque su bella imagen por el camino, yaciendo entre mis brazos, era otra de esas imborrables que formaban parte de un viaje que había sido un regalo de principio a fin. Y que aspiraba a repetir muy pronto.

Siempre supe vivir y mis responsabilidades no lo obstaculizaron. Con Camila tenía un motivo de peso para disfrutar como nunca y así lo haría, con ella, todos los días de mi vida.

Capítulo 41



Alexander

A la vuelta, no encontraba ningún motivo para no pedirle que se viniese a vivir conmigo; absolutamente ninguno.

Lo hablé con Lucas, quien se estaba tomando un café conmigo aquella mañana.

—Pues sí que te das prisa, ¿crees que a ella le molará?

—Creo que sí, la verdad. La veo encantada con la relación, igual que a mí.

—Ya, se habla de que sale encantada cada mañana de este despacho, sí.

—Qué cabrón, ¿dónde lo has escuchado?

—Por aquí y por allá.

—Ya… Bueno, espero que la gente que habla tanto, también haga su trabajo.

—Yo me encargo de supervisarlo, y aquí da el callo todo el mundo. Como tú comprenderás, no voy a dar el callo solo yo.

—Serás —le tiré con una bola de papel que hice sobre la marcha—. Oye, ¿y tú qué?

—¿Yo? Pues ya te lo estoy diciendo, que trabajo a destajo.

—Menos lobos, Caperucita. Aunque he de reconocer que lo estás haciendo muy bien.

—Como todo lo que hago, hermano.

—Y hablando de lo que haces, ¿qué tal con Cloe?

—¿Quieres conocer detalles de nuestra vida íntima? Me sorprende, aunque ya sabes que a mí vergüenza no me da ninguna, ¿qué quieres que te cuente? ¿Quieres aprender algo?

—Serás animal… Lo único que quiero saber es si al final te dejarás de pamplinas y reconocerás que te gusta de verdad.

—Vale, me gusta de verdad, ¿y?

—¿Y se lo has dicho a ella?

—¿Para qué?

—Para que lo sepa.

—A mí no me gustan las etiquetas, Alexander. Cloe y yo no las necesitamos, no somos como vosotros.

—¿Y cómo somos nosotros?

—Unos anticuados que le tenéis que poner nombre a todo.

—Claro, ya.

—Pues eso.

—¿Y no has pensado que es importante que el otro sepa de qué palo vas?

—¿Y para qué?

—Para que no se confunda. Es importante saber si se está o no en una relación.

—Y yo qué sé cómo estamos… Estamos a gusto y punto.

—Pero me has reconocido que te gusta de verdad, ¿no te importaría perderla?

—Claro que me importaría.

—Pues díselo, hombre…

—No me des más la brasa, que eso es una antigüedad.

—Pues entonces no sé lo que vas a pensar de que le prepare algo a Camila para pedirle que se venga a vivir conmigo.

—Qué rollo de parafernalia.

—A ella le gustan esas cosas y a mí también. Es como que así celebramos algo que es importante para los dos.

—Si tú lo dices…

—Claro que sí. He pensado que, como el verano está tocando a su fin, me la llevaré de fin de semana a algún otro sitio de costa, pero esta vez cerca, y se lo pediré junto al mar, que le encanta.

—¡¡Toma ya!! La redención del CEO se llama esto, qué flipe.

—Pues eso, que le voy a decir a Brenda que me ayude a prepararlo todo.

—Oye, se dice, se comenta y se rumorea que Claudia, tu secretaria, está que se sube por las paredes con Brenda.

—De muchas cosas te enteras tú, ¿y eso por qué?

—Por ejemplo, porque fue Brenda quien nos acompañó a China y no ella.

—Porque es la pareja de Lucía.

—¿Y crees que eso la hizo sentirse mejor? Para mí que se ve desplazada.

—¿Crees entonces que debería pedírselo mejor a ella?

—Pues sí, dale un poco su sitio o un día te encontrarás con que se te ha puesto en huelga.

—Está bien…

Lo hablé con Claudia un rato después y lo cierto es que su rostro resplandeció. Mi hermano, como siempre, tenía razón. Era muy observador. Que Brenda fuese la pareja de Lucía hizo que me apoyase mucho en ella, al formar parte del grupo de nuestros amigos, y Claudia, ciertamente, debió sentirse mal.

Mi secretaria llevaba muchos años conmigo y quizás me equivoqué en ese sentido. Por supuesto que nada me recriminó, pero vi la alegría en sus ojos y eso me sirvió.

Fue ella quien me dio la idea de viajar a Málaga para vivir allí un momento intenso e íntimo con Camila en el que pedirle que compartiese mi ático conmigo. Era pronto aún para pensar en boda, pero no para una convivencia que le hacía mucha ilusión.

Claudia era de Marbella y de ahí su sugerencia. Incluso le recordé que mi padre contaba con una gran villa en esa ciudad, igual que en otras del país, y que pidiera que me lo tuviesen todo listo para el fin de semana.

Aquella misma tarde, lo hablé con mi madre por teléfono. Sabía que ella había sufrido al verme pasarlo mal tras lo de Elena y que nadie se alegraría más.

Así fue. Se puso muy, muy contenta. Lo único que sucedió, eso sí, fue que me dijo que me había comprometido a pasar con Camila por su casa ese fin de semana en el que celebrarían una pequeña fiesta, pero enseguida me dispensó.

—Ya le digo yo a tu padre que lo tuyo es mucho más importante, hijo. Llévate a Camila a Marbella y no vuelvas con ella hasta que no te haya dado un "sí" por respuesta.

—Así lo haré, mamá. Te lo prometo. Y gracias por tu comprensión.

Mi madre era muy divertida. Quizás no he aludido a ello en ningún momento, pero siempre lo era. De ella heredó mi hermano su carácter tan dicharachero, solo que él vergüenza no tenía ninguna.

—*"Lo único que quiero es tu felicidad*
Y estar contigo
Una sonrisa tuya es mi felicidad…"

Así era ella. Me cantó a lo Shakira y también pensé que yo tenía una debilidad de sonrisa que llevaba el nombre de Camila. Y que ese fin de semana pensaba ampliarla mucho más todavía.

Capítulo 42



Camila

Me encontraba muy feliz preparando el equipaje para marcharme con Alexander un par de días después a Marbella, de finde.

Saldríamos el viernes por la noche y formaba parte de una más de esas sorpresas que él solía darme sin ton ni son. Y yo, súper contenta con ellas.

En esas, entró Cloe como un torbellino hacia su dormitorio, con los ojos enrojecidos.

—Cariño, ¿qué te pasa? ¿Estás llorando?

—¿Llorando yo? ¡¡Qué más quisiera ese! —me chilló dando un portazo.

Mi hermana era muy suya. Desde pequeña, compartía con los demás todo lo mejor, pero cuando se encontraba mal era de comerse sola todos los marrones.

—A ver, mi niña, ¿qué es lo que te pasa? —le pregunté entrando en su dormitorio.

—Nada que te incumba, déjalo. Tú sigue con tu maleta, ya está.

—No, no me pienso marchar sin que me lo cuentes —le aseguré mientras le limpiaba el rostro, pues las lágrimas rodaban sobre sus mejillas.

—Vale, pues tú lo has querido, ¡¡que es un cabrón!!

—¿Lucas lo es? ¿Hablas de él? ¿Qué ha pasado?

—Pues que le dije de quedar esta tarde en el centro comercial. ¿Sabes el sitio ese que han abierto y que tienen tartas de quesos de todos los sabores?

—Sí, ¿qué le pasa?

—Que se me había antojado una.

—¿No estarás de antojo de verdad?

—¿Qué dices? Sabes que soy muy antojadiza y ya. El otro día probé la de pistacho y fue mejor que un orgasmo, y hoy iba flechada a por la de Lotus.

—¿Y no ha querido acompañarte? Cariño, tendría cosas que hacer.

—Eso me dijo, que ya tenía un compromiso.

—¿Y qué pasa por eso? No seas caprichosa.

—No, no, es que yo no me imaginaba que su capricho fuese así, ¡¡que me he quedado muerta!!

—¿Por qué?

—Porque resulta que llamé a mi amiga Olimpia para que me acompañase, que sabes que también es tela de golosa, pero de camino al centro comercial, que está en el barrio de Lucas, ¡¡me lo he encontrado!!

—¿Y qué?

—Pues que me llevé tu coche. Y no pongas esa cara que me dijiste que me lo dejarías alguna vez.

—Pero con mi permiso, ¿lo has volcado? ¿Lo has hecho?

—No, aunque no me faltaron ganas. Te cogí la llave, tómala.

—Un detalle el devolvérmelas.

—No pasa nada…

—Qué morro tienes.

—No tanto como otros, ¿sabes? Que resulta que estaba parada en un semáforo cuando lo vi, yendo hacia su coche. Y no solo.

—¿Estaba con una chica?

—Y tanto que estaba… La llevaba cogida, con el brazo sobre su hombro, y ella muerta de la risa. Él no paraba de soltarle tonterías por la boca, como hace conmigo, y yo siempre a baba caída, ¡¡qué hijo de puta!!

—Cariño, pero que igual era una amiga.

—Ya, una amiga que, casualmente, empujaba un carrito de bebé.

—Bueno, pues igual su amiga tiene un bebé, sí, no es delito. Las mamás también tienen derecho a divertirse.

—Ya, y esos dos están acostumbrados a hacerlo ¡¡en la cama y juntitos!! Porque el peque era un mini Lucas. Te prometo que no estoy trastornada por los celos, ¡¡era clavado!! Olimpia ha estado con nosotros de copas más de una vez, por lo que también se quedó mirando a ese imbécil y, al reparar en el parecido con el crío, enmudeció. Y mira que esa charla más que yo.

—¿Lucas tiene un hijo? Pero si no nos ha contado nada.

—¿Uno? Igual tiene un montón repartidos por todo el mundo. Ese no se compromete con nadie, ni con la madre que lo parió.

—Con Isabella es normal que no lo haga —traté de quitarle hierro al asunto, que era bien gordo, sí.

—Y con las demás menos. Seguro que va haciendo barrigas a diestro y siniestro.

—¿Y tú crees que su familia sabe que es padre?

—Y yo qué mierda sé, Camila.

—Es que me dolería que, si fuese así, Alexander no me lo hubiese dicho.

—Ya, pero aquí el marrón es mío, no te lo adjudiques.

—Ya lo sé, cielo, pero aun así. Oye, ¿y no habíamos quedado esta noche para cenar los cuatro? ¿O lo he soñado yo?

—Sí, sí… Mi idea era tomarme la tarta con él y ya luego hacer tiempo en el centro comercial hasta la hora de la cena. Pero ¡va a ir su puñetera madre!

—¿Otra vez Isabella?

—A ella la conozco muy poco, pero sí, le ha tocado pagar el pato, ¡¡por haber traído al mundo a ese mentiroso!!

—Técnicamente no lo es… Quiero decir, ¿tú le has preguntado alguna vez si es padre?

—Y tú, ¿se lo has preguntado alguna vez a Alexander?

—No, claro, es verdad… Si un hombre no nos cuenta algo así, se supone que no lo es.

—Pues eso.

—Ya, ya… No sé qué decir, nena.

—No digas nada. Pero ese se entera.

—¿Qué vas a hacer?

—De mí no se ríe más. No se te ocurra darte por enterada de nada de esto.

—¿Y eso? No lo vas a poder disimular, a nosotras se nos dan muy mal esas cosas.

—Tú déjame, que disimular voy a disimular bien poco.

Ya estaba temiendo lo que pudiera hacer. Mi hermana era muy visceral y podía liar la de Troya, la conocía muy bien.

Terminó de limpiarse las lágrimas y antes me preguntó.

—Oye, ¿dónde se suponía que íbamos a cenar?

—En el hindú del barrio de Alexander, en ese tan pijo.

—Pues a mí no me has dicho nada, ¿vale?

—Pero ¿vas a anular la cita con Lucas?

—¿Anularla? Ese se va a enterar… Le voy a comenzar a joder como no le hayan jodido en su vida. Y no tendrá ni puta idea de por dónde le viene el tiro.

—No pensarás darle uno de verdad, ¿no?

—¿Dispararle? Ganas no me faltan, pero mejor lo fustigaré con el látigo de mi indiferencia.

Capítulo 43



Camila

No tenía ni idea de cuál era el plan de mi hermana. Tan solo me encargó que le diera el recado a Lucas de que, a última hora, le había surgido algo y que no podría cenar con nosotros.

Alexander venía directo de una reunión, por lo que fui en taxi hasta el restaurante, ya que luego me acercaría a casa. Ambos nos saludamos y me notó tensa.

—¿Te pasa algo, cariño? —me preguntó.

En realidad, él también llevaba unos días en una actitud un tanto misteriosa que me dio que pensar, ¿sería por algo relacionado con lo de Lucas? ¿Sabría él de la existencia de su sobrino? ¿Y sus padres?

Carlos Osorio nunca le comentó nada a mi padre al respecto, pero igual era algo que llevaban en secreto o al saber. Era cierto que Lucas había sido siempre un vividor y no sabía qué pensar al respecto.

Nos sentamos y él enseguida llegó también. Nos saludó a su hermano y a mí y se sentó.

—Oye, ¿y tu hermana? ¿No ha venido contigo?

—No, al final resulta que no va a poder venir. Me ha dicho que le ha salido algo, que lo siente.

Le conté lo que Cloe me pidió y le noté un tanto desconcertado.

—¿Y no me ha llamado ella para decírmelo?

—Pues se ve que no…

—Vaya, creí que le importaba algo más. Se ve que me equivoqué.

En cierto modo, me dio coraje su comentario, puesto que él tampoco admitía tener nada serio

con ella. Y encima con lo bien que se lo había pasado esa tarde.

—Bueno, supongo que es lo que hay cuando no tienes compromiso con alguien —me dejé caer.

—Bueno, ninguno de los dos ha dado un paso, pero parecía que… —intervino Alexander.

—Alexander, a veces las cosas no son lo que parecen—le interrumpí un tanto molesta.

—Está bien, está bien.

Era la primera vez, desde que estábamos juntos, que teníamos un desacuerdo, pero tampoco fue a más porque él se calló prudentemente.

Comenzamos a cenar con cierta tensión. Sobre todo por parte de Lucas, a quien se le notaba incómodo. Alexander trataba de sacarnos conversación a ambos, pero yo tampoco podía evitar sentirme mal con ese chico del que no sabía apenas nada, pues Lucas había sido hermético con su vida, Tenía un hijo, eso estaba claro. ¿Y también seguía con su madre? Pues podía ser que, al menos, se liara con ella esporádicamente, dado el mucho cariño con el que la agarraba por la calle.

Fue ya a la hora de los postres, para darle mayor expectación, cuando mi hermana entró por el restaurante.

Noté enseguida que estaba bebida, esa había pimplado del coraje que sentía. No venía sola, sino con un amigo de toda la vida que era otro golfo de mucho cuidado: Julio. Con deciros que entraron morreándose y que se hizo la tonta al llegar a la mesa.

—Hola a todos, ¿será grande la ciudad para tener que coincidir aquí juntitos? Mira, Julio, para que luego digan que las casualidades no existen —hasta le salió el típico hipo de borrachina—. A mi hermana ya la conoces. Y él es Alexander, mi jefe y su novio. Y este otro es Lucas, el hermano de Alexander —lo presentó con total indiferencia—. Chicos, perdonad, pero se nos ha hecho un poquito tarde, nos vamos a sentar a cenar, que traigo hambre y que necesito un vinito —nos dijo mientras Julio le hacía un gesto al camarero para que los condujera a su mesa.

Sin más, Lucas se levantó de la nuestra y salió andando. En realidad, iba echando arena para atrás, como los toros.

A mí se me atravesó también la cena, de modo que le dije a Alexander de pagar y marcharnos. Por supuesto que invitó él, como siempre se empeñaba en hacer, pero su cara era para verla, mirando a mi hermana con Julio.

—¿Nos vamos?

—Sí, vámonos, porque hay cosas que da vergüenza ver —me indicó mientras me cogía por la cintura para avanzar hacia la puerta.

—Oye, que tu hermano no tiene nada con ella, ¿no es eso lo que dice siempre?

—Mi hermano está mucho más colgado de Cloe de lo que crees, lo estuve hablando con él.

—Pues igual tendría que habérselo dicho.

—Pues igual ella tampoco tendría que haberle dejado tirado por otro, así por las buenas. Vamos digo yo.

—Oye, una preguntita, ¿tu hermano te lo cuenta todo?

—No, claro que no, ¿a qué viene eso?

—Espero que sea así.

—¿Y por qué?

—Yo me entiendo —le dije porque prefería no pensar que él también me estuviese ocultando los tejemanejes de Lucas.

—Pues yo no, ¿podrías explicarte mejor? —me miró con desaprobación.

—No me está gustando mucho tu tono, Alexander.

—Ni a mí me ha gustado un pelo la actitud de tu hermana y me he tenido que aguantar para no soltarle un par de frescas.

—¿A Cloe?

—Que yo sepa, no tienes más hermanas.

—Que yo sepa, tampoco. Mi padre es un señor y si hubiera tenido otro hijo por ahí, lo hubiera reconocido.

—No lo pongo en duda.

—No te atrevas. En mi familia todo está muy clarito.

—Y en la mía también, no sé a qué viene esto.

—No viene a nada. Voy a pedir un taxi que me lleve a casa.

—Te acerco yo, por supuesto.

—No, no des tantas cosas por sentadas, porque se me han quitado las ganas de todo esta noche.

—Tampoco es que esté yo para tirar cohetes.

—Pues eso, que me largo sola.

—¿Qué os pasa a las hermanas Galván esta noche? No entiendo nada.

—¿Y qué había de pasarnos?

—Que a ti no hay quien te entienda y que la otra se ha pasado tres pueblos.

—¿Mi hermana es la que se ha pasado?

—Obviamente, las cosas no se hacen así. Si no le interesa Lucas, que se lo diga, pero que no le monte esos numeritos, ¿o te crees que me he tragado que hemos coincidido por casualidad?

—Basta, Alexander.

—¿Le dijiste tú el sitio en el que habíamos quedado?

—Esta vez no me voy a someter a ningún interrogatorio porque esto no es un juego.

—Pues para no serlo, veo a tu hermana con muchas ganas de joder… Digo, de jugar.

—Vete a la mierda, Alexander. Y antes de juzgar a Cloe, entérate de una vez de quién coño es Lucas. Si es que no lo sabes ya y te estás haciendo el tonto.

Le di mi palabra a Cloe de que no revelaría lo que me contó, pero al menos eso lo tuve que soltar o habría explotado.

No soportaba las injusticias y, si alguien estaba jugando con otra persona, era Lucas con mi niña.

Capítulo 44



Alexander

Me fui para casa descorazonado y con un cabreo de mil demonios. ¿Quién era Camila para juzgar así a Lucas cuando la que actuó fatal fue su hermana?

¿Eso iba a funcionar siempre así? Bastó que diera la cara por él y casi me saca los ojos. No me gustan las injusticias y, si alguien estaba jugando en ese caso con otra persona, era Cloe con Lucas.

Por más vueltas que le daba, no lo entendía. Y antes de llegar a mi casa, me di media vuelta y me dirigí hacia la de Lucas.

Tardó en abrirme y, cuando lo hizo, tenía una botella en la mano, de la que estaba bebiendo a morro.

—¿Qué haces aquí, Alexander?

—Quiero hablar contigo, hay algo que no me encaja.

—No tengo ganas de hablar. Si quieres beber, sírvete, hay más botellas.

—No, que tengo que conducir luego. Y tú tampoco deberías beber más.

—No eres mamá, no actúes como ella.

—Pero soy tu hermano mayor y siempre te he defendido a muerte. También esta noche, pero cuando lo he hecho, Camila se ha revelado contra mí.

—¿Has atacado a su hermana? Blanco y en vasija…

—Es que la creí alguien más justa. ¿Tú le has hecho algo a Cloe, Lucas?

—Quererla, me cago en todo… Eso es lo que le he hecho. Pero como no sé querer, así me ha ido.

—¿Y por qué no sabes querer?

—Porque con las mujeres no lo he hecho nunca. A ti te quiero, ¿lo sabes?

—Claro que lo sé, idiota. Y yo te quiero a morir. ¿Quién te ha metido en la cabeza eso de que no sabes querer a las mujeres?

—A la vista está. Para una vez que me enamoro, y no tengo los huevos de decírselo. Así me ha ido. Otro me la ha levantado.

—Ella tampoco te dijo nada.

—Pero hace semanas que sé que la quiero. Igual es que ella no siente lo mismo por mí y por eso tampoco me dijo nada. Será lo más probable. Se la veía genial con ese tío, al que le hubiera arrancado la cabeza de un puñetazo.

—Vale, vale. Oye, Lucas, que yo te quiera no quiere decir que no te conozca, ¿seguro que tú no le has hecho algo más a Cloe?

—Y dale, que no. Que sería incapaz de jugársela. Igualito que ella a mí, anda que no se la notaba con ganas de juerga. Paso de Cloe y del resto. Tendría que haber seguido en mi línea.

—De esta no vas a poder pasar con tanta facilidad, siento decírtelo.

—No me jodas, hermano.

—Es lo que pasa cuando te enamoras.

—Igual que me enamoré, me desenamoraré. Tú, sin embargo, ¿vas a llevarte a Camila este finde a Marbella? Sigue con tus planes, ¿vale? Por mí no te preocupes.

—Pues no lo sé, la verdad. Se ha ido muy molesta para su casa. Y, si te digo la verdad, también lo estoy con ella.

—Vaya revolución. Que no se te joda el noviazgo por eso, ¿vale? Que vosotros os queréis… Si se va a la mierda también lo vuestro, solo saldrán adelante Lucía y Brenda. Moraleja: tendríamos que cambiarnos de acera, pero por ese aro no paso, así que me quedaré solo.

—No esta noche, me quedo contigo.

—No necesito una niñera, ya he crecido. Igual no he madurado, pero sí he crecido.

—Esta vez sí que creo que has madurado, pero has tenido mala suerte. Y al menos me quedaré contigo un rato.

—Pienso beber hasta perder el conocimiento, así que mejor no quieras verlo.

—Mañana es jueves, no puedes hacerlo. O al menos, no debes.

—Con el permiso del jefe —levantó la botella y se la echó a pecho.

Estaba jodido. Lucas lo estaba y nunca le había visto así por una mujer. Eso me dolía. Para una vez que se enamoraba, los acontecimientos daban un giro que le sabían de lo más amargo. No había derecho.

Yo también estaba jodido. Camila había defendido a capa y espada a su hermana, cuya actuación carecía de toda lógica, y la emprendió contra Lucas, a quien nada podría reprocharle.

Eso tampoco me hacía sentir bien, así que decidí no empezar a beber por pura responsabilidad. Si lo hacía, tendría que terminar por dormir en casa de Lucas, la cual era un loft, muy chulo y amplio, pero con un solo dormitorio. No me apetecía amanecer con resaca tras una noche en el sofá ni tampoco compartir cama con él, quien estaba muy afectado y podría ponerse cariñoso, confundiéndome con Cloe.

Un rato después, le dejé allí sabiendo que no amanecería como para ir a trabajar y me marché a casa. Me removí en la cama. Justo ese contratiempo antes de un fin de semana decisivo para mí y para Camila.

Cada noche que no pasaba con ella, la echaba mucho de menos. Y por eso la quería en mi cama todas y cada una de ellas.

Esperaba que las cosas no fueran a más. No aprobaba la actitud de Cloe y no le reiría la gracia, pero tendría que abstenerme de intervenir en lo que sucediera entre Lucas y ella, puesto que, si no, mi relación con Camila correría peligro.

Terminé metiéndome en la cama muy apesadumbrado. Acostumbraba a darle las buenas noches siempre, aunque la hubiera visto un rato antes. Esa noche se me había hecho muy tarde, pero aun así opté por hacerlo y no obtuve ninguna respuesta a mi mensaje.

Me molestó mucho y, sobre todo, me entristeció. Cerré los ojos y no tardé en abrirlos, puesto que no podía dormir. En el resto de la noche, tan solo descansé algún ratito suelto.

Quise llegar a la consultoría pronto, para verla entrar. La abordé en el parking cuando bajó de su coche.

—Cloe, espérame dentro —le pidió.

Su hermana venía con gafas de sol, pero al menos venía. A Lucas no le esperaba ese día.

—Tenemos que hablar, Camila, por favor. Mañana nos vamos para Marbella, ¿lo recuerdas?

—Qué va, lo siento, no recuerdo nada. Es un lapsus, a veces ocurre, a ti te pasó conmigo.

Me dejó plantado allí y de lo más chafado. Tenía mucho carácter mi chica y, pese a no llevar

razón, quería hacerla valer.

Capítulo 45



Alexander

No traté de acceder a ella más en toda la mañana.

Había aprendido que, cuando una mujer con tanto carácter está enfadada, no sirve de nada tratar de hacer que se baje del burro con insistencia. Es mejor darle su espacio antes del siguiente asalto.

Además, que yo también estaba molesto porque ella no actuó bien con Lucas. En fin, que traté de centrarme en el trabajo durante horas hasta que Claudia dio con los nudillos en mi puerta.

—Hola, Alexander, ¿puedo pasar?

—Por supuesto que sí, ¿te ocurre algo? Toma asiento.

Tenía a Claudia por una gran profesional y por una mujer muy formal quien no había entrado así a mi despacho prácticamente nunca. Así que entendí que se trataba de algo importante.

—Verás, es que quería hablarte sobre Brenda. No me gusta esa chica —me comentó de inmediato y me sorprendió.

Por Camila sabía que ella y Brenda no se tenían ninguna simpatía. Según Brenda, todo partía de Claudia, rivalidades entre ambas sin sentido. Pero que llegase a mi mesa a darme quejas de su compañera no me parecía propio de ella.

—No sé, pues tú me dirás.

—Es que, Alexander, ya sabes que yo no soy de llevar y de traer.

—Lo sé muy bien. Te tengo en gran estima y soy consciente de tu prudencia, por eso no entiendo qué me quieres decir.

—Es que esa chica es bastante chismosa —soltó por fin. En eso sí que tenía razón, porque todo lo soltaba por su boca, pero nunca eso le hizo daño a nadie y, es más, a Camila le había

mucha gracia.

—Claudia, puede que igual eso no te guste, pero ser chismoso no es un delito.

—No si no se calumnia a nadie. Pero ella lo estaba haciendo en la cafetería, lo he escuchado con estos oídos que tengo. Y lo que decía no es propio de Lucas. Conozco desde hace mucho a tu hermano y sé de lo que es capaz y de lo que no. Soy una mujer observadora y ese niño puede haber sido muy picaflor, pero no un canalla que va haciendo hijos por ahí en secreto.

Me quedé helado en mi silla, sin saber a qué se refería.

—No entiendo. Lucas no tiene ningún hijo.

—Eso ya lo sé, porque si lo tuviera, no lo ocultaría. Y Brenda le decía eso a Lucía, que tu hermano tenía un niño y que mientras se reía de Cloe, porque parecía seguir liado con su madre. Y también que…

—Gracias, no necesito escuchar más.

Igual Claudia sí que tenía motivos para que Brenda le cayese mal. ¿Cómo se atrevía a inventar algo así?

Fui directo hacia su mesa y allí no la encontré. Amanda me dijo que estaba reunida con Camila, así que me dirigí a su despacho.

Mi indignación era máxima, ¿eso le había contado Brenda a Cloe? ¿Cómo era posible que hubiese inventado un bulo así? Si mi hermano tuviese un hijo, yo habría sido el primero en saberlo, puesto que las cosas importantes siempre nos las contábamos.

Entré como una exhalación en el despacho de Camila.

—Ole, así se hace, sin pedir permiso y sin nada. No se te ocurra volver a entrar en mi despacho, ¿me oyes? Serás el director, pero también me debes un respeto.

—Eso díselo a Brenda —la apunté con mi dedo.

—¿A mí? ¿Qué mosca te ha picado, Alexander? ¿Yo qué te he hecho?

—Ir metiendo mierda por ahí. Ha llegado a mis oídos que te has inventado que Lucas tiene un hijo y que igual anda liado con su madre, ¿qué pretendes con eso? No le veo el sentido, ¿es que también quieres liarte con Cloe? Igual, de paso, hasta se te queda Camila libre, porque discutimos anoche por culpa de todo esto.

Brenda miró a Camila y se echó a llorar. No lo esperaba, pero no me conmovió en absoluto. Sin embargo, sí que me extrañó lo que le dijo.

—Lo siento, Camila. Te prometí antes que no diría nada, pero se lo conté a Lucía en la

cafetería. Alguien nos debió escuchar y me puedo imaginar hasta quién ha sido. Me pareció ver a Claudia salir de allí. Es que no puede ni verme.

—Pues razones no le faltan —la ataqué de nuevo—. ¿Crees que es normal la que has liado con semejante bulo?

—¡¡Ya vale!! —me gritó Camila.

—Camila, que de verdad ha salido de su boca pero, ¿tú ya lo sabías?

—Lo sé porque fue Cloe quien lo vio con sus propios ojos ayer tarde. Tu hermano paseaba por la calle con una chica, a la que llevaba abrazada, y ella empujaba la sillita de un bebé idéntico a él.

—¡¡No me lo puedo creer!! Ya creo saber qué ha pasado —respiré más calmado.

—Pues que tu hermano es un golfo. Por eso Cloe montó en cólera y lio la que lio en el restaurante.

—Esa chica es mi prima Adela, la que vive en Sevilla. Estoy casi seguro de que a quien vio fue a ella. Ha venido porque mis padres celebran este finde en su casa el cumpleaños de su padre, Bernardo, que es hermano del mío. Y el hijo de mi prima, Carlitos, es el bebé que Cloe le ha adjudicado a Lucas. Resulta que cuando nació era idéntico a mi padre y, por ende, a mi hermano, que ellos dos se parecen tela. Así que mi prima le puso el nombre de Carlos en honor a ese parecido. Os puedo pasar fotos de todos y hasta partidas de bautismo si os hace falta. Y ahora que lo pienso, sí, mi hermano quedó ayer tarde con Adela. Fin de la historia.

No añadí nada más, solo salí del despacho porque me había quedado la mar de tranquilo. Por fin veía de dónde venía tanto ataque a Lucas.

Capítulo 46



Camila

Miré a Brenda, quien había pagado los platos rotos y no daba crédito.

—Como un poco chismosa sí que soy, me la he cargado. Tranquila, que estoy bien.

—Lo siento cariño. Es que Alexander está muy nervioso. Anoche se lio parda.

—Ya, ya… Bueno, pues igual te iría bien hablar con él. Yo me voy a poner un cafecito con tu permiso.

—Y a mí ponme otro del tamaño de un cubo, hazme el favor. Que no he pegado ojo esta noche.

En cuanto me lo tomé, fui a ver a Cloe, eso lo primero. Entré en su despacho, y me la encontré roncando sobre la mesa. La había llevado al trabajo a rastras, tras la borrachera de la noche anterior, y ese fue el resultado.

—Cloe, cariño, despierta.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Mamá, un poquito más, que hoy es domingo.

—Es jueves, mi niña. Y no soy mamá.

—¿Qué pasa, Camila? —me preguntó.

—Límpiate la baba, hazme el favor. Y pon bien las antenas: el niño que viste es de Adela, la prima de Lucas y Alexander. Se parece tela a todos ellos.

—¡¡Sus castas!!

—Eso, a todas sus castas. Así que yo de ti, me iba a buscar a Lucas a su casa, que se debe haber cogido otra borrachera como la tuya. Y lo aclaráis todo. Y con eso de todo quiero decir todo.

—Te ha salido el don de mando de subdirectora.

—Pues sí, porque es una orden. Dile lo que sientes por él, no seas boba, aunque igual te lo dice él antes, porque tengo entendido que está loquito por tus huesos.

—Ay, madre, qué emoción.

—Oye, ¿te acostaste anoche con Julio?

—No, no… Solo nos comimos los morros a saco.

—Mejor, ¿te los has lavado?

—Sí, sí, que soy puñetera, pero limpia también. Y un rato largo.

—Pues entonces solo te queda pintártelos un poco, peinarte esos pelos de loca que me llevas y largarte corriendo en un taxi, que mi coche no lo coges con semejante resaca.

—Qué poca fe me tienes como conductora.

—Ninguna.

—Vale, vale, que ya voy pidiendo un taxi.

Se largó enseguida porque, en el fondo, iba súper contenta. Yo también tenía otra parada que hacer antes de ponerme a trabajar de nuevo. Y era en el despacho de Alexander, obviamente.

Hice lo mismo que él, es decir, no llamar. Entré directa y, sin más, me fui para su mesa, me subí sobre sus piernas y le di un besazo de tornillo de aúpa.

—Para, para —me pidió en ese momento.

—De eso nada. Ya está todo aclarado… Ahora mismo me despeloto y…

Me agarró fuerte las muñecas. Cómo me ponía cuando lo hacía.

—Que pares te he dicho —me susurró en el oído.

Fue entonces cuando ladeé la cabeza y vi a un par de chinos que estaban sentados en su sofá. Por lo visto, lo habían hecho así porque se acomodaron para analizar unos proyectos mientras él se iba para su teléfono con la intención de pedir que les subiesen un tentempié del bar.

Me quedé sin reacción, así que me fui abotonando de nuevo la blusa y, pasando por delante de ellos, les eché una sonrisita de las mías mientras salía volando.

Cómo nos reíamos unas horas después todos juntos, pues esa noche quedamos para cenar. Hasta a la prima Adela se trajeron. Vino sin Carlitos, su niño, del cual nos enseñó fotografías y

cierto que era muy parecido a Lucas y a Carlos Osorio, su padre y el de Alexander.

—Un nieto no le sale más parecido a mi tío Carlos, se lo he dicho un montón de veces —nos comentaba ella, que era de lo más simpática.

—Pues no veas lo que casi me cuesta el parecido, prima.

—Ay, mi Lucas. Para una vez que sienta la cabeza.

—Sí, sí. Que ahora tengo novia, ya es oficial.

—Os ha costado decidiros —les comentó Brenda.

—Pero al final lo hemos hecho. Este grupo está compuesto ya por tres parejas. Ahora solo hay que buscarle novio a Adela —sugirió Lucas.

—Mi amigo Julio está libre, pero no es muy recomendable —le comentó mi hermana.

—Libre y con la cara de una pieza de milagro, porque no veas si me dieron ganas de partírsela anoche.

—Uff, he descubierto un filón, me ha salido celosillo.

—Celosillo no, Cloe, ¿qué me hubieras hecho tú si me planto yo allí con otra y le como los morros?

—Algo con consecuencias irreversibles, ¿o el pito queda bien si se trata de volver a pegar?

Nos lo estábamos pasando genial. Adela era estupenda y se quedó pasmada con todo lo que pasó en torno al paseo que dio con su primo Lucas. Menudo jaleo se había formado.

Resultó que estaba en pleno proceso de divorcio y que llegó por sorpresa desde Sevilla para asistir al cumpleaños de su padre, por lo que ni siquiera le dio tiempo a Alexander a comentarme algo al respecto.

Nosotros es que no íbamos a asistir porque ese finde seguía en pie una cita que teníamos en Marbella y que me hacía mucha ilusión, porque con el resto nos lo pasábamos sensacional, pero también me encantaba compartir tiempo a solas con mi chico.

Por fin todo estaba aclarado. Sé que Alexander lo pasó mal con aquella primera discusión que tuvimos, lo mismo que yo. Y ambos sin querer bajarnos del burro porque el malentendido fue grande. Hasta Brenda salió salpicada.

Por supuesto que Alexander le pidió disculpas entendiendo que nuestra querida amiga podía ser pelín cotilla, pero no por eso inventar nada.

Menos mal que tenía muy buen humor y todo se lo tomaba a broma, aunque tomó la afrenta

como excusa para exigirle un aumento de sueldo que al final ¡¡hasta logró!!

Y es que Alexander no podía estar más contento. Se le notaba en cada uno de sus movimientos y en todos esos preciosos gestos que tenía conmigo.

Capítulo 47



Alexander

Llevábamos en Marbella desde la noche anterior, la del viernes.

Tan pronto como llegamos allí, salimos a cenar. Eso sí, antes Camila se quedó encantada con esa casa que pertenecía a mi familia, lujosa y estratégicamente situada, muy cerquita de la playa.

Nuestra estancia allí estaba resultando de lo más excitante… Playa, chiringuitos, fiesta, sol, alegría…

Eran los últimos coletazos del verano y el tiempo acompañó, así que disfrutamos muchísimo de aquella escapada.

Tras un día de playa de lo más relajado, nos estábamos preparando para salir a cenar a mi lugar preferido de la ciudad: un restaurante con unas vistas maravillosas de la vida nocturna marbellí, el cual contaba con zona de copas y donde la gente se daba patadas por reservar.

Nos sentaron en un lugar privilegiado, un rincón íntimo que nos encontramos de lo más romántico en cuanto a la decoración de la mesa, con una rosa roja al lado del plato de ella.

—¿Es para mí esta rosa? —me preguntó.

—Y también la nota que la acompaña, ¿la lees?

No esperé a los postres porque mi idea era que ya cenásemos con la ilusión propia de quienes traen un importante proyecto entre manos. Y así fue.

Un sencillo, “Amor, ¿te vienes a vivir conmigo?” fue suficiente para comprobar cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y cómo se levantaba para abrazarse a mí.

—¿Y para preguntarme esto me has traído hasta aquí? No hacía falta. ¡¡Claro que sí!! ¡¡De mí no te libras!!

—¿Sí? ¿Vamos a vivir juntos?

—Pues claro. Si ando siempre de medio ocupa de tu ático y, encima, cuando me tengo que volver a dormir a casa de mis padres me pongo hasta de mala leche, ¿qué sentido tiene eso?

—Ninguno, absolutamente ninguno.

—Eso sí. Yo tengo un gran vestidor allí, así que pienso hacerme con parte del tuyo. Porque ocuparlo entero no es una opción, ¿o sí?

—Mejor lo ampliamos, ¿te parece?

—Me parece.

También me parecía que se había puesto muy contenta y nada me alegraba más. Camila derrochaba ilusión por esos azules ojos suyos de los que me declaraba totalmente enamorado.

Tras la cena, nos fuimos a bailar y lo hicimos de lo más acaramelados en un chiringuito. Entre copas y bailes, allí grabamos otro vídeo que subimos a las redes y en el que anunciábamos ¡¡que nos íbamos a vivir juntos!!

Como esa vez sí que nos pilló el anuncio en España, las reacciones no se hicieron esperar, aunque apenas las vimos hasta el día siguiente porque bastante entretenidos estábamos con nuestros fogosos bailes.

Sonaba "Una lady como tú" de Manuel Turizo y ella se derretía en mis brazos, en esos que no paraban de cerrarse en torno a su impresionante cuerpo, el cual sabía mover a la perfección para volverme loco.

—"Y si te provoco
Te Beso en la boca
Sueño con tocarte
Quitarte la ropa…"

Pues eso era lo que nos estaba pasando a nosotros en una noche en la que no solo nos mostrábamos muy contentos, sino también ardientes.

Su lengua me parecía de lava al contacto con la mía. Camila siempre se contoneaba ante mí, mimosa, pero tras mi petición de aquella velada y en aquel lugar tan especial, mucho más.

Un rato después volvíamos caminando hacia la villa, todavía con una copa cada uno en la mano.

—¿Nos las hemos llevado por toda la cara? —me preguntaba un tanto bebida.

—No, que me las han cobrado bien. Tranquila, que perdiendo no han salido.

—Ninguno hemos salido perdiendo. Estoy muy feliz, ¿sabes?

Miró hacia ambos lados y nadie venía. Fue entonces cuando se dio la vuelta para que le bajase esa cremallera que recorría su vestido de arriba abajo, por la parte trasera.

Sexy hasta no poder más, era corto y ceñido, y con él me había encendido desde el principio de aquella cena a la que siguió una noche de diversión que no había terminado.

Había unas dunas tras las que guarecernos y así lo hicimos. Camila quería que la poseyera allí mismo y a mí me faltaría el tiempo.

No me desnudé, sino que me abrí la camisa y la bragueta, sacando mi virilidad a través de ella. Así la protegería del frío, si es que había alguna posibilidad de que lo sintiera. También estaría más preparado por si alguien se nos acercaba.

Ella sí palpitaba, desnuda, debajo de mí. Su cuerpo entero era digno de recitarle un poema, pero a falta de darme trazas para algo así, le susurré en el oído esas pegadizas y ardientes letras que estuvimos bailando hasta minutos antes.

Entré en su monte con mayor ímpetu que nunca. Ya era oficial: mi chica se venía a vivir conmigo.

A partir de aquella, podría hacerle el amor todas y cada una de las noches, empezando por esa en la que un manto de estrellas nos alumbraba lo suficiente para descubrir su preciosa y excitada sonrisa debajo de mí.

Nadie nos interrumpió mientras hicimos el amor de la forma más furtiva y también romántica a la vez. Era muchas nuestras variantes a la hora de practicar sexo, pero siempre todas regadas de amor, fuese más o menos tierno.

Amaba a Camila con todas mis fuerzas y sentía que habíamos dado un gran paso en favor de una relación que deseaba consolidar al máximo.

Cada paso que daba en esa dirección era seguido por ella, quien parecía asumirlo con la mayor de las ilusiones.

Ninguna de las reacciones que recibiéramos en las redes, por alegres que fueran, se podría comparar a las nuestras, a esas que experimentábamos en primera persona por la decisión que habíamos tomado de convivir.

Ya me imaginaba la vida con ella, con esa mujer a la que adoraba y a la que deseaba hacer dichosa hasta que su vida solo tuviese sentido a mi lado, algo que me daba la sensación de estar logrando. Y eso me hacía sentir tan bien que no recordaba ningún otro momento mejor que aquel, si es que alguna vez existió, cosa que dudaba mucho.

Capítulo 48



Camila

Y así fue como me vi envuelta en una pronta y a la vez muy deseada mudanza al ático de Alexander.

No había pasado más que un verano a su lado y sentía que, sin embargo, había vivido muchas cosas con él.

En cierto modo, me asaltaba la idea de que no nos hubiesen separado aquellos años durante los que le odié con toda mi alma, porque eso fue lo que sucedió. Y, a pesar de eso, supo volver a ganarse mi corazón… Un corazón mucho más maduro que latía por él.

A ninguno en nuestras familias ni en el círculo de amigos les pilló por sorpresa que me pidiera vivir con él. Y a todos les unía el denominador común de alegrarse por nosotros, puesto que estaban seguros de que hacíamos una gran pareja.

El otoño se presentaba magnífico, con cantidad de proyectos por nuestra parte, tanto profesionales como laborales.

De entre todos ellos, el primero que pusimos en marcha fue el de la ampliación del vestidor.

El ático de Alexander era realmente increíble y contaba con todas las posibilidades. Y encima él estaba encantado de llevar a cabo todas las que le propusiera, aunque en principio no veía necesaria más que aquella reforma y el cambio de ciertos retoques decorativos que en su día llevó a cabo Elena.

Cloe no paraba de hacer bromas al respecto, diciendo que de nuevo tendría la casa y los padres para ella sola. Mi hermana era así: un chinche, pero el más adorable de los chinches.

La noche antes de trasladarme definitivamente al ático de Alexander, celebramos una fiesta de pijamas de chicas en mi casa. Hasta mi madre estaba invitada, por supuesto, lo mismo que Wen.

Las seis nos habíamos comprado pijamas iguales y resultó toda una diversión, copas incluidas en ese dormitorio que dejaba para siempre.

Era cierto que en los últimos años lo ocupé bien poco, puesto que llevaba muchos estudiando en Estados Unidos. Sin embargo, todo seguía intacto para mi vuelta en los períodos vacacionales y con la idea de que un día regresaría de manera definitiva a España.

Lo había hecho, pero entonces me reencontré con Alexander y mi corazón daba botes por irme a vivir con él.

Mi madre y Wen activaron el tono nostálgico tras beberse un par de copas. Estaban de lo más tiernas y hasta les dio un poco de llorera en un momento dado, que las chicas apagamos con nuestras risas, abrazándolas.

—Wen, si es que eran tan pequeñas cuando nacieron —decía mi madre.

—Por suerte para ti, mamá, que si tienes que echarnos al mundo como somos ahora, ahí sí que ibas a gritar —le replicaba mi hermana.

—Ay, mi Cloe, que también se me hace mayor. Pronto el nido estará solo del todo.

—Tan pronto no, que soy muy comodona y yo no tengo ninguna prisa —le recordaba porque era así. Mi hermana siempre vivió allí como una princesa y le costaría abandonar el castillo.

—Sí que eran pequeñas, siempre las tres juntas, con Kike persiguiéndolas.

—Y ahora solo persigue a Cloe, aunque el pobre se ha quedado con las ganas, ¿no te da cosita por mi hermano? —Lucía pinchaba a Cloe.

—Chica, que se la ha buscado él solito, ¿le di esperanzas alguna vez?

—Nunca. Eso es verdad. Más bien es masoquista el niño, pero qué se le va a hacer.

—Es que a mí Lucas me ha conquistado al final. Tiene un sexapil el jodido…

—El de los Osorio, es la marca familiar —añadí suspirando.

—Y yo pensando que era padre de un niñito —rio ella.

—Buena la liaste. Un poco más y salimos tarifando los cuatro, bonita.

—¿Y qué podía hacerle si es que sentí unos celos malísimos? No sabía que eso existía.

—Sí, sí que existen. Yo también araño cuando veo que alguien se queda mirando a Lucía como si fuera un chupa chups al que desea lamer de arriba abajo. Que eso solo lo hago yo…

—Brenda, que somos sus madres y nos ruborizamos.

—Mi chica es así, mamá. Ardiente a tope. Y por eso me pone… Mejor no te digo cómo me pone.

Mi padre se asomó por allí y, como lo tenía prohibido, en cuanto abrió la puerta recibió un aluvión de almohadazos.

—De la calle vendrán y de tu casa te echarán —murmuró el famoso dicho.

—¿Qué dices, Mario? Si todas somos tu familia —le recordó mi madre.

—Eso es muy cierto, estaba bromeando. Tanto las Sotomayor como mis hijas y tú, Sofía, sois lo mejor que tengo en la vida.

—Y di lo contrario, que cobras más…

—¿Más? Ah, y por cierto, que me he dejado a una… Brenda, tú también.

—Ya sabía que entraba en el pack, Mario —le contestó muy contenta, al sentirse muy dichosa de que la considerásemos una más.

—Sí que entras, cariño, sí que entras.

Todo esto nos lo decía desde el pasillo porque quien no se atrevió a entrar más fue él.

Esa noche quedaría para el recuerdo de cada una de nosotras.

—Nos estamos poniendo muy melancólicas, ¿qué dejaremos entonces para el día que Alexander te pida matrimonio, petarda? —me preguntó Lucía.

—Ay, ni lo menciones, que me muero de ilusión.

—Menos muertes que te necesitará muy viva.

—Serás una novia radiante, hija. Paso a paso, que todo llegará.

—Sí, mamá. De momento, siento que he dado uno de gigante.

—Y es así…

—Ya te digo que sí, te vas a vivir con él en un tiempo récord.

—Es que Alexander ya tenía su vida muy bien montada. Solo le faltabas tú en ella.

—Ay, qué ilusión. Quién me iba a decir…

—*"Quién me iba a decir*
Que serías la lluvia y yo la tempestad
Quién me iba a decir
Que serías la cura de mi enfermedad…"

Cloe comenzó a cantar la famosa letra de David Bisbal y todas a bailarla. Allí, si algo sobraba, era alegría.

Capítulo 49



Alexander

El otoño había transcurrido de la forma más alegre y, a la par, excitante posible. Mi día a día con Camila se había convertido en una constante fiesta en la que el sexo ocupaba un lugar primordial.

Eso de vernos a media mañana en mi despacho para desfogar se había convertido en un ritual. Y ello a pesar de que va vivíamos juntos y de que, tras una noche de pasión, solía caer uno mañanero también antes de marcharnos a la consultoría.

En fin, que cada vez estaba más enamorada de ella y que ese día de Nochebuena, pues las Navidades ya habían tocado a nuestra puerta, la encontré más irresistible que nunca con un vestido en tonos plateados, muy festivo, de lo más sexy.

—¿Te presentas así delante de mí y pretendes que nos vayamos ya? Cielos, ¿qué he hecho para merecer una tortura similar? —le pregunté tan teatrero como con ganas de jarana.

—Va a ser que sí. Me he arreglado a conciencia y no voy a consentir que me arruines el maquillaje.

—¿Y quién te ha dicho que tu maquillaje quedará siquiera afectado?

—Alexander, que nos conocemos… Y la piel se me perla de sudor. Andando…

—Me tienes más derecho que una vela.

—¿Y qué creías? ¿Que por ser CEO te librarías de eso? Va a ser que no.

—Ya, ya lo veo… Al menos un beso, ¿puedo?

—Un beso igual sí… Que mi pintalabios es permanente.

—Permanente es lo que me estás provocando tú.

—¿Te refieres a tu erección?

—Me refería a ese enamoramiento que siento, pero también lo doy por bueno, sí.

Reíamos a carcajadas a la salida de mi ático.

La Nochebuena la pasaríamos con mis padres y la Navidad con los de Camila, a quienes se les unirían sus inseparables Sotomayor.

Por medio, la Nochevieja la pasaríamos Camila y yo esquiando en Suiza. Ambos éramos amantes de ese deporte y practicarlo allí, en esas fechas, alojándonos en una de las casas que mi padre poseía en el extranjero, estuvimos de acuerdo en que era una gran idea.

En cuanto al día de Reyes, decidimos que nos reuniríamos todos en casa de los padres de Camila, a la que asistirían también los míos con Lucas y los Sotomayor. Seríamos un montón, pero Sofía y Mario se mostraban encantados con la idea.

Pues bien, volvamos a esa Nochebuena en la que nos reunimos con mis padres y con Lucas. Cloe vendría más tarde a tomar una copa también, pero como lo suyo con mi hermano no iba tan avanzado, cenó con su familia.

Ellos ya eran novios, de eso no había duda, si bien su relación iba a otro ritmo. La nuestra es que iba a mil por hora. Ese era el ritmo que decidimos y el que nos hacía felices.

Cuando llegamos, nos recibieron con total efusividad. O más bien a ella, por lo que bromeé al respecto.

—Mi niña, mi preciosa Camila, ¿cómo puedes venir así de bella? —le preguntó mi madre.

—Porque cuento con la nuera y flamante subdirectora más bonita de la ciudad. Bienvenida a casa, hija —la abrazó mi padre.

—¡¡Que estoy aquí, familia!!

—Ya te vemos, ¿y qué? —me abrazó mi hermano.

—Qué pronto has llegado, Lucas. Algún que otro año llegaste tarde y bebido.

—Ahora es que me estoy reformando. Tengo novia, ya lo sabes. En realidad, casi que dos, según dicen las malas lenguas —rio porque nos dio la sorpresa de que también estaban allí mi prima Adela con Carlitos y su padre, mi tío Bernardo.

—Pero si no lo sabía, creí que el tío bajaba a Sevilla en estas fechas —la abracé.

—¿Y perdernos esta reunión familiar? Ni de coña. Aquí se sirve el mejor jamón del mundo, primo.

Me alegró muchísimo verla y también a Camila. Mi chica hizo excelentes migas con mi prima cuando la conoció y desde entonces mantenían el contacto.

—Oye, Camila, a ti no te veo muy sorprendida, ¿no?

—Es que a lo mejor yo sabía "un poco" que venían —murmuró entre risas. Mi prima y mi madre la siguieron.

—O sea, que era un plan orquestado entre las chicas. Hombres de la familia Osorio, no valemos para nada —les dije riendo y todos asintieron.

Por si faltaba alguna nota de felicidad en esa Nochebuena tan entrañable que habíamos organizado entre todos, Carlitos puso la inocencia y la ternura.

Como nosotros no iríamos al día siguiente, que estaríamos con la familia de Camila, el intercambio de regalos bajo el árbol lo hicimos después de la cena.

Menuda parafernalia que montamos para el niño. Por suerte, mis padres le tenían preparados regalos de parte de todos nosotros y hasta se hicieron con un disfraz de Papá Noel que Lucas no dudó en ponerse para aparentar que salía corriendo por una ventana, haciendo las delicias de un impactado Carlitos que se quedó pasmado.

A Camila le regalé una joya en forma de gargantilla de oro blanco, porque le gustaban mucho. Se emocionó cantidad al verla y me dijo que, hasta nueva orden, pendería a diario de su cuello. Elegí un modelo moderno y discreto por si eso sucedía, pero que lucía como una verdadera joya en ese cuello de cisne que exhibía.

Ella a mí me regaló un reloj que pasó a formar parte de los de mi colección y, aunque no fuera el modelo más caro, huelga decir que se convirtió en mi favorito.

Con todo y con eso, una vez más, el verdadero regalo nos lo hicimos una vez que llegamos al ático, derrochando pasión, como cada noche, sobre unas sábanas que eran las depositarias de un verdadero y tórrido amor.

Capítulo 50



Camila

Día de Navidad y me estaba arreglando de nuevo. Las fiestas con Alexander eran toda una novedad para mí y las disfrutaría mucho.

La Nochebuena en casa de los Osorio fue un primor, aunque también tenía ganas de aparecer por casa de mis padres para el intercambio de los regalos con ellos. Me habían dicho que me esperarían para hacerlo. Era la primera Navidad que no me levantaba en mi cama porque siempre las pasamos Lucía y yo en España.

—De nuevo una provocación y querrás que me quede con las manos quietas, ¿hasta cuándo durará la tortura? —me preguntó él viendo cómo terminaba de maquillarme y de cogerme esa coleta alta y depurada que luciría.

—Hasta que volvamos. Y no dramatices, que te has levantado bien marchoso y me escuecen hasta las amígdalas —le recordé.

—Es que en cuanto terminamos, se me olvida. Eso es porque necesito más.

—Te lo vas a tener que hacer ver al final —reí.

—¿Acaso quieres que rebaje el ritmo?

—¿Qué dices? Háztelo ver para mantenerlo, que no me entere yo que planeas otra cosa.

—No pensaba —me dijo dándome una tremenda nalgada que me aupó.

—La madre que te parió, Alexander, me han salido los colores en las mejillas y aún no me apliqué el colorete.

—Pues si te he enrojecido las mejillas…

—Sí, sí, que no quiero saber cómo me habrás puesto el trasero. Ese que no sé si te atrae mucho en realidad.

—No me provoques, si no quieres que dejemos a tu familia tirada hoy, no me provoques…

—¿Y perderme los regalitos de Papá Noel? Ni muerta. No son un orgasmo, pero el placer que me producen es similar. Y de esos orgasmos ya te ocuparás tú más tarde.

—Y hasta por el camino si quieres…

—Las manos mejor al volante, Alexander… Que eres tú muy peligroso.

—Y tú muy explosiva.

—Si llevo un traje de chaqueta tipo Chanel, casi de niña buena.

—Una virguería es lo que llevas encima. Estás realmente preciosa, Camila.

Iba de estreno. Ese tipo de trajes de chaqueta estaban de toda moda y mi madre me había regalado aquel en concreto, en tonos marfiles combinados con rosa palo que era una verdadera maravilla. Con la falda cortita, ajustada y desflecada.

Alexander iba guapísimo también, con pantalones chinos en azul marino, camisa a rayas blancas y azules, así como jersey en color camel, igual que sus complementos.

Las temperaturas habían caído en picado, así que nos llevamos abrigos, aunque íbamos de puerta a puerta, pues se trataría de un día de celebración familiar.

Cuando llegamos, Cloe ya estaba dando saltitos como una cría.

—Has tardado mucho, ¿dónde te metes, hermanita? Bueno, mejor no pregunto, que al saber el motivo. Papá Noel ya ha llegado, así que ¡¡corre!!

Siempre había sido así, desde niñas. Ambas corríamos derrapando hasta el árbol, que nos encontrábamos cuidadosamente plagado de todo tipo de regalos.

—Es mi mejor recuerdo de todos los años —le comentó mi madre, muy emocionada.

—Es muy bonito, de verdad —le contestó él, muy integrado a su lado y con mi padre dándole palmadas en la espalda, encantado con su yerno.

El intercambio fue genial y yo también le tenía un nuevo regalo para ese día. Habíamos llevado regalos para todos y habría sido absurdo no hacerlo para él. Pero Alexander no se quedó atrás.

Cuando me colocó en la muñeca aquella preciosa pulsera que encargó para mí y que se trataba de un diseño exclusivo, enseguida supe ver que era así.

—Es algo único, se nota. Gracias, mi vida —le besé.

—Tú sí que eres única, amor.

El mío para él consistió en una brújula de colección que le encantó, aunque me confesó que le gustó más aún el "mi vida" que salió de mis labios.

Las brújulas le gustaban mucho, casi tanto como los relojes, y también tenía varias porque era bastante caprichoso.

—Esta es para que no pierdas el norte —susurré en mi oído.

La piel se le erizaba cuando le hablaba así.

—Nunca, contigo a mi lado, nunca.

Comenzó así un día de Navidad de lo más familiar también. Al mediodía se nos unieron los Sotomayor y tras los postres llegó su hermano Lucas, que almorzó con sus padres.

Temí ver la carita de Kike cuando Lucas le hiciera arrumacos a Cloe.

—Que corra el aire, cuñadito, que si no le dará un síncope al niño —le comentaba yo porque no quería que sufriese.

—No creas, que Lucas parece que está dirigiendo sus antenas hacia otro lado —me habló Lucía.

—¿No me digas? Pues ojalá, porque si no, con lo enamorados que están, esto será un suplicio para él.

—¿No ves que no suelta el móvil?

—Es verdad, pero creí que lo hacía por desviar la mirada.

—No, no, que no para de chatear con Ángela.

—¿Y quién es Ángela?

—Una chica de primero de Derecho. Un bomboncillo con 18. Y como Kike es otro, está derretido con la niña.

—Eso sí que es un milagro de Navidad porque es el único de nosotros que me daba penilla.

—Sí, sí, porque aquí está cada oveja con su pareja. Le he dicho a tu madre que Brenda se pasará también luego.

—Claro, ya sabes que esta es su casa igualmente.

—No se lo digas así, que la pone en venta.

Fue un día de blanca Navidad y nunca mejor dicho, porque hasta nevó.

—Me encanta la nieve —decía embobado Kike mirándola al rato.

—Sí que anda alelado, sí…

—Ya, y no es su estado natural, es que por primera vez siente que es correspondido en el amor. Y ya sabes tú lo que eso significa…

—Sí, que lo sé, Lucía, sí…

Me alegré lo indecible por el benjamín en aquel día en el que todo salió a pedir de boca y no solo me refiero a las muchas exquisiteces que mis padres sirvieron y también a las que trajeron los Sotomayor, que no se quedaron cortos.

Una Navidad entrañable y con la ilusión de todo aquel amor que se había esparcido por el ambiente… Y a unos días de nuestra escapada a Suiza, que no podía ilusionarme más.

Capítulo 51



Alexander

De nuevo con ella de viaje. Aterrizamos y ya nos dirigíamos en un coche alquilado a la preciosidad de casa de montaña que mi padre adquirió en su día en St. Moritz, una de las zonas más conocidas de Suiza por su estación de esquí.

Me había trasladado allí varias veces años atrás con amigos, pero hacerlo con Camila me suponía una verdadera delicia. Ambos sabíamos esquiar y nos apasionaba la nieve, esa que bien podríamos derretir tan solo con nuestra presencia allí, de lo ardientes que llegamos.

Camila había esquiado por distintos lugares del mundo, pero nunca estuvo en los Alpes suizos, esos que nos dieron la bienvenida con todo el glamur que los caracteriza.

—Mi madre me ha comentado que vendrá en breve con mi padre, con Wen y con Enrique, porque aquí se concentran *royals* y *celebrities*, y como ellas lo están petando…

—Pues que se vengan también con mis padres. Se lo pasarán bomba todos juntos. Y podrán alojarse gratis.

—Es que ella dice que esta es la estación más glamurosa. Y que muchos millonarios y gente del famoseo vienen para dejarse ver más que para esquiar.

—¿No me digas? Pues nosotros sí que vamos a esquiar, y no solo en la nieve, que también hay otra variedad, en la cama…

Se lo contaba todo mientras llegábamos a aquel impresionante refugio de montaña que era nuestra casa. Cuando la vio, se quedó patidifusa.

—¡¡Yo a ti te como!! ¿Ahí es donde nos vamos a quedar?

—¿Te gusta, preciosa?

—La casa sí que es preciosa. Madre mía, ¡¡no quiero pensar lo que debe valer esto aquí!!

—Una millonada, es cierto. Mi padre pagó un precio considerable ya por ella, pero sabía que se trataba de un gran negocio. Y al poco, había duplicado su precio.

—Pues que no la venda, por favor. Tiene un encanto… Me he enamorado.

—¡¡Maldita casa!! Ahora tendré que competir con ella —farfullé entre risas.

—No lo hagas, que ella saldrá ganando.

—Yo sí que he salido ganando contigo, Camila.

—Lo sé, soy un tesoro.

—Sí que lo eres, sí…

Se la fui enseñando poco a poco. Estaba encandilada. Cierto que aquella magnífica vivienda, con todos los interiores en madera, era un verdadero paraíso invernal en el que perderse y tirar hasta la llave.

Conforme la fui conduciendo por ella, más alucinó. Sus estancias eran muy amplias y la primera planta lucía prácticamente diáfana, a excepción del baño, que quedaba en uno de los rincones.

Por lo demás, la gran cocina estaba separada del amplísimo comedor con una enorme isla. La zona de sofás era gigante, tremendamente acogedora y con una imponente chimenea en el centro.

—Me estoy enamorando más y más, te lo juro —me decía mirando a las impresionantes vidrieras que permitían fijar la vista en el blanco manto de nieve del exterior.

—Pues todavía te quedan muchas sorpresas.

La llevé en brazos hasta el dormitorio principal, cuya mullida cama XXL la conquistó también, aunque la verdadera sorpresa se la llevó al mirar al abuhardillado techo y descubrir que era de cristal, permitiendo disfrutar del brillo del firmamento nocturno y de la chispa de los primeros rayos solares.

—¡¡Muero con este techo!!

—Tú no morirás ni con 120 años, preciosa.

La tumbé sobre la cama. Aún nos faltaba mucha casa por ver, pero me devoraba ese fuego interior que me incitaba a amarla sobre la enorme cama, sin demora.

La fui desnudando mientras el calor de la calefacción nos envolvía. Pese a que Suiza en esa época del año es fría, muy fría, pronto le sobraría todo a nuestros febriles cuerpos.

Amarla sobre aquella cama mientras que los copos de nieve caían incesantes sobre el techo

acristalado, pues comenzaron a hacerlo a modo de regalo, constituyó una nueva experiencia para mí… Una experiencia en la que recibí un segundo regalo: el de su entregado cuerpo una vez más.

Allí, sudorosos y excitados al máximo, estrenamos un dormitorio cuyo ambiente se volvió tan húmedo como lo estaba el interior de Camila, siempre preparada para ser penetrada por mí.

Lo hicimos en aquella ocasión sobre la cama, pero quedaban muchos rincones de la casa por regar con nuestra pasión. Sin ir más lejos, ella se inclinaba por el romanticismo de hacerlo delante de la chimenea.

La Nochevieja la pasaríamos allí, en la intimidad. Barajamos otras posibilidades, pero esa fue la que resultó elegida.

La cena ya la habíamos encargado a un lujoso catering que nos la serviría a media tarde para que solo tuviésemos que calentarla.

Hasta esa hora, estaríamos esquiando, pues un rato después nos levantamos y nos preparamos para hacerlo. Antes le enseñé el resto de la casa, que incluía piscina climatizada, sauna y hasta un pequeño e íntimo circuito de spa que no podríamos dejar de probar antes de marcharnos, lo que sucedería un par de días después.

Camila se mostraba más que entusiasmada y en ella encontré a una esquiadora de primera. Muy pronto estuvimos compitiendo en las pistas. Le gustaba retarme y a mí que lo hiciera. Hasta que en una de esas nos enzarzamos, al perder ambos el equilibrio a la vez en una maniobra arriesgada, y rodamos con esquís y todo.

—Para habernos matado —decía ella escupiendo nieve.

—Tú no puedes matarte porque un monumento así debe ser inmortal.

—Tienes razón, pero una pierna podía haberme partido.

—Estás sana y salva… Y buena, muy buena…

—Sí que lo estoy, sí. Igual va siendo hora de volver a la casa.

—Pues igual sí. En unas horas estaremos cenando y celebrando la entrada en el Año Nuevo juntos.

—Dime por favor que conseguiste uvas. No concibo una Nochevieja sin ellas.

—Por ti consigo uvas y lo que haga falta, ¿lo pones en duda?

—¡¡Si es que tengo que quererte!! —exclamó saltando sobre mí con tal fuerza que me tiró de espaldas de nuevo.

Capítulo 52

Camila

Ya nos habíamos bañado juntos, nada más llegar a la casa. Lo hicimos en el jacuzzi.

Si algo no teníamos, era prisa. Los dos cenaríamos a solas y, con tal de terminar a tiempo para engullir las típicas uvas a golpe de campanadas, me daba por satisfecha.

No por hacerlo así dejaría de arreglarme. Siempre fui muy coqueta y me encantó lucir bella para mí, pero desde que estaba con él, lo hacía para ambos.

Alexander merodeaba por allí, delante de aquel tocador en el que estaba dando las últimas pinceladas a mi maquillaje.

De nuevo sería un vestido rojo el que luciría esa noche. El color me traía muchos recuerdos, aunque el llamativo escote del que estrenaría era de los llamados “palabra de honor”.

—Estás para comerte enterita a bocados de todos los tamaños, Camila Galván —murmuró en mi oído cuando me vio.

Tuve que hacer mis esfuerzos para que no me quitase el vestido de aquella. Eso sí, no pude ofrecer resistencia cuando me cogió por las caderas y me sentó en la gran encimera de mármol que separaba ambos lavabos.

Entre el calor que mi propio cuerpo desprendía, y la exquisita calefacción que aclimataba la casa, no la encontré fría en absoluto.

Alexander levantó la tela de mi largo vestido y se perdió entre su parte inferior, esa que se dejaba caer hasta el suelo, dado que se trataba de un elegantísimo vestido de fiesta.

El calor que sentí en mi entrepierna fue infernal cuando su lengua inició unos festejos, los de esa noche, que me llevaron a un orgasmo de tal intensidad que grité hasta casi caer exhausta y mareada.

—Fuertecita comienza la función —le comenté entonces mientras me tomaba en brazos para

que volviera a ser persona.

Nos fuimos entonces para el comedor, que me encontré con tantos detalles festivos como románticos. De veras que me emocioné.

—¿Y esto? —le pregunté disfrutando de cada adorno, de cada flor, de cada uno de esos detalles que había hecho distribuir por aquella estancia en la que también nos habían dejado la cena.

No quiso a nadie de servicio que nos sirviera en aquella noche. No cuando comprendía que todo el mundo tiene derecho a descansar en una fecha tan señalada y a nosotros no nos costaba lo más mínimo calentar la cena. No faltaría más.

Lo hicimos en torno a las diez de la noche, con música ambiente, una copa ya en el cuerpo y muchas ganas de disfrutar de una velada que, a buen seguro, se extendería hasta bien entrada la madrugada.

Alexander se encargó de servir la exquisita cena a base de entrantes, mariscos y plato principal de carne. Junto a ello, cantidad de dulces de postre, muchos más de los que podríamos paladear si no queríamos correr el riesgo de salir de allí rodando cual bola de nieve.

Una vez terminamos, dejó una botella del mejor champán a nuestro lado para descorchar en cuanto las campanadas cesaran.

Para qué el momento de tomar las uvas. No era el primer año que, pese a la expectación que ese instante me generaba, me daba un ataque de risa. Alexander se contagió de ella y terminamos ambos comiéndolas a toda velocidad y en el último momento.

Aún estábamos tratando de tragarlas a dos carrillos cuando nos abrazamos, emocionados y, tan pronto la última de ellas corrió en dirección a nuestras gargantas, nos besamos con pasión.

—Feliz Año Nuevo, Camila. Espero que todos tus sueños se te hagan realidad pero, por si acaso, velaré para que sea así.

—Yo también velaré por hacer realidad algunos de los tuyos… Junto con tus fantasías más llameantes.

Le empujé hasta tirarle sobre la alfombra en cuanto descorchó el champán. Se me había metido entre ceja y ceja estrenarla esa noche y en un momento en el que mi cuerpo al completo echaba fuego, compitiendo con el de la chimenea.

La lujuria era total en sus ojos. Dejó que le tumbase, que me desnudase sobre él y que rescatara su miembro de la opresión de la ropa interior.

A continuación, también dejó que le devolviera el favor que me hizo rato atrás sobre la encimera de nuestro cuarto de baño, por lo que tomé su caliente y palpitante miembro con la intención de llevarle a cabo la más intensa de las felaciones.

El cuerpo de Alexander hervía sobre aquella alfombra. También el mío lo hacía cuando cesé de lamerle e, instantes antes de que me pidiese que parase porque podría estallar, lo hice yo misma.

Su erección miraba al techo y la quise aprovechar. Mi lubricado sexo fue envolviendo aquella barra de acero que me fui insertando poco a poco. La encontré dura, durísima e hirviente.

Mientras, él masajeaba mis senos como sabía que debía hacerlo para agilizar la llegada de mi clímax. Sus manos eran grandes y fuertes. Y sus dedos hacían maravillas masajeando y dando esos tirones que le llevaban a retorcer mis pezones mientras yo chillaba de placer.

Cuando me hube corrido así por primera vez, cuando le empapé por completo, hizo por salir de mí y se ausentó durante unos segundos. Tras ellos, llegó con un antifaz y murmuró en mi oído.

—Hora de que yo haga también realidad algunas de tus fantasías…

Me lo colocó mientras que le vi blandir aquella fusta en el aire. Eso no lo había hecho antes y juro que a punto estuve de correrme de nuevo solo de pensarlo.

No pretendía asustarme. En absoluto le iba el sexo duro a Alexander, tan solo el morbo.

Ya privada del sentido de la vista, me hizo que lo tocara para que me familiarizase con él. Sus tiras no podrían sino provocarme placer. Eso sí, aplicadas con cierta fuerza también me llevarían a experimentar un liviano picor que seguro que me pondría muchísimo.

Dicho y hecho. Además, que antes me habló.

—Señala tú el sitio —me pidió.

—¿Para que me des candela?

—Para que te dé todo lo que te eleve, todo lo que te lleve a gozar, pequeña.

Ya estaba gozando solo de escuchar su voz tan varonil. ¿Cómo podía hacerme enloquecer así?

No esperaba que tuviese que elegir tantos sitios. Ni tampoco que aquella fusta llena de tiras pudiera elevarme a ese olimpo del placer como lo hizo.

Primero fue bajando con su mango desde mi boca en dirección a mis senos, a los cuales le señalé. Alexander, antes de dirigirlos hacia mis pezones, me los lamió, haciendo que sobresalieran más.

La sensación siguiente, al darme con las tiras, fue de placer mezclado con una ligera sensación de escozor que me excitó muchísimo. Y más cuando, al decírselo, volvió a lamerlos y así sucesivamente.

De allí fue bajando hacia mi vientre, recorriendo mi línea alba y alcanzando mi vulva. Al hacerlo, y cuando ya pensé que la emprendería contra ella, me dio la vuelta y fustigó mis nalgas…

—Se suponía que tenía que pedirlo yo —le sugerí.

—Es que has tardado demasiado en hacerlo.

—Ah, ya, y entonces has utilizado el comodín del público.

—Aquí no hay público, Camila, ¿o es que te gustaría que te viesen?

—Deja, deja, que a mí no me hacen falta aplausos —le contesté y juro que pude notar su sonrisa a pesar de llevar puesto el antifaz.

Mis nalgas estaban calentitas cuando me dio la vuelta y entonces señalé a mi sexo. Concretamente a mi clítoris… Para ello, despegué con mimo mis labios vaginales, ofreciéndoselo.

En esa ocasión también dejó que su lengua se adelantase, envolviendo mi clítoris y comenzando a darle unos sutiles toques que me excitaron hasta el punto de que el corazón se me aceleró.

Me acodé como con la impresión de que así tendría algo más de control de la situación. Una ilusión como cualquier otra, porque Alexander lo tenía todo orquestado en su cabeza y era quien llevaba el mando.

Deliré de placer con aquel primer fustazo que recibí en un clítoris que estaba a punto de regalarme un orgasmo, pues paró en el momento justo para evitarlo. Chillé con todas mis ganas, sin embargo, cuando noté que tras varios toques de fusta más estaba a punto de ocurrirme.

Solo pensaba en que no podía ser, pero fue… De un último fustazo provocó que estallase para él y entonces, sin mediar palabra, entró en mí.

Su penetración intensificó y alargó ese orgasmo que, de por sí, venía ya fuertecito. Mis dedos se agarraban al largo pelo de la alfombra los de una mano y a los de Alexander, los de la otra.

Vibraba mientras él me seguía embistiendo. Siempre tenía una sorpresa para mí en el sexo, nuevas maneras de hacerme gozar de un modo que a veces rozaba lo sobrenatural.

Había comenzado un nuevo año en el que la pasión comenzó a dar muestras de que no solo no decaería entre ambos, sino de que iba en total ascenso.

Terminamos por caer rendidos sobre esa alfombra, si bien un rato después nos fuimos para el circuito de spa y disfrutamos muchísimo de cada posibilidad que nos ofreció.

Sexo oral, anal, vaginal… Variantes todas ellas que practicamos hasta casi la mañana. Y eso

que dijimos que iríamos a esquiar no demasiado tarde.

En realidad, el día de Año Nuevo nos despertamos casi a la hora de almorzar, tras un derroche de sexo, copas y pasión irrefrenable durante toda una noche.

A pesar de ello, nos dio tiempo a almorzar en la estación invernal, que por cierto encontramos repleta de famosos, y de practicar un poco de esquí también, ese ya sobre la nieve, como bromeaba él.

Aquella noche salimos por la que está consideraba como la cuna del turismo en invierno. No en vano, St. Moritz es la estación de esquí con mayor antigüedad del mundo.

Hasta nos encontramos con algún que otro amigo de Alexander en el exclusivo club en el que pasamos una velada nocturna de lo más animada.

—Es que tienen magia, la tienen —le comentaba cuando ya llevaba más de una copa.

—¿Qué la tiene?

—Los Alpes.

—No, ellos son preciosos. Pero la verdadera magia la has traído tú, Camila.

—Menos pamplinas. Este sitio es genial, ¿por qué no he venido antes?

—Porque estabas reservándote para venir conmigo.

—Pues tú bien que lo aprovechaste, tunante. Siempre has sabido vivir, te lo digo yo.

—He vivido mucho, pero nunca le encontré el verdadero sentido a la vida hasta que me reencontré contigo.

—Ay, qué bien suena… Y esta canción también. Es todo un mito…

Sonaba “Still loving you” de Scorpions, un grupo que me encantaba.

Con esa canción había llorado alguna que otra vez en mi adolescencia, al poco de darme Alexander aquel palo, y antes de comenzar a odiarlo. Cuando quería eso, que el odio me invadiera, y aún le seguía amando.

Después llegué a odiarle, cierto, pero su reaparición en mi vida me enseñó que pese a todo, pese al tiempo y pese a los avatares era el hombre de mi vida; ese al que amé, al que amaba y al que seguiría amando.

Un día más en los Alpes suizos y ya estaríamos de vuelta en España. A tiempo para vivir en familia la festividad de los Reyes Magos, una de las más placenteras para mí en el año.

Puede que siguiese teniendo alma de niña. Puede también que nunca quisiera perderla y que por ello conservaba esa esencia infantil en mi interior que me llevaba a desear fervientemente contemplar la cabalgata en la que los Reyes Magos de Oriente anunciasen su inminente llegada a la ciudad.

Capítulo 53



Alexander

Tarde del cinco de enero y me había propuesto que fuese increíblemente feliz para Camilla.

Desde que era adulto no me había entusiasmado demasiado esa festividad. Una vez que perdí mi alma de niño, y como tenía todo aquello de lo que me encaprichaba, como que dejé de escribirles la carta a Sus Majestades.

No le sucedía lo mismo a Camilla. Mi ardiente amante, la mujer con la que compartía mi vida y con la que experimentaba los más fogosos de los momentos, se volvía una niña cuando se trataba de recibir a Melchor, Gaspar y Baltasar.

Ella estaba deseando ver la cabalgata y para ello quedamos con las chicas y con mi hermano. Aparte, contábamos con el aliciente de que mi prima Adela aún se encontraba en la ciudad y que vendría con nosotros acompañada del pequeño Carlitos.

La novedad la supuso que también se vino Kike, el hermano de Lucía, de la mano de Ángela, con la que empezó a salir. Era una cría adorable y a todos nos enterneció la pareja tan bonita que formaban.

—Va a ser una odisea, una odisea ver desde aquí pasar a Sus Majestades —me decía ella.

Mi hermano y mi prima me miraron. No era un mago como los de Oriente, pero sí que echaría mano de un truco. O, mejor dicho, de un recurso.

Lo digo porque mi padre también contaba con un gran piso en el centro, que estaba vacío en ese momento, y situado sobre una de las cafeterías principales de la ciudad. Se trataba de un sitio emblemático en que la cabalgata solía hacer una parada en su recorrido oficial y en el que los Reyes Magos y sus ayudantes repartían gran cantidad de caramelos y dulces.

Para caramelo de verdad, Carlitos. Camila era muy niñera y lo llevaba todo el tiempo en brazos. Cuando se enteró desde dónde veríamos la cabalgata, su cara fue de total ilusión.

—Carlitos, ¡¡que vamos a ver muy bien a los Reyes!! ¡¡Desde ahí!! —le señaló la terraza.

Él era muy pequeñito, pero le estaba cogiendo un gran cariño y la abrazaba.

—Sé lo que estás pensando —me decía mi prima.

—En que me gustaría tener pronto uno de esos, es verdad. Tengo 37 para 38, ya me va tocando.

—Y que no se hacen de un día para otro. Mientras se buscan, se encuentran, se gestan y vienen al mundo… Puede pasar tiempo.

—Tienes razón, pero no puedo atosigarla. Por mí, encargaría uno mañana mismo, pero ella no ha cumplido los 28 y puede que aún no le apetezca.

—O sí, ¿tú qué sabes?

Fue un comentario que quedó entre mi prima y yo. Y una muestra más de que lo quería todo con Camila, con quien me planteaba un futuro en común de lo más familiar.

A mí también me gustaban mucho los niños. Con Elena lo tenía hablado cuando no sabía que me tomaba por un idiota y que solo me quería para robarme.

Con Camila aún no, porque Elena era mayor que ella, pero mi chica acababa de terminar sus estudios y, probablemente, esa idea aún no rondase por su cabeza.

De momento, disfrutaría de la estampa de verla con mi primito en brazos, pues ambos se lo estaban pasando pipa.

Algo a lo que sí comenzaba ya a darle vueltas era a la posibilidad de pedirle que se casase conmigo. Puede que, de nuevo, todo os pueda parecer muy precipitado, pero yo ya tenía muy claro que era la mujer con la que deseaba compartir mi vida para siempre. Y esa vez ponía la mano en el fuego por la elegida. Con Camila no me estaba equivocando.

En el momento en el que la cabalgata pasó por debajo de nuestra terraza, ella brincaba con el crío en brazos, contagiándonos de alegría e ilusión a todos.

—¡¡Aquí, aquí!! —chillaba y Carlitos la imitaba, pidiendo caramelos con sus manitas abiertas.

Camila era una máquina a la hora de cazarlos al vuelo.

—No he visto otra cosa igual en mi vida. Y eso que tiene el niño en brazos —decía Brenda.

Con tanto ímpetu saltó tanto que hasta se cayó encima de ella y por poco se van las dos para el suelo.

—Tranquila y no brinques más. No seas agonías, que ya tienes una bolsa llena —le decía Cloe.

—¿Y tú qué miras? ¡¡Coge caramelos también!! No me seas panoli…

—¡¡A la orden!!

—Menos saluditos militares y más estar a lo que tienes que estar, que ya no puedo dar más saltos. Y coge al peque un poquito.

No sabía a dónde acudir porque mandaba mucho, pero me daba igual.

Cuando la comitiva pasó, nos fuimos a merendar todos juntos. Las chicas se perdieron durante unos minutos, dejándonos con Carlitos.

—Nada bueno tramarán —apuntaba Lucas. Nunca lo hacen.

—A ver si me van a contaminar a Ángela, que es como un ángel y nunca mejor dicho —observó Kike.

—Date por jodido. Te la devolverán con la vuelta dada, como un calcetín —apuntó Lucas, a quien le caía muy bien Kike, el cual ya no le miraba mal porque por fin se le había pasado el enamoramiento de Cloe.

Los Reyes Magos repartieron ilusión, muchísima, pero a mí quien me la dio, una vez más, fue Camila.

Un rato después volvieron todas, entre cuchicheos y con unas ganas formidables de pasarlo bien. Invité a cenar a todos, como tenía pensado.

—Pero si estás como un flan, mi vida —le decía en el restaurante, pensando en que esperaba que los Reyes Magos se portasen a la altura de sus expectativas. Para eso, me había asegurado de que no le faltase un detalle en nuestro ático.

—Sí que estoy nerviosilla, sí.

Capítulo 54



Camila

Nerviosa era poco. Si él supiera la noticia que acababa de recibir. Y en el día que más ilusión me regaló siempre.

Hay coincidencias impresionantes. Y esa era una de ellas.

Empiezo por el principio, que no quiero volveros locos…

Durante un par de ocasiones, mientras estuvimos en St. Moritz me sentí mareada al practicar sexo, algo a lo que no le di ninguna importancia. Sin embargo, aquella tarde, cuando tenía a Carlitos en brazos y di botes con él… Vaya, que no lo solté por gusto, entregándoselo a Alexander. Más bien sucedió que el cuerpo se me fue (casi aplasto a Brenda) y noté una gran inestabilidad.

Mientras los chicos cerraban el portón, lo comenté con las chicas. Y fue Brenda quien me dijo que me veía una cara muy rara desde mi vuelta, algo que yo no había observado.

—Pues no me he dado cuenta, ¿vosotras me veis algo raro?

—En realidad, ahora que me fijo sí…

—Cloe, no me mientas, que te las cazo todas.

—Vale. No, no te veo nada raro. Estás guapísima, so asquerosa, que me quitaste el título de hermana preciosa.

—Sigues siéndolo.

—Pero ahora también lo eres tú. Y hasta más… En fin, que me muero por saber si voy a ser tía.

—¿Qué dices, loca? Si no hay nada que apunte a eso.

—Te has mareado más de una vez… Eso es verdad —me comentó Lucía.

—Y por los síntomas, además, no lo digas. Yo de Carlitos me enteré a las diez semanas porque no había ni una señal. Hasta una media maratón me corrí sin saberlo. Con eso te lo digo todo —me comentó también Adela.

—Yo de eso no sé nada de nada, pero si estás embarazada, ¡¡quiero saberlo!! —exclamó Ángela.

—Lo que estáis es loca de remate, todas.

—Locas y cotillas. Sobre todo, yo…

—No, no, Brenda. En esto estamos todas igual, ¡¡queremos saber!!

—Lucía no seas niña, que eso no puede ser.

—¿No puede ser? Seguro que sí, ¿por qué no te haces la prueba y salimos de dudas?

—Callaos, ¡¡que ya vienen los chicos!! No quiero que se entere Alexander. Esto es una bobada sin nada sólido que lo avale. Es todo fruto de vuestra invención. No puedo estar embarazada porque no lo teníamos planeado y porque a Alexander igual le sienta como un jarro de agua fría.

—No, no, de eso nada. Ahí te equivocas.

—¿Por qué lo dices, Adela?

—Porque justo lo hablaba con él hace un rato. Mi primo me decía que contigo lo quiere todo. Y si no te ha mencionado nada de ser padres aún, es porque no pretende asustarte y que salgas corriendo, camino de una discoteca.

—¿Él querría tener un hijo ya conmigo?

—Uno, dos o tres, los que vengan.

—Te lo estás inventando para que no me acojone, ¿a que sí?

—Palabrita del Niño Jesús que es verdad.

—Ay, Dios… Pero aun así, eso no puede ser.

Como locas, Brenda les dijo a los chicos que cuidasen un ratito de Carlitos y, tras marcharnos, se metió en una farmacia. De ahí salió con la prueba en la mano, alzándola en alto como si fuera un trofeo.

—Tienes una buena hostia, Brenda —le decía yo desesperada. Me sentía muy nerviosa.

Muchísimo. En los últimos meses ya llevaba muchos cambios sufridos. Cambios para bien, para muy bien… Pero al fin y al cabo cambios. Y eso me alteraba mucho.

Entramos atropelladamente en una cafetería del centro y todas corrimos hacia el baño.

—El servicio es solo para clientes —nos advirtió uno de los camareros.

—Pues ponme un café, majo. Ah, y una tila aquí para mi amiga, que está atacadita. Ahora salimos —le indicó Brenda.

—¿Qué se supone que vais a hacer todas a la vez en el baño?

—¿Por qué no te callas? —me salió con voz bronca esa frase emblemática que pronunció el rey emérito y con la que le abronqué bien.

—Vale, vale. Haced lo que os dé la gana.

Entramos todas al mismo tiempo en el habitáculo donde estaba el WC, hasta unas en brazos de otras.

—Sois una sarta de locas, así no sale el chorrito —les decía.

—Pues ya puedes hacer que salga, porque de aquí no nos movemos.

—¿Es esto el barco de Chanquete? Vale, que a mí mi madre me puso "Verano azul" de pequeña, por muchos años que tenga la serie. ¿Es o no es? Lucía la vio conmigo.

—La vi, la vi. Y no, no nos moverán de aquí. Así que ya puedes apuntar con el dichoso chorrito.

Me costó la misma vida, porque encima es que no se callaban. Hasta que salió. Fue Brenda quien abrió la puerta con la prueba en la mano, corriendo hacia la zona de los lavabos.

Lo más grande es que había varias chicas esperando y no me dio tiempo ni a levantarme de la taza, aparte de que las demás estaban metidas allí como si estuviesen jugando al Tetris, pero a presión.

—¿Dónde vas, loca? ¡¡Cierra la puerta!!

—A que esto se oxigene, que igual ahí dentro no sale ni bien el resultado.

—Tú sí que necesitas oxigenarte el cerebro.

Nervios, muchos nervios. Y también lágrimas de emoción y felicidad por parte de todas cuando la prueba arrojó un positivo en mayúsculas.

Mis chicas me felicitaban y yo solo podía temblar.

—Adela, prométeme por lo que más quieras que lo que me dijiste sobre que tu primo quiere tener un bebé es verdad.

—Mira, te lo prometí por el Niño Jesús, pero ahora también por mí Carlitos, ¿qué más hago?

—Nada, nada…

Me eché a llorar también de la emoción, abrazada a ellas. Salimos del baño muy alteradas.

—Un momento, un momento, ¿esto quién lo paga? —nos abordó el camarero, que había preparado el café y la tila.

—¿Un simpa? —nos miró Brenda, que estaba muy loquita.

—De eso nada, que ella ahora no puede correr. Mi niña está embarazada —nos recordó Lucía.

—Y yo voy a ser tía. Venga, cóbrate —le decía Cloe mientras Brenda ya corría calle abajo. Menuda era.

Y allí estaba de nuevo. Sentada al lado de Alexander y buscando el modo de darle la más sorprendente y emotiva de las noticias.

Nunca me había planteado ser madre antes de los 30, pero tampoco me faltaba tanto y, al tratarse de un hijo de él, como que lo cambiaba todo. Le quería con toda mi alma y en mi vientre llevaba un bebé que era a la par un Galván y un Osorio. Y su radiante papá aún desconocía lo magos que, en realidad, fueron Sus Majestades de Oriente en un final de fiesta que resultó apoteósico.

Padres, íbamos a ser padres… Sí que corría aquello. Y encima las palabras de Alexander a su prima, que fueron premonitorias. Sin ellas, habría vacilado sobre su reacción, pero por fortuna conocía que sería la mejor.

Capítulo 55



Alexander

Camila había pasado la noche un tanto inquieta. Lo achaqué a los muchos nervios que le producían los regalos en aquella mágica mañana.

Ese día ya sabéis que nos reuníamos al completo para almorzar en casa de sus padres. Se trataba de un gran acontecimiento. Los Galván eran muy hospitalarios y se habían ofrecido a esa celebración que les daría bastante trabajo. Por esa razón, para ayudarles, le comenté a mi chica que no llegaríamos tarde ese día.

La encontré distinta, los nervios estaban haciendo mella en su ser. Yo había dejado un buen montón de regalos para ella la noche anterior antes de acostarme, bajo el árbol, y ella corrió luego como un duendecillo a dejar también los que había comprado para mí.

La imaginaba nerviosa en una mañana así, pero lo estaba más.

—De verdad que pareces una niña, qué gracia me hace —la abrazaba.

Me sonrió de un modo muy tierno y me dijo de comenzar a abrir los regalos. Me encargué de que no le faltase nada de lo que pudiese hacerle ilusión: montones de ropa de sus firmas favoritas que me indicaron Sofía y Cloe, cantidad de complementos, perfumes, libros, joyas…

Abría cada paquete expectante y solo le faltaba aplaudir. Cuando acabó, me abrazó fuerte.

—Es el día de Reyes Magos más especial de mi vida, te lo prometo —me susurró.

—No se lo digas a tus padres porque se pondrán celosillos.

—Mis padres lo entenderán…

Dejó ahí ese comentario al que no le eché más cuenta porque me puse también a abrir todos esos regalos que con tanto mimo y cariño preparó para mí.

—Te has pasado. Aquí hay de todo, cariño —le decía viendo que también se había informado

bien de mis gustos. Todo me encantaba; desde las corbatas hasta aquel gorro de lana tan chulo que vimos en St. Moritz y que me quitaron en todas mis narices, llevándose el último. Era de una firma muy conocida de ropa deportiva, mi favorita. Y el detalle de encontrar otro igual me encantó.

Justo en el instante en el que me lo estaba probando, sacó ella un último y pequeño paquete cuyo contenido no podía ni sospechar.

—¿Qué es esto, cariño? —le pregunté.

En ese momento, le tembló la mandíbula, como si le hubiera adquirido vida propia.

—Tienes que verlo por ti mismo.

—Pero ¿tú estás bien? —le pregunté porque estaba intrigado, pero lo que más me importaba era saber eso.

—Sí, estoy bien. Estoy muy bien. Ahora quiero saber cómo estarás tú cuando lo veas.

—Si es algo que viene de ti, estaré genial, dalo por hecho —le aseguré mientras besaba sus manos, que ya le temblaban también.

Tan solo transcurrieron unos segundos, pero no podía hacerme a la idea de qué escondía aquel paquete, que abrí con prisa. Lo que encontré allí me pareció un detalle precioso, al tratarse de una foto impresa de nosotros dos, en St. Moritz, celebrando la llegada del Año Nuevo con un par de sonrisas de oreja a oreja.

Su marco era transparente y me dieron unas ganas impresionantes de besarla, porque intuí que se trataba de uno de esos regalos que lo son no por su valor material, sino por el sentimental.

—Estás bellísima y yo… Yo te sonrío como un bobo. Me encanta. Si te parece, la pondré en la mesa de mi despacho, amor —le propuse sin poder dejar de besarla.

—Dale la vuelta, por favor, mi vida.

—¿La vuelta? ¿La vuelta para qué? —le pregunté ignorando por completo la montaña rusa de sentimientos en la que me montaría unos segundos después.

Fue entonces cuando vi, en la parte trasera de la foto ese “Uno más uno son tres” que me puso a temblar de emoción también a mí.

—Camila, ¿esto qué significa? ¿Es lo que yo pienso?

—¡¡Sí!! ¡¡Vamos a ser papás!!

La abracé tan fuerte que temí hacerle daño, por lo que aflojé un poco.

—¿Es eso cierto? ¿Estás embarazada? Camila, mi amor, ¿lo estás?´´

—Según la prueba, estoy embarazadísima, amor mío. Todo lo embarazada que se puede estar —rio entre lágrimas de emoción.

—Pues a mí no me hace falta ninguna prueba para decirte que estoy felicísimo. Todo lo felicísimo que se puede estar.

—¿De verdad, Alexander?

—Nunca he sido más sincero que en este momento. Si es que no te lo vas a creer, pero justo ayer tarde salió este tema con mi prima Adela y le dije que me encantaría tener un hijo ya contigo, ¿lo sabías en esos momentos?

—No, no… Lo supe un poco después, cuando me fui con las chicas, ¿recuerdas?

—Sí, con mucho misterio.

—Pues me llevaron a la fuerza a hacerme la prueba porque había algún indicio y Brenda decía que me notaba rara. Es un poco bruja.

—¿Rara? Te veo bellísima… Te veo tan bella que no puedo imaginar un momento de tu vida en el que lo hayas estado más.

—Pero seguro que sí que se te ocurren algunos en los que estuve mucho más fea. Dime la verdad, dímela…

—Paso palabra. No entro en ese juego ni loco. Tengo la cabeza bien puesta, por fin, ¡¡y voy a ser padre!! ¡¡Y con la mujer más deseable del mundo!!

La tomé en brazos y los besos me salían de dos en dos. Ya camino de la casa de sus padres me contaba que tan solo estaba de una falta y que no era ella como un reloj en lo que al período se refiere, por lo que en ningún momento le dio importancia a ese retraso que sufrió en la última semana.

Al haberse enterado tan prontito, tendríamos la oportunidad de disfrutar más todavía de un embarazo que a ambos nos hacía tremenda ilusión. Y pensar que ella, por lo que me estaba contando, se puso nerviosa en un primer momento pensando en cómo reaccionaría yo…

Sin duda que Camila era la mejor persona con la que me pude encontrar en el camino de la vida para dejar ese legado que tanto deseaba: un hijo.

Ya me podía imaginar cómo sería su carita mientras su mami, presa de los nervios, no paraba de hablar. Y justo daríamos la noticia en el día en el que los Reyes Magos también propiciaron que nuestras familias al completo se reunieran.

Lo soltaríamos durante el almuerzo, cuando no faltase ninguno de sus miembros ni tampoco

de los de la familia de Lucía, pues hasta Brenda estaría presente a esa hora.

Capítulo 56



Camila

Ya lo había soltado y la reacción de Alexander había sido justa la que me aseguró su prima Adela. Más contento no pudo ponerse.

Aquel niño no lo habíamos planeado juntos, pero sí que lo hicimos juntos Alexander y yo. Y juntos lo veríamos crecer en mi vientre para después, cuando el feliz embarazo llegase a su término, traerlo al mundo.

Cloe nos abrió la puerta. De mi casa, era la única que lo sabía de momento, así que me dio un gran abrazo y me preguntó en el oído.

—¿Cómo está la futura mami?

—Nerviosa ya por dar la noticia.

—Pues todavía te quedan un puñado de horas. Ponte ciega de roscón y ya verás cómo te sientes genial porque ¿sigues sin náuseas?

—Sí, sí. De ayer para hoy no ha cambiado nada.

—Vale. Si las sientes en algún momento, me avisas. Para correr digo, que ya sabes que no soporto ver vomitar a nadie.

—Hija, ¿qué cotorreas con tu hermana?

—Nada, mamá, le digo que viene divina de la muerte, como siempre.

Entré a abrazar a mis padres y ella le dio un fuerte abrazo también a Alexander, a quien felicitó por lo bajini.

A continuación, y como era tradición en casa, cada uno de nosotros abrió los regalos del resto. Los nuestros los llevaba Alexander en una bolsa y Cloe los fue colocando bajo el árbol.

Cada año era yo la encargada de ir diciendo los nombres y entregándolos. Lo hicimos así desde que era una niña pequeña, pero ese estaba tan emocionada que delegué en Cloe.

—¿Es porque ya no vives aquí, hija? Que eso es igual… Algún día, cuando tengas hijos, comprenderás que se les quiere igual vivan donde vivan, hagan lo que hagan y tengan la edad que tengan —me decía mi madre.

Cloe me miró sonriente. Qué poco sospechaba mi madre que ese primer nieto ya le venía de camino.

—Vale, mamá, pero que este año me encargo yo… A ver para quién es este…

Tras la entrega de regalos, que fue muy cómica por parte de Cloe y muy emotiva por la del resto, Alexander ayudó a mis padres con el almuerzo mientras ella y yo no parábamos de parlotear en el salón.

De vez en cuando, él salía, me lanzaba un beso y volvía a la cocina.

—Este muchacho aquí ayudando y mis hijas hechas dos zánganas —comentaba mi padre, quien era el primero a la hora de meterse en la cocina.

—Déjalas, Mario, que nos valemos los tres y, si no, nos vamos a estorbar aquí todos juntos.

—Si la cocina es más grande que un campo de fútbol, Sofía.

—Ya, pero déjalas, hombre.

Mi padre, incluso sin sospechar nada, intuía que yo necesitaba ese día charlar con mi hermana, pues estaba muy nerviosa. Al poco, llegó Sofía y ya fue el remate.

—Tú para qué has venido ¿para ayudar o para cotillear también? —le preguntó mi padre.

—Para cotillear en el salón con las chicas. Si quieres más ayuda, llamo a Kike o le digo a Brenda que vuele para acá.

—¿Tu novia Brenda? No quiera Dios que se me meta ese torbellino en la cocina. Vete al salón, anda, que como dice mi mujer, ya nos apañamos.

Y así lo hicieron con la inestimable ayuda de un Alexander que hasta escuchamos cantar entre fogones de lo contento que estaba.

Pescado, carne, marisco… De nada faltaría en una mesa que, al mediodía, estaba ocupada por los Galván, por los Osorio y por los Sotomayor. A todos ellos, había que sumarles a Brenda y a Ángela.

Esperamos a la hora del postre. Fue entonces cuando Alexander y yo nos levantamos. No teníamos nada pensado. Cuando se trata de una noticia tan emocionante como esa, lo mejor es

improvisar.

—Habla tú, mi amor —me pidió mientras me besaba las manos y nuestros padres pidieron que se hiciera el silencio de golpe.

—¿Yo? Lo tenemos que decir a medias, piensa que el niño es de los dos —me salió—. Ay, mi madre, ¡¡que acabo de hacer spoiler.

—Pero uno cualquiera, sino como un camión de grande —rio Cloe.

—¿Un niño? ¿Un niño de los dos? Mario, ¿has escuchado a la niña?

—Creo que es eso lo que ha dicho, Sofía.

—Y si es de los dos, Carlos, también es nuestro nieto.

—Eso parece, Isabella, eso parece. Creo que ellos dos nos van dar algo mucho más importante que el éxito de la consultoría.

—Mucho más… ¡¡Os vamos a hacer abuelos!! —anunció Alexander.

—Si nos llega a dar tiempo, hubiéramos comprado un cañón de confeti o algo, pero todo ha sido muy rápido —les conté después de mi metedura de pata, que siempre la recordaríamos como el atropello más tierno y emocionante de nuestra historia.

—Pues habérmelo pedido a mí, que siempre tengo en mi casa de eso.

—Ay, Brenda, ¡¡lo que no tengas tú!!

A partir de ese momento y pese a que confeti no había, en mi casa se montó la madre de todas las fiestas.

No sabría precisar a cuál de los presentes le hizo más ilusión que ampliásemos la familia, pero sí que todos nos felicitaron inmensamente felices.

Ese niño venía a su casa, como se suele decir, pero también les vino como anillo al dedo a sus abuelos. Mi madre se abrazó a Wen, a quien adoraba de siempre, pero también a Isabella, que ya formaba parte del grupo de sus mejores amigas. No era para menos ¡¡iban a compartir nieto!!

Lo que empezó como una idea de nuestros padres de unir nuestras carreras profesionales, dio paso a algo mucho más importante y bonito: un bebé al que todos esperábamos ya con verdadera ansia.

Capítulo 57



Camila

La tarde anterior me habían hecho mi primera ecografía y no tenía palabras para definir lo que estábamos sintiendo. Después de eso, cenamos todos juntos. Habíamos formado una increíble piña y vivíamos ese acontecimiento del modo más intenso posible.

Justo en esa cena, las chicas y yo hablamos de que a la mañana siguiente, que era sábado, podíamos reunirnos para desayunar y luego ir a la peluquería. Alexander había quedado con Lucas para jugar un partido de pádel y me pareció que podía ser la mejor manera de aprovechar la mañana.

Así, quedé con Lucía, Brenda y Cloe. Justo salía con mi coche de la rampa del parquin de nuestro bloque cuando tuve un encontronazo con la persona que menos me esperaba: Elena.

No soy tonta y supe desde el principio que el encuentro no era ni mucho menos casual. Pero cuando puso esa cara de novia de Chucky, el muñeco diabólico, tuve claro que venía a hacer sangre.

Mi intención no era parar ni mucho menos, pero esa tipa debía estar muy loca cuando se me puso delante del coche.

—O paras o me pillas, tú verás —me soltó.

—¿Estás loca de remate? —le pregunté alterándome.

—Loca de remate estás tú. Y cuando veas el lío en el que te estás metiendo te vas a querer morir —me advirtió.

—Elena, no quiero enfrentamientos contigo. Para tu información, estoy embarazada, así que ni me voy a bajar del coche ni te voy a dar el gusto de que nos cojamos por los pelos ni nada parecido.

Si se lo dije fue porque era cierto que no deseaba problemas, aunque en el fondo he de reconocer que también me sentí satisfecha de comunicarle que iba a ser mamá de un hijo de

Alexander y que ella no pintaba nada en nuestras vidas.

—¿Embarazada? ¿Tú eres imbécil o qué te pasa? Tan solo te ha utilizado para olvidarme, ¿es que no te das cuenta?

—No sabes lo que dices, Elena. Estás celosa y darías cualquier cosa por ocupar mi puesto, ¡¡quítate de ahí!!

—No hasta que me escuches. Mira, no he hecho las cosas bien, es muy cierto. Vengo de una vida miserable y quise picar alto… Les robé a Alexander y a Carlos, no lo niego. Me sentía poderosa, pero por el camino me enamoré de él. Me prometí que no volvería a hacerlo, que sería la última vez… Pero Mei estaba metida en el ajo y amenazó con contarlo todo si paraba. Por eso no pude hacerlo. Finalmente, ella no habló, pero Carlos, con la ayuda de tu padre, me descubrió. Y entonces me sentí muy desgraciada.

—No fue eso lo que me contó Alexander.

—Porque mi carácter induce a error en muchas ocasiones. En lugar de suplicarle que me perdonase, me puse chula, sí. Soy así, lo cual no evita que sienta como cualquiera y que lo esté pasando fatal.

—Si enseguida estabas con otro, con Axel Montaner…

—Por puro despecho. Y bien que se encargó él de jodérmelo otra vez. A Axel no pensaba engañarle, quería pasar página, comenzar de cero y hacer las cosas bien con alguien.

—¿Y ahora a qué has venido?

—A aconsejarte que no confíes en Alexander. Te está utilizando, te lo repito…

—Eso no es cierto, él me adora.

—Él se ha reído de ti siempre y lo sigue haciendo.

—Eso te lo estás sacando de la manga.

—Es una verdad como un templo, te lo prometo. ¿Quieres saber lo que me dijo la noche que te nombraron subdirectora?

—¿Qué noche? ¿Esa en la que te pidió matrimonio y saliste corriendo porque si no ocupabas tú ese puesto no te interesaba lo demás?

—¡¡Porque me habían jodido!! Yo merecía ser…

—Tú eras una ladrona.

—Bien, bien, lo soy. Y eso no convierte a tu Alexander en un santo porque me dijo, justo

antes de pedirme matrimonio, que no eras más que una niñata consentida, que en su día perdías el culo por él y que no te hubiera hecho un favor ni borracho nunca… Además, añadió que ahora estabas mejor, pero que años atrás le dabas asco porque no es que fueses fea, sino ¿cómo dijo? Espera que hago memoria… Ya, sino que eras incómoda de ver. Chica, de mí dice un tío eso y a los dos días me muestra interés, y me descojono, algo trama, ¿no crees? Yo lo dejo ahí. Lo dicho, vaya padre que te has buscado para ese bebé.

Dicho eso, se apartó y me dejó pasar. La vi marcharse. Paré el coche en doble fila y me eché a llorar.

Ella era una víbora que vino a soltar su veneno, de eso no me cabía duda. Pero ¿qué pasaba con Alexander? Me dio su palabra de honor de que no recordaba haberme ofendido, haberse reído de mí… Y resultaba que no solo lo hizo muchos años atrás, sino que se despachó a gusto de nuevo la noche que me nombraron subdirectora, volviéndose a mofar de mí para conseguir que Elena no se largara de su vida.

Quien se iba a largar, y de inmediato, era yo. Me había mentido, me había mentido desde el principio… Se acordaba de todo y me aseguró que no para que le perdonase antes. Se hizo el tonto, algo en lo que debía ser un verdadero experto y me convenció de que había cambiado. ¡¡Y una mierda había cambiado!!

Unos minutos después, y con el rostro empapado en lágrimas, seguía obstaculizando el tráfico.

—¡¡Que te muevas ya, joder!! —me chilló un taxista con muy malas pulgas al que no pude ni contestarle.

Tan solo puse el coche en marcha al mismo tiempo que vi una llamada perdida de Cloe, la cual descolgué.

—Cariño, ¿dónde estás? Que hemos pedido un desayuno impresionante y Brenda amenaza con zampárselo enterito.

—Ya llego, esperadme.

—Oye, amor, ¿estás bien?

—No, no lo estoy, Cloe. Ahora os cuento.

Las reacciones fueron de lo más diversas. Lo primero fue el susto al verme llegar llorando a moco tendido.

Las tres corrieron hacia mí preguntándome si estaba bien. Enseguida les conté y, aunque todas se indignaron muchísimo, cada cual dio su versión.

—Yo… Yo es que pienso que le invadió el pánico escénico y prefirió callárselo todo. Vale, que volvió a hacerlo, que te volvió a vender con Elena, pero que eso no significa que ahora no os

quiera al bebé y a ti.

—¿Y si te lo hubiera hecho Brenda a ti, Lucía?

—Eso, porque está muy mal lo que ha hecho. Se volvió a reír de mi hermana. Tiene mucho morro… Me va a oír. Y a Lucas también se lo voy a decir, que su hermano se ha lucido, que es un sinvergüenza.

—No te enzarces con Lucas por esto o saldrás mal con él también, Cloe —le comentaba llorando.

—Pues si eso es lo que me quiere, que se vaya a la mierda también, que no los necesitamos.

—Espera —intervino Lucía de nuevo—, ¿es que piensas dejarlo, Camila?

—¿A ti se te han fundido los plomos? —le preguntó Brenda, que era la más combativa de todas—. Pues claro que sí, que hay que tener dignidad y que a ese tío, por muy jefe que sea y muy bueno que esté, habría que colgarle por las pelotas. Camila, a tu hijo no le faltará cariño. Que le den…

—Pero es el padre, eso no lo borrará nadie.

—Pues que ejerza como tal, pero a ella que no la engañe más, joder. Vamos, digo yo… Oye, Camila, que igual soy muy radical, pero es que ciertas cosas solo las veo blancas o negras.

—Si tienes toda la razón, Brenda. Yo lo veo igual. Chicas, os necesito esta mañana. El plan de la peluquería, evidentemente, no va a ser.

—Voy cancelando —me contestó Cloe.

—Sí. Y venid todas conmigo a recoger mis cosas. Contamos con mi coche y con el tuyo, ¿no, Brenda?

—Claro, no es muy grande, pero abato los asientos y caben mazo de cosas. Y pensar que lo defendí muchas veces en contraposición con Elena, otra víbora es, igual que ella.

—Va, va… Se acabó la conversación o se pondrá peor.

—Peor es ya imposible, Lucía. Vámonos.

Con mucho dolor, entré en el ático con la intención de llevármelo todo. No quería estar allí cuando él volviese. El mismo impacto que me causó la noticia que me dio Elena, se lo llevaría él cuando regresase y se encontrase con que allí no quedaba ni mi cepillo de dientes.

La operación nos llevó un par de horas, tras las cuales salimos a la carrera. Había mucho que empaquetar, pero también cuatro pares de manos, así que lo hicimos rápido.

A continuación, lo llevaríamos todo a casa de mis padres, donde pensaba instalarme. Suerte que era fin de semana y que todas estábamos libres, que si no se hubiese complicado.

Cloe venía conmigo de copiloto mientras que Lucía se fue con Brenda.

—Cariño, ¿qué es eso? —me preguntó mi hermana justo en el momento en el que fui a arrancar el coche.

—¿A qué te refieres?

Antes de terminar de preguntarlo, ya lo había visto. Llevaba unos pantalones beige que presentaban una gran mancha rojiza por la entrepierna.

—Estás sangrando, Camila, sangras mucho…

—Ya lo veo, ya lo veo. Mi bebé —me lamenté llevándome ambas manos a la zona como si así pudiese impedir que le sucediese algo malo.

—Te llevo a la clínica, deja que conduzca yo.

—Cloe, tú no…

—Confía en mí. Por mi sobrino, iré con todo el cuidado.

Era evidente que así sería y condujo de un modo nada brusco, pese a que iba atacada de los nervios y yo llorando sin poder parar.

—Ya veo la clínica, ya la veo.

Cloe dejó el coche en la zona de urgencias. Por el camino, y con el manos libres, avisó a las chicas y a mis padres.

Llegamos las primeras, pero aún esperábamos mi ingreso cuando todos ellos aparecieron.

—Mi niña, mi niña, ¿cómo estás?

—No lo sé, mamá, estoy sangrando.

—Cariño, Alexander ya viene también para acá. Le he avisado y también a sus padres —me comentó el mío.

—¿Y por qué lo has hecho? —le pregunté mientras pataleaba.

—¿Qué dices, Camila? Tu padre ha hecho lo lógico.
—Es que él y solo él es el culpable de esto.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mi padre con voz bronca.

—Que cuando hemos visto el sangrado, nos dirigíamos con todas mis cosas a casa. Ya no le quiero. Es un maldito.

En ese momento se nos acercó una enfermera.

—Lucía Galván, ¿quién es Lucía Galván?

—Yo, yo soy.

—Acompáñeme, por favor. Puede entrar con un solo familiar.

—Mami, ven tú, por favor.

—No te dejo sola ni loca, mi niña. Todo va a salir bien —me besó en la frente mientras que mi padre me ayudaba a caminar. El sangrado era mayor y me sentía mareada.

Habíamos llamado a Lourdes, que era mi ginecóloga de confianza, y la que me llevaba el embarazo.

Tumbada en la camilla, esperé la sentencia.

—No te voy a mentir, Camila. Estás en riesgo de aborto. Las próximas horas serán providenciales. Te quedas ingresada y debes estar lo más tranquila posible, ¿te ha sucedido algo? ¿Estás disgustada o estresada?

—Mucho, Lourdes.

—Pues no te digo nada. Si quieres que tu bebé tenga posibilidades de salir adelante, aléjate de eso que te produzca tal disgusto o estrés, sea lo que sea.

—Lourdes, ¿mi bebé va a sobrevivir?

—Dependerá en parte de que me hagas caso y en parte de cuánto quiera aferrarse a la vida. Pero haz las cosas bien y confía.

Capítulo 58



Alexander

Me estaba muriendo en vida. Cuando Mario me llamó para contarme que Camila iba camino de la clínica, supe que no solo algo mal marchaba mal con el bebé, sino también con ella, porque de otro modo me habría avisado directamente. Al fin y al cabo, era el padre de la criatura.

Llegué a la clínica al mismo tiempo que mis padres. Sofía y Mario ya estaban allí, junto con Cloe, Lucía y Brenda. A Sofía no la vi porque fue quien entró con Camila.

—¿Qué ha pasado, Mario? ¿Qué ha pasado?

—Mi hija presenta un sangrado importante —me respondió muy serio.

—Pero ¿está bien? ¿Y el bebé?

—Eso, Mario. Dinos, por favor —le pidió mi padre.

—Aún no se sabe nada. Debemos esperar.

—Soy enfermera, a mí me dejarán pasar —comentó mi madre.

—Y a mí, mamá, soy el padre del bebé. También quiero ver a Camila…

—Eso no va a poder ser —me dio su padre una especie de empujón en el torso, como de advertencia.

—¿Qué dices, Mario?

—Que parece ser que tienes mucha culpa de esto, que la tienes toda, de hecho.

Apenas podía respirar y mucho menos creer esas palabras que, inequívocamente, estaba pronunciando.

—Mario, amigo, ¿qué dices?

—Lo siento mucho, Carlos, pero en estos momentos solo puedo acusar a tu hijo. No es el hombre que mi hija creía, tampoco el que creía yo y no sé hasta qué punto conoces a tu progenitor, pero si no lo conoces, te adelanto que es un mamarracho.

—Mario, debes estar muy afectado, ¿qué dices?

—Lo que oyes…

—No sé a qué te refieres, Mario —tomé de nuevo la palabra—. He cometido mis errores en el pasado, pero te juro que amo a tu hija sobre todas las cosas. Y al bebé.

—Si fueras un hombre con capacidad para amar así, no te habrías reído de ella.

—Eso ocurrió hace muchos, muchos años…

—Eso ha vuelto a ocurrir hace unos meses. Lo sabemos todo —sentenció Cloe, quien se me tiró a la yugular.

También se me acercaron, para increparme, Lucía y Brenda.

—Eso, eso, que has vuelto a reírte de ella, ¿pensabas que Elena callaría eternamente? Entonces es que no la conoces.

—¿Elena? ¿Qué tiene que ver mi ex con esto?

—No te hagas el tonto, chaval, que esa chica se ha encargado de quitarte la careta.

—Pero Elena es una ladrona, Mario —le aseguró mi padre.

—Lo cual no quiere decir que no pueda acusar a tu hijo de algo que también es muy cierto.

—¿Me puedes explicar de qué me acusa exactamente? —le pedí desconcertado, más que nunca en mi vida.

—Ven, que te lo voy a explicar.

Su padre me llevó aparte y me lo contó con pelos y señales. Cloe y las otras le habían pormenorizado el relato que llevó a Camila a esa crítica circunstancia.

—Yo te juro que… —comencé a decirle a Mario, con mi padre de nuevo detrás, pues nos acompañó también.

—Tú no me jures nada porque no tienes palabra.

—Mi hijo es un Osorio y no le he criado para mentir así, Mario. Tenlo en cuenta por la amistad que nos une desde siempre.

—No conoces a tu hijo, es evidente, Carlos. Elena repitió palabra por palabra eso que tanto daño le hizo a mi niña. Y ahora puede abortar. Lo siento mucho, pero os queremos al margen de esta historia.

—Eso no lo puedes hacer, soy el padre del bebé —me quejé.

—Y firmarás un convenio en el que se recojan tus derechos y obligaciones cuando nazca la criatura. Y, con respecto a la madre, te digo desde ya que te puedes ir olvidando.

—Te estás equivocando, Mario.

—Papá, es normal que esté ofuscado si piensa eso de mí, pero no es cierto, te juro que no lo es.

—Yo te creo, hijo. Esperaremos a tu madre y después nos iremos, aquí no nos quieren.

—Me da igual. Soy el padre del bebé y de aquí no pueden echarme.

—Está bien, quédate. Pero no te acerques a mi familia, a ningún miembro de ella, ¿me oyes? La sala de espera es grande.

—Mario, estás tratando a mi hijo como a un delincuente.

—Lo trato como lo que es, como a un canalla.

Los padres de Camila nunca se habían metido en nada de lo que pasó con nosotros en el pasado. Consideraron que eran cosas de juventud, pero lo que ocurriera a partir de entonces, en un momento en el que esperábamos un hijo, eso no me lo perdonarían.

Por el amor del cielo, ¿cómo pudo irle Elena a Camila con semejante cuento? Jamás le podría haber dicho yo esas palabras a mi ex, riéndome de Camila, porque no las recordaba. Si Camila no me lo hubiese contado, jamás habría conocido el motivo de su gran enfado.

Mi madre tardó un rato en salir de la sala de espera. Y lo hizo blanca como la pared.

—¿Le ha pasado algo al bebe? —le pregunté apresuradamente—. ¿Y a Camila?

—No, ella está bien y el bebé, de momento, resiste. Pero hay riesgo de aborto, hijo. Y otra cosa, no conozco el motivo, pero Camila no quiere volver a verte. No sé qué decir, no entiendo qué ha podido pasar.

—Elena, mamá, eso es lo que ha pasado.

—¿Qué tiene que ver Elena con esto?

—Elena ha sido quien ha situado a Camila en este riesgo.

—Hay que tener jeta. Elena dice… ¡¡Has sido tú!! —me acusó Mario.

—Mario, ¿de qué estás hablando?

—Mamá, deja que se desahogue. Yo te contaré.

—Sí, mejor le cuentas, pero ya fuera. Vete, Alexander.

—Mi hijo no quiere irse y no se irá —le aclaró mi padre.

—Carlos, ¿qué está pasando aquí?

—Que habéis criado a un sinvergüenza, ya te lo cuento yo, Isabella.

—Mamá, no es cierto. Elena ha metido mierda.

—Mierda fue lo que metiste tú en la vida de mi hija el día que volviste a cruzarte con ella. Debí hacerle caso cuando decía que no quería verte.

—Mario, te juro que…

—Te juro yo que, si vuelves a dirigirte a mí, te parto la cara, chaval.

Así estaban los ánimos en un día en el que el techo se me caía encima. Lucas, mi hermano, llegó en ese instante. Él había pinchado una rueda por el camino y de ahí la demora, pues yo le avisé.

Se encontró el pastel y nos miraba con incredulidad.

—¿Qué está pasando aquí, Cloe?

—Que tu hermano tiene la culpa de que Camila esté a punto de perder al bebé, eso ha pasado.

—¿Qué dices? ¿Qué clase de invención es esa?

—Cuidado con lo que dices o tú y yo escaparemos mal también. Pero peor que mal…

—Cloe, yo te quiero mucho, pero no voy a consentir que hables así de mi hermano.

—Y qué vas a ponerme, ¿una mordaza?

—No, pero sí puedo pasar de ti. Es un ataque demasiado gratuito hacia Alexander.

—Pues para ser demasiado gratuito, le puede costar muy caro a Camila.

—Y a mí, no te olvides, que también soy el padre —le recordé.

—Vaya padre… No es la primera vez que le haces la puñeta a mi hermana, pero te juro que sí será la última.

—Alexander, no la escuches.

—Lo mismo que nos informen aquí, nos podrán informar en casa, hijo —añadió mi padre.

—Yo no me muevo de aquí.

—No, si encima se hará el digno…

Acabamos todos como el rosario de la aurora, que se suele decir, en dos bandos. Lo que había sido una familia que se unió de pronto, de lo más feliz, se convirtió en una sarta de enemigos que se miraban con cara de perros.

En mi caso, no miraba a nadie. Desolado, me abstuve de la polémica y me dediqué a rezar por la salud de ese bebé y por la de mi querida Camila, a quien me moría por ver y explicarle que todo había sido una patraña por parte de la maldita de Elena, quien me juró que se la cobraría. Y se la había cobrado. Pero ¿cómo lo hizo?

Un rato después, salió de nuevo su madre.

—Se queda ingresada. La niña se queda. En un ratito podrás pasar a verla, Mario. De momento, está estable.

—Yo también quiero pasar, Sofía, por favor.

—Dos cosas te voy a decir Alexander. La primera es que mi hija no quiere verte ni en fotografía. La segunda es que Lourdes nos ha advertido que debe alejarse de aquello que le produzca estrés. Y eso eres tú.

No me quedó otra que acatar la orden que contenían sus lapidarias palabras. No por eso me movería de esa sala de espera de la que nadie podría echarme.

Mi padre, que era un hombre muy visceral, estaba visiblemente alterado y se marchó a casa junto con mi madre.

La familia de Camila pudo acompañarla por turnos en la habitación, igual que Lucía y Brenda.

El único que tenía vetada la entrada era yo. Sentía que me moría de pena y que la mayor de las injusticias se había cernido sobre mí. Si no hice más que amar a Camila tras nuestro reencuentro, ¿era lógico que el destino me la jugase así?

Elena Espinosa había sido nefasta para mí desde el principio. Y me había librado de ella con rapidez, una vez que tuve conocimiento de sus maldades. O eso creía hasta ese día en el que comprendí que la venganza, ese plato que se sirve frío, lo llevaba preparando un buen número de meses.

Ignoraba cómo se hizo con esa información, pero me la jugó por completo. Lucas se quedó conmigo allí, en la frialdad y la desolación de la sala de espera, durante toda la noche.

Amanecimos tiesos como palos, porque muy cómoda no es que resultase la espera. Y él fue a asearse. Era domingo. ¿Cómo habíamos pasado en tan pocas horas del sueño a la pesadilla?

Nos quedaba aún allí, sobre a todo a mí, ya que no me moví hasta que le dieron el alta. Ocurrió un par de días más tarde.

La buena noticia era que, aunque debía mantenerse unos cuantos más en reposo, de momento el embarazo seguía por buen cauce. La mala era que, para ello, Camila me necesitaba lejos de su persona.

En el momento que salió, subiéndose al coche de su padre, la observaba de lejos. A veces, el más grande de los amores exige el mayor de los sacrificios.

Si la quería, y lo hacía con toda mi alma, no podía asaltarla para que me aceptase de nuevo. Y más cuando estaba convencida de que nunca dejé de ser ese patán al que un día, muchos años atrás, odió.

No podía causarle ningún sobresalto. Si lo hacía y al bebé le ocurría algo, no me lo perdonaría en la vida. Y yo menos.

Por esa razón, llegué a casa. Por las chicas sabía que allí no encontraría ya ni rastro de Camila, que antes del sangrado, recogieron sus pertenencias y las metieron todas en los coches para llevarlas a casa de Mario y Sofía.

Mi mundo entero, ese que creé en torno a ella y que se vio enriquecido con la inesperada llegada de un bebé, se desvanecía entre mis manos.

Nada me hacía ilusión, salvo saber que ellos estaban bien. El problema era que no necesitaba noticias de Camila para saber que, en el fondo, estaría destrozada. Bien porque su embarazo prosiguiera, pero mal por lo que creía que le había hecho.

Intenté durante el resto de la semana dar con el paradero de Elena para sonsacarle, pero me fue imposible. Había cambiado de teléfono, no conocía su domicilio ni tampoco tenía conocimiento de que trabajase en ninguna parte. Como si se la hubiese tragado la tierra. Y, ya de paso, también me había tragado a mí.

Capítulo 59



Camila

Nunca había pasado más miedo que en aquel par de días que estuve ingresada en la clínica.

El miedo, además, se mezclaba con el dolor en un cóctel inaguantable que me emborrachaba. Y a ello había que unirle la medicación.

Estaban siendo, irremediablemente, los peores días de mi vida. El sueño había durado muy poco y dio lugar a una pesadilla de la que no me despertaba.

Debía hacer las cosas bien por el bebé, eso lo tenía interiorizado. Como también tenía que me costaba mucho hacerlo.

Solo contaba con la esperanza de que el tiempo mitigase un dolor que me invadía por completo. Ya me sucedió una vez, con él, y lo superé. Debía hacerlo otra más… Era muy importante para mí, pero sobre todo para nuestro hijo.

Debía seguir pensando que era así, de los dos, porque Alexander haría valer sus derechos una vez que naciera. Por mucho que escociese, lo que me hizo con Elena no cambiaba el hecho de que la semilla en mi vientre la puso él y de que, por tanto, al niño lo engendramos a dúo.

Esperaba al menos que fuese buen padre. No quería privarle de su derecho, pero sí dejarle claro que a mí no se volvería a acercar nunca.

No había hablado con él y no tenía el más mínimo pensamiento de hacerlo. Las chicas ya le habían explicado. Y también mi padre. Aunque no quisieron darme detalles para no alterarme, me imaginaba que se le tiraron encima y que no vería manera de librarse de la bronca.

En fin, que si algo podía agradecer al universo era el estar rodeada de amor, porque me había instalado de nuevo en mi hogar, en la habitación que siempre ocupé.

Ya podía ir levantándome poco a poco e ir comenzando a dar paseos livianos, ya que era viernes y llevaba algunos días en casa. Me daba vértigo pensar que el anterior viernes fue cuando acudimos juntos a la consulta de Lourdes y un rato después repartíamos felices imágenes de la

ecografía.

Qué poco sospechaba en ese feliz instante que al día siguiente todo saltaría por los aires, que mi mundo se distanciaría del suyo.

Había tomado una decisión por el bien del bebé: no volvería a la consultoría.

No me tengo por ninguna cobarde y, aunque doliese, me hubiera enfrentado al hecho de tener que ver a Alexander todos los días. Pero lo que no podría superar era ese estado de ofuscamiento al que tal situación me llevaría, y que terminaría repercutiendo para mal en la salud del feto.

Lourdes me lo había dejado claro y pensaba hacerle caso. Debía levantar ese ánimo con la ayuda de mi familia. Cloe me miraba mientras le hablaba a mi madre.

—Mírala, si está como una reina. Esta noche, sesión familiar de peli y palomitas, ¿cómo lo ves?

—Lo veo bien pero ¿tú no deberías salir con Lucas?

—Paso palabra.

—No, en serio, mi niña.

—Los Galván les hemos declarado la guerra a los Osorio. Ellos se han puesto de parte de Alexander, ya lo sabes. Así que no pintan nada en nuestras vidas.

—Cariño, pero tú estás muy enamorada de Lucas.

—Él más de mí —me respondió vacilona.

Almorcé por primera vez, desde que llegué, con ellos en la mesa, pues había terminado la etapa del reposo total. Se turnaban para no dejarme sola en ningún momento. También lo hacían Lucía y Brenda, quienes esa tarde vendrían a merendar.

Igualmente, contaba con el apoyo de toda la familia de Lucía y hasta Ángela pasó a verme, con un amoroso peluche en forma de osito que fue el primer regalo que recibió mi bebé, de sus tiernas manos.

Por la tarde, nos reunimos todas para merendar en el salón de casa. Trataban de animarme y lo hacían de lo más cómicas.

—No quiero que os afecte en vuestros respectivos trabajos. Al fin y al cabo, es el jefe —les decía.

—¿Y cómo nos va a afectar? Ese, que no trate de avasallarnos, que le denunciamos en un santiamén por acoso laboral.

—Brenda, no seas bruta, que ese no es su estilo.

—No, su estilo es el de darte por culo a ti. Perdona, que no lo decía literalmente. O sí, yo qué sé…

—Bruta eres como un arado, sí —la besó Lucía.

—Pues más te gusto.

Se las veía muy bien y era la única pareja que había prosperado, porque Cloe estaba muy resentida con Lucas. La entendía, aparte de que la relación entre ambas familias seguía muy tocada.

Quizás lo mejor fuera hacer borrón y cuenta nueva también por su parte, ya que la relación con los Osorio nos trajo muchos quebraderos de cabeza.

Y hablando de traer, también ellas vinieron cargadas con los que eran los primeros patucos, ranitas y cucadas varias para el bebé.

Todo lo presentaban en clave de humor, tratando de hacerme reír a cada momento. No me salía mucho la risa, pero lo intentaba porque se lo merecían.

Tras esa tarde tan entretenida, llegó una noche de viernes de lo más familiar, con ese plan que me propuso Cloe.

Al igual que yo, siempre fue fiestera. Sin embargo, en aquellos días, estaba de lo más tranquila y con ganas de hacerme compañía.

Mis padres también se mostraban cien por cien amorosos. No paraban de decirme la ilusión que les hacía la llegada de su nieto y lo mucho que lo disfrutarían.

Ese bebé había marcado un antes y un después en los Galván y no podía dejar de pensar si Alexander lo querría, si al menos su amor por él fue verdadero.

Quería pensar que sí porque lo contrario me dolería demasiado. Asumía el dolor que sus actos me infligieran, pero no podría superar que también pasase del bebé.

Por otra parte, también se me haría muy difícil compartir un hijo con alguien a quien amé y odié a partes iguales… Y con quien no triunfó precisamente el amor. En ese sentido, debía no ser egoísta y tratar de llevarlo lo mejor posible por el bien de la criatura.

Pasé verdadero pánico cuando creí que su inocente vida se marchitaría antes de ver la luz, por lo que haría todo lo posible por llevar el embarazo a buen término. Y eso implicaba no volver a ver a su padre, a quien le había enviado mi renuncia por email aquel mediodía, no recibiendo respuesta.

Capítulo 60



Alexander

Viernes al mediodía y estaba a punto de irme a casa. Casi apagaba el ordenador cuando me entró un último email ¡que era de Camila!

Mi corazón comenzó a dar botes. No era la manera más directa ni más cálida de dirigirse a mí, pero debía entender que no fuera cercanía ni calidez lo que me quisiera demostrar.

El mazazo, no obstante, fue tremendo al leerlo. Me anunciaba su dimisión irrevocable y, con ello, su intención de que no volviésemos a vernos.

Caí a plomo en la silla. Me encontraba destrozado en ese instante en el que Claudia llamó a mi puerta.

—Lo siento, de verdad. Ahora no estoy para nada.

—Escúchame, Alexander, por favor. Es importante.

—Si vuelves a tener algún problema con Brenda, soluciónalo con ella, por favor. No quiero líos y menos en este momento.

—No, no se trata de nada de eso. Tiene que ver con Elena.

Los vellos se me pusieron de punta.

—Entra, por favor. Y cuéntame…

—Verás, sé que me encargaste que tratase de dar con ella.

—Y que no pudiste, sí.

—Correcto, pero también sabes que las casualidades existen, Alexander. Y que soy creyente.

—Sí, pero ¿eso qué tiene que ver con esto?

—Pues que soy de las que piensa que Dios no se queda con nada de nadie. Y que, de este mundo, no hay quien se marche sin pagar lo que debe.

—Dime, por favor, que ya estoy muy intrigado.

—Pues verás. Te comenté que hoy me ausentaría un rato para ir a la clínica dermatológica.

—Sí, por lo del lunar ese que te está creciendo más. Eso lo recuerdo. ¿Todo bien?

—Sí, sí, me lo han quitado con un poco de anestesia y ni me he enterado. Pues verás, al salir, vi a una chica de espaldas, hablaba de hacerse unos retoques, y enseguida la reconocí.

—¿Era Elena?

—Sí, era ella. La muy maldita estaba allí. Perdona que hable así, pero te aprecio de siempre, Alexander. No soy de regalarle a nadie el oído y si te lo digo es porque tú siempre me has tratado bien. Por esa razón, esperé a que saliera de hacer su consulta, ¡¡y la seguí!!

—¿En plan detective privado? ¡¡Eres la leche, Claudia!1

—Sí, sí. Temía que se fuera a tomar algo y que la gestión me llevase todo el día. Pero no, ¡¡bingo!! Fue derechita a su casa. Y te digo que lo es porque le pregunté a una vecina que parecía muy cotilla y que me dijo que sí, que había una vecina nueva y que era una rancia. Toma nota de la dirección.

—Esto no tiene precio, Claudia.

—Pues aún no he terminado, Alexander. Pensé que igual cogía el coche al salir de la clínica, pero resultó que no vive lejos, así que iba andando. Por el camino, se mofaba con alguien de lo que había hecho, diciendo que te hundió la vida, por fin, y vaya cara que se le quedó a esa gilipollas de niñata cuando le vomitó esa mentira.

—No me jodas…

—Y a un novio no debía hablarle, Alexander, porque vaya hombre sería ese que le riera la gracia de lo que le hizo a otro. Hay que tener pocas luces, porque en el futuro también se la podría jugar a él.

—No, yo sé muy bien con quién debía estar hablando: con Mei. Desde el principio me tendieron la trampa ambas y siguen en ello.

—También lo he pensado. Pues nada, a ver si puedes esclarecer algo. Ojalá te haya servido de ayuda.

—De mucha ayuda, y seguro que me sirve. Gracias.

Por fin un hilo del que tirar. En ese mismo momento me decidí a seguir a Elena allá donde

fuese. Si se viese con Mei, quizás pudiera pillarlas *in fraganti* hablando del tema… Hasta quizás podría grabarlo.

Necesitaba poder demostrarle a Camila que no había nada de cierto en las palabras de esa rata sarnosa en la que se había convertido mi ex.

Esas dos, sin duda, se lo estaban pasando muy bien riéndose de mí. Cuando las descubrimos, se les acabó el chollo y no me lo perdonaban. Aparte de que después también le corté el rollito cuando la vi con Axel Montaner, al que puse al tanto de sus maldades.

Capítulo 61



Alexander

No perdí la oportunidad de dirigirme hacia esa dirección que me proporcionó la buena de Claudia, quien estaba demostrando ser para mí más una amiga que una secretaria.

Me vio tan afectado días atrás, que la puse al tanto de la situación, pidiéndole una ayuda que, finalmente, me llegó de su mano. Y a ella le llegó de rebote.

El barrio en el que vivía Elena era bueno. Se notaba que habría sabido invertir el dinero que nos robó, y que seguía viviendo muy bien. No obstante, seguro que seguía en la búsqueda de otro incauto al que desplumar.

Merodeé por la zona durante un buen rato, por si salía a almorzar o algo, pero sin suerte. Miraba al que debía ser su piso, por las señas que tenía, y se veía a alguien dentro.

No tenía demasiado tiempo que perder, así que decidí que pasaría la tarde allí. No hubo suerte, porque tras interminables horas de guardia, vi llegar a Mei con cena, por lo que se esfumaron mis esperanzas de que saliera.

Entendí entonces que no me había equivocado y que era con ella, con nuestra antigua traductora, con quien debió tejer los hilos de la venganza.

Nos conocíamos todos y no era fácil equivocarse. Mei salió un par de horas más tarde y sola, por lo que me fui a casa, con la intención de volver a la mañana siguiente.

Lo hice temprano. Se trataba de un sábado gélido que despertó para mí con la esperanza de que las cosas cambiaran de rumbo.

Daría cualquier cosa por volver con Camila y por no perderme nada de ese embarazo que tanta ilusión me hizo.

Por fin, a eso de las once de la mañana, salió de casa. Elena vestía de un modo muy elegante, como siempre. Nuestra separación no pareció afectar a su tren de vida, pero el dinero es finito y pronto necesitaría volver a dar la cara como la ladrona de guante blanco que era. Eso si no lo

había hecho ya.

Si no la denunciamos en su día, entre otras cosas, fue por no montar un escándalo en torno a la consultoría que pudiera alarmar a los clientes, pero me daban ganas de acabar con ella.

Ese día sí que se montó en su coche. La seguí discretamente desde el mío. Llevaba buena parte de la ciudad recorrida cuando me llamó la atención el barrio en el que entró. Pero mucho más cuando paró delante de un modesto bloque de apartamentos ¡en el que vivía Brenda!

Quise pensar que se trataba de la mayor de las casualidades. Igual el coche le iba mal y se echó al lado allí o… No, salí pronto de dudas. Cuando la dicharachera secretaria de Camila, que ya era parte de nuestra vida, salió y se fundió en un abrazo con ella, la sangre se me hizo agua.

No dudé, pese a ello, en tomarles unas fotos desde lejos, para que quedase constancia del encuentro. De inmediato, la que había sido la mayor de las incógnitas para mí, se despejó: Camila me confesó en su día que le contó a Brenda, cuando comenzó su amistad, lo que le hice en el pasado, ¡¡y ella se lo contó a Elena!! Por supuesto, mi ex lo utilizó para soltarle a Camila que fui yo quien me mofé nuevamente de ella, utilizando las mismas palabras que salieron de mi estúpida boca con 26 años, pero que jamás hubiera repetido. ¡Si ni siquiera las recordaba!

¿De qué iba todo aquello? ¿Quién era Brenda en realidad? Pues no había más que tirar de la manta: una infiltrada de Elena, quien la metió a trabajar un par de meses antes de nuestra ruptura.

Bien visto, supo disimular muy bien, hasta haciéndole ver a Camila, y también a mí, que la mala de la película era Elena, que a mí todos me respetaban como jefe. Parecía estar de nuestra parte desde el minuto cero.

Y luego entró en juego lo de liarse con Lucía. Al hacerlo, se metía de lleno en nuestro círculo más íntimo y le pasaba a Elena información de primera mano, todavía calentita. Cómo me estaba encabritando.

De hecho, recordé que a Brenda nos la encontramos la noche en la que salí con Lucas y nos topamos con Elena y con Axel Montaner. Me fui para él y le aclaré quién era la clase de lagarta que trataba de engatusarlo.

Luego me encontré con las chicas, pero también apareció Brenda, como de la nada… ¿Qué hacía allí? Pues habría quedado con Elena y, al pasar lo que pasó entre ella y yo, se acercó a nosotros para tratar de seducir a Lucía y poder ser una más del grupo.

Claudia, al final, no tuvo mal olfato con ella. Nunca la tragó y, si no me hablaba nada al respecto, seguro que era por no pudrirme más. Elena era el origen de todos mis males y Brenda quien la ayudaba a seguir apretándome las tuercas hasta salirse con la suya.

Sin duda que, a cambio de su ayuda, Elena le ofreció un buen puesto de trabajo que conservó cuando ella salió de mi vida, ya que a mi ex la cazamos, pero a Brenda no.

Nos había tomado el pelo desde el primer día: nos la llevamos a Pekín y, desde entonces,

estuvo presente en todos los acontecimientos importantes de nuestra vida. Hasta seguiría yendo a ver a Camila, diciendo que sería una de las titas de nuestra hija. Porque se me había metido en la cabeza que el bebé sería niña. Y lo sería.

Con sumo cuidado, las seguí. Entraron en una cafetería que no estaba demasiado concurrida, dado que comenzó a llover y no había mucha gente en la calle. Por esa razón, me las ingenié para acercarme a un chaval con pinta de estudiante.

—¿Te gustaría ganarte 500 euros en unos minutos? —le pregunté.

—Otro como el que recluta a los jugadores en "El Juego del Calamar", ¿me has visto pinta de imbécil?

—Ni idea de qué me hablas, pero aquí los tienes, por adelantado —le dije abriendo la cartera.

—Fijo que esos billetes son falsos.

—Pues te hago un Bizum, deprisa.

—No sé de qué vas, tío.

—Solo necesito que acerques mi móvil a aquellas chicas y grabes lo que digan mientras se toman el café.

—¿Y ya?

—Y ya.

—Pues apunta mi número. El Bizum antes.

Me quedé en la calle esperando y, cuando ambas estaban pagando la cuenta, él salió con mi móvil.

—Ahí lo llevas. Se estaban descojonando de una tal Camila y de un tal Alexander. Ese eres tú, lo he visto en el Bizum.

—Sí, pero quien ríe el último, ríe mejor.

Escuché el principio de la conversación en el móvil mientras salían, pues también fueron al baño. No me hizo falta más porque sus risas jocosas apuntaban a que se partían las dos.

Una vez me las di de cara, Elena me sonrió con maldad y Brenda… Brenda se quedó muerta. Y eso que no sabía el tesoro que llevaba en mi móvil.

—Verás, Alexander, esto no es lo que parece…

—Claro que no, es mucho peor. ¿Quieres escucharlo por ti misma?

Le puse la conversación y Elena se reía a carcajadas.

—Chica, nos han pillado. Mala suerte… Pero el disgusto a la otra no se lo quita ni Dios, que casi pierde el niño. Que se joda.

—No, Elena, te vas a joder tú. Me lo he pensado mejor y voy a ir a denunciarte directamente. Se te caerá el pelo esta vez y también a Mei. En cuanto a ti, Brenda, no puedo probar ninguna implicación por tu parte en los robos, pues llegaste la última. No obstante, me sobran razones para despedirte y para anunciarte que tampoco volverás a trabajar para ninguna empresa de esta ciudad. Ya me encargo yo. Las tres os habéis buscado la ruina.

Ella no despegó sus labios, pero Elena sí lo hizo.

—¡¡Que te jodan bien jodido, Alexander!!

—Lo has intentado, Elena, pero al final la única que está jodida, y bien jodida, eres tú. Corrijo, también las otras dos…

Capítulo 62



Camila

La lluvia, que a media mañana comenzó a caer de una manera fina, lo hacía de modo torrencial al poco.

La mañana de sábado me estaba pareciendo súper melancólica y ya iba por el segundo tazón de ese preparado lácteo con Omega 3 y nueces que me sabía muy bien y que era muy recomendable para el embarazo.

Como bien me aconsejó Lourdes, no volví a llevarme ningún sofocón porque hubiese sido muy perjudicial para ese bebé al que amaba con toda mi alma.

Fue entonces, mientras me tocaba la barriguita intentando transmitírselo, cuando vi el cochazo de Alexander parar en la puerta.

Mis padres habían ido a la compra. Cloe se marchó al gym y Lucía estaba al llegar, pues dijo que me haría compañía, así que la llamé por teléfono, aunque vivíamos en casas contiguas.

—¡¡Ven corriendo, mi niña!! ¡¡Creo que Alexander trata de asaltar mi casa!!

—Espera, que salgo con un arma…

—¿Qué arma? Si en tu casa nadie tiene permiso.

—Tú espera.

Los nervios me estaban matando, lo cual no obstaculizó que riese con ganas al verla salir portando una escoba y una fregona, yéndose hacia él.

Abrí la puerta y les escuché hablar.

—Por favor, Lucía, que tú no eres Bruce Lee y yo vengo en son de paz.

—Sí, sí, solo faltaba que buscaras guerra, esa te la voy a dar yo. Y tú es la última vez que

apareces por aquí porque te juro que hoy mismo pide Camila una orden de alejamiento.

—Tienes que escucharme, Lucía, mira esto.

—¿Qué es eso? ¿Qué mierda me quieres enseñar? —le decía ella.

No le dio tiempo a más, porque le arreó tal palo en la pantalla de su iiPhone 16 que se la hizo trizas.

—Joder…

—Te compras otro, a mí no me jodas con eso.

—Si el móvil me da igual.

—Ya se nota…

—Lucía, míralo, por favor.

—Ahí no veo nada, ¿cómo quieres que vea algo si tienes la pantalla hecha una puta mierda? Vaya CEO estás tú hecho.

—Y también será mi culpa… Espera, a ver si veo al menos para enviarte la foto a tu móvil.

De reojo, miraba a la puerta, tras la cual estaba yo, dejándola entreabierta. Sabía muy bien que, si intentaba dar un paso más, mi amiga le abría la cabeza con sendos palos.

A todo esto, menos mal que había dejado de llover casi de golpe, porque él se puso chorreando al bajar del coche, pero es que ya llevaban unos minutos forcejeando.

Dado que la pantalla estaba destrozada, tuvo que utilizar unos guantes para poder toquetearla. Y cuando le envió la aludida foto a Lucía, esta se quedó sin palabras. Hasta que las pronunció.

—¿Ese encuentro de cuándo es?

— De hace un rato. Brenda es un topo que Elena infiltró en nuestro grupo. Ella fue quien le dijo a mi ex justo lo que debía soltarle a Camila para que me volviese a odiar.

—Pero eso no puede ser. Esto lo has hecho tú con Inteligencia Artificial.

—Lo siento, Lucía…

Lo estaba escuchando todo y, mientras ella se echó a llorar, él se acercó a la puerta.

—Camila, por favor, ¿puedo entrar?

—Ya salgo yo.

Lo hice para consolar a Lucía, quien entró en casa con nosotros. Todavía temblábamos ambas cuando nos puso la grabación en la que ambas se reían de nosotros.

—Lo siento, mi niña, lo siento…

—Lo va a sentir ella. Camila, os dejo, me voy a buscarla.

—No, por favor, espera, que me voy contigo.

—Ni de coña, que no estás para sobresaltos y a esa le voy a liar una que nos haremos virales. Yo misma le pediré a alguien que lo grabe.

Lucía, que era muy impetuosa, se marchó.

—Camila, fue Brenda quien lo lio todo. Elena supo cómo hacerte saltar. No te mentí en ningún momento, te lo juro.

—Ahora te creo, pero ponte en mi lugar.

—La maldad de Elena es infinita, ahora lo sé. Y es normal que dudases de mí, cualquiera lo hubiera hecho. Lo importante es que salga a relucir la verdad, porque la chiquitina y tú sois lo que más me importa en el mundo.

—¿Y cómo sabes que será chiquitina?

—Porque hay cosas que se saben, mi amor…

Me besó y me abrazó con toda su alma.

—Estás chorreando, te traeré algo de ropa de mi padre.

—¿Y qué crees que le parecerá eso a él?

—De momento, igual va también por dos palos que partirte en el lomo, pero luego lo entenderá todo. Madre mía, la que se ha liado entre nuestras familias.

—Igual que se ha liado, se desenlía.

Cloe entró en ese momento por las puertas, venía de la peluquería y fue la primera asombrada al vernos así.

—Oye, oye, Camila, ¿aquí qué está pasando? Que yo he dejado a Lucas porque ninguno de los hermanos Osorio vale ni lo que dieron por bautizarlo, y ahora te encuentro aquí, comiéndote los morros con el mayor, que es peor que un mafioso.

—Cloe, que no se te caliente el pico. Vete a buscar a Lucas y cómetelo a besos, que todo esto lo ha enredado Brenda.

—¿Brenda?

—Sí, ella es un topo de Elena. Imagínate la que han formado entre las dos.

—Joder. Oye, Alexander, que sé que sigues siendo mi jefe. No pensaba lo que decía, ¿eh?

—Anda, vete a por Lucas, que se pondrá muy contento al verte.

Capítulo 63



Alexander

Camila estaba por salir de cuentas en dos días, tras un embarazo que vivimos juntos y emocionados, recreándonos en casa uno de sus detalles. Por cierto, que hasta final estuvo trabajando de nuevo conmigo en la consultoría.

La inminencia de la llegada de ese bebé pospuso la pedida de mano que le haría en cuanto llegase el momento, puesto que ella manifestó alto y claro que no se casaría embarazada, que quería lucir tipo el gran día, así que prisa no hubo ninguna.

Aquella noche habíamos estado cenando en casa de sus padres, con los míos y con los de Lucía. Todo volvió a la normalidad cuando denunciamos a aquellas pájaras.

La sentencia para Elena y para Mei no se hizo esperar: ambas fueron condenadas y pasarían un tiempecito entre rejas. En cuanto a Brenda, supimos que se marchó de la ciudad y nada más. Bien sabía que le hablé muy en serio y que no pensaba permitir que jodiera a ningún otro empresario.

Poco a poco, Lucía la fue olvidando. El suyo había sido un gran amor, pero su impactante final ayudó mucho a nuestra amiga, quien venía muy a menudo a vernos al ático, diciendo que no se cerraba al amor, aunque tampoco lo buscaba. Estaba tranquila, tomándose ese tiempo que es necesario para recomponer un corazón roto.

La expectación era máxima entre todos nosotros y abracé a Camila al meternos en la cama.

—Anda, si se me ha olvidado desmaquillarme, ¿te lo puedes creer? En la vida me he metido en la cama con la cara sin desmaquillar.

—¿Estás segura de eso, mentirosilla?

—Alguna vez, vale. Borracha como un piojo. ¡¡Ay!!

—No lo lamentes. Si todos nos hemos cogido nuestras…

—Que no, que no, ¡¡que me duele!!

Se trató de una primera contracción, así que en cuestión de un minuto ya estábamos subidos en el coche. Por el camino, fuimos llamando a nuestros padres, pues todos esperaban la llegada de su nieto como agua de mayo. Y eso hizo que en breve estuvieran allí, con nuestros hermanos también.

—¿Qué te dicen, hija?

—Que todo va bien, mamá. Pero duele…

—Ya lo sé, mi amor.

—¿Mucho, mi vida? —le besaba las manos.

—Más de lo que pensaba, sí.

—Pero la buena noticia es que el bebé está preparándose para salir. Todo va sobre ruedas —nos decía Lourdes.

—¿Y no puedes quitarla ya el dolor?

—Tan pronto, no. Eso solo puedes hacerlo tú con tus mimos, Alexander. Debe dilatar más, aún no ha llegado el momento.

Por supuesto que le haría todos los mimos del mundo, pero no parecían surtir efecto. Camila estaba rodeada de todos nosotros. También de Lucía, a quien avisamos igualmente.

—No lo hacéis y hoy hay un nacimiento y una tragedia a la vez. No me he comido todos los marrones de Camila en Estados Unidos para perderme ahora algo tan importante.

—¿De qué marrones hablas, Lucía?

—De ninguno, papá, que es una bocachancla.

—Al menos tienes ganas de emprenderla contra Lucía. Cuando tú naciste, me quedé sin fuerza ni para hablar. Eres una campeona, Camila.

—Mamá, no quiero medallas. Quiero que me saquen al niño ya.

—A la niña —le recordé.

—A lo que yo diga, ¿o te recuerdo que soy quien empuja?

Se rebelaba y no se lo echo en cara. Todo lo contrario, demasiado bien lo estaba llevando, porque alumbrar no es fácil y de eso puede dar fe mucho mejor cualquier mujer que haya pasado por ese trance.

Al final, no quisimos saber el sexo del bebé. A Camila le hacía más ilusión que se desvelase el misterio en el momento en el que naciera y, en cuanto a mí, no tenía duda: sería una niña, una réplica en pequeñito de su preciosa y valiente mami, a la que ambos ya adorábamos.

Cuando llegó el momento, y le pincharon la epidural, también respiré tranquilo al comprobar que sus dolores cesaron, aunque la preocupación lógica continuó hasta el momento en el que vi a nuestra preciosa niña, porque me salí con la mía y lo era.

Camila rompió a llorar y yo con ella. Y a todo esto, la pequeña también berreaba.

—Un concierto familiar. Enhorabuena —nos la dio Lourdes antes de invitarme a participar más activamente, cortando el cordón umbilical.

Camila irradiaba amor con la peque en su pecho y cuando le pregunté por el nombre, ella lo tenía claro.

—Lucía, ¿vale? Que mi amiga necesita una inyección de moral.

—Me valdría cualquier cosa que me propusieras en el mundo ahora mismo, cariño —la besaba mientras acariciaba la cabecita de nuestra bebé.

—Pues entonces, cásate conmigo —murmuró y casi me caigo de culo.

—Mi amor, te lo iba a pedir en cuanto…

—Lo sé, pero ¿es que una chica no puede adelantarse?

—Por supuesto que sí, ¡¡nos casamos!!

—Vale, pero la pedida me la haces a lo grande, que hay mucho que celebrar.

—Eso déjalo de mi cuenta. Será una pedida fastuosa.

Lo prometí y así lo haría. La pedida se llevó a cabo en esas Navidades, que fueron las primeras de la vida de Lucía, nuestra niña. Y la hice a lo grande, tirando la casa por la ventana con una celebración inolvidable.

A nuestra querida amiga se le caía la baba con la peque, su tocaya, y nos agradeció mucho el gesto. En cuanto a sus padrinos fueron Cloe y Lucas, quienes seguían emparejados y se habían ido a vivir juntos, porque todo llega y a ellos les llegó el gran momento de sentar la cabeza igualmente.

Decidimos, eso sí, que la boda la celebraríamos no ese año entrante, sino el siguiente, porque así nuestra hija nos podría llevar los anillos, algo que a ambos nos ilusionaba mucho.

No es fácil describir lo que la llegada al mundo de Lucía supuso para todos nosotros. Era la niña más querida y deseada del mundo y hacían fila para quedársela.

Contar con tantas manos que nos ayudaran con ella fue esencial para reservarnos, de vez en cuando, una noche para ambos, mientras la chiquitina disfrutaba de los mimos de sus abuelos, de sus tíos o de Lucía, quien empezó a levantar cabeza tras su nacimiento.

Y cuando fue algo mayor, pese a que disfrutábamos una barbaridad con ella, hasta nos tomamos algún fin de semana libre en pareja, para disfrutar de una chispa que jamás dejaríamos que dejase de prender entre ambos.

Epílogo



Camila

Tres años después….

Quizás os sorprenda saber que, finalmente, nuestro enlace no se celebró hasta pasados tres años.

¿Qué ocurrió para ello? Si ya había disfrutado de mi fastuosa pedida y hasta contaba con el diseño del vestido por parte de mi madre y de Wen…

Pues lo que sucedió fue que con esa chispa que tanto saltaba entre nosotros, al año y medio de nacer la niña, vino al mundo Víctor, nuestro hijo.

De nuevo, el embarazo no fue buscado, aunque la noticia nos cayó maravillosamente bien. Mi querida Lucía, que para entonces ya se había vuelto a enamorar de un chico llamado Camilo (ya era casualidad también) decía que éramos un poco loquillos Alexander y yo en la cama. Razón no le faltaba, pero es que los niños nos gustaban muchísimo y no teníamos ningún problema en aumentar la familia, sino todo lo contrario.

Puestas las cosas así, esperamos a que Víctor naciera y también a que diera sus primeros pasitos para acompañar a su hermanita con los anillos en el típico cojincito.

La niña le llevaba de la manita y él la imitaba en todo. Lucía y Camilo fueron sus padrinos de bautizo.

En cuanto a los de nuestro enlace, fueron mi padre e Isabella, la madre de Alexander.

Quisimos una boda distinta y la celebramos de una manera poco convencional, ¡¡en un crucero!!

¿Y por qué no? Si el mar nos encantaba a los dos y también nuestros hijos lo amaban… De hecho, había algunos motivos marineros en las graciosas ropitas que ambos lucieron.

Yo, dado que después de mis dos embarazos recuperé la figura, opté por un vestido muy sexy,

ceñido y de corte sirena, con la espalda al aire y un maravilloso encaje que mi madre y Wen se encargaron de conseguir para su confección.

Cuando Alexander me vio, los ojos se le volvieron dos ríos… y eso que estábamos rodeados de la inmensidad del mar. Habíamos esperando unos años hasta disfrutar del gran día y por fin había llegado.

No había prisa, ciertamente. Desde aquel momento en el que nos comprometimos, con Lucía sobre mi pecho, comenzamos a disfrutarlo, igual que la pedida, y después llegó la sorpresa que culminó con Víctor como uno más de nosotros.

Embarcamos dos días antes de la boda en un crucero exclusivo para los nuestros, en un crucero en que no faltarían infinidad de actividades para hacer de nuestra boda un acontecimiento marítimo imborrable.

La víspera fue de locura total y suerte que supimos parar a tiempo la fiesta nocturna y nos fuimos a la cama no demasiado tarde. La idea era disfrutar del desenfreno a partir de la boda en sí, puesto que a los niños nos los cuidaba el personal de a bordo. Gracias a eso, tanto Alexander como yo estábamos deseando unir nuestras vidas ¡¡y que comenzase la fiesta!!

Lucía no paraba de reír, diciendo que de aquel crucero nos salía un tercero. Y lo más divertido fue que no sabía cuando lo decía que su pequeño Gabriel ya estaba de camino, algo de lo que nos enteramos antes de que acabase el crucero cuya duración sería ¡¡de siete días!!

No es que nos fuéramos a llevar la semana entera bebiendo como cosacos, pero sí que sería la ocasión perfecta para celebrar con los más íntimos durante unos días el comienzo de nuestra luna de miel. Y ya después, al desembarcar, Alexander y yo viajaríamos solos siete días a Bali.

De nuestra boda recordamos un montón de momentos locos, otros muy emotivos y un sinfín de ellos desternillantes, como ese instante lanzamiento de ramo en el que Lucía y Cloe casi se pegan por él y, al final, fue Ángela, la jovencita novia de Kike, la que se hizo con él. Eso sí, al verlo, las otras dos, un poco más y la tiran por la borda en un gesto que quedó inmortalizado por el fotógrafo y que fue verdaderamente hilarante.

El crucero estuvo plagado de atracciones para nuestros invitados, que fueron los más íntimos, naturalmente, aunque también optamos por ampliar el círculo, llevándonos con nosotros a todo el personal de la consultoría, como se merecían.

Claudia fue una de las invitadas que nos dedicó unas palabras y se lo agradecimos mucho, ya que de no ser por ella, quizás no hubiésemos tenido nada que celebrar ese día.

La fiesta se extendió hasta bien entrada la madrugada, cuando todos terminamos lanzándonos a la piscina en medio de un montón de juegos por parte de un animador que debía estar alucinando porque ya ninguno dábamos pie con bola.

En cuanto a la música, me encargué de que fuese “Orión”, el grupo favorito de Alexander y que por razones que en su momento os conté formaba parte de nuestra historia, el que se

encargara de hacernos bailar con sus letras en directo hasta que nos dimos el gran chapuzón.

Aquella madrugada, horas después de habernos dado el “sí, quiero” lo hicimos en realidad, pero metafóricamente, Alexander y yo nos habíamos tirado a la piscina mucho antes, apostando por una relación en la que tuve motivos para no creer, pero en la que creí con tanta ilusión como certeza.

Y allí estábamos, en ese crucero, bajo el agua, besándonos y con las manos agarradas, como siempre estuvimos.

Arrancaba días después nuestra burbujeante luna de miel en solitario. Una en la que no permitiríamos que la llama de la pasión se apagase en ningún momento, como tampoco lo haríamos el resto del tiempo que nos quedase por compartir.

Espero que sean muchos años y, aunque lo logre, sé que la vida se me hará muy corta al lado de Alexander, pues nuestro día a día se parece mucho a una intensa aventura.

Juntos hemos creado una preciosa familia, una que no solo cuenta con cuatro miembros, sino con todos aquellos que nos rodean y que en su día nos ayudaron a construir una historia, la nuestra, en la que triunfó el AMOR en mayúsculas. Porque si quieres a alguien, debes perseguirlo allende los mares.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel